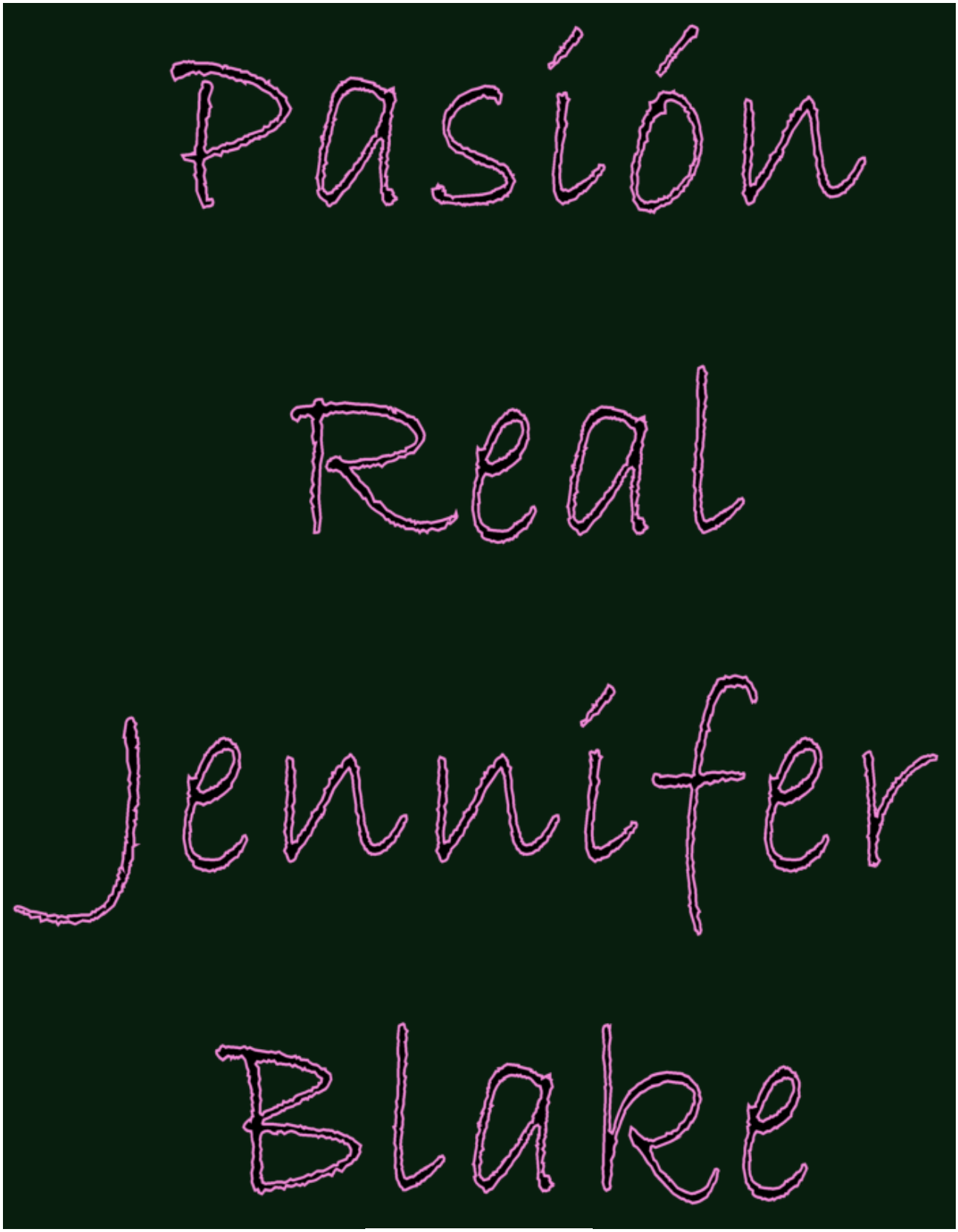
JENNIFER BLAKE

Pasion Real



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Las llamas se elevaban con fuerza y la madera embebida en resina crujía y se partía; chispas anaranjadas subían con el humo hacia las ramas oscuras de los árboles cercanos. El resplandor del fuego se reflejaba en la pintura de los carromatos gitanos destacando el cascado esmalte rojo y azul y el gastado barniz dorado. Brillaba sobre los brazaletes y cinturones de monedas que llevaban las gitanas, y sobre los aros que colgaban de las orejas de los hombres. Las botas y los brillantes botones dorados de los uniformes reflejaban también las llamas en la oscuridad. Los hombres de la escolta del príncipe Roderic de Ruthenia se acomodaban sobre las mantas apiladas que formaban sus camas. Hablaban entre ellos en voz baja, riendo y alzando las copas para beber.

El príncipe estaba sentado, con la cabeza rubia inclinada sobre una mandolina. Sus dedos fuertes y ágiles hacían brotar del instrumento una sugestiva rapsodia, una melodía inquietante que parecía vibrar con alegría y pasión salvaje en el fresco aire nocturno. Un gitano anciano y encorvado le seguía el ritmo con un violín. Roderic levantó el rostro vivaz y risueño, y juntos tocaron punto y contrapunto; la música se entremezclaba, chocaba y se intensificaba con el gozo salvaje de los dos hombres. La luz del fuego resplandecía sobre los pómulos altos del príncipe y anidaba en el intenso azul de sus ojos, dejando en sombra los huecos triangulares de su mandíbula, y resaltando la nariz recta y la barbilla fuerte y prominente. Su pelo parecía oro fundido. El príncipe llevaba la camisa abierta y pantalones blancos de uniforme. Parecía relajado, a gusto entre sus amigos, sin preocupaciones; sin embargo, se adivinaba en él una atenta vigilancia, una tensión que podía quedar liberada y convertida instantáneamente en acción explosiva. Viril, ancho de espaldas, parecía un héroe de antiguas leyendas, seguro de su poder, superior a todos, invencible.

Marie Angeline Rachel Delacroix le miraba desde las sombras de un bosquecito de robles. Le dolía la cabeza y tenía un profundo rasguño en la sien que le ensangrentaba el ondulado cabello oscuro. Apenas si podía levantar el brazo derecho a causa del entumecimiento de su hombro. Tenía la capa manchada de fango, el vestido blanco de seda rasgado en la cintura, y creía que lo único que la había salvado de romperse una rodilla había sido el grosor de las enaguas rellenas de crin.

Nada de esto resultaba sorprendente si se tenía en cuenta que había sido arrojada de un carruaje en marcha hacía menos de media hora. Pero ni el dolor de las heridas, ni la impresión ante lo sucedido le hacían estremecerse y sentir un nudo de miedo en la boca del estómago, sino el hombre que veía ante ella en el campamento gitano.

Se trataba del príncipe Roderic de Ruthenia, un país balcánico. El hombre a quien debía seducir. Y traicionar.

Jamás había seducido a un hombre en su vida. Desde luego, había flirteado un poco y practicado el arte de atraer a miembros del sexo opuesto en los numerosos bailes, paseos y meriendas organizados para entretenimiento de las damiselas de Nueva Orleans que se presentaban en sociedad. Pero nunca se había propuesto conquistar deliberadamente a un hombre, subyugarle hasta el punto de obligarle a hacer lo que ella quisiera. Nunca. A pesar de lo que dijeran los demás.

O quizá sí. No lo sabía, no podía estar segura. No obstante, a pesar de lo que pudiera haber hecho en el pasado, no merecía que le hubieran encomendado una tarea tan difícil.

La música del violín y la mandolina se intensificó, y luego se extinguió con una dulce resonancia. Los gitanos se pusieron en pie de un salto y manifestaron su aprobación con aplausos, gritos y cascabeleo de panderetas. El príncipe echó la cabeza hacia atrás en señal de agradecimiento, sonrió y dió una palmada al anciano en el hombro. Luego, con un movimiento ágil, tensó los músculos y se puso de pie, alejándose del fuego. Sus pasos largos le hicieron atravesar el claro con increíble rapidez. Se dirigió al lugar donde estaba Mara con movimientos seguros, como si supiera exactamente adónde iba, como si hubiera adivinado la presencia de ella desde el principio.

Mara dio un paso atrás, pero era demasiado tarde. El estaba ante ella, extendiendo el brazo para tomarla de la mano y llevarla hacia la luz del fuego. Mara tropezó y sintió la presión de su mano tibia y firme sobre sus dedos, sosteniéndola.

-Bienvenida, hermosa hechicera -dijo con voz gentil pero distante. Se volvió hacia sus hombres y su tono se volvió acerado:- Sí, es sin duda una hechicera, pues, ¿cómo ha hecho si no para burlar a los guardias?

-La culpa es mía, Alteza.

Desde la oscuridad, detrás de ella apareció un joven. Era moreno y apuesto, con ojos muy oscuros y un aire extravagante acentuado por el arete de oro en su oreja y el amuleto de cauri que colgaba de una tira de cuero alrededor de su cuello. Se mantenía muy erguido, sin dar señales de sumisión ni culpabilidad.

-¿ Y bien, Luca ?

Luca, el gitano, señaló a Mara.

-Miradla, príncipe. ¿Veis en ella una amenaza? Vi cómo la arrojaban de un carruaje. Se dirigió hacia aquí, y la seguí.

-Descortés por tu parte -dijo el príncipe Roderic-. Podrías haberle ofrecido ayuda-. El tono era informal, pero el príncipe frunció el ceño al observar el rostro pálido de Mara.

-Me pareció mejor ver qué hacía.

Al escuchar la nota de curiosidad en la voz del gitano, Mara pensó en el momento en que se había levantado del suelo, y había emprendido el camino hacia el campamento. ¿Habría resultado demasiado obvio el hecho de que sabía adónde se dirigía? Le habían indicado qué dirección seguir, pero la caída la había dejado aturdida, desorientada. Finalmente, se limitó a guiarse por el sonido de la música. Había avanzado de forma lenta y errática. No podían haberse dado cuenta de nada. Sintió una oleada de alivio que la dejó débil; sus dedos temblaron en la mano del príncipe.

-Ven --dijo él de manera un tanto brusca, y la guió hacia la pila de mantas que había dejado minutos antes.

Ella se dejó caer sobre las mantas. Al sentir el calor del fuego, se estremeció y comenzó a latirle la herida en la cabeza. Levantó la mano para tocarse la piel rasgada. El príncipe chasqueó los dedos, al tiempo que emitía una orden en voz baja, y de inmediato dos gitanas se acercaron. Lavaron las heridas de Mara y utilizaron un chal de algodón rojo entrelazado con hilos dorados para vendarle la cabeza por encima del largo cabello suelto, que le caía hasta la cintura. Después de llevarle una copa de vino, se retiraron en silencio a su sitio. El vino era nuevo y áspero, pero le fortaleció. Mara bebió lentamente, tratando de aclarar la mente, de dominar los estremecimientos que la sacudían. Entre las pestañas, vio a los hombres del príncipe reunidos alrededor de ella. En sus rostros había una perturbadora expresión de compasión mezclada con juiciosa paciencia. Junto a ella, sobre las mantas, estaba sentado el príncipe, con el codo sobre la rodilla y la barbilla apoyada en la palma de la mano. La miraba con ojos lúcidos, firmes, como si quisiera examinarla.

Roderic cambió de posición y se frotó la nariz con el dedo. Esta no era la clase de mujer que un hombre usa y abandona: demasiado fina, demasiado fresca. A pesar de la sombra de temor que trataba de ocultar en las profundidades de sus ojos grises, parecía intacta, tan inexperta en lo que a hombres se refería, que él casi podía jurar que no se le había ocurrido todavía cuán vulnerable era su posición. Más aún, era hermosa, con esa piel suave y transparente, la boca tierna, creada para ser besada. La línea de sus pómulos, del cuello y de la barbilla era perfecta. Tenía manos de dedos largos, tan blancas y delgadas que resultaba obvio que no conocían el trabajo. Era fácil darse cuenta de que su vestido de seda de fino y costoso tejido había sido confeccionado por una de las más famosas modistas de París. No; no era el tipo de mujer a la que un hombre lleva a la campiña francesa y luego desprecia como algo inservible.

Se inclinó hacia ella.

-La hospitalidad gitana no requiere que los invitados den su nombre pero, sin embargo, quiero saber el tuyo. Angel moreno, ¿quién eres?

Mara levantó la vista y se encontró con la dura mirada azul. Se humedeció los labios y recordó las instrucciones. Le habían parecido fáciles, al menos en comparación con la enormidad de

lo que debía hacer, pero ahora no encontraba fuerza para cumplirlas. Una vez pronunciara las palabras, que brotaran las primeras mentiras, no habría forma de volver atrás.

-¿Qué sucede?--dijo Roderic con suavidad.- ¿La astucia te mantiene en silencio o se trata de tu conciencia?

La trampa se había abierto de forma tan repentina y evidente que Mara sintió una chispa de furia. Hizo acopio de valor, adoptó una expresión angustiada y sacudió la cabeza.

-No... no puedo recordar mi nombre.

-Ah, el infortunio de Ulises, otro viajero perdido. Una pérdida de memoria puede resultar muy poco conveniente..., o todo lo contrario. ¿Traes monedero o algún bolso?

Un bolso, con alguna forma de identificación. Mara revisó los bolsillos de su capa con exagerada ansiedad.

-No, aparentemente no.

-¿Te asaltaron? Entonces el bandido era inepto o estúpido, pues descartó el objeto de más valor.

-¿Os referís a...?

-Pedir un rescate por ti hubiera sido mucho más lógico.

Un murmullo corrió por entre los hombres uniformados. Por primera vez Mara se permitió mirarles como a individuos, y no meramente como a miembros del séquito del príncipe. Eran sólo cinco, aunque parecían más.

Roderic siguió la mirada de ella y se puso de pie con agilidad.

-¿Te preocupa mi garde du corps?¿Quizá una presentación formal serviría para calmar tus temores? Michael, adelántate y saluda a nuestra invitada.

El joven en cuestión se acercó a las mantas y, golpeando los talones, inclinó la cabeza. Alto y delgado, tenía el pelo oscuro y los mismos ojos azules del príncipe, aunque más sombríos. Parecía menor que Roderic, de aproximadamente unos veinticinco o veintiséis años. Daba la impresión de ser serio y digno de confianza.

-Te presento a mi primo Michael, barón van Brasov, hijo de Leopoldo el Constante -dijo el príncipe.

Michael se hizo a un lado y fue reemplazado por otro miembro de la garde du corps. Este también era alto, pero tenía el pelo rubio plateado y los ojos color miel. Cuando se inclinó, Mara, desconcertada, vio que llevaba el pelo trenzado alrededor de la cabeza y que el uniforme ocultaba el cuerpo de una mujer.

- Trude, nuestra dama de lanzas.

La mujer se enderezó con la altivez y el orgullo de una walkiria y miró a Mara con ojos penetrantes como los de un hombre.Satisfecha, giró con precisión y se hizo a un lado.

La siguieron dos jóvenes idénticos: el color del pelo, los ojos y los rostros traviesos. Saludaron al unísono, sosteniendo los sables en idéntico ángulo. Sus sonrisas eran cálidas, casi acariciadoras.

Roderic les presentó con tono resignado.

-Jacques y Jared, los hermanos Maniu, conquistadores por excelencia. Son una cruz.

-¡Pero, mi príncipe...! -protestaron al unísono.

-Mi cruz personal--concluyó Roderic con firmeza e hizo un gesto para que se apartaran.

Se presentó luego un hombre bajo y delgado, con oscuro cabello ralo y ojos alegres sobre unos magníficos bigotes. A pesar del corte impecable de su uniforme, tenía un aspecto algo desmañado y su porte no era demasiado militar. Tenía a su lado un perro desaliñado, de pelo castaño y negro y bigotes caídos que lo asemejaban a su amo.

-Te presento a Estes, conde Ciano.

-Y él -dijo el conde, señalando al perro con gesto grandilocuente- es Demonio, el perro guardián del grupo. -El perro, al oír su nombre, sacó la lengua y meneó frenéticamente la cola.

El príncipe le echó un mirada escéptica.

-Un verdadero Cerbero, que suple en valor lo que le falta en disciplina, modales, tamaño y aspecto o, al menos, eso es lo que dicen.

El príncipe no se había presentado. Mara no tenía por qué saber quién era. Con gran audacia, preguntó:

-¿Y vos señor?

-Yo soy Roderic.

El conde italiano arqueó una ceja.

-Su Alteza real el príncipe Roderic, hijo del rey Rolfe de Ruthenia, señora.

Se produjo un silencio. Mara sabía que esperaban que ella le reconociera y que dijera su propio nombre. No pudo hacer frente a esas miradas. Extendió una mano temblorosa hacia el perro y dijo:

-Me alegra conoceros a todos. Os diría mi nombre, si pudiera.

Demonio corrió hacia adelante para lamerle los dedos. Se estremeció de alegría cuando ella le rascó detrás de la oreja.

-Bestia desleal-dijo Michael.

-Y feo, también -añadió Jaques con tono cordial.

-Pero afortunado -suspiró el conde mientras Demonio trataba de subirse a la falda de Mara.

Roderic dejó de mirar al perro y posó sus ojos sobre los hombres que le rodeaban. No habló, sin embargo, tan helada era su expresión que las sonrisas desaparecieron y los hombres se pusieron rígidos instintivamente. Alguien hizo desaparecer al perro de inmediato. Los soldados se dispersaron. El anciano comenzó a tocar una melodía vivaz, y una mujer de pelo negro y pómulos altos se levantó e inició una danza que atrajo la atención de los demás.

-Incluso el enigma de la Esfinge puede perder interés. ¿De qué forma podemos servirte?

El tono del príncipe era brusco, tajante. Al parecer, quería dar a entender que había terminado con ella. Eso no era en absoluto lo que Mara deseaba o necesitaba. Levantó los ojos hacia él con una expresión de pánico en ellos.

-No lo sé. No puedo recordar de dónde vengo, dónde vivo.

-Tu acento no es parisino, pero resulta interesante, con la cadencia de una vieja canción. ¿Es característico de tu provincia?

Otra trampa.

-No sabría decirlo.

Pero sí lo sabía, por supuesto. El suyo era el acento de los franceses de Luisiana y se parecía más al utilizado por los parisinos del siglo anterior que al hablado en ese año, 1847. Desde luego, conocía el idioma; se realizaban muchos viajes y había suficiente comercio entre París y Nueva Orleans para mantenerse al día, pero el ritmo era distinto, más lento, más musical, con el uso ocasional de una palabra o un giro que alguna vez habían sido oídos en la corte del Rey Sol.

Mara había vivido mucho en Nueva Orleans, pues viajaba todos los inviernos desde la plantación de su padre cerca de St. Martinville para disfrutar de la saison des visites en la ciudad con su abuela, Hélene Delacroix. Había hecho su presentación en sociedad en el teatro de la Opera vestida de blanco, con rosas blancas en el cabello, y había recibido la visita de amigos, parientes y numerosos pretendientes que habían asegurado el éxito de la noche. ¡Cuánto tiempo parecía haber transcurrido desde aquel entonces!

Su padre, André, siempre la había acompañado a Nueva Orleans, pero casi nunca se quedaba más de una o dos semanas. No disfrutaba de las diversiones y entretenimientos que tanto gustaban a Mara y a su abuela. Prefería el sosiego de la plantación, con sus ondulantes hectáreas de caña de azúcar. Hubo un tiempo en que había sido diferente, o al menos así decía Hélene, cuando André Delacroix era joven y soltero.

Su esposa, la madre de Mara, era irlandesa, una mujer callada, con ojos del color de la bruma sobre la bahía Galway y poder para predecir el futuro. El matrimonio no había recibido la aprobación de la sociedad: los criollos franceses, aquellos de sangre francesa nacidos en suelo norteamericano, consideraban que los irlandeses eran poco menos que salvajes. Nadie sabía exactamente qué sentía André Delacroix por la mujer irlandesa, pero él la había llevado a la plantación y la había tratado siempre con amabilidad y respeto.

No había sido suficiente. La madre de Mara pronto descubrió que el amor de su marido había

sido entregado, años atrás, a otra mujer. Se llamaba Angeline Fortin y le había sido arrebatada a André en circunstancias extrañas por un príncipe balcánico, Rolfe de Ruthenia, que había estado de visita en Luisiana. Cuando nació Mara, André, demostrando una inusitada tozudez, insistió en que Angeline, en la lejana Ruthenia, fuera la madrina de la niña. La madre de Mara protestó. La relación con Ruthenia les traería desdicha, dijo. Pero André no cedió.Con el tiempo recibieron los regalos habituales de plata y encaje enviados por la mujer que, para entonces, se había convertido en reina de Ruthenia. A través de los años, siempre habían llegado presentes para el cumpleaños de Mara, acompañados a veces por una nota cálida y amistosa. Pero no había habido otro tipo de contacto.

Poco a poco, Maureen O'Connor Delacroix se fue retirando de la vida social. Se negaba a aparecer cuando había invitados y también a acudir a fiestas y reuniones. Apodó a su hija Mara en lugar de llamarla por su nombre, Marie Angeline, y como era más fácil, los criados e incluso su marido terminaron por hacer lo mismo. Lentamente, comenzó a dejar de cantarle canciones de cuna en dialecto céltico. Ya no compartía comidas con su marido y su hija, sino que se recluía en sus habitaciones, acompañada a veces por un sacerdote. Murió silenciosamente a causa de una fiebre cuando Mara tenía diez años, y pocos notaron su partida.

Mara creció segura, adorada por su padre y guiada afectuosamente por su abuela. Cabalgaba por la plantación con André, montada en un poney color crema y seguía a su abuela Hélene por Nueva Orleans, vestida con un traje igual al suyo y llevando un velo para proteger su piel blanca, mientras Hélene hacía las compras para la casa en los puestos del mercado francés. Todos los años, hasta que cumplió los doce, la recluían en un convento durante unos meses de modo que, aunque a veces se mostraba consentida y tozuda, también comprendía la importancia de la disciplina.

A los quince años, ya había recibido tres proposiciones matrimoniales. Sin embargo, André no tenía prisa por verla casada, de manera que la envió a una escuela para señoritas en Mobile. Allí aprendió mil reglas de etiqueta, pero también muchas artes, entre las cuales figuraba la de flirtear. Hasta entonces no había prestado demasiada atención al efecto que provocaba en los jóvenes que conocía, pero al practicar con los hermanos, primos y amigos que venían a visitar a sus compañeras de estudio, descubrió una embriagadora sensación de poder en la atracción que ejercía. Con ánimo alegre y ligero, y una cómoda familiaridad con los hombres que había aprendido del trato con su padre, puso a prueba sus aptitudes para cautivar a los que se acercaban a ella.

Cuando regresó a St.Martinville en el verano de 1844, los hombres se arremolinaron alrededor de ella como avispas frente a una manzana madura. Orgulloso e indulgente, André no la frenó. Mara no sobrepasaba los límites de la buena conducta, pero se embarcaba en una serie interminable de paseos a caballo, en carruaje, almuerzos al aire libre, meriendas y bailes.

Antes de que transcurrieran varias semanas había reunido un jardín de ramilletes, suficientes sonetos dedicados a su belleza como para ocupar un volumen completo de ellos y tantas golosinas que su doncella aumentó de peso. Varios jóvenes se habían apoderado de uno de sus guantes, de un pañuelo. de alguna cinta o flor de su cabello, y se rumoreaba que al menos dos duelos habían sido disputados por su causa. Un hombre apareció con el brazo envuelto -en forma muy romántica- en un pañuelo negro de seda. Mara jamás permitía que un hombre hiciera otra cosa que besarle los dedos o ponerle las manos sobre la cintura cuando se apeaba del carruaje o desmontaba del caballo; sin embargo, comenzaron a circular rumores acerca de que era demasiado informal con los hombres para su propio bien y que, sin duda, cometería alguna locura que la haría terminar mal.

Esos comentarios no tuvieron ninguna importancia. Aun si Mara hubiera sabido lo que se rumoreaba sobre ella, se divertía demasiado como para considerar las consecuencias. Transcurrió un año, luego otro, y ella no dio señales de sentar cabeza. Finalmente, llegó el ajuste de cuentas.

Dennis Mulholland era uno de sus más asiduos pretendientes: algo alocado, un muchacho irascible, siempre dispuesto a pelear. Había asistido al Colegio Militar Jefferson en Mississippi y con frecuencia hablaba de unirse al ejército que intervenía en las luchas fronterizas entre Estados Unidos y Méjico. Eso, si no le estaba proponiendo matrimonio. Quería mostrarse posesivo, pero Mara no estaba tan segura de que resultara un marido adecuado y, como desconfiaba de su ardor, le mantenía a distancia. Era buen bailarín y mejor jinete, pero tendía a hablar demasiado de los duelos en que había participado y alardeaba sobre su éxito por la famosa calle Gallatin en Nueva Orleans,

cuando no había gente mayor que pudiera escucharlo.

Era una noche cálida de finales de mayo. Mara había organizado un baile en el que la consigna sería el dorado y el azul para flores y decoración, programas, cintas y adornos en los vestidos de las damas. La fiesta era un éxito. Los carruajes atestaban la entrada y hacían fila en la calle. La noche era cálida y húmeda y el aire anunciaba tormenta. El salón de baile repleto resultaba sofocante. Los músicos tocaron una serie de piezas rápidas que culminaron en una polka. Mara las había bailado todas y casi no podía respirar debido al cansancio y al ajustado corsé. Estaba abanicándose junto a una ventana cuando Dennis le propuso dar un paseo.

El joven no perdió el tiempo. La arrastró por el sendero hasta la glorieta rodeada de rosas a varios metros de la casa principal. Una vez dentro, volvió a proponerle matrimonio, aunque esta vez con más énfasis. La suerte estaba echada: se había enrolado en el ejército y debía presentarse; pero antes quería convertirla en su mujer.

Ella trató de distraerle con un comentario trivial.

Fastidiado porque Mara no le tomaba en serio, él la tomó en sus brazos y le cubrió el rostro de besos, apretándola contra sí. La primera reacción de Mara fue de sorpresa pero, de inmediato, la dominó la desesperación pues no podía respirar. Le empujó, pero él no la soltó; se limitó a murmurar con voz ronca algo acerca de su maldita coquetería que encendía las pasiones de un hombre. Un instante más tarde, Mara perdió el conocimiento a causa de la falta de aire, de la misma manera en que se desmayaban las damiselas mojigatas a las que siempre había despreciado.

El desvanecimiento sólo duró uno o dos minutos, pero cuando abrió los ojos estaba tendida en el suelo y la mano de Dennis Mulholland se hallaba debajo de sus faldas, entre sus muslos. El declaró que había estado tratando de aflojarle el corsé, pero Mara no le creyó. Tampoco lo hizo su padre, quien les descubrió antes de que ella pudiera arreglarse el vestido,

André Delacroix se enfureció, principalmente porque se sentía culpable. La mayoría de las muchachas de la edad de Mara ya estaban casadas y tenían hijos, pero él la había mantenido a su lado, alejando a los pretendientes que se mostraban demasiado insistentes. Ahora juró que el villano que se había atrevido a tocar a su hija, que la había comprometido con tanta impunidad, tendría que casarse con ella o enfrentarse a su pistola a una distancia de veinte pasos.

Dennis estaba más que dispuesto a casarse; era Mara quien se negaba, quien caminaba de un lado a otro gritando y suplicando. Finalmente, se salió con la suya, al menos en parte. No habría boda por el momento, pero sí compromiso, y cuando Dennis regresara de la guerra en Méjico, se casarían. Ella tendría que hacerse a la idea, pues no había otra salida.

Dennis partió en su caballo y aunque se había despedido de Mara con un beso, sus ojos estaban vacíos, pues se había dado cuenta de que ella no sentía nada por él. Le mataron en su primera batalla.

Todos se sorprendieron al ver que el compromiso había tranquilizado a la vivaz Mara. Tiempo después observaron con asombro cómo ella se vestía de luto por la muerte de su prometido. Algunos dijeron que se lo había buscado por coqueta, que se merecía perder al hombre amado. Otros hablaron de su madre irlandesa, la cual, como todos sabían, había sido de temperamento inestable. Pero al ver que con el transcurrir de las semanas y los meses ella se volvía cada vez más pálida y retraída, el interés se convirtió en preocupación.

Mara no les prestaba atención. Día tras día se sentaba a mirar por la ventana, casi siempre sosteniendo la carta en la que Dennis le decía que le daba lo mismo morir que vivir, si ella no le amaba. El peso de la culpa y los remordimientos la aplastaba. Se acusaba de despreocupada y egoísta. Sus propios sentimientos habían estado tan poco involucrados, que no había comprendido cuán profundos podían ser los de otras personas hacia ella, con cuánta facilidad se podían cometer actos de los que luego uno se arrepentía. De haberlo sabido, habría sido más cuidadosa, menos audaz. Todas estas ideas eran correctas, pero habían llegado demasiado tarde.

André, alarmado ante el estado de ánimo de su hija, mandó llamar a la abuela de Mara. Hélene se encargó de todo. Era una mujer vital y cálida y, sin preocuparse por su avanzada edad, declaró que Mara debía acompañarla a Francia. Habían pasado años desde su último viaje y ansiaba volver a ver París. ¿Demasiado para ella? ¡Pamplinas! Estaba lejos de ser una anciana inútil.

Visitarían a sus parientes, irían a la Opera, adquirirían cultura y, sobre todo, acudirían a las modistas para desterrar el negro y el púrpura del guardarropa de Mara. El período de luto ya había pasado: Mara debía comenzar a vivir de nuevo.

Roderic, al ver el brillo de emoción en los ojos de Mara, hizo un gesto brusco.

-¿Hay un marido que aguarda ansiosamente tu regreso? ¿Un amante?

-No -respondió ella con voz tensa y luego añadió: Al menos, no lo creo.

-Ah, no lo crees. ¿Pero acaso se pueden poner en duda la virginidad, un embarazo, la legitimidad, la fidelidad, la prosperidad, la seguridad o la libertad? ¿Sabes si hay una madre, un padre o una criatura que te esperan? ¿Una hermana? ¿Un hermano? ¿Un sacerdote? ¿Una doncella fiel?¿Un perrito faldero? ¿No existe nadie que te llore si no regresas?

-No lo sé.

Su abuela no sabría dónde estaba ella, qué estaba haciendo. Su abuela, que la había traído a Europa.

París había sido todo lo que Hélene había prometido: un lugar de elegancia, belleza y fascinación ilimitadas. Se habían hospedado en casa de una prima lejana, una anciana de costumbres y amistades aristocráticas, aunque de medios algo reducidos. Cuando Hélene no estaba rastreando exhaustivamente el parentesco de alguna rama de la familia Delacroix con su prima, ella y Mara paseaban por las calles de la ciudad, cruzando y volviendo a cruzar los puentes sobre el Sena. Saboreaban los manjares de las pastelerías, bebían té o café en las terrazas de las cafeterías, miraban las antigüedades en las tiendas de la Rive Gauche,y se asombraban ante las casas en que habían vivido los famosos y los infames. Visitaron el Louvre, recorriendo las interminables galerías para admirar los cuadros y esculturas sobre los que hasta ese momento sólo habían leído, y pasearon por los jardines de las Tullerías, que estaban abiertos al público, a pesar de que el palacio era la residencia oficial del rey Luis Felipe.

Todos estos paseos terminaron con una visita a la afamada modista, Madame Palmyre. Después de eso sólo hubo tiempo para pruebas y más pruebas o salidas de compras por la Rue de Richelieu en busca de sombreros y chales, guantes, corsés ligeros y medias de seda. Una de las compras favoritas de Mara la realizó en la Maison Gagelin, donde un vendedor con marcado acento inglés y el improbable nombre de Worth le había echado una sola mirada, y luego había traído un chal de lana gris tan finamente tejido que podía pasar a través de un anillo de bodas. Había sido hecho para ella, declaró el vendedor con fervor y, en realidad, hacía resaltar la blancura y la delicadeza de su piel y convertía sus ojos en lagunas suaves de misterio.

Con el guardarropa renovado, Mara y su abuela se embarcaron en un torbellino de entretenimientos: la Opera, la Comédie Francaise, fiestas y bailes amablemente organizados por su anfitriona. Fue en uno de estos bailes donde conocieron a Nicholas de Landes.

De Landes era oficial de la corte y servía en un puesto de poca importancia en el ministerio de Asuntos Exteriores, aunque Mara nunca pudo descubrir qué hacía realmente. Delgado y moreno, con un bigote corto y barba, tenía el porte y los modales de un cortesano del antiguo régimen, como también la misma sonrisa tonta. Se declaró encantado de conocer a las damas de Luisiana, en un tiempo una importante colonia francesa, y se ofreció para hacer todo lo que estuviera en su poder para que su estancia resultara memorable.

La prima de París les había advertido que él, a pesar de todos sus aires, pertenecía a la pequeña burguesía; el padre era hijo de un notario y la madre, de un pequeño terrateniente. Deseaba ansiosamente llegar a lo más alto; eso lo sabía todo el mundo. Esta obvia conciencia de clase no había impresionado a Mara y a su abuela. En todo caso, las había hecho tratarle con más calidez, como para compensarlo.

Mejor hubiera sido escuchar a la prima francesa. De Landes llevó a la abuela de Mara a un par de discretas casas de juego, ocultas en los distritos menos elegantes de la ciudad. El juego estaba prohibido en el área de París, pero siempre había personas que desafiaban la ley a causa de un pasatiempo tan atrayente. Al principio el juego había sido emocionante porque era prohibido y Hélene ganaba pequeñas sumas, pero poco a poco se convirtió en una obsesión. Comenzó a perder cada vez más. De Landes hacía las funciones de banquero, prestándole sumas importantes y

aceptando pagarés en lugar de dinero. Cada mañana, tras una noche desastrosa en la mesa de juego, Hélene juraba que nunca regresaría pero, al caer la noche, no podía dejar de ir. Mara la observaba con ansiedad, pero suponía que su abuela era una mujer razonable, que sabía lo que valía el dinero.

Llegó una mañana en que Nicholas de Landes les hizo una visita. Aunque estaba desolado por verse obligado a decir una cosa así a una dama, ya no podía financiar las pérdidas de la señora Héléne Delacroix. Ella debía pagarle con intereses lo que le debía. Estaba seguro de que no habría dificultades, ya que se sabía que los dueños de plantaciones de azúcar eran enormemente ricos. No dudaba de que el hijo de Madame le daría el dinero si sabía que ella estaba en una situación embarazosa. El único problema era la forma en que se haría el arreglo.

Hélene estaba horrorizada ante la enormidad de sus pérdidas. No podía explicar cómo la suma se había vuelto tan exorbitante sin que ella se diera cuenta. Pero allí estaba, cuidadosamente detallada día por día, una deuda de más de cien mil francos. No poseía esa cantidad ni por asomo, y sabía que tampoco la tenía André.

En 1847 se había desatado el pánico económico en Estados Unidos y en el mundo. El otoño anterior, un pulgón había destruido una de las mayores cosechas de patatas en toda Europa, y el tiempo frío y lluvioso no había favorecido la cosecha de trigo. Ahora los alimentos escaseaban tanto que los precios estaban por las nubes y los franceses lo llamaban el Año del Pan Caro. André se había visto afectado como todos los demás; de hecho, había tenido que pedir dinero prestado para mandar a Europa a Hélene y a Mara y comprar ropa adecuada a su hija. Para eso había dado como garantía su siguiente cosecha. Con las finanzas tan comprometidas, se vería obligado a vender parte de sus posesiones para hacer frente a esta nueva deuda y eso llevaría tiempo.

De Landes no estaba de humor para esperar. Exigía que se le pagara de inmediato, de lo contrario tomaría medidas drásticas. A Madame no le gustaría eso, aseguró.

Hélene se había horrorizado por el carácter implacable que el cortesano había ocultado bajo su fachada amable. Pero eso no fue nada en comparación con lo que sintió cuando él sugirió que, si Hélene no conseguía el dinero, su encantadora nieta podría saldar la deuda prestándole un servicio. Si Madame se lo permitía, él llevaría a Mademoiselle Delacroix a dar un paseo para explicarle el asunto.

La sugerencia que de Landes le hizo fue tan increíble, tan denigrante que Mara le miró con incredulidad. Existía un príncipe balcánico que representaba un obstáculo, dijo el. Sería un beneficio para de Landes y su grupo si este caballero real pudiera volverse susceptible a determinada influencia. Para saldar la deuda de su abuela, Mara tendría que seducir al fastidioso príncipe, convirtiéndose en su amante.

Por un instante, ella no pudo hablar a causa de la furia y la indignación.

-¡Detened el carruaje! ¡Bajaré de inmediato! –Al ver que él no le hacía caso, intentó abrir la puerta.

Ella tomó de la muñeca con fuerza, hundiéndole los dedos en la piel. Con tono suave, pero malicioso, dijo:

-Estáis en vuestro derecho de negaros, por supuesto.

-¡Me niego!

-Una decisión apresurada y poco inteligente. Antes de darme vuestra respuesta final, deberíais considerar que las personas que no pagan sus deudas de juego pueden tener accidentes. Los huesos de las ancianas como vuestra abuela son muy frágiles. Incluso un pequeño percance puede tener consecuencias sumamente dolorosas o quizá fatales.

Un miedo helado se apoderó de Mara, quitándole el aliento. La muchacha se echó hacia atrás en el asiento. Con el corazón oprimido, miró los ojillos oscuros del hombre junto a ella. Le pareció que disfrutaba de su miedo. Se humedeció los labios resecos.

-¿Significa que si no hago lo que me pedís, haréis daño a mi abuela?

-Palabras crudas, pero ciertas. La seguridad y comodidad de vuestra abuela están en vuestras manos, estimada Mara. Debéis pensarlo bien.

Era una extorsión, una coerción sórdida y horrible, pero no había forma de combatirla. Las autoridades, como le explicó razonablemente de Landes, sin duda no mostrarían interés alguno por

las dificultades de dos norteamericanas, sobretodo si había juego ilegal de por medio. Y eso, si lograban hacerles creer que él, desde su puesto en el gobierno, había hecho una proposición tan extraña a una damisela. podría pedir ayuda a la anciana y aristocrática prima, pero esa dama tendría tan poco poder como ellas para impedir un accidente. El padre de Mara estaba lejos y ella no tenía otros parientes varones que pudieran venir en su ayuda. Lo mejor sería resignarse a su tarea, por más desagradable que pudiera resultarle.

Después de dos días de dolorosa indecisión, Mara se vio forzada a admitir que él tenía razón. No podía hacer otra cosa que acceder a la denigrante proposición de de Landes.

Tampoco había podido contar a su abuela lo que le exigía de Landes; Hélene hubiera insistido en desafiarle y correr el riesgo. Eso no podía ser. La anciana, de más de setenta años, se había avejentado desde su confrontación con de Landes. A Mara nunca le había parecido que representaba su edad, pero ahora, casi delante de sus ojos, Hélene se había vuelto frágil e indefensa, necesitada de protección. Mara le dio a entender que lo único que se esperaba de ella era que iniciara un flirteo con el príncipe en un acto público y que luego le guiara a una entrevista con el superior de de Landes, Francois Guizot, ministro de Asuntos Exteriores y favorito del rey Luis Felipe.

Hélene se agitó ante esta supuesta misión, pero aceptó finalmente la explicación. Los asuntos de Estado con frecuencia eran complicados, casi imposibles de comprender. Quizás el favor no fuera tan sencillo como parecía; es más, no podía serlo, puesto que de Landes estaba dispuesto a sacrificar semejante suma para conseguirlo. Ella, Hélene Delacroix, estaba casi segura de que de Landes había sabido desde el principio la relación que tenían con el príncipe. Sospechaba que la había tentado con el juego para lograr precisamente ese fin.

Mara no pudo menos que pensar lo mismo que Hélene cuando vio la forma sagaz en que de Landes había convencido a su abuela para que hiciera de anfitriona en una fiesta en su castillo mientras Mara se quedaba para completar su misión, y cuando comprobó las maniobras y cambios de carruaje que había organizado para hacer creer a la anciana prima que Mara visitaría el valle del Loira con su abuela. Las detalladas instrucciones que había recibido durante el largo viaje hasta el campamento y la violencia con que ese viaje había concluido sólo sirvieron para reforzar esa impresión.

Sin embargo, no había tiempo para cavilar sobre su petición, pues las preguntas, rápidas y letales como una emboscada de flechas, llovían sobre ella.

-¿De dónde venía tu carruaje? ¿De qué color era? ¿Cuántos caballos y lacayos? ¿Qué sucedió para que te empujaran? ¿Fue por falta de cooperación o por haber cooperado demasiado? ¿Cómo es que quisieron librarse de una belleza así? ¿Dónde, entonces, está la furia? ¿Y el infierno?

Las preguntas estaban cargadas de sospecha. El hecho de que esta sospecha tuviera fundamentos no impidió que Mara se sintiera agraviada.

-Sin duda -respondió con una mirada relampagueante, reconociendo la cita que se había convertido en proverbio y rastreándola hasta su origen-, en el mismo lugar que la ira del cielo.

-Hay cosas que recuerdas, entonces -dijo Roderic con voz suave.

Mara clavó la mirada en los brillantes ojos azules.

-Así parece.

-Es una suerte; de lo contrario, serías otra vez como una criatura, mojada, escurridiza y sugestiva, e indefensa...

-Es una suerte para vos que no lo sea.

-Bueno, no lo sé. Podría haber disfrutado meciéndote sobre mis rodillas.

-Una tarea peligrosa, en las condiciones que describís.

-¿Te refieres a que podrías estar mojada?

Se había referido a eso, por supuesto, pero era desconcertante que tomasen las palabras de una tan literalmente y recibir esa sonrisa franca, atractiva y peligrosa. La habían advertido sobre el gusto del príncipe por los juegos de palabras: él intentaba desconcertarla.

-Sería algo natural --contestó con voz tranquila.

El príncipe bajó el tono y habló con suavidad.

-El hombre fue un imbécil.

-¿Cómo?

-Al deshacerse de ti.

Mara sintió que algo le oprimía el pecho, pero no quiso morder una carnada tan obvia.

-Pudo haber sido una mujer.

-¿Lo crees? ¿Una madama, quizá? Pero ninguna querría deshacerse de una mercancía tan tierna y fácil de vender. ¿Una rival celosa? podría haberte degollado con toda facilidad o haber dejado caer ácido sulfúrico aquí y allí, donde más doliera. ¿Una parienta, tal vez, decidida a desacreditarte? ¿Pero, por qué? ¿Para destruir tu buen nombre y volverte indigna de un pretendiente adecuado? Los hombres a veces son unos idiotas en lo que respecta a ciertas cosas, como si una noche en el rocío tuviera alguna importancia. ¿La tendrá?

-¡Basta! -exclamó ella, tambaleándose un poco. La tensión le daba dolor la cabeza-. No hay necesidad de que os burléis de mí.

-En lugar de hacer eso, estaba pensando en enviarte a descansar. Después de todo, parece ser lo que más necesitas.

¿Era acaso compasión lo que detectaba en la voz de él? No podía estar segura. Reposo, tranquilidad. Sin duda tenía razón. Mara casi no podía pensar. Si no tenía cuidado, algún comentario descuidado la delataría. Su mirada se posó sobre los carromatos que rodeaban el fuego. Contempló el más nuevo y mejor de todos: uno pintado de azul y blanco y decorado con arabescos dorados.

-¿Dónde voy a dormir? -preguntó mientras se envolvía cansadamente en la capa.

Al oír esa pregunta simple, Roderic contuvo el aliento. La tentación de guiarla a su carromato, a su cama, era tan grande que se mantuvo en silencio, sobresaltado. ¿De dónde había salido esta repentina oleada de deseo por una mujer andrajosa y herida, que ni siquiera tenía nombre? Era bella, pero él había visto mujeres bellas en otras oportunidades y había tenido todas las que deseaba. Ella le intrigaba y no solamente porque la cadencia de su voz y las palabras que usaba eran las mismas que las de su madre, fácilmente reconocibles como procedentes de Luisiana. Pero las mujeres con pasados misteriosos abundaban en París. No; era algo más, algo indefinible, con lo que había que tener cuidado. No obstante, su carromato seguía siendo el mejor lugar.

Mara levantó el rostro y al ver la expresión de él, sintió que el corazón comenzaba a galoparle. En su interior nació una terrible esperanza y, a la vez, un miedo de que esta seducción fuera a resultar fácil. Sintió una gran necesidad de extender el brazo y tocarle y, con instintiva seguridad, supo que eso era lo que debía hacer. El impulso creció, hasta que ella no pudo discernir si era un deseo mental y calculado o una verdadera necesidad física. No tenía importancia. Le era imposible moverse.

Roderic se puso de pie y se apartó con elegante agilidad. Emitió una orden que cortó el aire nocturno con la salvaje quietud de un sablazo. La música se detuvo.

Hombres y mujeres se pusieron en movimiento; levantaron mantas, ollas, recipientes y armas. Se alejaron luego hacia los carromatos o se perdieron en la oscuridad circundante. Una joven se acercó y saludó a Mara con una reverencia, luego le tomó la mano y la guió hacia el carromato azul y blanco. Muy altiva Mara se puso de pie y la siguió, sin volverse a mirar atrás.

El príncipe estaba solo junto al fuego; en su rostro, una expresión sombría. Luego, con movimientos controlados, volvió a sentarse sobre las mantas que quedaban. Tomó la mandolina y comenzó a tocar una melodía.

Mara oyó la música cuando estaba entrando en el carromato y se detuvo. No supo si reír, enfurecerse o llorar, y tuvo que obligarse a seguir avanzando. Burlona y dulce, delicada y etérea, la melodía que el príncipe tocaba era una canción de cuna.

2

El carromato del príncipe no era muy distinto de los demás en su aspecto externo, salvo que estaba mejor pintado. El interior, sin embargo, había sido decorado en forma más majestuosa que gitana, pensó Mara. Los elementos habían sido elegidos por su belleza y calidad, pero también con

un cuidado y una variedad que hablaban de su dueño.

Dos de las paredes estaban cubiertas con libros en cinco idiomas, tomos sobre filosofía y arte, religión e historia, música y teoría de la guerra. Las otras dos estaban lujosamente tapizadas y había lámparas de aceite de ballena montadas sobre balancines. En un rincón, una mesa con partituras esparcidas sobre su superficie, casi ocultando una espada de acero y bronce. Debajo, estuches con instrumentos musicales. Sobre un escritorio, un tintero de oro y cristal con una pluma también de oro en el portaplumas y varias hojas de papel doblado en una ordenada pila. Detrás del escritorio había una silla recta, pero para mayor comodidad también había un sillón mullido con un banquillo para los pies, ambos tapizados en terciopelo azul. El suelo era de madera barnizada, cubierto por una alfombra persa en tonos crema, dorado y azul. Unos armarios separaban otro aposento que tenía una cama colocada en sentido transversal. Las cortinas de la cama caían desde un travesaño dorado con forma de lanza y estaban atadas a cada lado con cordones con borlas. Sobre el colchón había una almohada grande y varios almohadones con fundas de color crema con bordes azules, sábanas de color crema con monograma y una manta de piel de zorro plateado. El conjunto daba una impresión de práctica elegancia, con no pocos toques de opulencia.

La joven que había guiado a Mara al carromato encendió las lámparas, trajo un recipiente con agua caliente toallas y jabón con fragancia de sándalo. Ofreció sus servicios de doncella para ayudarla a prepararse para irse a la cama. Mara permitió que le quitara el vestido y el corsé y luego le indicó que se marchara. Instantes más tarde, deseó no haber sido tan atolondrada. No tenía camisón: tendría que dormir con la camisola interior y los calzones.

No tenía importancia. Lo único que necesitaba realmente era estar sola, recostarse y cerrar los ojos para alejarse de las preguntas, las miradas y las sospechas. Era una lástima no poder ocultarse también de sus pensamientos.

Había pasado la primera prueba. Tardó en tomar conciencia de ese hecho. Sólo cuando los minutos se convirtieron en horas se permitió creerlo. Estaba aquí con el príncipe; aquí, en el campamento gitano entre la gente a quien él pertenecía. Estaba en su carromato, durmiendo en su cama. De Landes tenía razón cuando había dicho que ésta era la mejor forma de acercarse a él. Aquí, donde estaba a gusto, lejos de la ciudad; aquí donde no había autoridades que pudieran encargarse de ella ni tampoco distracciones que desviaran la atención del príncipe. Había despertado la curiosidad de Roderic, pensó Mara, y quizá también su compasión.

Eso no era suficiente. Había tenido la oportunidad de hacer algo más y no la había aprovechado. Le había faltado valor cuando se había visto frente a ese hombre. No debía permitir que volviera a suceder; no sería bueno para su abuela. ¿Pero. cómo podría obligarse a sonreír y mostrarse seductora? ¿Podría dar el paso final e irrevocable e invitar al príncipe a su cama?

Con un movimiento brusco y convulsivo se volvió sobre la espalda y contempló la oscuridad iluminada sólo por el resplandor del fuego que se reflejaba en el carromato. Debía dar ese paso. Debía llegar a la intimidad con el príncipe y persuadirle de que la llevara con él cuando regresara a París. No había alternativa.

Pensó en su abuela en las manos de de Landes. ¿Habría realmente un grupo de huéspedes en su castillo o se habría tratado solamente de una excusa? ¿La estarían tratando mal? ¿Tendría suficiente abrigo y comida? ¿Estaría en una confortable casa de campo o en una fortaleza de piedra con calabozos, celdas desnudas con barras en la puerta y paja en el suelo para dormir? ¿Se trataría de la antigua propiedad de un noble que había pasado a manos de de Landes como recompensa por su cargo?

Existían muchos lugares así en Francia: propiedades que habían cambiado de manos docenas de veces con cada nuevo gobierno desde la Revolución. Las tierras ricas y las casas señoriales del valle del Loira eran la ambición de los nuevos ricos de cada gobierno. Cada casona en ruinas con su poblado cercano se convertía en una excusa para añadir el aristocrático «de» a un apellido y apropiarse de la gloria pasada. Sin embargo, pocos elegían vivir en esos castillos. La atracción de París y de la corte de Luis Felipe, por más sobria que fuera, era mucho más fuerte; además, las mansiones enormes estaban llenas de corrientes de aire y en invierno eran heladas.

Mara se estremeció sobre la cama del príncipe. El temblor venía de dentro, sin embargo, y no

era posible amainarlo, ni siquiera con la manta de piel. Permaneció contemplando la oscuridad con ojos ardientes.

La despertó un sonido tan suave que no pudo identificarlo. Al cabo de un instante, descubrió que había comenzado a llover. Las gotas repiqueteaban sobre el techo del carromato, ni suaves ni pesadas, pero implacables. Tardó un momento en darse cuenta de que, a pesar de su persistencia, no había sido ése el ruido que la había despertado. Se incorporó en la cama, apoyándose sobre un codo:

-No te asustes -dijo el príncipe desde la oscuridad-. Lo único que busco es un refugio.

Se suponía que ella había perdido la memoria, no el sentido común ni el valor.

-No estoy asustada -respondió con aspereza.

-¿De verdad? No esperaba tanta sangre fría.

Sonidos leves acompañaron las palabras. No se necesitaba un esfuerzo de imaginación muy grande para comprender que se estaba desvistiendo en la oscuridad. Mara sintió que el corazón comenzaba a latirle alocada y dolorosamente. Una sensación sofocante la invadió cuando se dio cuenta de que tenía otra oportunidad delante de ella. Consciente del prolongado silencio, buscó algo para decir.

-¿Os... os habéis mojado?

Había risa en la voz de él cuando respondió:

-Como una criatura que no tiene quien la cambie ni la acune.

Era una referencia a su anterior conversación. Mara la dejó pasar.

-Espero que no haya sido por no molestarme.

-¿Un caballero gentil y gallardo que sufre por no irrumpir en el refugio de una dama? Nada tan galante. Los caballos estaban inquietos.

-¿Y vos hicisteis de palafrenero? -No pudo disimular la sorpresa en su voz.

-No fui el único. Los caballos son la subsistencia, el transporte y la riqueza de los Tziganes, los gitanos, y particularmente de este grupo, integrado por criadores y comerciantes de caballos de raza. Pero, por mi parte, odio quedarme quieto cuando hay algo que puedo hacer para evitarlo.

Mara estaba segura de que había criados que podrían haberse encargado del asunto. Que lo hubiera hecho él mismo, la hizo reflexionar. Le había imaginado como el perfecto aristócrata, con la indiferencia de esa clase por el bienestar de sirvientes y animales, y por todo aquello que no afecte directamente su propia comodidad ni su importancia. Este no era momento para estudiar su personalidad, sin embargo. Lo que fuera el príncipe como hombre no influía en lo que ella tenía que hacer.

-Debéis... tener frío.

-¿Estás por casualidad ofreciéndote para darme calor?

Mara sólo debía responder que sí y, sin embargo, la audacia de la pregunta hizo tambalear su valor.

-Sólo para compartir las mantas -respondió apresuradamente.

Sintió un soplo de aire y luego la voz de él encima de ella, como si el príncipe se hubiera arrodillado junto a la cama baja.

-¿No me acunarás sobre tu pecho ni me acariciarás para que me duerma?

-¡No soy vuestra niñera! -exclamó ella con una nota extraña en la voz que no se debía al pánico sino a una punzada en el pecho.

-Y eso es algo excelente -dijo él, y levantándose con un movimiento rápido, abrió la manta y se deslizó bajo ella junto a Mara.

Ella se apartó bruscamente con una exclamación ahogada y luego, cuando se dio cuenta de lo que hacía, permaneció inmóvil. Era una estúpida. Sentía deseos de llorar de nerviosismo y repudio por sí misma. De alguna manera tenía que aprender a controlarse, a obligar a su cuerpo a aceptar los mandatos de su voluntad. Si el príncipe tomaba la iniciativa y la tocaba, ella no debía rechazarle No lo haría. Le aceptaría y trataría de responder.

Roderic no se movió. Mara podría haber estado sola en la cama, pues no había evidencia de su presencia. Si respiraba, ella no podía saberlo, pues el sonido era imperceptible. La falta de tensión en la manta que los cubría era un indicio de que él estaba completamente relajado. Al cabo de unos

minutos, debió quedarse dormido, pues no cambió de postura. Poco a poco la tensión de los músculos de Mara se relajó y ella permitió que se le cerraran los ojos. La lluvia sobre el techo del carromato producía un ruido tranquilizador, constante. Sintió frío en el hombro que tenía descubierto y sc acurrucó debajo de la manta.

La luz gris del amanecer despertó a Mara nuevamente. Abrió los ojos de mala gana. Trató de desperezarse y ahogó una exclamación de dolor. Tenía todos los músculos entumecidos y el hombro tan rígido que no estaba segura de poder moverlo. La memoria no le hizo recordar que no estaba sola en la cama, sino una vibrante sensación física. Volvió la cabeza hacia un lado y se topó con los ojos del príncipe.

Estaba tendido sobre un costado observándola, con la cabeza apoyada sobre una mano. La manta se había deslizado y revelaba su torso desnudo. La tenue luz de la mañana brillaba sobre el bronce de sus músculos, y daba un tono dorado a la mata de vello que le cubría el pecho. La mirada de él manifestaba aprecio, pero debajo de ella había sagacidad y concentración.

El pelo negro de Mara caía en ondas oscuras sobre la almohada. Su rostro ovalado se ruborizó suavemente y el color se extendió por su delicado cuello hasta el profundo escote de la camisola de seda. Sus labios, entreabiertos por la sorpresa, eran sensuales, suaves y húmedos. Pero la mano que se apoyaba sobre la manta estaba cerrada en un puño y el gris de sus ojos irlandeses comenzaba a oscurecerse por el temor.

Roderic se inclinó hacia ella. Sus pestañas negras descendieron y ocultaron la expresión de Mara, que no se apartó. Parecía innoble aprovechar el momento para cubrir esa boca dulce con la suya, pero no le impulsaba solamente el deseo. El contacto físico sería una prueba. Sentía curiosidad por ver qué haría ella, si le aceptaría o le rechazaría.

Mara permaneció inmóvil; tenía los labios fríos, y sin embargo era tanta su sensibilidad que vibró en un rincón de su ser con el calor, la suavidad y la presión de la boca de él. El miedo desapareció y lo sustituyó una sensación de placer. Se movió lentamente, amoldando su boca a la de él. La presión se incrementó y Mara sintió el toque sutil de la lengua de Roderic.

Dennis la había besado así la noche del baile, invadiéndole la boca con su lengua húmeda y caliente. Al recordarlo, Mara sintió una oleada de pánico y se apartó bruscamente, al tiempo que levantaba una mano para empujar el hombro de Roderic.

El la soltó de inmediato, pero no dejó de observarla: la marca morada sobre su sien revelaba la herida que la venda había dejado al descubierto durante la noche; tenía sombras debajo de los ojos; su piel transparente brillaba con el rubor de alguna emoción, cuyo origen él sólo podía adivinar. Un hermoso enigma, esta mujer que había aparecido ante ellos en la noche. El presentía un misterio, algo más que una damisela en apuros que no recordaba su identidad.

Los tejes y manejes de las cortes y facciones políticas de la mitad de los países europeos le eran tan familiares como sus propios pensamientos. Había desarrollado un instinto para detectar corrientes subterráneas peligrosas y confiaba en él. Ahora sabía que lo mejor que podía hacer era dejarla con los gitanos. Sin embargo, comenzaba a sentirse fascinado por los avances tentativos de ella y sus rápidas retiradas. Había algo en sus ojos que le perturbaba; se asemejaba a una gacela perseguida por sabuesos.

-Discúlpame --dijo bruscamente-. No fue correcto de mi parte aprovecharme de tus heridas.

Cuánto más fácil sería si él se aprovechara por completo y diera así por terminado el asunto. Una sonrisita se dibujó en los labios de Mara ante esta idea desesperada y desapareció de inmediato.

-Supongo... que estareis acostumbrado a ... a despertar con una mujer en el lecho.

-No con una cuyo nombre personal o profesional no conozco.

-Ya os expliqué...

-Lo recuerdo con toda nitidez. Nos crea un problema, ¿no es así? Podría chasquear los dedos o silbar cuando requiera tu atención, pero me parece algo burdo. Todo ser necesita un nombre y como una criatura recién nacida, tienes la oportunidad de bautizarte nuevamente esta mañana. ¿Cuál será, entonces, tu nombre? Chere es demasiado común, y chere amie me resulta algo prematuro.

-Sí --dijo ella, mirándole con indignación y temor. No era su amante, su chere amie, todavía, y aunque las palabras de él habían sido pronunciadas en son de broma, para aliviar la tensión, Mara

no podía estar segura de que él no hubiera adivinado su intención. Se decía que él era extremadamente suspicaz.

-¿Serás Claire o Caroline, entonces, Candance o Chloé? No a todos se les permite elegir.

La tentación de decir su propio nombre era grande. Sin embargo, no podía correr ese riesgo.

-No lo se. Llamadme como queráis.

-Me tientas. ¿Circe, como la hechicera pagana que convertía a los hombres en cerdos? ¿Daphne, que se transformó en laurel a causa de su amor? ¿O quizá te daré el nombre de la bella y pérfida Helena?

-Nada tan clásico, creo. Pero, ¿es necesario que me deis un nombré? Quizá en poco tiempo recuerde el mío.

-y quizá no lo hagas.

Qué despreciable era esta falsedad. Mara bajó los ojos.

-Entonces creo que sería mejor Chere, a pesar de ser tan común.

-Como gustes. ¿Tienes hambre?

-No mucha.

-Sin embargo anoche no comiste nada, al menos desde que te encontraste con nosotros. ¿Tienes fiebre?

Extendió la mano para tocarle la frente y ella logró no dar un respingo haciendo uso de toda su fuerza de voluntad.

-Creo que no.

-No -asintió él, retirando la mano-. ¿Qué debo ofrecerte entonces, para despertar tu apetito? ¿Lenguas de mirlo? ¿Las langostas del Mediterráneo y el vino de Baco que abre las puertas del corazón?

-No -respondió Mara, estremeciéndose.

-¿Tolerarías un panecillo, entonces, y chocolate con leche de cabra?

Si él había querido que este sencillo desayuno le resultara apetecible, lo había logrado. Al ver que ella asentía, sonrió y con movimientos ágiles se levantó de la cama y comenzó a vestirse. Mara clavó los ojos sobre sus propias manos, consciente del rubor que le cubría el rostro. El estaba desnudo. Mara lo había sospechado, pero eso no era lo mismo que saberlo. Fuerte, vital y viril, envuelto en la poderosa aura de su título de nobleza, este hombre había compartido la cama con ella y no la había tocado. Era frustrante. También era la causa de la sensación de culpa que la invadía. Ella tendría que haber hecho algo, cualquier cosa para excitarle. Pero qué terrible sería usar a un hombre tan considerado en sus relaciones con las mujeres.

La depresión no la abandonó cuando él salió del carromato. Mara trató de convencerse de que la había deseado; se había visto obligada a rechazarlo de madrugada. ¿O no? Pero él había tomado muy bien ese rechazo. De un hombre acostumbrado a salirse con la suya, como sin duda era él, hubiera esperado algún tipo de persuasión, una señal de enfado o de afrenta al menos. Esas eran las reacciones de un orgullo herido, por supuesto. Tal vez su seguridad era tan grande que no concebía que una mujer le rechazara, salvo por algún motivo de extrema gravedad.

La idea la hizo sonreír. No, sólo podía deberse a que su interés había sido pasajero, porque ella estaba a su alcance.

El deseo de él no había sido más que un antojo del momento, de modo que no se había ofuscado por el rechazo. Eso era todo. Ella no había sabido aprovechar la oportunidad que el destino le había puesto en su camino y ahora no era probable que volviera a tener otra.

El día era frío y húmedo. Mara bebió el chocolate y comió los panecillos en la cama. Se los había traído la misma joven que la noche anterior había desempeñado el papel de doncella suya. Mientras ella comía, la muchacha trajo aguja e hilo y remendó el vestido de Mara. No era una experta ni mucho menos, pero el vestido quedó en condiciones de ser usado y el impulso de la muchacha había sido generoso. Las palabras de agradecimiento de Mara la hicieron sonreír y Mara pudo sonsacarle algo de información. La escolta del príncipe y la mayoría de los gitanos abandonaron el campamento esa mañana, pues habían recibido la orden de buscar algún rastro del carruaje que había traído a Mara y de interrogar a cualquiera que pudiera haberlo visto.

El gitano Luca había sido sometido a un riguroso interrogatorio respecto de lo que había visto y oído. Dijo que cuatro caballos blancos tiraban del carruaje y no había lacayos; era nuevo, pues la pintura relucía aun en la noche oscura y estaba construido según las últimas tendencias. Los faroles del carruaje no estaban encendidos, de modo que era imposible adivinar el color. Cuando Mara cayó al suelo, se oyó la voz de un hombre. No era una voz ruda, pero sonaba furiosa. Inmediatamente después, la puerta del .carruaje se cerró y el vehículo se alejó a gran velocidad. Al principio, Luca creyó que se trataba de un cadáver que había sido arrojado al camino, y no se apresuró a investigar. Cuando ella gimió y se puso de pie tambaleándose, él vio el brillo del vestido blanco y comprendió que se trataba de una mujer. Ella se alejó en dirección al campamento y la dejó ir. Le pareció que sería mejor que el propio príncipe se encargara del problema.

El movimiento y el esfuerzo de vestirse diminuyeron la tensión en el hombro de Mara. Sintió alivio, pues había comenzado a temer que se le hubiera dislocado. Sin embargo no pudo levantar los brazos lo suficiente como para arreglarse el pelo, de modo que permitió que la joven gitana se lo trenzara y se lo atara en forma de corona alrededor de la cabeza.

Cuando estuvo presentable, deambuló por el carromato, mientras observaba a la muchacha hacer la cama y guardar la ropa del príncipe. No sabía qué hacer, si ir afuera y hablar con Roderic o quedarse donde estaba y esperar que él viniera a buscarla. Hubiera preferido que los hombres del príncipe estuvieran presentes, para ayudar a llevar el peso de la conversación. Le habían enseñado el arte de hablar sin decir nada durante horas, de hacer preguntas para agradar a la otra persona, pero en el transcurso del último año le parecía que había perdido la facilidad para conversar. Además, había muchas cosas de las que no podía hablar debido a su supuesta pérdida de memoria, tantas trampas en las que podía caer con toda facilidad. Tenía la mente entumecida, se sentía incapaz de mostrarse ingeniosa y entretenida. Si no podía lucir esas cualidades, ¿que objeto tenía llamar la atención del príncipe o de cualquier otro hombre?

Había dejado de llover, pero la mañana estaba nublada y gris. La zona baja donde habían acampado los gitanos era rocosa y estaba cubierta de lodo. La humedad hacía que el frío se volviera penetrante y era necesario moverse, estar activo, para que el frío no calara los huesos. Dentro del carromato, Mara se cubrió con la capa, preguntándose si se atrevería a encender un fuego en la pequeña estufa de cerámica que había en un rincón. Finalmente, le pareció más fácil buscar el calor del fuego en el centro del campamento.

Demonio la recibió con muestras de alegría, saltando, retorciéndose y meneando la cola. Lamió la mano de Mara y saltó para arañarle las falda.

Tan violenta era su bienvenida que ella no podía caminar sin tropezar continuamente con el perro.

El príncipe, de pie junto al fuego, se volvió y chasqueó los dedos. -Quieto, Demonio.

El perro le miró y bajó la cola, pero un instante más tarde saltó nuevamente y apoyo las patas delanteras sobre Mara, jadeando con frenético afecto.

-Es tan obediente -comentó Roderic con tono irónico.

Mara levantó la vista y acarició la cabeza del perro.

-No me molesta -dijo con una sonrisa.

-Es malo para la disciplina.

-¿Sí? ¿La disciplina de quién?

-La suya. Un buen día correrá hacia la persona equivocada y le abrirán el cuello.

Ella le miró, sobresaltada.

-¿Habláis en serio?

-No todo el mundo aprecia el valor de la vida, ya sea animal o humana.

-Es verdad -respondió Mara en voz baja, pensando en Dennis Mulholland, que se había marchado a la guerra, sin que le importara perder la vida.

-¿Qué sucede? ¿Un mal recuerdo?

La pregunta suave hizo que Mara contuviera el aliento. Se obligó a sonreír y respondió:

-No... no estoy segura. Algo parecido, quizá.

El príncipe Roderic la observó con rostro sombrío. No dijo nada, pues en ese momento se

acercaron cabalgando los gemelos Jacques y Jared, con Trude en el medio de ambos. Los niños gitanos, que jugaban en el barro, chillaron y corrieron para escapar del agua sucia que levantaban los cascos de los caballos. Demonio ladraba y corría en círculos, despertando a los perros de los Tziganes, que a su vez hicieron rebuznar a los asnos y asustaron a los gansos y pollos que estaban en cajones debajo de los carromatos.

Los dos muchachos y la joven desmontaron y se acercaron para informar al príncipe. El carruaje, según lo que habían podido averiguar, se había dirigido directamente hacia París a gran velocidad, después de arrojar a Mara cerca del campamento. No había nada que diferenciase su huella de las demás. Era una lástima no haber salido a perseguir al vehículo la noche anterior cuando había alguna posibilidad de alcanzarlo, dado que era de tanta importancia conseguir noticias de él y de sus ocupantes.

Roderic frunció el ceño y no respondió al último comentario, limitándose a asentir con la cabeza. Trude, magnífica con su uniforme blanco, se volvió para fulminar a los gemelos con la mirada, como si les considerara impertinentes aun si Roderic no lo hacía. Había algo casi protector en ella, algo que llamó la atención de Mara. La presencia de la mujer le había resultado extraña la noche anterior, pero estaba demasiado alterada como para pensar en eso. Ahora no pudo dejar de preguntarse cómo habría llegado Trude a convertirse en uno de los miembros del círculo del príncipe y cuál sería su posición en el grupo.

La escolta en sí, el pequeño grupo de seguidores del príncipe, no le parecía inusual en absoluto. Había oído hablar tanto a Grandmere Hélene sobre el príncipe Rolfe, padre de Roderic, y los hombres que habían ido con él a Luisiana tantos años atrás, que le hubiera resultado extraño que su hijo no tuviera un cuerpo de guardaespaldas, su propia garde du corps.

En el grupo de Rolfe también había cinco hombres. Grandmere disfrutaba contándole cómo habían llegado al baile que ella había ofrecido en el campo cerca de St.Martinville, cómo habían ingresado en el salón con sus espléndidos uniformes, de forma coordinada como si estuvieran desfilando. Tan espectacular había sido su aparición dentro de la sociedad local, que fue como si un grupo de pavos reales hubiera decidido invadir un palomar.

El baile se interrumpió. El príncipe Rolfe fijó su atención en Angeline Fortin. Su primo Leopoldo, su medio hermano Meyer, el veterano con un solo ojo, Gustave, y los gemelos Oscar y Oswald también encontraron pareja. Bailaron una pieza y luego, ante una señal del príncipe, se marcharon, dejando a las damas suspirando, ya fuera de desilusión las que no habían sido elegidas, o de felicidad las pocas afortunadas. Fue una noche de triunfo para la abuela Hélene: su casa había sido honrada con la presencia de un príncipe!

En ese momento no sabía que más tarde ese príncipe robaría la mujer amada a su hijo.

El primer hombre que Roderic le había presentado a Mara había sido Michael, su primo, hijo de Leopoldo. Debía de tratarse del mismo Leopoldo que había estado en Luisiana con Rolfe. ¿Serían los demás también hijos de algunos miembros de aquel grupo? Mara deseaba poder preguntárselo, pero no podía hacerlo mientras tuviera que mantener su nombre y su origen secretos, fingiendo haber perdido la memoria. Era frustrante.

No obstante, ese día más tarde tuvo la oportunidad de averiguar algunos detalles. Michael y el conde italiano Estes regresaron. A mediodía comieron guiso con pan y bebieron vino. El campamento estaba casi vacío; muchos de los gitanos se habían marchado antes del amanecer para cumplir diversas tareas. Roderic partió a caballo con Michael y los gemelos, dejando supuestamente a Estes y a Trude para vigilar el campamento. Pero Mara presintió que era para que la vigilaran a ella.

La rubia amazona se ocupó de su caballo y cuando terminó se dejó caer sobre una manta junto al fuego. Mara levantó la vista; había estado quitando abrojos del largo pelaje de Demonio. Estes la entretenía con anécdotas graciosas sobre lo sucedido cuando el grupo había estado de campaña en Italia, pero se disculpó y fue a recorrer el campamento. Mara sonrió tímidamente a la otra mujer, consciente de que a ésta no le agradaba la tarea de vigilarla.

-Estes me dijo que la escuadra ha participado en muchas batallas por toda Europa. Tú también..., es decir.... ¿luchas con los demás?

-Estes habla demasiado. -La voz de la otra mujer era dura pero en absoluto masculina.

-Fue amable. Me estaba haciendo compañía.

-Estaba tratando de congraciarse. Le gusta la compañía femenina, la de cualquier mujer.

El tono hiriente se clavó en Mara como una daga.

-¿Y tú, supongo, desprecias a las de tu sexo?

-Prefiero no escuchar sus risitas tontas y conversaciones interminables sobre ropa y conquistas.

-¿Esas cosas no te interesan?

-No.

-Matar te agrada más. -La actitud de la mujer hacía que a Mara le resultara imposible no presionarla.

-No me gusta, pero soy capaz de hacerlo.

-Estás muy bien en tu puesto, entonces.

-Así es -replicó Trude con tono lacónico.

-Qué curioso...--comentó Mara, ladeando la cabeza- no pareces feliz.

Trude no contestó de inmediato. Al cabo de unos instantes dijo:

-Te daría un consejo si creyera que lo ibas a aceptar.

-¿Sí?

-Has atraído la atención de Roderic. Siente curiosidad respecto a ti y no hay nada que le guste más que un enigma. Pero su interés es esfumará cuando logre penetrar en tu misterio. Si esperas más, sufrirás.

-Es... amable de tu parte decírmelo... -Las palabras que había elegido Trude le resultaban sugestivas. ¿Habrían sido intencionadas?

-Lo hago por tu propio bien.

Podía ser cierto, pero Mara no pensaba así. Como no tenía interés personal en el príncipe, no tenía objeto decirlo.

-Pareces conocer mucho al principe Roderic.

-Estuvimos juntos desde que nacimos.

-Sois parientes, entonces?

-En absoluto. Mi padre era el brazo derecho del rey Rolfe, padre de Roderic.

-Has dicho «era»; ¿debo suponer que tu padre ya no...?

-Murió como mueren los soldados: en una batalla.

-Lo siento. Te sentirás orgullosa de él. Debió de ser un hombre apuesto ¿no es así?

La otra muchacha se sorprendió visiblemente.

-No diría eso. Era un hombre muy corpulento, con un solo ojo.

Esa información identificaba al hombre que había procreado a Trude. Era la hija de Gustave, el mayor de la escuadra primitiva, un hombre que, según los recuerdos de Grandmere Hélene, había sido un veterano muy lejos de su juventud cuando había estado en Luisiana. De alguna forma, parecía adecuado.

-¿ Te pareces a tu madre, entonces? ¿Era tan atractiva como tú?

-¿Estás tratando de adularme? Mi madre era una lechera alemana, grande, rubia y sencilla. Murió mientras todavía me amamantaba y por eso mi padre me llevó a Ruthenia para que me criara la reina.

La mujer era tan seria, y tenía tan poca gracia y sentido del humor que era imposible resistir el impulso de tomarla en broma.

-Comprendo. Te criaste como hermana de Roderíc, entonces.

-El tiene una hermana, la princesa Juliana.

La voz estaba cargada de antipatía. Mara se mordió el labio para no sonreír. Era obvio que Trude estaba enamorada del príncipe. Le sorprendió que los demás miembros del grupo no se hubieran percatado de ello. Mara había oído hablar de Juliana, una muchacha de aproximadamente su misma edad, aunque casi había olvidado su existencia. Sin embargo, era Trude, con sus veintisiete años, uno menos que el príncipe, quien ahora había capturado su interés.

-Discúlpame por ser tan curiosa -dijo-. Se debe a que estoy fascinada por la idea de una mujer con uniforme.

-¿Por qué? Soy tan hábil como cualquier hombre con la espada o el mosquete.

-Pero sin duda en la lucha cuerpo a cuerpo estás en desventaja.

-Quizá -respondió Trude con frialdad-, pero quizá no. Nunca he llegado a eso.

-No has tomado parte en batallas.

-No he dicho eso. Ningún hombre se me ha acercado lo suficiente como para luchar cuerpo a cuerpo.

Había algo en esa cruda declaración que la hacía verosímil.

-Has demostrado tu capacidad, entonces. No muchas mujeres tienen esa oportunidad.

-No -respondió Trude y luego siguió hablando como si le hubieran arrancado las palabras.

-He tenido mi oportunidad porque Roderic es un hombre justo.

-¿Justo?

-¡Qué bellas mujeres! -exclamó Estes, acercándose en ese momento--. Dos damas: una morena y misteriosa; la otra, rubia y gloriosa, ambas hermosas. ¡Qué afortunado soy, al encontrarme aquí a solas con las dos! Siento la tentación de raptaros. ¿Qué opináis? ¿Abandonamos este clima gris y huimos en busca del sol de Capri, los tres?

-¡Payaso presumido! -replicó Trude y poniéndose de pie con agilidad, se alejó.

-Me aborrece -se quejó Estes-, mientras que yo, pobre gusano insignificante, estoy enamorado de cada espléndido centímetro de su cuerpo.

Era gracioso, pues Trude le llevaba al menos veinte centímetros, pero a pesar del tono jocoso del italiano, Mara sospechaba que era cierto.

Al caer la oscuridad, los gitanos regresaron al campamento. Llegaban solos o en parejas y algunos de los que venían solos no tenían más de cuatro o cinco años. Según Estes, no era infrecuente que niños de esa edad vagaran por su propia cuenta, mendigando alimentos en las granjas o robando pollos y gansos, «pescándolos» con cordel con anzuelo y carnada. Casi nunca se perdían. Existían marcas de senderos dejadas por los gitanos para sus compañeros, pequeños grupos de piedras o ramitas ordenadas de forma particular, llamados patterans que siempre apuntaban hacia el lugar donde se reunía la banda, instalada allí o de paso. Como nadie les prestaba demasiada atención, estos chiquillos eran muy hábiles para recabar información útil para el grupo.

Los gitanos se ocuparon de los caballos y realizaron distintas tareas en el campamento antes de dejarse caer sobre las mantas alrededor del fuego. Las mujeres limpiaron los pavos que habían traído algunos de los niños y arrojaron los residuos a los perros. Rellenaron las aves con hierbas y cebollas y las pusieron a asar sobre las brasas de otra fogata. Los niños jugaban, persiguiéndose entre las caravanas o golpeando una pelota con un palo. El viejo violinista comenzó a tocar. Un hombre tomó la mandolina y otro se le unió con una concertina. Una joven, motivada por la música, se apartó del grupo y comenzó a bailar. El pelo, sostenido sólo por un hilo dorado alrededor de la frente, le caía en una desordenada mata oscura sobre la espalda. Los ojos oscuros le brillaban de entusiasmo. La blusa suave de algodón se ceñía a su cuerpo y la falda le revoloteaba alrededor de las piernas, delineando las caderas o revelando ocasionalmente las rodillas y los muslos. Se balanceaba como en un trance; movía los brazos, las piernas, las manos y los pies con ritmo suave y natural, interpretando la noche, el momento y la dulce pasión de la música.

El tiempo transcurría, pero a nadie parecía importarle la hora; ni siquiera reparaban en ella. La comida se serviría cuando estuviera lista. A los bebés que lloraban se les acercaba de inmediato al pecho o se les alimentaba con pan mojado en vino o en leche de cabra antes de echarlos a dormir. Los ancianos cabeceaban, semidormidos. Mientras tanto, la vida era vida y había que vivida, ¿quién sabía lo que podría deparar la siguiente hora? Dejemos sonar la música. Bailemos. Cantemos. Para Mara, que observaba, la filosofía resultaba atractiva.

No oyó la llegada del príncipe. No hubo una bienvenida especial. Su presencia se aceptaba como natural, como si él fuera uno de ellos. Mara se sorprendió. Había esperado un reconocimiento, alguna forma de honra. Tuvo la oportunidad de preguntárselo más tarde, cuando los pavos habían sido troceados y el campamento comía en silencio. -Soy el hijo del boyar -replicó él-. ¿Qué honores

tendría que recibir por eso?

-No lo sé, pues no tengo idea de lo que significa boyar.

-En donde vivo, el boyar es el amo, el que gobierna. Es el título que mi padre tiene sobre esta gente.

-¿Es su dueño?

-Nadie es dueño real de un gitano jamás; los antiguos boyars sólo creían que lo eran. Pero debido a que el padre de mi padre y su padre antes que él cuidaban de los antepasados de este grupo, les alimentaban, les vestían y les daban trabajo dejándolos ir y venir a voluntad, ellos todavía otorgan a nuestra estirpe el derecho al título.

Significa poco, excepto por el recuerdo de viejos privilegios, viejas lealtades.

-Pero si el grupo es oriundo de su país, como supongo que debe ser, ¿qué está haciendo aquí en Francia?

El le dirigió una mirada opaca.

-Vagabundos, bandidos, víctimas con corazones hambrientos vienen y van. ¿Por qué debe existir una razón?

-Pensé que quizá fuera porque vos estábais aquí.

-¿Por qué? ¿Por eso has venido tú?

Con astucia letal, había encontrado el blanco. Mara sintió las palabras como una estocada en el pecho, pero había aprendido lo suficiente sobre este hombre como para estar preparada para el ataque. Sin embargo, repentinamente, sintió que había perdido el apetito. Se inclinó hacia adelante para entregar un ala de pavo que tenía en el plato a Demonio, tendido a sus pies. El perro miró primero el ala y luego a ella, como si dudara de lo que debía hacer y luego, ladrándole a un perro que se acercaba, comenzó a comer.

Mara se enderezó nuevamente y frunció el entrecejo.

-¿Por qué decís eso? No vine aquí por mi propia voluntad, por lo que sé. ¿O es que os habéis enterado de algo que me difama? ¿Soy el tipo de mujer que le haría una visita clandestina a un hombre?

-¿Una cortesana, toda sonrisas de raso y estratagemas de seda? ¿Una mujerzuela con la mano extendida? Creo que no. Pero esas mujeres no son siempre fáciles de identificar y las que se ocultan detrás de un manto de respetabilidad son las peores.

-Qué caracteristico de un hombre condenar a las mujeres que... que sólo hacen lo que se ven obligadas a hacer.

El príncipe ladeó la cabeza.

-¿Las defiendes?

Mara sintió que se hundia en arenas movedizas, pero no sabía cómo salir.

-No..., no exactamente. Sólo cuestiono el derecho de cualquier hombre de censurar a las mujeres que deben vivir según las reglas dictadas por los hombres.

-Otra defensora del sufragio de las mujeres. Nuestra George estará encantada.

-¿Quién?

-George Sand, conocida también (y muy en contra de su voluntad) como Madame Dudevant. Tienes que conocerla.

Se puso de pie sin darle tiempo para responder. Con voz baja, pero potente, impartió órdenes.

Los miembros de la escolta levantaron la vista. Casi todos tenían comida en las manos o en la boca. Ninguno se movió. Los gitanos también miraban, inmóviles.

-Me habéis oído bien -dijo el príncipe con suavidad-. ¿O ha habido una epidemia de sordera?

De inmediato, todos abandonaron la comida y el vino. Los hombres se pusieron de pie de un salto y se dispersaron en diferentes direcciones, tanto soldados como gitanos. Mara, viendo que aparentemente se preparaban para una partida en gran escala y no para una mera salida, sintió que un miedo terrible la invadía. ¿Iba el príncipe a abandonar el campamento? Si era así, ¿cuándo regresaría?

-¿Adónde vais? -pregunto con la boca seca.

-Eso debe de resultar obvio.

-No para... mí.

-Las huellas del carruaje que te trajo venían de París y regresaban hacia allí. Aquí no podemos averiguar nada más sobre ti. Es preciso que también regresemos a París.

-Vos. ., vuestros hombres y vuestros seguidores.

-Por supuesto. Y tú.

-¿Deseáis que yo vaya? -El vértigo dentro de ella tendría que haber desaparecido. No había sido así. El resplandor del fuego convirtió el rostro del príncipe en una mascara inescrutable con ojos de esmalte azul. Cuando respondió, su voz fue profunda, una caricia helada.

-Te deseo a ti.

3

Partieron hacia París y el avance fue rápido, sin concesiones para un jinete débil. Al principio, Mara se sentía feliz por el tronar de los cascos de los caballos, el látigo del viento en su rostro, el correr de la sangre por sus venas. De alguna extraña manera había disfrutado de la sensación de formar parte del grupo del príncipe. Más aún, había tenido la satisfacción de lograr una parte de su propósito sin esfuerzo: ser aceptada por el príncipe y regresar a París con él. Pero nada de esto era suficiente para sostenerla.

El caballo de Mara era un animal grande, capaz de soportar el peso de un hombre. Era incansable, pero Mara tenía que emplear casi todas sus fuerzas para contenerlo. A pesar de ser una buena amazona, estaba acostumbrada a la silla de montar para mujeres; sus músculos no estaban preparados para cabalgar a horcajadas. Con el correr de las horas, con pocas pausas para descansar los caballos, el hombro lastimado comenzó a dolerle y el dolor se le extendió por toda la espalda. La sien comenzó a latirle con cada movimiento del caballo. Sentía como si estuvieran golpeándole todo el cuerpo, castigándola metódicamente. La necesidad de detenerse se convirtió en una agonía.

Pero se negaba a pedir piedad. Era fácil darse cuenta de que los hombres que iban con el príncipe no estaban fatigados, como tampoco lo estaba Trude. Roderic cabalgaba con la facilidad de un hombre acostumbrado a interminables días sobre el caballo. Se movía sin ningún esfuerzo, concentrado en otros problemas. Pedir que se detuvieran y descansaran durante lo que quedaba de la noche sería convertirse en un estorbo. Los demás no tomarían bien su debilidad y le guardarían rencor por hacerlos retrasarse, aunque fueran demasiado corteses para demostrárselo. El príncipe también podría decidir que haberla traído era un error. En cualquier caso, al cabo de un tiempo, fue demasiado tarde para detenerse. Mara tenía la sensación de que si desmontaba, las náuseas la traicionarían. El temor a esa humillación la mantuvo erguida en la silla.

La luz gris del amanecer invadió el cielo. Lentamente, las figuras de los otros jinetes se hicieron visibles. El príncipe cabalgaba a la vanguardia con Michael junto a él. Le seguían Trude y uno de los gemelos, mientras que Estes estaba junto a Mara y el otro gemelo iba detrás. El italiano, topándose con la mirada de ella, sonrió ampliamente y le hizo un saludo. Desde una cesta atada a la silla de montar de Estes, Demonio parpadeó, bostezó y meneó la cola al verla. A medida que hubo más luz, pudieron ver delante de ellos el humo negro que se elevaba de las chimeneas de París.

Se estaban acercando a un camino lateral. Un carro, cargado con coles y conducido por un impasible campesino francés tan ancho como alto, venía por el camino. Un viejo caballo tiraba de los ejes. Tenía la piel tan marcada por cicatrices que era inmune al chasquido del látigo. El campesino les vio avanzar, pues ellos interceptaron la mirada que les dirigió y vieron la sonrisa burlona en los labios del hombre. Sin embargo, no hizo ningún esfuerzo por detenerse o ceder el paso, sino que comenzó a girar y entrar en el camino principal.

No hubo ninguna orden, ni siquiera un intercambio de palabras pero, de pronto, los hombres del príncipe aceleraron el paso y el trote de los caballos se convirtió en galope. Aparecieron sonrisas en los rostros y los miembros de la escuadra se inclinaron hacia adelante para sujetar bien las riendas. Debajo de Mara, el caballo, respondiendo al galope de sus compañeros, tomó más velocidad. El ruido de los cascos se volvió atronador. Comenzaron a elevarse nubecillas de tierra. Iban a chocar con el carro.

El campesino, boquiabierto, comenzó a tirar de las riendas, tratando demasiado tarde de retroceder. Se acercaban más. Más. Se oyeron murmullos de hombres que hablaban a sus caballos. Demonio emitió un sonido que era mitad gemido y mitad gruñido y luego se ocultó en su cesto. El viento veloz les hacía arder los ojos. Roderic tenía el rostro encendido de entusiasmo y férrea decisión.

Iban a saltar por encima del carro. Para el campesino sería una lección de modales y una demostración de los peligros que podía acarrear la tozudez. Mara vio lo que sucedería y la alternativa que tenía: podía hacer girar a su caballo, si tenía la fuerza suficiente y si lograba hacerlo, sin embestir al que venía detrás de ella y hacerlos caer a ambos; o podía darle rienda suelta y rezar para que le quedaran energías. No había tiempo para sopesar cuidadosamente las posibilidades, sólo le quedaba dejarse llevar por el instinto. Aflojó las riendas.

El campesino gritó y se arrojó del carro. El caballo que tiraba de él se encabritó una vez, dos. Michael y su corcel se elevaron sobre él. En ese momento, mientras su semental blanco comenzaba el salto, Roderic miró hacia atrás. Vio las riendas sueltas de Mara, su mano aferrada a la crin del caballo. Sus facciones se endurecieron y luego él y el caballo trazaron un arco limpio por encima del carro y aterrizaron del otro lado. El ruano de Mara dio un último paso, tensó los músculos y se elevó. Ella se sintió en el aire, volando, como si fuera sobre un corcel alado. El carro y el anonadado campesino parecían estar muy lejos debajo de ella. Vio que Roderic se aferraba a su caballo que se había encabritado por la brusca frenada. Luego comenzó la caída de Mara. Las patas delanteras del caballo golpearon el suelo con un ruido fuerte y sordo. Ella esperó que el dolor del golpe la atravesara. No llegó, pues Mara todavía estaba en el aire, los pies libres de los estribos, la capa y la falda volando al viento.

De pronto, chocó contra algo blanco y duro que la hirió en la frente, hundiéndole el cuello entre los hombros.

Algo le oprimió la cintura casi impidiéndole respirar. Gritó, y recibió como eco el relinchar de un caballo y unas maldiciones en voz baja sobre su cabeza. Sintió el contacto con un cuerpo pesado y oyó el ruido de los cascos de los caballos del resto del grupo que también habían saltado el carro.

La cambiaron de posición. Respiró hondo y al sentir las náuseas se preguntó si habría cometido un error al inspirar. Tragó con fuerza y luego abrió los ojos.

Estaba en los brazos del príncipe, atravesada sobre el arzón de la montura. El había hecho dar vuelta al caballo para constatar los daños y Mara vio que los demás trataban de calmar a los caballos, aunque Michael y uno de los gemelos estaban ayudando a Estes a levantarse del suelo.

El italiano hizo una mueca cuando le quitaron sin contemplaciones el polvo del cuerpo, y cojeando un poco se acercó enseguida a Mara y el príncipe.

-¿La dama se encuentra bien? -preguntó con tono preocupado.

Ella logró asentir con la cabeza.

-¿Y... vos, señor?

-En mis tiempos fui acróbata. Las caídas no son de importancia para mí, pero vos... Fue una locura intentar ese salto.

-No tenía alternativa. -Cerró lo ojos y tragó con fuerza, sacudida por un estremecimiento.

-Ocúpate de tu caballo -dijo Roderic con voz dura, dirigiéndose al conde Estes.

Oyeron un alboroto detrás de ellos. El campesino se había recuperado y ahora se acercaba gritando. Habían volcado su carro con sus bromas aristocráticas y las coles habían caído al lodo. Exigía que se le pagara de inmediato.

-Ignorante, grosero, maloliente y por encima de todo, soberbio -dijo Roderic, mirándole fijamente-. El derecho de paso, amigo mío pertenece a aquél que lo toma. Vos sois el causante de vuestro propio infortunio y del de esta dama. ¿Insistís todavía en vuestra pretensión?

La amenaza en la voz suave era palpable. El campesino palideció y retrocedió, mascullando disculpas. Con manos temblorosas, desenganchó el caballo del carro y lo montó. Sus gruesas nalgas rebotaban sobre el animal cuando se alejó al galope.

Mara permaneció inmóvil con los ojos cerrados durante el intercambio de palabras. Oyó que los otros se movían y la información de que su caballo había sido traído ileso desde el lugar donde

había escapado. Sintió que Roderic aflojaba un poco sus brazos para mirarla.

-¿Cómo te encuentras?

Ella abrió los ojos y los clavó en él.

-No voy -dijo entre dientes, lo más claramente que pudo- a vomitar.

Roderic vio la determinación en sus ojos y el orgullo en su mentón, pero también vio la sombra de pánico que no se debía al dolor ni al peligro por el que había pasado, sino al temor de verse humillada. Sintió que algo le oprimía el pecho, una sensación peculiar que jamás había experimentado antes; pero lo que experimentaba en otra parte de su cuerpo debido al contacto suave con la figura delgada de Mara le era completamente familiar. El torrente de palabras cáusticas que utilizaba tan frecuentemente como arma y escudo le había abandonado.

-No, no lo harás.

Mara oyó la seguridad en su voz y se serenó. Las náuseas se aplacaron. Tomó conciencia de la fuerza de los brazos que la sostenían y de los músculos tensos del muslo sobre el que estaba tendida. Descubrió que los ojos de él eran de un azul oscuro como el mar y que había en ellos una expresión preocupada. Turbada, bajó la vista, concentrándose en una mancha roja sobre la chaqueta blanca.

-Parece que os he manchado de sangre. Lo siento.

-No te disculpes. Te abriste el rasguño que tenías en la frente. De no haber sido por mi negligencia, no hubiera sucedido.

Una tímida sonrisa curvó los labios de Mara.

-Eso suena extraño en vos.

-¿Por qué? ¿Acaso he dado la impresión de que soy demasiado orgulloso para reconocer un defecto?

-No, no. Sólo de que no tenéis ninguno.

Su silencio fue total, abrupto. Durante largos instantes él ni siquiera respiró. Mara volvió a abrir los ojos. Vio en el rostro de él una expresión tan oscura de duda que luchó por incorporarse, extendiendo una mano.

Los brazos de Roderic la aferraron con más fuerza.

-¡Trude! ¿Coñac?

La mujer, con rostro adusto, se volvió en su silla de montar y extrajo una redoma de plata. Le quitó la tapa y se la dio. Roderic la tomó y la acercó a los labios de Mara.

Ella apartó el rostro.

-No necesito que me reviváis.

Te vendrá bien para el dolor y otras molestias. Piensa en él como en una medicina.

Mara sintió el borde de la botella contra la boca. Bebió un sorbo cauteloso y de inmediato el príncipe inclinó la botella y ella se vio obligada a tragar varias veces. El fuego del licor le quitó el aliento y abrió un camino ardiente hasta su estómago.

-Me emborracharé-dijo Mara cuando logró hablar.

-¿Yeso sería malo? -preguntó él con suavidad, volviendo a levantar la botella.

No lo fue. Mara flotó hasta París envuelta en nubes de coñac, cuya potencia se vio 'acrecentada por el agotamiento físico. Casi no se dio cuenta de que habían llegado a la residencia del príncipe, y tampoco fue consciente de que entraron y la llevaron a una habitación. Pero cuando el príncipe la depositó sobre la blanda superficie de una cama y desenroscó los brazos de Mara de alrededor de su cuello, ella salió a la superficie un instante y le dedicó una sonrisa soñolienta.

-La mía es una casa de soltero, pero en algún lugar debería de haber una doncella. Te la enviaré, o de no ser eso posible, vendrá Trude.

-Sois muy gentil -murmuró Mara.

-Ten cuidado. De la misma manera en que te equivocaste al creer que no tenía defectos, lo harías al atribuirme virtudes inciertas.

-¿No tenéis ninguna? ¿Entonces podría seduciros?

Los ojos de él se iluminaron de risa.

-¿Lo que buscas es permiso o una opinión? Si es lo primero, te lo otorgo sin ninguna reserva;

si es lo segundo, la respuesta es sí, sin duda alguna.

-Podría no gustaros.

-¿Cómo sería eso posible?

Mara descubrió que las pestañas de él tenían un brillo dorado; una barrera radiante que ocultaba sus pensamientos. Sin embargo, algo que vio detrás de ellas llevó una advertencia hasta su mente aturdida trayendo un torrente de recuperada cautela. La expresión cándida se borró del rostro de Mara.

Lo soltó y se apartó de él.

-Según me han dicho, los hombres prefieren ser los cazadores.

-¿De la misma forma en que alguna mujeres disfrutan siendo la presa?

-Yo no -replicó ella de inmediato.

-¿Pretendes que por ese motivo reprima mis instintos y permanezca sentado, almibarado y sumiso, esperando que me cautives?

-Os sería imposible hacerlo.

-¿De verdad? Sería una novedad.

Parecía estar desafiándola, pero ella no podía estar segura, pues tenía la mente ofuscada por el coñac. De todas formas, si era un desafío, en este momento no se sentía capaz de aceptarlo. Bostezó y se cubrió la boca con el dorso de la mano.

-Muy bien. Mañana.

-Está amaneciendo. Mañana es hoy.

-Pues tendréis que esperar.

El la recostó sobre la almohada y la tapó con la sábana.

-¿Pero cómo soportaré la espera? -preguntó con un leve temblor divertido en la voz.

El sector de París donde estaba situada la casa de la familia real de Ruthenia se denominaba La Marais. Originariamente un pantano, la zona había sido rellenada y se había construido sobre ella cuando la ciudad se agrandó. Debido a su comodidad por la cercanía con el antiguo palacio del Louvre y las Tullerías, con los años se había convertido en un distrito muy exquisito y aristocrático, donde abundaban las residencias elegantes que eran como pequeños palacios. Todo entró en decadencia cuando Luis XIV exigió a los nobles que se trasladaran en bloque con él a Versalles y la revolución aceleró el proceso. Con la ocupación de las Tullerías por parte de Napoleón, ya emperador, sin embargo, las grandes residencias volvieron a ser ocupadas y siguieron estándolo durante el retorno de los Borbones y los Orleans al trono. La zona fue entonces una extraña mezcla de viviendas paupérrimas y mansiones fastuosas donde la nobleza se codeaba con descendientes de sans culottes y todos disfrutaban del entretenimiento que proporcionaban las actividades de artistas y escritores que vivían en el distrito.

La residencia era conocida como la Casa de Ruthenia y estaba construida con la misma piedra de color dorado pálido que se había utilizado para tantos edificios en la ciudad. Esa piedra estaba cubierta con hollín de muchos años, de manera que ahora era de color gris opaco, al igual que el resto de París. El imponente portón de hierro forjado con el emblema de la casa real de Ruthenia protegía un sendero de entrada adoquinado y un patio, el más amplio de los cuatro que estaban incorporados a la construcción rectangular.

Para Mara la casa era un palacio. Según le habían informado fuentes fidedignas, había setenta habitaciones. Encima del patio de entrada estaba la galería principal; una suntuosa escalinata conducía a los salones de recepción, situados en el ala izquierda. A la derecha se encontraban los aposentos del príncipe, que comprendían varias antesalas, salones y otras habitaciones y más allá de ellos se encontraban los salones y despachos del rey Rolfe y la reina Angeline, agrupados alrededor de otro patio. Rodeando los otros dos patios estaban los salones privados construidos en forma ovalada o redonda, una amplia galería utilizada a veces como salón de ejercicios o de baile, y muchos otros salones, antesalas, recámaras y vestidores. Cerca de las habitaciones de Mara, que comprendían una sala, una alcoba y un pequeño vestidor, había una escalera secundaria que llevaba a la cocina en la planta inferior. También en ese nivel se encontraban las habitaciones de servicio, los almacenes, las cocheras y las caballerizas.

Era sin duda alguna una enorme y espléndida residencia; sin embargo los muebles y las cortinas, los cuadros y decorados, aunque en una época habían sido magníficos, ahora se veían gastados y denotaban el paso del tiempo. No se habían hecho demasiados esfuerzos para mantener la enorme casa; a pesar de que muchas residencias de París contaban con iluminación a gas, aquí sólo tenían luz de velas. Había tesoros ocultos en los oscuros recovecos de las diversas habitaciones, pero también trozos de muebles rotos y polvo acumulado. Las ventanas estaban sucias, los suelos sin pulir, los techos manchados de hollín. Ninguna de las cavernosas chimeneas de la casa tiraba como era debido y el servicio de cocina tampoco era lo bastante eficiente como para suponer que llegaría comida caliente a cualquiera de las habitaciones. Había montículos de estiércol en el patio de entrada y residuos de todas clases en la calle junto a la puerta de la cocina.

Mara había recibido la orden de quedarse en cama y la obedeció durante dos días por necesidad; el tercer día también prefirió hacerlo, pero el cuarto se rebeló. La comida que le traían era imposible de tragar; la muchacha que se la servía, una harapienta. Las sábanas estaban mohosas y no se las habían cambiado. Las cortinas de la cama y los cuadros estaban cubiertos de polvo. En la alfombrita junto a su cama había tanta tierra que se podían plantar semillas. Aparentemente, le habían prohibido las visitas, pues no recibió ninguna. Lo que finalmente la hizo levantarse de la cama fue la repulsión, el aburrimiento y la sensación de que estaba perdiendo un tiempo valioso sin hacer nada.

No había vuelto a ver a Roderic desde aquella primera mañana. Guardaba en el fondo de su mente el recuerdo vago de una conversación con él, el día que habían llegado a París. Temía que el coñac en su estómago vacío, sumado al agotamiento y al dolor, la hubieran vuelto indiscreta. Esta vez la pérdida de memoria era real. pues no podía recordar lo que había dicho. Era imposible pensar que había hablado demasiado, pues de haber sido ése el caso, no seguiría estando en la casa del príncipe. Pero sin embargo, era posible que algo dicho por ella hubiese traído como consecuencia este aislamiento, o hubiese hecho sospechar al príncipe de su pérdida de memoria.

Más de una vez se preguntó si Roderic no la habría hecho beber de más intencionadamente. Sería perfectamente capaz de emplear una táctica así. Desde luego, no lo haría para aprovecharse de una mujer; un hombre con su aspecto y su título no necesitaría ese ardid. No obstante, había algo en él que sugería que no sería demasiado escrupuloso en sus métodos para obtener información si pensaba que la situación los justificaba. La idea le daba una sensación de desagradable vulnerabilidad.

Mara sospechaba que Roderic también usaba métodos más convencionales para obtener información. En las pocas horas que llevaba levantada, había visto un incesante entrar y salir de personas que venían a ver al príncipe. Hombres con aspecto severo y pomposo de economistas y estadistas, así como mujeres envueltas en pieles; eran visitantes lógicos, y se los recibía en el salón público que daba al patio de entrada. Pero, ¿qué podía decirse de los escritores con dedos manchados de tinta, los artistas con corbatas anudadas al estilo romántico, barrenderos, vendedores de pescado, cocheros, camareros vestidos con chaquetas negras y costureritas con esos sencillos vestidos grises que les habían dado el nombre de "Grisette"? ¿Qué utilidad podían tener esas personas excepto informar a Roderic? ¿Qué razones podía tener él para hacer averiguaciones, excepto encontrar respuestas al enigma que ella representaba?

Quizá se estuviera dando demasiada importancia. Parecía poco probable que un príncipe fuera a tomarse tantas molestias para averiguar la identidad de una mujer. No iba a engañarse con la fantasía de que él hubiera sucumbido a sus encantos. Ciertamente ella no había visto en él otra cosa que curiosidad. Podía haber existido un breve instante de atracción, pero de inmediato había dado paso al fastidio y la impaciencia. No era posible pensar que de esas insignificantes reacciones había nacido una llama de pasión perenne.

Desde luego, ya no estaba segura de que fuera bueno despertar esa pasión. Le habían dicho que convenciera a Roderic de que la trajera a París con él y de que la instalara en su casa. Habían supuesto que para lograr eso, ella se vería obligada a compartir la cama con él. Pues no lo había hecho. No le habían explicado de qué serviría su presencia en la casa, excepto que sería fundamental para involucrar al príncipe en un plan urdido por de Landes. Quizá ella pudiera hacer

lo necesario sin llegar al extremo de total intimidad con el príncipe.

¿Pero acaso eso tenía importancia? Mara, a pesar de la indulgencia con que la habían criado, era realista. No era tan tonta como para creer que saldría ilesa de esta escapada. En verdad casi nadie la conocía en París; pero sin duda algunas personas la reconocerían. Tarde o temprano, si permanecía con Roderic, alguien la vería y llegaría a la inevitable conclusión.

Existía la posibilidad de que eso no sucediera hasta que ella hubiera hecho lo que debía; deseaba que fuera así, más que nada por su abuela. Pero si sucedía lo peor, si se descubría que ella estaba en París y no en el campo con su abuela, como creía su prima, el escándalo sería grande. París, a pesar de su apariencia cosmopolita, era provinciana en algunos aspectos. La apariencia debía mantenerse a toda costa. Algunos se rebelaban contra esa actitud tan burguesa, que había surgido con el avance de la clase media tras la revolución, y cuya severidad había aumentado año tras año desde entonces. Pero no servía de nada. Una mujer que se preocupaba por su buena reputación no vivía bajo el mismo techo con un hombre, sobre todo con un hombre como el príncipe.

Una vez que corriera la noticia, llegaría a Nueva Orleans con toda velocidad. Mara no quería pensar en lo que diría y haría su padre. Tampoco quería considerar qué haría ella después, cómo y dónde viviría una vez que hubiera cumplido su cometido. Su abuela estaría a salvo y eso era lo único que importaba.

Mara estaba atravesando la galería principal sobre el patio de la entrada después de inspeccionar los salones públicos, cuando escuchó un ladrido distante. Estaba segura de que se trataba de Demonio, aunque no lo oía con claridad. La acústica de la casa era peculiar, como es común en residencias de cualquier tamaño. Una persona podía gritar hasta quedarse sin voz en un lugar y solamente la oirían en la habitación contigua, mientras que un susurro en otra parte de la casa resonaría en todo el piso superior. Al principio pensó que el perro podría estar en los aposentos de Roderic. No había entrado en esa parte de la casa, pero sabía que las habitaciones ocupadas por la escuadra estaban situadas en la misma ala, con excepción de la de Trude, que estaba cerca de la suya. El perro estaría seguramente con su dueño, Estes, puesto que nunca se alejaba demasiado del conde. Probablemente, Estes se encontraba con los otros hombres de la escolta.

No había hablado con ellos desde su llegada. Parecían estar ocupados constantemente con tareas que les encargaba Roderic, tareas que los llevaban a todas partes de la ciudad. Entraban y salían sin cesar y los períodos de descanso eran igualmente intensos: siempre estaban saliendo hacia una pelea de gallos, un combate de boxeo, el teatro o sencillamente a beber. Ella sabía que en algún momento tenían que dormir, pero hasta ahora no había descubierto dónde ni cuándo.

Desde luego, no había buscado a la escolta de Roderic. Se había dedicado a inspeccionar la mansión, a tratar de situarse en ella y a descubrir por qué se encontraba en ese estado de desorden.

Llegó a la conclusión de que existían dos razones posibles. O no había dinero para contratar a la cantidad necesaria de sirvientes para mantenerla o no había nadie que los dirigiera y los hiciera responsables de realizar sus tareas. Dedujo que se trataba de esto último, pues había encontrado a un grupo numeroso de hombres y mujeres con libreas y delantales conversando en los corredores, bebiendo y discutiendo en la cocina, o jugueteando detrás de las puertas de las habitaciones de huéspedes. Poner orden en la casa sería una tarea hercúlea, pero el mero hecho de ver tanta tierra y suciedad, y no digamos de criados incompetentes, la hacía arder de deseos de intentar llevarla a cabo.

Volvió a oír los ladridos. Escuchó con atención. Combinados con aullidos entusiasmados, se oían golpes y caídas, y de vez en cuando un grito. El ruido no procedía del ala este, después de todo, sino del ala norte. Levantándose las faldas, Mara corrió por la galería, giró a la izquierda por una antecámara, pasó a un dormitorio con vestidor, luego hacia la derecha a un gran salón que atravesó antes de volver a entrar en otra larga galería. La habitación, que tenía ventanas a ambos lados y una chimenea en cada extremo, era todo lo cálida y alegre que podía ser en un día tan gris y frío. Las velas ardían en los candelabros, dándoles un brillo plateado que disimulaba la suciedad. Lo único que había en la habitación era una enorme alfombra, gastada pero hermosa, con un diseño de figuras clásicas en azul, rojo y dorado sobre un fondo crema. En el centro de la habitación, debajo de unas

escenas de la vida de Diana pintadas en el techo, había una pirámide humana.

La parte inferior estaba formada por Michael, Jacques y Jared a cuatro patas. Encima de ellos, en la misma posición, estaban Trude y el gitano Luca. Sobre estos dos se encontraba Estes, balanceándose precariamente mientras los otros se sacudían tratando de hacerle caer. El conde se esforzaba por convencer a Demonio de que trepara para coronar la pirámide. El perro ladraba y jadeaba, manteniéndose alejado de ellos.

Mara, sonriendo a pesar de sí misma, puso las manos sobre las caderas y preguntó:

-¿Qué estáis haciendo?

Michael se volvió bruscamente. Se sonrojó al verla y de forma instintiva, se incorporó. Luca chilló y perdió el equilibrio. Trude resbaló y masculló algo entre dientes. Luego, en un nudo de brazos y piernas, la pirámide se disolvió. Estes se puso de pie, levantó los brazos y saltó. Trude y Luca se lanzaron hacia adelante. Michael, Jared y Jacques dieron un salto mortal. Y de pronto estaban allí, los seis, delante de ella con los brazos extendidos. Como si fueran una sola persona, se inclinaron hacia delante y saludaron. Demonio, para no quedar atrás, corrió hacia ellos y se puso de pie sobre las patas traseras, bailando en círculos.

-¡Muy bien! -exclamó Mara, aplaudiendo. Estes se enderezó de un salto. Con los brazos todavía extendidos, se volvió hacia los otros.

-¿Lo hacemos otra vez?

-¡No! -exclamaron todos al unísono. Estes se volvió, encogiéndose de hombros.

-Eh bien, el espectáculo ha terminado.

-Vaya espectáculo -se quejó Jared, masajeándose un hombro y los músculos de la espalda.

-Una demostración del arte de saber caer, entonces; es una habilidad muy útil

-Sí -asintió Mara con pesar-. Recuerdo que lo mencionastéis en otra oportunidad. ¿Creéis que podría aprenderlo?

-Será muy fácil, cuando os hayáis recuperado.

-Estoy perfectamente bien.

_¿Ya no te duele la cabeza?

-No, no me duele.

-¿Y el hombro?

-Lo .siento algo rígido, pero mejoraría si lo utilizara.

-¡Todo está bien, entonces!-exclamó el conde italiano; luego, al mirar el cuerpo esbelto de Mara, su expresión cambió.

-¿Qué sucede?

-Bueno, existe el problema de... veréis...

-Lo que está tratando de decir -interrrumpió Trude, adelantándose- es que te será difícil con esas faldas.

Mara asintió lentamente.

-Comprendo.

-¿Tenéis pantalones? -preguntó Estes con tono esperanzado.

-No. Nada excepto este vestido.

-Ah.

Se miraron entre ellos y luego volvieron a mirar a Mara. Al ver los ojos de los demás sobre ella, Trude sacudió la cabeza.

-No. Los míos son demasiado grandes.

-Y los míos, demasiado pequeños -se lamentó Estes.

-Los míos son demasiado largos -dijo Michael.

Luca sonrió, mostrando los blancos dientes.

-Yo poseo un solo par de calidad adecuada para una dama y los llevo puestos porque hoy vine a París a ver a Roderic. Por supuesto, si son necesarios, con todo gusto...

-No serán necesarios -lo interrumpió Trude, fulminándolo con la mirada.

-Los nuestros son demasiado grandes -se disculparon los gemelos.

Trude frunció los labios.

-Quizá no. El tamaño de la parte inferior del cuerpo de una mujer es engañoso. Nuestras caderas son más anchas de lo que parecen, por razones naturales.

-De todas formas, creo que no -dijo Estes.

-¿Los de Roderic? -preguntó Michael.

Estes sacudió la cabeza con tristeza.

-Muy grandes.

-Tijeras. ¿Quién tiene unas tijeras? –preguntaron todos, volviéndose hacia Michael.

Mara no cortó los pantalones que le trajeron, sin embargo; sólo los dobló hasta las rodillas. La camisa que le habían prestado le colgaba del cuerpo y tuvo que subir las mangas. Se quitó los zapatos, pero no las medias de seda blanca opaca, que aunque se veían algo deslucidas, la hacían sentirse un poco más respetable. Al salir del salón donde se había cambiado experimentó un sentimiento de vergüenza.

Comenzaron con vueltas sencillas sobre la alfombra, revolcándose una y otra vez. Agil como un mono y mucho más cómico, Estes le mostró cómo relajarse al caer. Según él, lo que causaba dolor eran las articulaciones y los músculos tensos; había que relajarse y moverse en la dirección de la caída, continuando el movimiento para que se dispersase en lugar de tratar de detenerlo y hacer que el golpe fuera doloroso. Pasaron de vueltas a caídas suaves para Mara, mientras los otros recorrían la galería en una serie de rápidos saltos mortales. Se movían con tanta rapidez y vigor que parecían hechos de acero tensado.

Los minutos transcurrieron y Mara comenzó a perder la noción de sí misma, a sentir que sus músculos respondían a las órdenes de su mente de forma instantánea. Al principio había sentido un poco de dolor en el hombro, pero al cabo de unos minutos éste desapareció. El nudo en que se había recogido el pelo se soltó y los largos rizos cayeron alrededor del rostro arrebolado y húmedo por el esfuerzo. Pero se movían con tanta velocidad que no había tiempo; para ocuparse de eso.

-Ahora te enseñaremos a caer de pie como los gatos -declaró Estes-. ¡Haremos la pirámide, todos en pie!

Una vez más, Michael y los gemelos se colocaron como base. Estes, hablando sin cesar sobre cómo apoyar los pies y las manos y el arte de trepar sobre un cuerpo humano, se encaramó sobre los hombros de Michael. Trude trepó sobre los hombros de Jared, a un costado, y Luca quedó en el medio, sobre los de Jacques. Los que estaban en la base sostenían los pies de los de la segunda fila que a su vez se agarraban de los brazos.

-Vamos, Chere, ahora vos en la cima. ¡Arriba!

No podia hacerlo, se dijo mirando el lugar donde se suponía que debía estar, tan cerca del techo. Corrió unos pasos y comenzó a trepar, apoyándose sobre una rodilla, un codo, un hombro, empujando, tirando, jadeando con el esfuerzo de llegar más arriba. Por fin se arrodilló sobre los hombros de Luca, agarrándose a su pelo.

-¡Ay! -gritó el gitano;

-Quieta, mi ángel-le indico Estes cuando, al soltar el pelo, Mara tuvo que extender los brazos para mantener el equilibrio sobre la columna bamboleante de cuerpos.

-Me romperé el cuello y entonces sí que seré un ángel -respondió ella con resignación.

-¡Nada de eso!

-Confiad en mí, querida. Poned la mano sobre la cabeza de Luca. Ahora empujad fuerte, y poned un pie sobre su hombro. Bien. Tranquila. Ahora soltadle el pelo...

-Gracias -dijo Luca.

-Silencio. Arriba, pequeña, arriba. Volveos. Poned el otro pie sobre el otro hombro. Despacio. Las manos sobre las caderas. ¡Voilá!

Le ardían los músculos de las piernas, que le temblaban por el esfuerzo. Los latidos de su corazón eran como golpes de martillo, y la respiración, una puñalada en el pecho. Pero estaba allí. Lo había logrado.

Todos gritaron y vitorearon, admirados ante la determinación de ella. Tan vital y fuerte fue el sonido que no oyeron que se abría la puerta.

-Una jarana notable y un espectáculo interesante, pero no es la manera adecuada de recibir a

un invitado... ni de tratar a una dama lastimada.

Era Roderic, erguido y tieso en el umbral con un robusto caballero a su lado y agujas de hielo en la voz.

-¡Hop! -exclamó Estes. Demonio ladró una vez, luego se sentó, jadeando y meneando la cola con entusiasmo.

La pirámide se desintegró. De pronto, sólo hubo aire entre Mara y el suelo. Ella respiró como le habían enseñado y se relajó, dejándose caer hacia adelante. Repentinamente, una red de brazos la sostuvo. Los miembros de la escuadra, sonriendo con expresión traviesa, la dejaron recuperar el aliento y luego la levantaron antes de hacerla caer de pie.

Estes se volvió hacia Roderic con un gesto grandilocuente.

-Ya lo veis, príncipe. La dama estaba tan a salvo con nosotros como un bebé en brazos.

El príncipe estaba contrariado. No dijo nada, pero se le notaba en la postura de los hombros, en la bronceada dureza de su rostro. Posó su mirada sobre Mara, sin perderse nada de su desmañado y extraño atuendo, sus mejillas húmedas y arreboladas, así como la preocupación por su dignidad que asomaba detrás de la expresión triunfante y alegre en sus ojos.

-¡Magnifique! -El hombre junto a Roderic se acercó para estrechar la mano de Estes.- ¡Fantástico! ¡Ese control, esa fuerza y agilidad! Desearía poder intentarlo, pero lamentablemente he disfrutado demasiado de las cosas buenas de la vida como para hacer tantas acrobacias.

-Monsieur exagera. -Estes inclinó la cabeza en aceptación del cumplido, hablando con tono cortés.

-No, no, le aseguro que no me atrevería a intentarlo -dijo el hombre, palpándose el voluminoso abdomen-. Pero dicen que mi padre, cuando era oficial en el ejército de Napoleón, podía sentarse en la silla de montar agarrándose a un palo de madera y levantar el caballo con los muslos.

-Formidable -comentó Estes, admirado.

-Así es.

-Discúlpame, Alex -dijo Roderic, no fue mi intención descuidarte. Conoces a mi garde du corps, pero permíteme presentarte a esta dama a la que querías conocer, Mademoiselle Incógnita. Chere, el famoso escritor Alejandro Dumas.

-Te agradezco esas amables palabras, Roderic. Mademoiselle, estoy encantado. El príncipe me ha relatado algo de vuestra historia. Qué delicioso misterio, la materia misma de una novela; debo considerarla.

-Conformaría un relato corto y pobre, me temo.

-No después de que yo hubiera terminado con él -respondió él con soberbia.

-Es posible -asintió Mara, sonriendo ante la cortesía y orgullo del hombre. Era alto y fornido; de unos cuarenta años, apuesto de una forma algo extravagante. Vestía levita y pantalones a la última moda, aunque el chaleco que cubría su ancho tórax era de brocado carmesí y dorado. Tenía el pelo de color rubio oscuro y muy ondulado; había hebras blancas en las sienes y sobre las orejas. Sus ojos eran azules y su tez del color del café con leche que se les da a los niños, más cremoso que oscuro. Se sabía que su abuela había sido una esclava negra de la plantación de su abuelo en las Indias Occidentales. En Nueva Orleáns eso hubiera sido causa de vergüenza; aquí, en París sólo lo volvía más interesante. -Es un gran placer conoceros. Me agradaron mucho vuestros romances históricos, en especial Los Tres Mosqueteros.

-¿Recordáis mi libro, vos que habéis olvidado tantas otras cosas de importancia? Qué maravilla. La mente es una cosa extraña, ¿no es así? Elige y selecciona los recuerdos.

-Así parece. Pero me alegra poder deciros que de todo lo que habéis escrito, pienso que ese libro y también El Conde de Monte Cristo son sin duda alguna obras maestras.- Siempre había leído mucho durante los largos veranos de Luisiana, pero nunca se había refugiado tanto en los libros como después de la muerte de Dennis.

-¡De todo lo que he escrito! Sabias palabras. Desearía que la Academia Francesa opinara lo mismo que vos.

Debido a lo prolífero de mi obra, me consideran prescindible, y también a mi querido Balzac,

que sufre con el mismo problema: demasiada facilidad con las palabras.

Estes se adelantó y chasqueó los dedos.

-Eso es para la Academia. A vos se os recordará, Monsieur, cuando aquellos que, niegan la entrada hayan sido olvidados.

-¿Pero... y Monsieur Hugo, que también ha escrito bastante -preguntó Mara con una sonrisa-. El es miembro de la Academia, creo.

Dumas se encogió de hombros.

-Ah, sí, la producción de Víctor es prodigiosa, aunque no tan grande como la mía, naturalmente. Pero el gran Hugo tuvo que presentarse cuatro veces, cuatro, antes de ser aceptado y aun esa vez fue la influencia del difunto duque de Orléans lo que logró su admisión.

-¿Una victoria política, entonces?

-Exactamente, Mademoiselle. Pero claro, Víctor se considera un político. Ha sido excepcional en los terrenos de la poesía, el teatro, las novelas, las finanzas y las alcobas. Para él, la política es uno de los últimos campos que quedan sin conquistar.

Su franqueza e ironía respecto de sí mismo invitaban a la familiaridad.

-¿Y vos, Monsieur? ¿No tenéis ambiciones en ese sentido?

Emitió una potente risotada.

-Todavía me quedan muchos campos por conquistar. Pero lo único que realmente quiero es ser lo suficientemente rico como para escribir lo que me gusta... y terminar mi casa. Han sido tan amables, todos ustedes. Me hace bien verlos. Me complacería mucho que vinieran a mi casa cuando esté terminada. Comeremos, beberemos, hablaremos y celebraremos mi hermosa monstruosidad.

-¿Estáis construyendo una casa?

-Es más bien un monumento -acotó el príncipe.

-Sí, a la historia, al melodrama y a todas las cosas que me resultan bellas. Será único y estupendo, quizá feo para algunos, pero con muchas partes fascinantes.

-¿Una imitación de quien lo construye?-preguntó el príncipe.

Alejandro Dumas lo miró con pesar.

-Algún día, mi querido amigo, algún día alguien te clavará un puñal entre los omóplatos o te cortará esa lengua tan sagaz.

-Y algún día tú gastarás más en tus locuras de lo que ganas con la facilidad de tu pluma y te echarán de París por deudor. Pero eso no sucederá esta tarde. –Roderic paseó la vista por la habitación vacía. -Te ofrecería una silla, Alex, pero aparentemente no hay ninguna aquí. ¿Pasamos todos al salón?

El príncipe se hizo a un lado para permitir que su invitado pasara delante de él. Luego hizo un gesto y los demás comenzaron a salir de la galería. Roderic tocó el brazo del gitano, deteniéndole. No había sorpresa en su mirada, sin embargo. Era como si el príncipe hubiera notado su presencia antes, y sólo ahora pudiera tomarse el tiempo de dedicarle un poco de su atención.

Cuando sólo quedaron él, el gitano y Mara en la habitación, dijo:

-¿Te unes a la escolta, Luca?

-Si vos así lo deseáis respondió el gitano con un matiz de altivez, como si esperara que le rechazaran y estuviera preparado para retirarse con dignidad y despreocupación.

-La elección no es sólo mía. También tendrán que desearlo los demás.

-¿Os referís a vuestros hombres?

-Es una condición. No se les satisface fácilmente. -El tono del príncipe era sereno, incisivo, de advertencia.

-Trataré de merecerlo, Alteza.

-¿Tenías algo que informar?

El gitano vaciló, como si quisiera decir algo más. Finalmente asintió con la cabeza.

-Mi gente acampó en Montreuil, fuera de las puertas de París, según vuestras instrucciones. Aguardan vuestras órdenes.

-Bebed, comed, cantad, bailad, pero manteneos fuera de la ciudad. ¿Comprendes?

-Nada de pedir limosna, ni robar, ni seducir mujeres ni comerciar con caballos enfermos.

Comprendo.

-Perfectamente. ¿Quieres unirte a nosotros?

Los ojos del gitano se humedecieron. No emitió respuesta sino que hizo un saludo muy tieso y siguió a los miembros de la escolta.

-¿Y tú, Chere?

Mara se había mantenido apartada, esperando poder escapar sin ser vista. No tenía idea de si la incluirían en esa reunión de hombres, pero no tenía intención de asistir. Una cosa era revolcarse por el suelo vestida con pantalones y una camisa enorme, pero otra muy distinta era entrar en un salón con una visita tan importante.

-Creo... Creo que no. Debo vestirme.

-No es necesario. Te hemos visto como estás y podremos tolerar el espectáculo unas horas más.

-Prefiero no sentirme entre ustedes con el aspecto de un muchacho vestido con la ropa de su padre.

Una sonrisa curvó los labios de Roderic e iluminó sus ojos.

-No hay peligro de eso.

Una duda la acosó. Bajó la vista hacia su cuerpo, siguiendo los ojos del príncipe y vio que la cinta con que había atado la camisa se había soltado, permitiendo que esta se abriera hasta la cintura. Por la abertura se veía la camisola y la curva de sus pechos elevándose por el escote de encaje. Se volvió de inmediato, agarrando la camisa con una mano.

-De todos modos, tendréis que disculparme. Quizá me reúna con ustedes más tarde.

-¿Chere?

La voz era suave, pero no por eso menos autoritaria. Ella se detuvo y echó una mirada por encima del hombro.

-Asegúrate de hacerlo. O tendrás que explicar con detalles precisos y plausibles por qué dejaste de venir.

-¿Por qué? No he estado con ustedes durante varios días; sin duda no hay necesidad de mi presencia ahora.

-Yo la deseo. ¿Qué otra necesidad tendría que haber?

-¡Actitud algo arrogante, debo decir!

-Pero mía. ¿Existe una razón para que nos evites?

-Quizás esté cansada.

-No sería sorprendente. ¿Lo estás?

Ella había comenzado a sentir dolor de cabeza, pero no quería darle la satisfacción de admitirlo. No era debido al ejercicio, pensó, sino al esfuerzo de este intercambio de palabras con él.

-La verdad es que... yo... mi guardarropa es algo escaso. No resulta adecuado para apariciones en reuniones formales.

-Es uno de los temas de los que tenemos que hablar.

¿Acaso quería decir que habría otros? La posibilidad era atemorizadora. Mara se concentró en el tema que él había traído a colación.

-No quiero nada de esa naturaleza de vuestra parte.

-¿No? Pero yo requiero que mientras estás bajo mi techo no vayas como una vagabunda, harapienta y salpicada de cenizas. No le hace bien a mi reputación que alguien pueda pensar que mantengo a una mujer en ese estado.

-¡No me mantenéis! --exclamó ella con voz dura.

-¿No? Estás aquí y según una antigua ley, toda mujer que comparte el techo de un príncipe heredero de Ruthenia goza de su protección.

-¡No fue una elección mía!

La respuesta de él fue rápida y punzante.

-¿Es en contra de tu voluntad?

-¿Qué... qué tiene que ver eso con todo este asunto

-He perdido la memoria, así que no tengo forma de saber adónde pertenezco, dónde deseo

estar.

-Exactamente. Pero mi invitado aguarda. Espero que te reúnas con nosotros en breves instantes. Más tarde hablaremos.

Mara se quedó mirándole después de que él y los demás se hubieran ido. Se sentía intranquila. ¿Acaso era posible que él hubiera jugado deliberadamente con sus miedos y su furia, esperando alguna reacción impulsiva, alguna revelación indiscreta? No le gustaba pensarlo, pero había algo extraño en su actitud, algún indicio de que estaba probando las defensas de ella. Sabía que Roderic era capaz de hacerlo. Podía muy bien haberla dejado en paz hasta ahora por consideración a su estado de debilidad, pero al verla casi recuperada, quizá hubiera decidido que estaba en condiciones de tolerar esa forma de interrogatorio.

¿Y qué importaba eso? El era un hombre severo, escudado en su inteligencia y su energía vital, autosuficiente, dueño de esa facilidad de palabra escurridiza y sagaz que Hélene había conocido en su padre. No obstante, no era más que un hombre, un "principejo" insignificante de un pequeño estado balcánico en los límites de la Europa central. Era ridículo ver la forma en que todos saltaban ante un mero susurro suyo, en que se aterrorizaban cuando arqueaba una ceja.

Ella no lo haría. Quizá no tuviera el derecho moral de estar donde estaba, quizá representara algún tipo de peligro para él, pero eso no le daba el derecho de meterse en su vida ni de tratada con condescendencia. Por el momento, era preciso vivir lo más cerca posible de él, pero eso no implicaba aceptar el trato que a él se le ocurriera darle. Y no iba a aceptarlo.

4

Cuando Mara llegó al salón una hora más tarde, no había rastros de la escolta ni de Monsieur Dumas. El príncipe estaba sentado solo delante del fuego. Miraba las llamas con una pierna extendida delante de él y un vaso de vino en la mano.

Del otro lado de las ventanas el cielo cubierto más oscura la noche. Las velas de un candelabro ardían sobre la mesa que ocupaba el centro de la habitación, dejando los rincones en sombras. Por fortuna, el polvo y la suciedad que cubrían los tapices, la alfombra y los muebles quedaban ocultos por la luz tenue.

Mara creyó que Roderic no había notado su presencia, pero cuando se detuvo en medio de la habitación él se puso de pie y se volvió hacia ella. Sus ojos se posaron sobre el arrugado vestido de seda blanca que ella se había visto forzada a volverse a poner, pero no hizo comentario alguno. Se acercó a un mueble sobre el que había un botellón con vino y unos vasos, volvió a llenar el suyo, luego sirvió uno para Mara y se lo alcanzó.

-Siéntate, por favor.

No era posible quejarse de su tono. No era cálido, pero tampoco era imperioso. Mara se adelantó y después de tomar el vaso de vino se sentó en el borde de un sillón del otro lado de la chimenea.

El no regresó de inmediato a su asiento, sino que se quedó de pie, de espaldas al fuego. Clavó los ojos sobre Mara, como si evaluara las alternativas. Extendió la mano y tocó la zona herida en la sien de ella. Al ver que ella se echaba hacia atrás de inmediato, frunció el entrecejo y bajó la mano.

-Una cicatrización magnífica. Te has recuperado rápidamente de tu infortunio.

-No sufrí ningún daño importante.

-Excepto la pérdida de memoria. Pienso que no estarías todavía con nosotros si la hubieras recuperado, de modo que supongo que eso no ha sucedido, ¿verdad?

¿Había un tono de burla en su voz? No podía estar segura.

-No.

-Aparentemente, las autoridades no han recibido una denuncia de la desaparición de una mujer con tus características. En las calles tampoco se habla de un hecho semejante.

-Comprendo. -Mara jugueteó con el vaso de vino, observando el cambio de color del líquido cuando captaba la luz.

-Parece que tendrás que quedarte con nosotros.

-¿Tendré?

-A menos que exista otro lugar adonde prefieras ir.

Ella sacudió la cabeza con lentitud.

-Yo... lamento ser un estorbo.

-No será ése el caso. Se me ha ocurrido que podrías...ganarte tu manutención.

Había usado deliberadamente la palabra que ella había rechazado unas horas antes; estaba segura de eso. Mara le miró, haciendo uso de toda su fuerza de voluntad para que sus facciones no reflejaran el temor que sentía.

-¿Que queréis decir?

Roderic observó el rubor que le subía por las mejillas y deseó saber qué pasaba por la mente de ella, qué esperaba la muchacha de él. ¿Recordaría la conversación que habían tenido la noche en que habían llegado a París? De ser así, no parecía ser consciente de ello, no había miradas coquetas ni avergonzadas. El hecho de que ella pudiera olvidarla era casi suficiente para convencerlo de que la amnesia era real. Casi.

-Mi mayordomo es un hombre excelente; nadie podría mostrarse más leal ni abnegado. Sarus ha estado siempre conmigo y fue criado de mi padre en su juventud. Sus antepasados sirvieron a los míos primero como esclavos, y luego como hombres libres. Te informo de todo esto para que comprendas por qué no puedo sencillamente despedirle por descuidar sus tareas, cosa que habrás notado. De hecho, no es descuido; es edad. Sarus ya no ve bien y tampoco puede trabajar como lo hacía antes; casi no sale de su habitación. No obstante, dado que su vida ha sido servimos a mi padre y a mí, reemplazarle por un hombre más joven sería matarle.

Roderic hizo una pausa y luego continuó con deliberación.

-La única solución que él podría aceptar sin sentir que su lugar es usurpado sería que yo encargara los asuntos de la casa a una mujer.

-¿Os referís a que contrataréis un ama de llaves?

-¿Una bruja antipática y eficiente que se burlará de los toscos esfuerzos de Sarus? De ninguna manera. Me refiero a una mujer que él aceptará porque pensará que ella siente cariño por mí. Los derechos de mi esposa serían aceptados sin cuestionamientos o, si yo insistiera en que ella se mostrara discreta, también lo serían los de mi amante.

Esa sugerencia, que coincidía tan bien con lo que ella necesitaba, despertó los instintos protectores de Mara.

-¿Queréis decir que... ?

El arqueó una ceja y sonrió con picardía al ver que ella no encontraba las palabras adecuadas.

-En absoluto. Sólo en apariencia..., a menos que prefieras la realidad.

No era necesario, sin duda no era necesario, no ahora.

Además, Mara tenía el presentimiento de que sería peligroso mostrarse de acuerdo con esta insólita proposición.

-No, pero...

-Tenía entendido que no deseabas que te mantuviera, que preferías ganarte tu hospedaje. Si me equivoco, dímelo y olvidaremos esto.

Hablaba con voz sedosa. La desconfianza de Mara creció, pero no había forma de evitar la respuesta que él aguardaba. Tenía que quedarse en la casa con el príncipe.

-No deseo depender de vos pero esto es tan... tan extraño.

-Muchas mujeres dirigen las casas de los hombres en París. Este tipo de arreglos no es inusual.

-No veo cómo podrá convencer a su mayordomo de que yo soy... de que tengo la autoridad para ocuparme de todo.

-Puedes dejar eso de mi cuenta.

Otra vez esa nota de arrogancia en la voz. Quizá no fuera justo darle ese nombre. podría tratarse solamente de una total confianza en sí mismo.

-Admito que necesitáis alguien que dirija a los criados -dijo Mara con lentitud-, ¿pero qué os hace pensar que yo podré hacerlo? No conocéis nada de mi capacidad.

-No podrías ser peor que Sarus.

-Vuestros sirvientes podrían no aceptar órdenes mías.

-Lo harán; de lo contrario, podrás despedirlos y contratar otros mejor dispuestos.

Ella contempló las líneas fuertes del rostro de él, la expresión serena Y penetrante de sus ojos. Sintiéndose indefensa, respondió con aspereza:

-Dado que habéis demolido todas mis objeciones, supongo que debo aceptar.

-Sólo si lo deseas. No te estoy obligando; solicito tu ayuda para resolver un problema.

-No he querido decir que... -comenzó a decir Mara, pero se detuvo al tomar conciencia de la imposibilidad de explicar por qué se veía obligada a aceptar. –Me complace ayudaros de cualquier forma posible.

-Ofrecimiento generoso, pero no ahondaré en él. El siguiente problema es el de vestirte en forma adecuada para tu posición.

-Eso es muy simple -dijo ella con resignación.- Estoy segura de que tendréis a un proveedor habitual de la característica tela gris, como así también de delantales y cofias.

-No. -La palabra era dura, inexorable.

-Entonces será fácil encontrar uno. No hay más que preguntárselo a las criadas.

-Me malinterpretas y parece que lo haces a propósito. Hablaré con más claridad No deseo que te vistas como una criada.

-¿Entonces cómo deseáis que me vista? –preguntó Mara con dureza.

-¿Con volantes y gasas adherentes, con sedas, frunces, rasos, cintas y velos de encaje? ¿Como una prostituta? -Sonrió y su voz era una caricia. -¡Qué imaginación tienes querida! Llamaremos a Madame Palmyre.

-¡No!

-¿Por qué podrías oponerte a los servicios de la modista más famosa de París?

Allí estaba la trampa, abriéndose cuando Mara menos lo esperaba. Y se había metido en ella con los ojos cerrados. Madame Palmyre había hecho el vestido que llevaba puesto y muchos otros. La modista la reconocería con sólo ponerle los ojos encima.

-Sus... sus precios sin duda serán demasiado altos para una simple ama de llaves.

-¿Simple? Recuerda mi posición, por favor, y también recuerda que debes parecer algo más ante Sarus, que sabe mucho de esas cosas, puesto que ha acompañado a muchas damas a la modista en otros tiempos.

-No me interesa lo que hayan usado vuestras otras mujeres. y me arreglaré con algo más sencillo.

-Petulante y quejumbrosa. Me pregunto por qué. No serás una entre muchas. Hace tiempo que no siento deseos de dejarme entretener por las costosas extravagancias de las cortesanas.

-¡No estoy celosa, si es eso lo que queréis insinuar!

Hubo un brillo de aprobación en los ojos de Roderic ante la rapidez de la defensa de ella.

-Podrías haberlo fingido. Será Madame Palmyre, entonces.

Mara levantó el mentón con aire desafiante.

-Prefiero hacerme mis propios vestidos.

-¿De la misma forma en que te hiciste lo que llevas puesto, que sin duda en algún momento fue una hermosa creación?

El tono era levemente burlón, pero por lo demás, lacónico. Sin embargo, ella estaba aprendiendo a conocerle y sus sentidos le enviaron una señal de advertencia. Frunció el ceño y se miró el vestido.

-No lo creo. Pero estoy segura de que sé manejarme con aguja e hilo.

Roderic la estudió, deslizando la mirada por el pelo recogido en un nudo y las líneas puras de sus pómulos. Se había defendido bien, pero él le había movido el suelo y lo sabía.

-Tendrás muy poco tiempo para dedicarte a ese pasatiempo. Además, podría resultar adecuado para trajes de día, pero... ¿y los atuendos para las ocasiones formales?

-No estaré presente en acontecimientos de ese tipo.

-¿Permanecerás oculta, escondiéndote avergonzada en tu habitación?¿Cómo pretender

descubrir alguna vez quién eres?

-¿Y si fuera alguien a quien es mejor no descubrir bajo protección? No, prefiero esperar a recuperar la memoria; quizá, con un poco de tiempo, lo logre.

-¿Cuánto tiempo? ¿Unas semanas, un mes, un año? No puedes ocultarte para siempre.

-Pero sí puedo hacerlo por... por un breve lapso.

El estaba decepcionado. Era consciente de que la irritación que experimentaba surgía de esa sensación, de modo que no quiso darle rienda suelta; pero de todos modos, la sentía. Había creído que llegaría a un entendimiento con esa mujer a la que conocía solamente como Chere, que ella confiaría en él. O de lo contrario, si su pérdida de memoria era real, que podría hacerla recordar ejerciendo su fuerza de voluntad. Nada de eso había sucedido. El enigma que ella representaba comenzaba a acosarlo. La idea de tenerla durmiendo bajo su techo lo había distraído continuamente en estos últimos días, impidiéndole concentrarse en el trabajo que se había acumulado durante su ausencia. Se había mantenido informado sobre su progreso previendo el día en que ella estaría lo suficientemente bien como para poder tolerar otro interrogatorio. El hecho de que ella siguiera eludiéndole le inquietaba, le dejaba insatisfecho. Reconoció en él mismo todos los síntomas de un arrebato de furia y el hecho le divirtió.

-Haz lo que quieras, entonces. Mi único deseo es que estés bien vestida, y como no tienes medios aparentes para encargarte de ello, la responsabilidad es mía. Respecto de las provisiones de la casa, comida, vino y otros productos, puedes seleccionar lo que quieras, donde desees y hacer que me envíen las cuentas aquí; con la ropa puedes hacer lo mismo. Pero me reservo el derecho de decidir qué es o no adecuado en cuanto a calidad de la tela o diseño.

-Trataré de no avergonzaros.

-Sería mejor que trates de complacerme.

La entrevista, si así podía llamarse, parecía haber terminado. Con una sonrisa glacial, Mara dejó el vaso de vino que no había tocado y se puso de pie.

-¿Mejor para quién?

-Para mí, desde luego -respondió él con suavidad-. ¿Para quién si no?

-Bonjour, mademoiselle. Mi nombre es Worth.¿En qué puedo serviros?

Ella se había arriesgado a regresar a la Maison Gagelin, la casa de telas de la Rue de Richelieu a la que había acudido con su abuela. No era probable que alguien fuera a recordar a una clienta entre todas las que debían de haber entrado y salido desde entonces. En aquella ocasión sólo había comprado un chal; no había encargado nada importante como un ajuar o ropa de luto. No había razón para que los vendedores se hubieran fijado en ella. Además, sabía que allí encontraría telas de inobjetable calidad.

Por una desafortunada casualidad, el mismo joven inglés que le había vendido el chal se acercó para atenderla. Mara sintió la tentación de volverse y huir, pero no sólo sería una grosería hacia el empleado que había sido amable con ella, sino que muy bien podría parecer extraño ante Luca, quien la había acompañado.

Al principio pensó que el gitano lo había hecho por pura gentileza, pues quizá hubiera pensado que no estaría segura sola en la calles. Pero con el correr de la mañana y el incesante entrar en boucheries en busca de carne fresca, en patisseries para encontrar las mejores tartas y masas, y hasta en el mercado de Les Halles para adquirir verduras, comenzó a notar el aburrimiento de Luca. El hubiera preferido estar con el resto de la escolta, que se había marchado a Montmartre, en una expedición cuyo propósito no le habían explicado a Mara. Lo único que lo había impedido, sospechaba Mara, eran órdenes de Roderic. Luca disfrutaba de su compañía, pero lo que hacía ella eran cosas de mujeres, no de hombres. Mara sabía que él se sentía muy incómodo aquí en la tienda de telas; uno de los empleados observó su atuendo, la piel morena, el arete en la oreja, el amuleto que le colgaba del cuello y frunció visiblemente la nariz antes de alejarse.

Luca no dio señales de haberlo notado. Permaneció de pie contra una columna de mármol, contemplando con desdén la alfombra persa roja, las paredes tapizadas con damasco, las arañas de cristal con cadenas que se reflejaban en largos espejos, las flores de invernadero y los escaparates de caoba.

-Bonjour -dijo Mara y luego explicó que necesitaba telas para vestidos de día. Había decidido que con cuatro se vería presentable. Se haría uno ella misma enseguida, para demostrar su habilidad y para poder ponerse otra cosa que no fuera el vestido blanco de seda que llevaba ahora debajo de la capa. Ese mismo vestido, con el añadido de unos adornos de cintas o encaje en la cintura y remiendos hábiles para disimular las roturas, se vería adecuado para la noche, si llegaba a necesitar ropa más formal.

Worth inclinó la cabeza en señal de que comprendía. -Pasad por aquí, mademoiselle, por favor. Pero yo os conozco, ¿no es así? Ah, vos sois la dama del chal gris. Es un gusto volver a veros.

¿Lo habría oído Luca? No podía estar segura de que él no hubiera escuchado, aunque se había alejado bastante. ¿Quién hubiera pensado que el dependiente se acordaría de ella? Al menos no había dicho su nombre, probablemente porque no lo sabía. Ella no había sido más que otra clienta, una que prefirió llevar ella misma lo que había comprado, en lugar de solicitar que se lo enviaran.

Worth comenzó a extraer rollos de tela de debajo del mostrador. Trabajaba con ahínco, este joven de veintitantos años que trataba las telas como si fueran materiales preciosos que cobraban vida en sus manos.

Al ver los colores brillantes que él había seleccionado, Mara dijo:

-No, no, debí habéroslo explicado. Necesito algo práctico, quizás en gris o tostado.

-Lo que vos digáis, mademoiselle -respondió él y su acento británico se tomó más pronunciado. Frunció el ceño mientras extraía uno o dos rollos de los colores que Mara había indicado.

Ella no tenía tiempo para preocuparse por la desaprobación del vendedor. Tocó las telas, que eran de lana bien tramada y sedosa. Vaciló, tratando de escoger. Había usado esos colores tristes tanto tiempo antes de venir a Francia que no le resultaban en absoluto atractivos.

-¿Me permitís hacer una sugerencia, mademoiselle?

Ella suspiró y asintió.

-El tostado os apagará, le quitará vitalidad a vuestro rostro. El gris es mejor. Pero lo más indicado sería esto. -Tomó un rollo de tela de un rojo oscuro, casi púrpura.

-Es hermoso, pero no lo más indicado para supervisar la limpieza.

-¿Por qué no? Habría que estar tan soignée para esa tarea como para ir al teatro o servir el té. Y el color disimulará posibles manchas. Además, con él, vuestro cutis aparecerá en toda su claridad y perfección.

Hablaba con tanta sinceridad que sus palabras no sonaban aduladoras.

-Sois muy persuasivo.

-Digo la verdad -respondió él con sencillez.

Mara accedió a comprar la tela roja y también una azul y una verde aparte de la gris. Una vez que terminó con eso, se dedicó a pensar cómo serían los vestidos para calcular la cantidad que necesitaría de cada color. No sería bueno escatimar los adornos, pero eran tantos los drapeados y volantes, los adornos y cintas que se utilizaban, que con frecuencia se necesitaba tanta tela para los ornamentos como para el vestido mismo. Comentó esa en voz alta.

-Es cierto, mademoiselle, y constituye un gran derroche, pues tantos adornos hacen que uno se fije en el vestido y no en quien lo lleva. Para vos, sería un error adornarlo excesivamente. Poseéis aspecto de una madonna de Rafael, pura, natural pero con un aire de sensualidad. No necesitáis ornamentos.

Este era un empleado muy poco común. Mara estuvo a punto de preguntarle si sabía diseñar vestidos de mujer, pero desechó la idea Lo más probable era que él quisiera incrementar sus ventas para llegar a gerente, y no tener nada que hacer excepto llevar levita y dirigir a los otros empleados.

-También necesito unos metros de batista o hilo blancos -dijo Mara.

-Por supuesto, mademoiselle. Esta mañana hemos recibido una partida de excepcional calidad, os la mostraré.

Era obvio que ese pedido sólo podía ser para ropa interior. La actitud de Worth era cortés pero desinteresada. Sin duda llegaría a gerente en poco tiempo, quizás antes de cumplir treinta años.

Las telas más livianas estaban en otra sección del establecimiento. Mientras el joven inglés se alejaba para buscarlas, un hombre que había estado cerca de Mara se adelantó hacia ella.

-Tenéis muy buen aspecto, mademoiselle Delacroix.

Ella se volvió bruscamente y sus ojos se agrandaron al ver a un hombre alto y delgado vestido de negro y con aspecto diabólico. Era de Landes, el hombre que la había arrojado de una carroza hacía menos de una semana. En el mismo momento en que le reconocía, vio que Luca los miraba. El gitano se enderezó, esperando para ver si ella necesitaba ayuda con el hombre que se le había acercado.

-Veo que tenéis un guardaespaldas -murmuró de Landes-. Libraos de él.

-¿Cómo?

-Sois una joven inteligente. Inventad alguna excusa.

No se quedó a ver si ella obedecía, sino que se alejó unos metros, fingiendo interesarse por unos paraguas.

Mara se volvió hacia los rollos sobre el mostrador, tocando las telas como si tratara de decidir. Se mordió el labio con fuerza mientras buscaba un subterfugio. Le cruzó por la mente la idea de gritar, permitir que Luca derribara a de Landes y luego buscar la ayuda de Roderic para encontrar y liberar a su abuela. Pero no podía hacerlo. El riesgo era demasiado grande. De pronto, se le ocurrió una idea y se volvió para acercarse al gitano.

-Qué agotadoras son estas compras, ¿verdad? - comentó con una sonrisa forzada-. No creo que pueda soportar la caminata de regreso hasta la Casa de Ruthenia. Podríais por favor, llamar a un coche?

-De inmediato. -Luca inclinó la cabeza, pero al salir dirigió una mirada sombría al hombre que estaba junto a los paraguas.

-Sois una excelente conspiradora -dijo de Landes un instante más tarde, de nuevo junto a Mara-. Escogí bien.

-¿Qué queréis? -dijo Mara, haciéndole frente.

-¡Qué ferocidad! Haríais bien en recordar vuestra posición y la de vuestra amada abuela. -El hombre se tocó el bigote, alisando la fina línea negra que se extendía a cada lado de su boca húmeda y roja terminando en una barba angosta y puntiaguda. Esbozó una sonrisa helada.

Mara lo miró y sintió dentro de ella un odio virulento mezclado con un estremecimiento de temor. De Landes era apuesto en una forma oscura y diabólica. Durante el breve lapso de su relación con él, había llegado a la conclusión de que gozaba con sus tramas y artificios, y se consideraba un Maquiavelo. Esa excesiva vanidad no le hacía menos peligroso.

De Landes asintió al ver que ella callaba.

-Apresurémonos, entonces. Os felicito por vuestra rápida conquista. No creí que os resultaría tan fácil.

-Vuestras felicitaciones son prematuras. Vivo bajo su techo, nada más.

-Qué decepcionante. Habrá que remediarlo.

La voz era fría, las palabras, precisas. No era posible que hubiera un malentendido. Mara levantó el mentón.

-No veo la necesidad.

-¿No? Os la explicaré nuevamente. Dentro de poco tiempo, tendréis que ejercer influencia sobre este hombre, el príncipe. Las mayores probabilidades de que os escuche se basan en el hecho de que vos os encontreis en una situación de total intimidad con él.

-Es una locura -exclamó ella en voz baja, apretando los puños junto a su cuerpo-. No es un hombre que se deje influenciar por una mujer, por más estrechamente que esté relacionado con ella.

-Todos los hombres escuchan a sus amantes, sobre todo si la relación es reciente y la mujer es astuta.

-No entendéis. El príncipe sospecha. No cree en mi pérdida de memoria, lo sé. Temo que me haya traído a París sólo para vigilarme. ¡No dará resultado!

-Pues tendréis que encargaros de que lo dé. Podéis hacerlo, si os decidís a dejar de lado vuestras excusas timoratas y puritanas. Os aseguro que es así, pues hasta yo soy consciente de

vuestra atracción.

Ella le dirigió una mirada cargada de repulsión.

-¡No puedo hacerlo no puedo!

Será mejor que os acostumbréis a la idea de que lo hareis. Dentro de dos semanas el príncipe deberá asistir a un baile ofrecido por la vizcondesa de Beausire. Vuestro trabajo será asegurarse de que esté presente. Ya sabéis cuáles serán las consecuencias de vuestro fracaso.

-¿Pero cómo...? No puedo...

-Llegará una invitación. Vos os encargaréis de que la acepte.

-Quizá la acepte de todos modos. Es posible que no haya necesidad de interferir.

-Y también es posible que la rechace. El príncipe Roderic es famoso por su astucia política y su discriminación en lo que se refiere a honrar a una anfitriona con su presencia. Pero ésta es una ocasión a la que no debe faltar. Depende de vos.

-¿Se trata de un asunto político, entonces? –quiso saber Mara.

De Landes pasó por alto la pregunta.

-También os encargaréis de que el príncipe llegue a la hora indicada y se sitúe en el lugar indicado. Me pondré en contacto con vos más adelante para proporcionaros estos detalles.

-¿Pero cómo haré eso sin estar presente en el baile?

-Lo estaréis. La ocasión permitirá que un hombre acuda con su amante, si así lo desea.

-¿Y si me reconocen?

-Para entonces, ya no tendrá importancia.

-Quizá no la tenga para vos y vuestros planes, pero para mí.. .

-Eso es irrelevante. Hay aquí muchas más cosas en juego que vuestra reputación, querida.

-¿Qué es esto? ¿Qué están haciendo? ¿Por qué debo hacer ir al príncipe a ese baile?

-No es necesario ni recomendable que sepais estas cosas, sólo que tengais en cuenta lo que sucederá a Madame Hélene si no cumplís mis instrucciones.

-Pero yo...

-Es suficiente. Recordad lo que os he dicho. Tenéis solamente dos semanas. Utilizadlas de forma provechosa.

El empleado Worth se estaba acercando. De Landes hizo una reverencia, sonriendo con cortesía como si hubieran estado intercambiando trivialidades, y luego se dio la vuelta y se alejó.

Mara temblaba de la cabeza a los pies y sólo gracias a un esfuerzo supremo de voluntad logró terminar sus compras. Cuando indicaba la dirección adonde debían ser enviadas, Luca regresó para decir que el coche aguardaba. A Mara le pareció que Worth la miraba con extrañeza mientras anotaba el nombre de la Casa de Ruthenia, pero no había forma de remediarlo. Se volvió y permitió que el gitano la guiara hasta la salida.

Luca prefirió subir junto al conductor en lugar de sentarse dentro del carruaje con Mara. A solas, ella frunció el ceño, pensativa. ¿Qué razón podría tener de Landes para querer que el príncipe estuviera presente en un baile que ofrecía una mujer de la pequeña nobleza como la vizcondesa de Beausire? Lo único que se le ocurría era una venganza de algún tipo. Ninguna otra cosa tenía sentido. De Landes había hablado de política, pero como causa, ésta parecía dudosa. El francés estaba entroncado en el gobierno de Luis Felipe de la casa de Orléans y, por lo tanto, debía ser tomado como partidario de Orleans con razones personales para apoyar la monarquía. El príncipe era el heredero del trono de Ruthenia y era obvio que estaría a favor de la misma forma de gobierno.

Mara tenía escaso interés en asuntos de política, especialmente franceses. Gracias a que su abuela con frecuencia le leía trozos de artículos de boletines y periódicos, comprendía a grandes rasgos la situación.

Con la caída del imperio de Napoleón unos treinta años antes, los Borbones habían retomado el poder en la persona de Luis XVIII, hermano de Luis XVI que había sido decapitado en 1793, y tío del joven Luis XVII que había muerto en el Templo. Según palabras de Napoleón, los Borbones no habían olvidado nada ni aprendido nada. A pesar de que Luis XVIII había sido un rey prudente que había dado a su pueblo una constitución, también fue frío y calculador, pues en los últimos años llegó a considerar que su derecho divino de gobernar era más importante que los derechos de sus

súbditos. Le sucedió su hermano Carlos X, que fue un hombre bueno y honesto, pero también inclinado al poder absoluto. Al cabo de un reinado de sólo seis años, la imposibilidad del rey Carlos de comprender la naturaleza de los cambios en Francia Y transigir con ellos, culminó en una revolución que trajo apareada su abdicación en favor de su nieto, el conde de Chambord.

Durante ese tiempo, el país había estado en manos de un gobierno provisional que estaba cansado de los Borbones. El trono fue declarado vacante, y el duque de Orléans, miembro de una rama menor de la familia Borbón, recibió la corona en un golpe de estado que se denominó la Revolución de Julio. En lugar de llamarle rey de Francia, se le otorgó el título de «rey de los franceses por gracia de Dios y voluntad del pueblo». Así había permanecido hasta el presente.

Los diecisiete años de reinado de Luis Felipe no habían sido fáciles. El partido legitimista, dedicado a tratar de devolver el trono a un legítimo Borbón, consideraba un usurpador a Luis Felipe y le despreciaba por ser el hijo del antimonárquico Felipe Igualdad. Los socialistas querían una nueva república, un gobierno que fuera más representativo del pueblo. Los reformistas querían cambios que quitaran poder a Luis Felipe, dejándole como una figura representativa, al estilo de los monarcas británicos. También estaban los bonapartistas, que pensaban que Francia jamás había visto una era tan gloriosa y progresista como los tiempos del imperio napoleónico. El regreso del cuerpo del héroe Napoleón Bonaparte a Francia desde Santa Helena en 1840, y su sepultura en Los Inválidos, habían desatado el entusiasmo para traer al sobrino del gran hombre al trono. Este individuo, Carlos Luis Napoleón, era el tercer hijo de Luis, el hermano del emperador, rey de los Países Bajos y de Hortense de Beauharnais, hija de Josefina.

Luis Felipe llegó al trono como resultado de la aprobación de la clase media. Continuó ganándose ese apoyo, convirtiéndose en un rey burgués que con frecuencia era visto por las calles, en restaurantes y en cafés, con una chaqueta oscura y un sombrero, llevando bajo su brazo un paraguas. Sus costumbres eran frugales, debido a que durante su exilio varias veces había pasado hambre. Durante ese período, había hecho una prolongada estancia en Luisiana, donde había adquirido los hábitos norteamericanos de levantarse temprano y trabajar con ahínco. Se decía que el rey se levantaba al amanecer, encendía su propio fuego y trabajaba en su escritorio hasta la hora del desayuno. Estas características gustaban a la burguesía, pero no obtenían la aprobación de aquellos que pretendían que un rey se comportara como tal.

La clase media era la más importante debido a su riqueza y el monopolio que tenía en la representación de la Asamblea. No obstante, cometía un error al promover sus derechos y prerrogativas a costa de la nobleza y el populacho. Se urdían planes y complots en niveles altos y bajos, pero, sobre todo, entre los elementos más radicales que favorecían los derechos de los trabajadores.

En los últimos años había habido varios atentados contra el rey, de los cuales uno de los más notables había sido el de Giuseppe Fieschi, que había construido una «máquina infernal» hecha de veinticinco escopetas que debían dispararse simultáneamente. El rey y sus hijos salieron ilesos del ataque, pero murieron dieciocho personas. Fieschi y los otros conspiradores fueron enviados a la guillotina. El sobrino de Bonaparte, Carlos Luis Napoleón, intentó dos veces organizar una insurrección popular. Tras el último intento fue juzgado y condenado a prisión en Ham, pero solamente un año atrás había escapado, vestido de labrador y se había refugiado en Inglaterra. Según la opinión de la abuela Hélene, Luis Felipe no tenía ningún derecho de sentarse en el trono. No era más que el tataranieto de una princesa austriaca y un cardenal italiano, en absoluto un Borbón. Aquéllos con oído para viejos relatos recordarían que el segundo hijo de Ana de Austria, la reina consorte de Luis XIII, no había sido engendrado por el rey, sino por el amante de ella, el cardenal Mazarin. En cuanto a Carlos Luis Napoleón, su madre, la joven Hortense de Beauharnais, había formado un escándalo al verse casada con un anciano que era su tío por casamiento, y declaró que jamás se sometería al lecho nupcial. Aun habiendo nacido su primer hijo de esa unión, se sospechaba que Carlos Luis, el tercero, era el resultado de un romance con un famoso almirante holandés. Sus amantes habían sido tantos, sin embargo, que era posible que ni la propia Hortense supiera quién era el padre. En cuanto a la rama más antigua de los Borbón, aclamada como monárquicamente pura por los legitimistas ¡bien!, había tantas posibilidades de que esa sangre azul

se hubiera diluido que sería aburridísimo nombrarlas.

¿Qué diría la abuela Hélene si supiera lo que tenía que hacer su nieta? ¿Acaso el asunto en que estaba involucrada Mara resultaría tan sórdidamente divertido como aquéllos de personajes más importantes?

Debía seducir al príncipe. No había forma de evitarlo. Había perdido demasiado tiempo. De haber tenido ella más coraje, el asunto ya estaría resuelto.

Dos semanas. Tenía dos semanas para seducir al príncipe, para llegar a su lecho. No bastaría convertirse en su amante; tendría que embrujarlo de tal forma que él accediera a sus deseos. Un leve flirteo, una breve relación no bastaría. Este hombre formidable debía ser cautivado hasta el punto en que disfrutara complaciéndola, accediendo a sus deseos.

¿Cómo iba a lograrlo? ¿Cómo?

5

La tarde de la salida de compras, Mara solicitó una reunión de los empleados de la Casa de Ruthenia. Luca, que no tenía ninguna tarea específica encomendada, estaba en el salón privado junto a la galería donde hacían ejercicios cuando Mara envió a una doncella con el mensaje al sector de servicio en la planta baja. No hizo comentario alguno, pero cuando los criados comenzaron a entrar en la habitación, dejó a un lado el trozo de madera que estaba tallando y permaneció de pie detrás de la silla de ella.

Mara, sentada detrás de un escritorio que había elegido para ella, se sintió agradecida por el gesto silencioso de apoyo. Durante varios años se había ocupado de la casa de su padre, supervisando la compra de comida y provisiones, dirigiendo a los esclavos en los trabajos de limpieza y reparación. Pero eso era diferente de manejar a criados franceses con sus antiguas nociones de lo que correspondía a cada uno en la casa, sus aires de superioridad y sus republicanas de igualdad. Iba a tener que mostrarse autoritaria si quería ser obedecida.

Se presentaron veinte empleados. Según la lista del libro de contabilidad que especificaba nombres y sueldos, había una cocinera, tres criadas de cocina, cuatro doncellas, dos ayudantas de limpieza, cuatro lacayos, un jardinero, un ayudante de jardín, un cochero y dos hombres cuyas tareas eran ocuparse de los residuos y desechos. Mara permaneció unos minutos mirando al grupo. No causaban demasiada buena impresión. Las mujeres no llevaban cofias y sus delantales estaban manchados y raídos. Los hombres daban la impresión de que acababan de ponerse las chaquetas y chalecos, y en todo caso, ésas eran prendas que podrían haber usado para andar por la calle. Había un aire general de descuido y resentimiento, como si disfrutaran de sus trabajos fáciles y quisieran mantener así la situación.

Mara los contó mentalmente y luego echó una mirada al libro de contabilidad.

-¿Dónde está la mujer que trabaja como cocinera? -preguntó, levantando la vista.

Ellos se movieron e intercambiaron miradas de soslayo. Finalmente, uno de los lacayos habló.

-Madame, la cocinera dice que no es una criada común, sino una artista. Se niega a responder a la llamada de una... de alguien que no es la señora de la casa. Dice que cualquiera que desee hablar con ella podrá encontrada en la cocina.

-Comprendo -dijo Mara en voz baja y firme-. Irás a decide a Madame que requiero su presencia aquí, para una entrevista privada, antes de que transcurra media hora. Si no viene, puede considerarse despedida. Bien, ¿hay alguien más aquí que no se sienta cómodo recibiendo órdenes mías?

Se hizo un silencio. Nadie habló ni se movió. Mara aguardó unos segundos más, luego hizo una señal al lacayo para que llevara el mensaje a la cocina. El hizo una reverencia y desapareció.

-Desde este momento, habrá varios cambios en la organización de la casa. El primero será en materia de vestimenta. Se han encargado libreas nuevas, delantales y cofias para vosotros y serán enviados aquí esta semana. Usaréis estas prendas cuando estéis de servicio, sin excepción, como corresponde a una casa que es la residencia oficial del gobierno de Ruthenia. Es importante que tengáis una apariencia limpia y esmerada, y que los invitados os distingan como miembros del

personal de servicio de la casa. ¿Me habéis entendido?

Al ver que una o dos personas asentían, Mara consultó la lista que tenía en la mano y luego prosiguió. Especificó varios cambios que debían hacerse en el servicio, el grado de limpieza y las responsabilidades de cada uno. Luego comenzó a enumerar las tareas que realizaría cada persona a la mañana siguiente. Estaba a punto de terminar cuando la puerta se abrió con fuerza y golpeó contra la pared.

Una mujer regordeta y de rostro cuadrado entró en la habitación, trayendo una sartén en la mano. Miró a su alrededor y al ver a Mara, avanzó hacia ella como si tuviera intención de golpearla. Luca dio un paso adelante. La mujer vio su rostro moreno e imperturbable y se detuvo.

-¿Con qué derecho me enviais semejante mensaje? -chilló, furibunda-. ¡Jamás he sido insultada de esa forma! Los hombres me suplican, sí, los caballeros de más rancia estirpe, que vaya a sus casas a preparar la comida. ¡Soy única, una gran artista! Mi sueldo es mucho mayor del que una como vos podría ganarse tumbada de espaldas durante años!

Mara se puso de pie.

-¿De verdad? Entonces te pagan más de lo que mereces.

El comentario sereno acalló el torrente de palabras. El rostro de la cocinera se tomó púrpura.

-¡Estoy pensando en marcharme de esta casa! Os mereceríais que lo hiciera. ¡El príncipe con seguridad os arrojaría a la calle al descubrir que me ha perdido por vuestra causa!

-Puedes hacer lo que desees. Te aseguro que no se notará tu ausencia.

-¿Os atrevéis a insultar mi talento?

-¿ Te atreves a sugerir que las comidas que salen de la cocina de esta casa son claros ejemplos de él?

La mujer abrió la boca, y luego volvió a cerrarla. La sartén que había estado agitando en el aire quedó colgando junto a su cuerpo.

-Fui contratada por el mayordomo del príncipe. Nadie más puede despedirme.

Las palabras eran desafiantes pero el tono, sumiso. Mara supo que había vencido.

-No habrá motivos para despedirte mientras la comida que llegue a la mesa del príncipe represente tus mejores esfuerzos. Estoy segura de que por tu propia reputación no querrás que sea de otra forma.

-Por supuesto que no.

La mujer no habría podido responder otra cosa que eso, pero al menos sonaba sincera.

-Bien. Espero que utilices tu talento para crear menús que hagan memorables las comidas de la Casa de Ruthenia. Si los escribes y me los traes cada mañana, nos pondremos de acuerdo sobre ellos.

-¡En esta casa es imposible trabajar! Gente que entra, gente que sale. ¿Cómo puedo lucirme si cada día se me informa a último momento si tendré que preparar comida para cuatro personas o para cuatro docenas?

-Me encargaré de que se te avise con tiempo. Sin embargo, tendrás que ser generosa con la cantidad para poder dar a basto si la hospitalidad de la casa lo requiere.

La cocinera frunció los labios y luego asintió lentamente.

-En cuanto a los pedidos de provisiones...

-Eso correrá de tu cuenta en gran parte --dijo Mara y luego añadió: -Aunque ocasionalmente yo compraré productos frescos para cada día. Y naturalmente, revisaremos las cuentas juntas antes de pagarlas.

-Naturalmente -asintió la mujer, y a pesar de que el tono era duro, contenía una nota de respeto.

En las residencias importantes, era un privilegio de la cocinera recibir remuneración por parte de los proveedores por haberles encargado los alimentos. Esta práctica se pasaba por alto siempre y cuando no resultara en productos de poca calidad y precios altos. La cocinera comprendió que Mara tenía la intención de vigilar este aspecto de la organización. Sin duda ahora mejoraría la calidad de la carne, la leche, la mantequilla y los huevos.

-El contenido de la bodega parece adecuado. Tengo entendido que el mayordomo del príncipe

se está encargando de este aspecto. Seguirá haciéndolo. No será necesario contar las botellas todos los días, pero se hará un inventario que se controlará periódicamente.

La cocinera echó una mirada a los lacayos. Estos esquivaron sus ojos, mirandose las manos o manteniendo la vista fija delante de ellos. Una de las doncellas emitió una risita nerviosa y luego la convirtió en una tos.

Mara aguardó varios minutos y luego pasó serenamente al siguiente punto de la lista. Parecía que se entendían.

Los dos días siguientes fueron un gran revuelo. Se dividió a los criados en grupos de tres o cuatro personas. Comenzaban a trabajar temprano y no cesaban hasta muy tarde. Por donde uno mirara, había baldes y trapos, cepillos y escaleras, paños y ceras. Era imposible subir o bajar una escalera o atravesar un corredor sin toparse con un hombre o una mujer que llevaban agua caliente limpia o cubos con líquido sucio y jabonoso. Las pesadas cortinas de las ventanas y las camas se sacudieron, cepillaron y golpearon hasta que nubes de polvo se alzaron en las habitaciones. Los tapizados de sillas y sillones se cepillaron y limpiaron y se tomó nota de aquellos que necesitaban arreglos.

Limpiaron las escaleras, las alfombras, los techos, las maderas, sacaron brillo a los muebles y adornos de metal, pulieron los suelos de madera y mármol y les dieron brillo con cera de abejas.

Lavaron los cristales, los espejos y también las mil seiscientas copas de cristal y las tres mil seiscientas piezas de la vajilla de porcelana. Limpiaron la plata desde la cuchara más pequeña hasta el gran samovar para servir el té.

En el patio trasero, se hizo hervir agua en gigantescas marmitas y allí se lavó la ropa blanca que estaba húmeda y amarillenta: sábanas, servilletas, manteles toallas y varias otras cosas cuyo uso no pudo determinarse. Esa misma agua jabonosa se utilizó después para fregar los adoquines de los patios y lavar la suciedad de años. Se cortaron los arbustos y el césped y se arrancaron las malas hierbas.

El trabajo comenzó en los salones, pero pronto se extendió hasta los aposentos del príncipe y las habitaciones de los miembros de la escolta. Roderic y sus hombres huyeron; partían al amanecer y regresaban por la noche cuando reinaba la paz. Se acostumbraron a probar las sillas para ver si estaban húmedas antes de sentarse y a pasar un dedo rápido y furtivo sobre las mesas para comprobar si quedaban restos de ceras, antes de apoyar un brazo o un codo uniformado sobre ellas. Caminaban de puntillas sobre los suelos encerados y hasta se les vio borrando con la manga las huellas de los dedos en la plata. Pero a pesar de la incomodidad inicial, se mostraron encantados con los progresos.

Mara delegaba las tareas y controlaba ocasionalmente los grupos de trabajo, inspeccionando las áreas en donde se estaba trabajando. Pero la mayor parte del tiempo la pasaba cosiendo. Había requerido los servicios de una de las doncellas, una muchacha llamada Lila que admitió haber sido costurera Entre las dos, diseñaron cuatro vestidos de apariencia algo medieval. El rojo tenía escote cuadrado, cintura en pico y mangas anchas recogidas en tres puntos: en la muñeca, encima del codo y en los hombros. Galones de seda adornaban el escote y cada sección de las mangas. El vestido azul oscuro era similar, con mangas abiertas que revelaban inserciones hechas con la tela roja y una banda del mismo material sobre el ruedo de la falda. El gris y el verde eran del mismo estilo. El trabajo avanzaba velozmente, pues la costura era sencilla; sin embargo, Mara y la criada Lila cosían hasta altas horas de la noche. Además de los vestidos, Mara hizo con la batista cuatro conjuntos de camisola y calzones, y con el hilo un camisón muy similar a los vestidos, excepto por un detalle de encaje en el escote que terminaba en un cuello alto.

Por fin, la casa quedó limpia, al menos las partes más importantes de ella; las comidas se habían vuelto abundantes y deliciosas, con platos muy mejorados. Los vestidos y la ropa interior quedaron terminados. La seducción podía comenzar.

Un hombre que está a gusto es un hombre receptivo. Al menos, ésa era la teoría de la que dependía Mara. Le parecía haber oído a la abuela Hélene decir lo mismo, pero no estaba segura. De todas maneras era lógico que si Roderic estaba a gusto en el ambiente de frescura proporcionado por ella, que si estaba saciado con la deliciosa comida supervisada por ella, había más

probabilidades de que respondiera.

También era probable que el color vistoso de sus vestidos nuevos fuera beneficioso, al igual que el diseño ajustado y el escote profundo. Con el dinero para la casa había comprado un pequeño frasco de perfume Guerlain que pensaba aplicarse con generosidad.

Una parte de sí estaba horrorizada ante estos planes cuidadosos y cínicos. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? La seguridad de su abuela pendía de un hilo. Tenía que actuar. Ahora.

Sentía miedo. Le hubiera gustado correr escaleras abajo y salir a la calle, para nunca regresar. Daría cualquier cosa a cambio de poder decirle al príncipe: «Mi nombre es Mara, Marie Angeline Delacroix. Lamento muchísimo el subterfugio que me trajo hasta aquí y os pido que me perdonéis, pero quiero regresar a mi casa.»

¿Qué diría Roderic? ¿Se enfadaría? ¿La despreciaría? ¿Se alegraría de librarse de ella o lamentaría su partida? No tenía importancia, desde luego, pero le hubiera gustado saberlo.

Finalmente, todo estuvo listo. Mara se miró por última vez en el espejo. El vestido le sentaba bien, y llevaba el cabello bien peinado. Pero estaba pálida.

-Mademoiselle est tres belle.

-Gracias, Lila. Has hecho un trabajo maravilloso con la aguja.

Se apartó del espejo y permaneció en el centro de la habitación, sin saber qué hacer. Miró los muebles de la habitación y le pareció que nunca los había visto antes, que era una extraña. Era como si Marie Angeline, la muchacha que había flirteado con Dennis Mulholland y llorado su muerte, fuera otra persona.

-¿Hay algún problema, mademoiselle?

Mara se sobresaltó y descubrió que se había estado apretando los dedos con tanta fuerza que los tenía blancos. Los soltó con dificultad y se esforzó por sonreír.

-No, ninguno. ¿Qué problema podría haber?

La recibieron con un torrente de aplausos y vítores. Entró en el comedor del brazo de Jared y Jacques, precedida por Estes y seguida por Luca y Michael. Roderic, sin fijarse en las reglas de precedencia, entró el último, junto a Trude.

La cena fue un gran éxito. La comida era deliciosa y los vinos, exquisitos. Brindaron por la cocinera y por la belleza y la capacidad organizativa de Mara, Alzaron las copas por el hombre que la había arrojado de la carroza, permitiendo así que llegara hasta ellos; por Francia, donde la habían encontrado; por el rey Luis Felipe y por Ruthenia y el rey Rolfe. Mara comió poco, pero se vio obligada a beber todos los brindis. Poco a poco, el nudo que sentía en el estómago comenzó a disolverse.

No esperaban visitas esa noche. Una vez que terminaron de comer y beber, pasaron al salón privado de Rolfe para tomar el café. Los miembros de la escolta se dispersaron; algunos se reunieron para jugar a los dados, otros se sentaron frente a un tablero de ajedrez. Roderic comenzó a tocar el piano. Mara, tras unos instantes de vacilación, se sentó junto al fuego en un extremo de la habitación. Nunca se había reunido aquí con los hombres y, a pesar de la presencia de Trude, que estaba inmersa en el juego de dados, se sentía llamativa entre tantos hombres.

Mara creyó que los demás se retirarían una vez que se hubieran llevado la bandeja con el café. No fue así. Insensibles a su deseo de que se marcharan, volvieron a sus juegos. Ella les observó, tratando de pensar cómo haría para tender sus redes ante el príncipe, delante de tanto público. No podría hacerlo. Se reirían de ella.

Echó una mirada en dirección a Roderic. La luz del candelabro sobre el piano daba un brillo cálido a su pelo dorado, e iluminaba los altos pómulos eslavos. El siguió tocando como si no notara lo que sucedía a su alrededor. Pero Mara tenía motivos para suponer que esa impresión era falsa. De tanto en tanto él levantaba la vista y sus ojos estaban alerta.

Se devanó los sesos buscando la forma de quedar a solas con Roderic. Podía hacer salir a uno o dos de los otros con cualquier excusa, pero regresarían de inmediato. Si sugería algo que hiciera salir a todo el grupo, sin duda Roderic también se marcharía. Observó esperanzada los rostros, tratando de detectar señales de sueño, pero se les veía tan frescos como cuando se levantaron esa mañana. Pasó media hora; luego, treinta minutos más. Mara comenzó a desesperar.

Poniéndose de pie, se acercó a la mesa donde jugaban a los dados.

-Qué hogareños se os ve esta noche -comentó, mirando el juego-. ¿No hay salones para visitar, nada en la Opera ni en la Comédie Francaise? Sin duda el señor Dumas estrena una obra, como sucede siempre.

Michael, que jugaba al ajedrez, levantó la vista.

-Creo que la última es Le Chevalier de Maison Rouge, en el Boulevard du Temple.

-Estaba segura de que algo habría.

-Siempre es bueno para unas buenas carcajadas y uno o dos gritos de horror. -La que hablaba era Trude, cuyo rostro ancho demostraba interés.

-Vamos, sabes que lo que te gusta son las escenas tiernas de amor -bromeó Michael.

-A ti te gustan -replicó ella sin rencor-. Yo prefiero los combates con espadas. Hoy hay pocas oportunidades de blandir la espada.

-Eso es porque no vives en el ambiente apropiado -le dijo Estes.

-Ni en el siglo apropiado, tampoco. Me hubiera gustado ser uno de los mosqueteros.

-No te lamentes, diosa mía; ¡para nosotros también sirve el lema de todos para uno y uno para todos! –exclamó el conde con un gesto grandilocuente.

-¿De verdad?

-¿Lo dudas?

-Parece que estos días habéis estado pendientes de una mujer de poca utilidad, ufana con su ropa nueva y orgullosa por el insignificante logro de haber echado abajo este lugar y luego haberlo vuelto a armar.

La intención de Trude había sido de que sólo Estes la escuchara, pero se hizo un repentino silencio y sus palabras se oyeron con claridad. Nadie habló. Trude se ruborizó hasta las orejas.

-Si esa mujer tiene nuestra atención -dijo Estes con lentitud-, quizá sea porque tiene mejores modales.

-No he querido... -comenzó a decir Trude. Entonces habló Roderic y sus palabras cortaron la atmósfera tensa.

-Se impone la discreción. Sugiero que se exploren los atractivos de la obra de Dumas. ¿Que opináis, mis valientes?

A pesar de la forma en que lo había dicho, era una orden. Tardaron menos de un segundo en acceder.

Estes se volvió hacia Mara.

-¿Venís mademoiselle?

-Creo... creo que no. Estoy algo cansada.

-¿Y vos, Alteza?

Mara contuvo el aliento.

-La idea de escuchar gritos y ver luchas no me seduce. Otra vez será.

Estes inclinó la cabeza y le miró con expresión suspicaz.

-Olvida las escenas de amor.

-Lo intento.

Al cabo de unos minutos, se marcharon. Sólo quedaba Luca. El gitano esperó a que el ruido de los pasos se extinguiera y luego se inclinó ante Roderic.

-¿Tengo permiso para dormir fuera esta noche, Alteza?

El príncipe terminó de tocar una pieza y se puso de pie.

-Sí, estoy de acuerdo en que el aroma a jabón es fuerte, pero, ¿acaso te resulta tan intolerable?

Luca sacudió la cabeza.

-Necesito estar al aire libre, bajo el cielo.

-¿Es necesidad o deseo? Algunas cosas deberían vencerse.

-Soy gitano. Es una necesidad.

Roderic asintió.

-Como quieras.

Luca se volvió hacia Mara.

-No insulto vuestra hospitalidad ni vuestra casa, mademoiselle.

-No son mías -respondió ella en voz baja.

-Vos sois la mujer. Para nosotros, la mujer es como la tierra. La tierra es nuestra madre, nuestro hogar, y lo mismo es la mujer. Quizá lo expreso mal, pero como vos sois mujer, sois el hogar de donde proviene el alimento y el bienestar. No tiene nada que ver con poseer, sino con ser.

-Lo expresas bien, Luca y te lo agradezco. Que duermas bien.

Después de que él se hubo marchado, Mara se acercó a la bandeja de café y tocó la cafetera. – Entonces dijo:

-Creo que todavía está caliente. ¿Queréis otra taza?

-No, gracias.

Su voz se oía más cerca. Con repentino nerviosismo, Mara apoyó la cafetera de plata con tanta fuerza que hizo un ruido estruendoso al chocar contra la bandeja. Tomó una de las pastas glaseadas y la mordió. Era suave y húmeda, pero ella tenía la boca tan seca que casi se ahogó tratando de tragarla. Dejó la otra mitad sobre el platillo.

¿Qué iba a hacer? ¿Cómo encararía al príncipe? No podía arrojarse sencillamente entre sus brazos ¿verdad? Había mujeres capaces de acercarse a un hombre e invitarle a hacerles el amor, pero ella no era así. Tenía que existir una forma más sutil. El silencio se alargó.

-¿De veras no deseabas ir al teatro esta noche? – preguntó Roderic-. ¿O acaso con tu nombre también olvidaste tus diamantes y prismáticos?

-No, en absoluto. Sencillamente no me sentía capaz de hacer el esfuerzo.

-Has hecho mucho en poco tiempo, quizá demasiado.

-¿Estáis molesto?

-¿Cómo podría estarlo? Has hecho milagros en lo que a limpieza se refiere. Pero por ahora no pienso establecerme como negrero.

Ella se volvió para mirarle. Estaba de espaldas al fuego. Qué alto parecía con su uniforme blanco.

-¿Estáis molesto conmigo por alguna razón? ¿Acaso deseábais ir al teatro? No había necesidad de que os quedaráis por mi culpa.

Eran meras palabras, tonterías corteses, pero Mara aguardó sin aliento a que él respondiera.

-No estoy molesto.

No sabía qué hubiera deseado que él dijera; no obstante la respuesta la llenó de irritación.

-Luca parece haberse salvado de ser censurado gracias a que es gitano. Quizá yo tendría que haber dicho sencillamente que tengo un único motivo. Soy mujer.

-Inaceptable. La mayoría de las mujeres en este momento estarían de camino hacia las luces y el bullicio del teatro, disfrutando de la compañía de cuatro hombres atentos y una amazona.

-Yo no soy como la mayoría de las mujeres.

-Es lo que vengo sospechando desde hace algún tiempo.

¿Qué podía querer decir? Mara no tenía dudas de que había algo en esa frase, pero no podía perder tiempo con averiguaciones. Sin embargo, era más placentero librar batallas verbales con él, que tratar de encontrar formas de seducirle. Sabía que estaba postergando lo inevitable, pero no podía resistirse al impulso de prolongar la conversación.

-Luca estaba algo extraño esta noche, pero claro, los gitanos son gente extraña.

-¿Hojalateros, comerciantes, ladrones, mujerzuelas y adivinas, todos ellos condenados? No; es muy fácil comprenderlos cuando se reconoce que han sido perseguidos por toda la faz de la tierra durante siglos. El único hogar que tienen es la madre tierra, no son dueños de nada y no aceptan que los demás lo sean, no conocen la posesión ni el deber. ¿Acaso resulta eso sorprendente cuando una y otra vez les han quitado lo que les pertenecía y les han dejado vagando sin hogar, desnudos y hambrientos? ¿Cuando el deber sólo les atraía a algún amo o requerirían que murieran por algún estado?

-¿De dónde vienen? ¿Cuándo aparecieron? ¿Lo sabéis?

-La base de su lenguaje, el caló, es indio, probablemente una rama del hindú. Les quitaron sus tierras en ese país alrededor de los tiempos de Alejandro el Grande. No eran hindúes, sin embargo.

Su religión era la más antigua que conoce el hombre, basada en la supremacía de la tierra madre, la diosa cuyo símbolo es el cauri y la sociedad era matriarcal. Sus invasores pertenecían a una sociedad patriarcal que se vio amenazada por las creencias de los gitanos. Los convirtieron en seres infrahumanos, peores que un paria o un animal, sin derechos ni privilegios. Ellos huyeron a Macedonia, donde se unieron a los ejércitos de Alejandro durante la conquista, esparciendose así por todo el mundo conocido en esa época.

-La gente tiende a considerarlos nómadas románticos -comentó Mara-. En realidad, son dignos de compasión.

-Sí y no. Encuentran trabajo como pastores, entrenadores y comerciantes de caballos y herreros. Siempre se les despreció, persiguió y mató hasta que se vieron obligados a convertirse en hábiles bandidos, prostitutas y ladrones de niños para poder sobrevivir. Pero también sienten un apasionado amor por la vida y por la música, y sus cantos y bailes son testimonio de ello. Llevan en Europa alrededor de ochocientos años y en la parte occidental, algo así como quinientos. Aquí se les consideró paganos porque no creen en la religión cristiana. Se les ha llamado Siervos de la Luna y Guardabosques de Diana y se les ha quemado por herejes. Nunca tuvieron hogar. Ahora ya no desean tenerlo y son más libres que tú o yo.

-Sois muy comprensivo con ellos.

-Los gitanos han estado en mi país desde que éste existe. -Sonrió y su rostro se iluminó con suavidad. - Mi bisabuelo era ruso, un conde al que llamaban el Lobo Dorado, un título que luego pasó a mi padre. Al viejo conde le gustaban los combates, el alcohol y las mujeres gitanas. Se casó con la hija del rey de Ruthenia, una mujer fría, pero dicen que introdujo secretamente en su casa al hijo de una amante gitana para que lo sucediera y se convirtiera en el futuro rey.

-¿Son lazos de parentesco lo que sentís, entonces?

-En especial cuando el peso de ser el próximo rey se vuelve duro de soportar.

-¿Os gustaría olvidar el deber y convertiros en vagabundo?

-¿Por qué no? ¿A quién le importará dentro de cien años lo que yo haga ahora?

-¿A vuestros hijos, quizá?

-¿Mocosos insufribles, destructivos y perversos? Recuerdo mi propia niñez demasiado bien como para sentir una preocupación que no es probable que ellos merezcan.

Sus hijos serían robustos y altivos, sus hijas, angelicales, con rizos rubios y sonrisas tímidas y dulces. A esta hora de la noche entrarían con sus largos camisones para recibir el beso de las buenas noches. Mara expulsó con un esfuerzo la imagen de su mente, y sintió el repentino temor que casi había olvidado, el temor de haber heredado el don de videncia de su madre.

La conexión con la familia real de Ruthenia traerá desdicha. ¿Acaso habrían sido proféticas las palabras de su madre? Esta idea también fue expulsada de su mente

-Tenéis obligaciones -dijo en voz baja-. Sois el príncipe, os guste o no. Hay cosas que tenéis que hacer... cosas que todos debemos hacer.

-Lamentable, pero cierto.

Uno de los leños del hogar se partió y la llama chisporroteó y se elevó con más fuerza. Junto a la pared, una corriente de aire movía las pesadas cortinas. Afuera, el viento gemía alrededor de los aleros y por las canaletas. La casa estaba en silencio. Los criados se habían ido a dormir o se habían refugiado en el calor de la cocina. Más allá del salón, los largos corredores hacían eco del silencio,

El instinto hizo que Mara tomara una manzana del cesto con frutas. Estaba roja y fresca. Tomó con la otra mano el cuchillo de plata que estaba junto a la cesta.

-¿Os gustaría compartir una manzana conmigo?

Roderic la miró, y observó que la fruta era casi del mismo color que el vestido. Contempló la curva suave de las mejillas y la sombra de las pesadas pestañas. La blancura de la piel del cuello y el pelo tirante, recogido, lo llenaron de una sorprendente ternura. Deseaba quitarle el cuchillo antes de que se cortara, hacer que lo mirara sin esa evasión que él siempre presentía en ella. Habló casi sin pensar, como una forma de ocultar sus sentimientos.

-Entre los gitanos, cuando una muchacha elige a su amado, le arroja una manzana. Es un símbolo que representa al corazón.

La manzana pareció volar de la mano de Mara. Ella no tuvo la intención consciente de arrojársela. En un instante estaba en su mano y al segundo siguiente, en la de él. Los dedos de Roderic se cerraron con fuerza alrededor dela fruta. La expresión de sus ojos era cautelosa, brillante, pero su voz sonó suave.

-¿Ha llegado el mañana, entonces?

Ella lo miró, sorprendida por su propia temeridad y por la extraña excitación que sentía. Un suave rubor se extendió por sus mejillas, alejando la palidez.

-¿Mañana?

-Una conversación que tuvimos en una oportunidad... una promesa que hiciste.

-Yo... no lo recuerdo.

-Pero yo sí.

Dio un paso hacia ella y, con la manzana en una mano le quitó el cuchillo con la otra. Con un movimiento rápido, partió la fruta y le alcanzó una mitad.

-Yo soy tu alimento; tú, el mío -dijo con voz profunda-. Juntos somos el festín.

Sonaba como un ritual o un hechizo. Lentamente, Mara se llevó la manzana a la boca y la mordió. El príncipe hizo lo mismo y luego dejó a un lado el resto de la fruta. Tomó la mano de Mara, la puso de pie y la atrajo hacia él. Ella no se resistió, aliviada porque la larga espera había terminado. Sintió un atisbo de temor ante la firmeza de la mano del príncipe y su implacable intención. Tragó con fuerza, y vio que él hacía lo mismo.

Roderic le rozó los labios con un beso acariciante y ligero que pareció quemarla. La sostenía con firmeza, pero sin fuerza. Ella sentía la presión de los botones del uniforme y el latido fuerte del corazón de Roderic contra su pecho. La dureza de los muslos masculinos se hacía sentir a través de las gruesas faldas. Se debatió entre el deseo de acercarse más y la necesidad de apartarse antes de que fuera demasiado tarde. No hizo ninguna de las dos cosas: permaneció inmovil.

Los labios de Mara se entreabrieron casi involuntariamente. Deslizó los brazos alrededor del cuello de él, gozando de la textura del uniforme y el calor de la piel de Roderic bajo sus manos. Olía a ropa almidonada, a jabón y virilidad. En sus labios había resabios de sabor a vino, café y manzana, una mezcla dulce y embriagadora. El exploró la superficie suave de los labios de Mara con la lengua, electrizándolos, y saboreó las comisuras húmedas y sensibles.

Con lenta determinación, sus brazos la apretaron con más fuerza y sus labios se tornaron más insistentes. Mara respondió. fundiéndose contra él. La lengua de Roderic rozó la de ella con cálida aspereza y Mara la aceptó, devolviendo el beso. Los sentidos le estallaban en una oleada de placer sensual. Jamás se había sentido así. El descubrimiento de que podía hallar placer en esta forzada seducción la dejó pasmada. Sin embargo, parecía un regalo, una recompensa por su sufrimiento.

Los labios masculinos le quemaban las mejillas, los ojos, el entrecejo; él encontró el delicado hueco bajo su oreja y el contacto con la lengua de Roderic hizo que Mara se estremeciera. Enredó los dedos en el pelo corto y sedoso de la nuca de él, respirando de forma entrecortada. La sangre le corría por las venas y sentía calor. Parecía haber perdido las fuerzas y en la parte inferior de su cuerpo sentía una extraña pesadez.

Roderic marcó un sendero de fuego por la mandíbula de ella, bajando a la curva tierna de su cuello. Su boca encontró la piel suave de los senos, levantados por el corsé. Inhaló el perfume embriagador y el aroma femenino de su piel y habló con voz ronca.

-Chére –susurró,besándola con pasión.

Se oyó el repiqueteo de unos tacones sobre el suelo. La puerta se abrió con violencia y una mujer entró en la habitación. Roderic soltó a Mara, pero la mantuvo en la curva de su brazo mientras se volvía con fastidio para mirar a la intrusa.

La mujer se detuvo. Llevaba un vestido de viaje de terciopelo azul claro que se ajustaba como un guante a su figura alta y elegante. Un sombrero llamativo con una pluma color crema hacía resaltar el cabello rubio recogido sobre la cabeza. Llevaba un manguito del tamaño de una almohada y junto a ella, atado a una correa, había un pequinés que al ver a Roderic, se refugió inmediatamente bajo las faldas de su dueña.

-Mi querido hermano -exclamó la dama con la voz cargada de risa-, si es necesario que lleves

a cabo tus seducciones en el salón, ¡al menos podrías tener la decencia de cerrar la puerta con llave!

6

La tensión se evaporó. Con resignación y afecto en la voz, Roderic dijo:

-Querida Juliana, dime que los gendarmes te pisan los talones y ése será el broche de oro.

-Un padre indignado y un prusiano vanidoso, nada más.¿Pero qué clase de bienvenida es ésta, cuando he venido desde tan lejos?

-¿Esperabas trompetas, címbalos y osos bailarines? Me temo que no podremos complacerte. Permíteme presentarte a la dama que me acompaña. Se llama Chere, a falta de otro nombre. Mi vida, ella es mi hermana Juliana.

Las dos mujeres hicieron una inclinación de cabeza. Juliana arqueó una ceja.

-Preciosa, decididamente preciosa. ¿Pero, qué dirá papá cuando sepa que has instalado a tu enamorada aquí?

-No es mi enamorada, ni mi amante; es una dama y oye perfectamente bien, si es que deseas dirigirte a ella.

Juliana se adelantó con rapidez, sonriendo con culpabilidad al tiempo que extendía la mano.

-¿He sido grosera? Discúlpame, por favor. Ha sido a causa de la sorpresa.

Las bromas habían dado a Mara tiempo suficiente para recuperar la compostura.

-En absoluto.¿Dices que te has marchado de tu casa? ¿O se trata de algún otro padre que te busca?

La otra muchacha rió alegremente.

-¡Ay, me agradas! No, no, no es un padre airado cuyo hijo he seducido. Escapé en medio de la noche de mi habitación y eludí a todos mis perseguidores para llegar hasta mi hermano. ¿No es romántico?

-Y trajiste un pequinés y varias docenas de baúles, además de viajar con tu traje más elegante –comentó Roderic.

-No es el más elegante -lo contradijo Juliana, echándose una mirada-, pero es aceptable.

-¿Estás segura de que nuestro venerado progenitor no dejó la puerta sin llave para que te fueras?

Juliana lo miró con creciente furia.

-¿Insinúas que me permitió escapar?

-¿Estás aquí, no es así? De no haber sido así, me parece poco probable que hubieras podido cruzar las fronteras de Ruthenia.

-¡Sería característico de él! ¿Pero por qué? ¿Por qué?

-La respuesta, sospecho, se encuentra en el prusiano.

-¿Arvin? ¡Pero papá le adora! ¡Le ha estado agasajando con cacerías y banquetes, el mejor vino y todo su encanto. En una palabra: le ha tratado como a un yerno, a punto de llevarse la joya más preciosa de la corona. ¡Yo!

-¿Deduzco que deseas rechazar la proposición?

-Exactamente.

-Qué boyar tan astuto; ¿podría ser que él no quisiera entregar su... ejem...joya, pero al mismo tiempo tampoco deseara ofender a Prusia?

-¿De modo que me sermoneó sobre el deber y las delicias de ser la madre de pequeños gigantes calvos al tiempo que azotaba mis caballos?

-¿Calvos? -preguntó Roderic, intrigado--. ¿Tu prusiano es calvo?

-O se rasura la cabeza, una de dos. También es enorme -respondió Juliana distraídamente, mientras meditaba su problema-. Malditos sean los hombres y sus jueguecitos políticos. ¿Por qué papá no me lo dijo?

-¿Y ofenderte al hacerte sospechar que prefería que su hija no se casara con la nobleza prusiana, no por afecto paterno sino porque Prusia tiene la costumbre de devorar a las naciones más pequeñas? No podía arriesgarse a que decidieras quedarte con el calvo por despecho.

-¡No soy tan tonta!

-No, pero atrévete a negar que eres lamentablemente voluble.

-Eso --declaró su hermana con satisfacción- es lo que papá dice de ti.

-¿De verdad? -ironizó Roderic.

Mara, presintiendo que estaba a punto de desatarse una pelea de proporciones épicas, intervino apresuradamente.

-¿Has dicho que el prusiano venía detrás de ti, Juliana?

-Arvin no es brillante, pero sí tenaz. Si logra descubrir dónde he ido, me seguirá.

-Considerando la sencillez con que viajas normalmente comenzó a decir Roderic.

-¡Sólo he traído dos batidores y dos lacayos y, por supuesto mi doncella y un hombre para que viajara con el vagón de equipaje!

-¿Por qué no has atado campanillas al coche o contratado un heraldo que anunciara tu llegada? –preguntó Roderic con tono cariñoso.

Juliana abrió la boca para replicar, pero no llegó a hacerlo. Un movimiento en la puerta abierta le llamó la atención. Entró Luca, con expresión apesadumbrada. El pequinés comenzó a ladrar y retrocedió hacia las faldas de Juliana. La muchacha se inclinó para levantarlo, al tiempo que lo reprendía.

-Calla, Sophie, calla.

El gitano se dirigió a Mara, ignorando deliberadamente a Juliana.

-El equipaje de la señora ha sido descargado e introducido en la casa, según las órdenes recibidas. Pero hay un problema con los aposentos.

-¿Sí? -preguntó Mara.

Luca parecía incómodo.

-Parece que cuando está en París, generalmente utiliza las habitaciones que mademoiselle... bueno, sucede que...

-Ah, comprendo -dijo Mara-. Que quiten mis cosas, entonces.

Juliana habló casi al mismo tiempo que Mara.

-Hay otras habitaciones en esa misma ala; me conformaré con cualquiera de ellas, siempre y cuando tenga una almohada donde apoyar la cabeza.

Roderic sacudió la cabeza.

-Cuánta nobleza. Sería enternecedora si no supiera que la almohada tendrá que tener funda de seda, con monograma, si es posible.

Pasando por alto el comentario, Mara dijo:

-No quiero quitarte el sitio.

-Otra mujer noble -dijo Roderic a Luca.

-Ni yo a ti -declaró Juliana con firmeza.

-Te aseguro...

Juliana se volvió hacia Luca.

-Decidle a esa estúpida doncella mía que deje de armar escándalo, y poned mis cosas en la primera habitación disponible que encontréis.

Luca hizo una reverencia.

-Llamaré a un criado para que transmita vuestro mensaje.

-Nobleza, a la manera gitana-murmuró Roderic.

-Oh -dijo Juliana, contemplando largamente al hombre alto y moreno que la había desdeñado. Luego se volvió hacia su hermano-. _¡Qué casa tan poco común tienes, Roderic! ¡Una amante que no es tal y un huésped que duerme en el patio!

-Aparentemente, estoy añadiendo una hermana a la que constantemente hay que hacerle recordar sus modales -replicó Roderic con ligereza y luego presentó a Juliana.

Juliana tendió su mano a Luca.

-Estoy tan cansada que digo cosas estúpidas. ¿Aceptais mis disculpas?

Su sonrisa era cálida y traviesa, sus modales no demostraban la menor condescendencia. Luca se llevó la mano de Juliana a los labios, se encontró con su mirada brillante y azul y adquirió una

expresión aturdida, como si le hubieran asestado un golpe.

-Con todo mi corazón, Alteza.

Fue en ese momento cuando Mara tomó consciencia de que la joven que había hablado con tanta naturalidad y familiaridad era una princesa. Sin duda tendría que haberle hecho una reverencia cuando Roderic se la presentó. Ahora ya era demasiado tarde para preocuparse.

Juliana se dirigió a Luca:

-¿Podríais acompañarme a mis aposentos? No es que tema encontrarme con asaltantes en los corredores, pero está muy oscuro. Este viento ha apagado la mitad de las velas de los candelabros y, como en todas estas casas antiguas, hay muchas menos de las que se necesitan.

-Estoy a vuestra disposición -dijo Luca, inclinándose con gesto galante.

-¿Pero no a mis órdenes? -Juliana le dirigió una mirada burlona.

-No estoy a las órdenes de nadie.

-Ah, una firme declaración. Admiro la fuerza de voluntad en un hombre.

Habían salido de la habitación, pero Roderic los detuvo.

-¡Un momento! -Dirigiéndose a Mara, susurró: -Si viene el prusiano, tendremos suerte si no tenemos que extraerle un puñal gitano de la espalda.

Mara asintió, pero sólo podía pensar en los movimientos de Roderic, pues éste había llevado una mano de ella a los labios y le había besado la palma.

-En cualquier caso -prosiguió él-, pareces haber perdido tu sombra, tu cavaliere servitore. ¿Lo lamentas?

-No era nada de eso. -Luca y Juliana aguardaban, conversando, riendo, conscientes sólo el uno del otro.

-Algo muy parecido. Es susceptible a las mujeres, el buen Luca. No es el único; yo parezco ser más susceptible a ti de lo que conviene.

-¿Por qué no conviene? -La mano de él sobre la suya era cálida, firme. La expresión de sus ojos era la misma de antes. Iba a decide que se fuera a su habitación. Lo sabía.

-Hay una inocencia en ti que no estaría bien traicionar. Me odiarías si al recobrar la memoria, descubrieras que eres una prometida amada o la esposa de alguien.

No iba a quedarse con ella porque creía que Mara no sabía quién era, y si ella se lo decía, la echaria de inmediato.

La situación era horriblemente irónica, pero Mara no podía pensar en eso.

-Os equivocais fue lo único que atinó a decir.

-Prefiero eso a causarte remordimientos durante el resto de tu vida. -Ella iba a protestar de nuevo, pero Roderic levantó la voz. -Chere irá con vosotros. Ya está lista para acostarse.

Los miembros de la escolta estaban aburridos. La noche anterior, después de la visita al teatro, habían tomado el control de un par de cabriolés, y se habían dedicado a echar carreras arriba y abajo del Pont Neuf, hasta que las pasajeras, cuatro mujeres de la noche, habían gritado de terror. Luego habían bebido con un par de guardias del cuerpo que protegía al rey Luis Felipe, y habían recabado toda la información que tenían ellos acerca de los movimientos, hábitos y preferencias del rey. La presencia de Juliana, a quien conocían desde que había aprendido a caminar, les distrajo por un rato, pero como ella partió inmediatamente tras el desayuno para ver las tiendas, la diversión no duró.

Estaban en el suelo de la galería donde habían estado practicando acrobacias. Pero hasta esto ya no les resultaba divertido, pues Mara se había negado a seguir siendo la alumna, con la excusa de que tenía demasiado trabajo.

A media mañana, hizo traer una bandeja con café y pastel de manzana y se sentó a coser junto al fuego dela galería, pero no se le ocurrió ninguna otra cosa para aliviar el tedio.

-Lo que necesitamos --dijo Michael, mirando el fuego con el mentón apoyado en las manos y el rostro serio es una buena guerra. No una grande; una pequeña con algunas buenas escaramuzas.

Estes suspiró.

-Sí, con algunos poblados que capturar, preferentemente con muchas damiselas hermosas.

-O por lo menos bonitas -acotó Jared.

-O no del todo feas -asintió Jacques.

-Esposas. Damiselas no; esposas aburridas y frustradas.

Recuerdo una vez en las tierras bajas...

-Ejem -carraspeó Michael, en señal de advertencia. Estes echó una mirada a Mara y dejó la historia sin terminar.

-Hay revoluciones en Polonia y Parma, insurrecciones en Venecia y Viena y agitación en Berlín, Milán y Roma-comentó Trude con tono fastidiado-. ¿Por qué tendremos que estar anclados en París habiendo tantas preciosas revoluciones en Europa?

-¡En Paris! -se quejaron todos burlonamente.

-Me he divertido más -dijo Estes con deliberación-, en una pelea de gallos detrás de una casa de citas de cuarta categoría, en una aldea de mala muerte en Croacia. ¿Cuarta categoría? No estoy seguro de que haya sido tan buena. Las mujeres de esa casa eran tan feas que llevaban los calzones en la cabeza y los pañuelos sobre sus...

-Ejem -carraspeó Michael.

-¿Por qué no jugais a los dados? -sugirió Mara diplomáticamente.

-Ninguno de nosotros tiene nada que perder ni ganar-dijo Jared.

Jacques rodó hasta quedar sobre el estómago a los pies de Mara y la miró.

-Por supuesto, vos podríais ofrecer un premio, un beso, por ejemplo...

-Brillante, hermano, brillante -exclamó Jared con repentino interés, apoyándose sobre un codo.

-Lo siento -dijo Mara con tono seco. Anudó el hilo al final de la costura y lo cortó.

-Estoy tan cansado de jugar a los dados y ver a Michael mover sus soldaditos por el tablero de ajedrez que podría comenzó a decir Estes.

-Ejem -lo interrumpieron los demás.

-¿Quejas? -preguntó Roderic con suavidad desde donde había entrado con pasos silenciosos-. Es una gran injusticia que cualquier hombre vea obligado a aburrirse por mi culpa. ¿Qué hace falta para que volvais a encontrar placer en servirme?

-Los dioses nos guarden -suspiró Estes y la plegaria fue sincera.

-Jared, ¿podrías molestarte lo suficiente como para traer las espadas?

-Santa Madre nuestra -musitó Jacques, poniéndose de pie y secándose las manos en los pantalones, mientras su hermano se apresuraba a obedecer a Roderic. Los demás intercambiaron miradas y lentamente se pusieron de pie.

Jared trajo las espadas. Tenían hojas largas y delgadas engastadas en empuñaduras de plata y bronce. Flexibles y letales, no tenían botón en la punta, como era la costumbre cuando se practicaba esgrima y ninguno de los miembros de la escolta se lo puso. Se quitaron las chaquetas y las botas y se levantaron las mangas hasta los codos. Luego, sin la menor protección para el rostro o el cuerpo, se enfrentaron. -Hasta la primera sangre, solamente. Estocadas certeras pero livianas.

La apatía había sido desterrada del ambiente. En su lugar, había agitación mezclada con regocijo y temor, así como firme determinación. Cada uno de ellos sabía que en el calor de la lucha y el deseo de vencer, cualquier cosa podía ocurrir: heridas leves o serias, desfiguraciones e incluso la muerte. Mara permaneció sentada inmóvil, sin querer parecer cobarde marchándose, pero temiendo no resistir el espectáculo.

Lo más asombroso para ella fueron las parejas. Michael enfrentó a Jared y el otro gemelo, Jacques, se puso delante de Estes, dejando a Trude frente al príncipe. No fue casualidad ni descarte, sino una orden de Roderic.

¿Qué estaría pensando? ¿Como caballero, le permitiría a Trude herirle levemente? No parecía probable, pues Mara jamás había visto que la trataran con deferencia alguna. Y aun si fuera así, ¿podría Trude hacerlo a pesar de sus sentimientos por el príncipe? ¿Quizá Trude fuera una excelente esgrimista y Roderic deseara desafiarla? Era posible, pues la muchacha era sumamente ágil y poseía brazos fuertes. También podía ser que Roderic, quien a juzgar por los comentarios de los demás, era el más experto, quisiera tenerla a salvo con él. ¿Pero cómo se protegería sin hacer daño a Trude?

¿Cómo podría permitir que ella lo derrotara y no perder el respeto de la escolta? ¿Y cómo

podría derrotar a Trude sin hacerle daño?

-¿Listos?

-Listos --corearon roncamente los demás.

-¡Saludad! -Una vez que las espadas subieron y bajaron, el príncipe agregó: -Nuestra Chere dará la señal.

Mara enmudeció por la sorpresa. Había pensado que el príncipe no se había percatado de su presencia. Luego, al darse cuenta de que todos esperaban, tomó la pesada servilleta blanca que había estado remendando y la sostuvo entre los dedos.

-En guardia -dijo y la dejó caer.

Las espadas chocaron con musical disonancia, rozándose, chirriando y luego separándose. Los movimientos eran estilizados como los de un ballet y no parecían causar esfuerzo alguno. Sin embargo, a los pocos segundos gotas de sudor comenzaron a aparecer sobre los rostros y la respiración se hizo más pesada. Cada uno se movía con precisión y los músculos se tensaban y flexionaban en difíciles ejercicios.

Una luz pálida y gris entraba por las altas ventanas, iluminando los rostros de los combatientes y dándoles un aspecto fantasmal. En la penumbra, las chispas que brotaban de las espadas resplandecían y se apagaban.

Jacques arremetió y luego saltó hacia atrás. Estes emitió un chillido teatral y se aferró el brazo.

-Tocado, y por un niñato con una estocada infantil. ¡Qué vergüenza, qué vergüenza!

-Me has dejado hacerlo deliberadamente, viejo libidinoso- lo acusó Jacques- porque esperabas que mademoiselle Chere te vendara con su servilleta.

-¡Herido en el brazo y en el corazón! ¿Cómo puedes pensar una cosa así?

-Porque te conozco. Además, se me había ocurrido a mí.

-Cachorro insolente. Estoy por levantar mi espada otra vez y castigarte.

-No puedes -declaró Jacques con satisfacción.- Yo he hecho brotar la primera sangre. Se acabó.

Pero los demás no habían acabado. Michael y Jared eran muy iguales. Sus espadas se encontraban sin cesar. Repentinamente, Jared atacó. Michael lo detuvo en quinta y contraatacó. Jared retrocedió, pero la espada de Michael le rozó la mano. Jared maldijo sin rencor y dejó caer la espada.

Tan concentrada estaba Mara en la herida de Jared que no vio el final de la contienda entre Trude y Roderic, Por el rabillo del ojo captó un revoloteo de hojas afiladas y luego Trude quedó de pie, mirando al príncipe y cubriéndose el rostro con una mano. La herida era pequeña, apenas un rasguño. Ni siquiera dejaría cicatriz, pero Trude estaba pálida y se tambaleaba. Levantó los ojos oscuros hacia Roderic.

-Nunca haces nada sin una razón --dijo entrecortadamente-. ¿Por qué?

-Piensa -le recomendó él.

Con voz fría y sorprendida, ella respondió:

-Prefiero no hacerlo.

-Es tu derecho.

Los criados, que se habían reunido en la puerta para presenciar los duelos, se esfumaron rápidamente. Juliana entró en la habitación con paso impetuoso y un revoloteo de faldas de seda rosada y plumas en su sombrero de terciopelo del mismo color.

-¿Dónde, por favor, se encuentran los ladrones? Escuché el alboroto no bien entré en la casa y he corrido hacia el sitio de combate. ¡No me digáis que ya los han expulsado!

-No había ladrones --dijo Roderic con sequedad

-¿No? ¿Bandidos, entonces, asaltantes, estranguladores, asesinos? ¡Vamos, alguien debe de haber causado esta carnicería! -Hablaba con tono estridente, tratando de disimular su enfado bajo la ironía. Mara sospechó que se habría preocupado innecesariamente.

Con poco tino, Michael explicó:

-Ha sido sólo una cura para el aburrimiento.

-¡Una cura casi permanente! Supongo que si uno de vosotros se quejara de dolor de cabeza el resto se la cortaría!

-Te estás convirtiendo en una gruñona –dijo Roderic, salvando a su hombre del fuego-. Pocos hombres sienten preferencia por las fierecillas. ¿Estás segura de que tu prusiano te sigue?

-¡Deja a Arvin fuera de esto!

-Con todo gusto, pero sucede que debemos atribuir tu malhumor a su llegada, o al hecho de que no ha aparecido.

-No soy la única que se ha puesto ácida. De haber sabido cómo te afectaría la frustración, anoche no habría interrumpido la escena entre tú y tu amorcito, y me habría ido en silencio.

-Ojalá lo hubieras hecho -respondió Roderic, imperturbable-. O no hubieras venido.

-Si tu intención es hacerme sentir incómoda, lo logras admirablemente, pero no servirá de nada –declaró Juliana con magnífico desdén-. ¡Aquí estoy y aquí me quedo!

Mara no esperó a oír más. Recogió su costurero y evitando al grupo, salió del salón. Le pareció que Roderic la miró al marcharse, pero él no hizo nada por detener su partida.

Las palabras del príncipe a su hermana parecían indicar que lamentaba haber sido interrumpido la noche anterior. ¿Habría preferido no tener la oportunidad de dejar enfriar el ardor del momento, de pensar con la cabeza serena? Ella sí. Había estado tan cerca de completar su tarea, sin ninguna dificultad. Qué extraño resultaba. Sabía que tenía más alma de aventurera de lo que había imaginado, después del incidente con Dennis Mulholland. De otro modo, jamás se habría comportado como lo había hecho. No obstante, se sorprendió porque la idea de entregarse al príncipe en ese momento no la había perturbado en absoluto; le había parecido natural, casi inevitable. La sensación de los brazos masculinos alrededor de su cuerpo, la ternura del beso de él, el fuego que había sentido en la sangre, la habían escandalizado. Se había resignado a la tarea de seducir a este hombre; no se había imaginado que disfrutaría al hacerlo.

Por eso le parecía casi depravado haber experimentado tanta desazón al no cumplir su objetivo. Trató de decirse que la emocionaba el miedo, la sensación de que se le escapaba el tiempo, pero lo creyó a medias. No importaba. Le quedaban once días. Tendría que aprovecharlos.

Mara no llevaba en su dormitorio más de unos minutos cuando oyó unos golpecitos a la puerta. Era Juliana. La muchacha rubia vaciló en el umbral, mordiéndose el labio inferior.

-Puedes decirme que me marche, si quieres, no te culparé. He sido descortés contigo hace unos instantes, pero fue sin intención. Me temo que en nuestra familia hay una tendencia a hablar con demasiada franqueza. A veces causa dificultades.

-Entra, por favor.

-Gracias. -Las faldas revolotearon cuando se volvió para cerrar la puerta con cuidado.

-Esta mañana estuve pensando -dijo Mara- que seguramente desearás encargarte de la casa de tu hermano. -¿Es eso de lo que querías hablarme?

-¡Cielos, no! No soy en absoluto doméstica-replicó Juliana, desconcertada.

-No quiero usurpar tus privilegios, además de tus aposentos.

-Hazlo, por favor. Hazlo. Por lo que recuerdo de esta casa en mi última visita, has realizado milagros de refinamiento. No se me ocurriría intervenir.

-Entonces..., ¿en qué puedo ayudarte?

La otra muchacha se encogió de hombros.

-No lo sé. Sentí el impulso de venir, de decirte que no había sido mi intención herirte. Me interesaba solamente perforar el orgullo inflado de ese hermano mío. Está demasiado seguro de sí mismo.

-¿Siempre discutís? -Mara la guió hasta el salón contiguo y la invitó a sentarse en una silla. Juliana se sentó, suspiró y luego se quitó el sombrero y lo dejó en el suelo junto a ella.

-No siempre, pero con mucha frecuencia.

Mara se había preguntado muchas veces cómo sería tener un hermano o una hermana. Se había imaginado a ella misma jugando con él o ella, mostrando un frente unido contra el mundo, no peleando. Abrió la boca para decirlo, pero se dio cuenta a tiempo de que era un tema peligroso para alguien que supuestamente no tenía memoria del pasado.

-Roderic por lo general logra pelear con todo el mundo excepto con nuestra madre. Ella detesta que se levante la voz, de modo que nunca se enfrasca en luchas verbales como el resto de nosotros. Pero si pierde la paciencia, puede aniquilarte con una sola frase.

-Ya he notado la forma particular que tiene Roderic de hablar y ,hasta cierto punto, la tuya también - comentó Mara con tono irónico.

Juliana hizo una mueca.

-Una herencia de nuestro padre. Yo trato de dominarme; Roderic no se molesta en hacerlo. Tendrías que oírles cuando están juntos. O mejor no. Cuando discuten, los presentes corren peligro de verse disueltos por el ácido que brota de sus comentarios. Mamá siempre quedaba atrapada entre los dos. Creo, aunque no estoy segura, que fue por no causarle dolor con esos enfrentamientos, que Roderic se marchó de Ruthenia.

Juliana hablaba de Angeline, reina de Ruthenia, la madrina de Mara. Mara decidió tratar de averiguar más sobre ella.

-¿Roderic y su padre están distanciados, entonces?

-No diría eso. Son hombres profundos, así que es difícil adivinar lo que sucede entre ellos. Podría haber sucedido sencillamente que mi padre obligó a Roderic a abandonar Ruthenia, porque pensó que era mejor que mi hermano se abriera solo su camino en el mundo. Eso fue lo que hizó él mismo cuando tenía su edad.

Mara frunció el ceño.

-Parece difícil.

-Sí, pero es beneficioso. Roderic ha sobrevivido muy bien, en verdad. El y su escolta atemorizan a la mitad de las cortes de Europa.

-¿Atemorizan?

-Se les llama El Cuerpo de la Muerte. ¿No lo sabías?

Mara sacudió la cabeza. Sentía una extraña inquietud, aunque no sabía a qué se debía.

-¿Qué hacen?

Luchan, o al menos, eso supongo. Siempre están donde hay problemas. Recuerdo haber oído una vez que ayudaron a entrenar unidades especiales de guardias para casas reales, algo así. Hoy los asesinatos a los gobernantes son una gran amenaza. Todos deben protegerse de la mejor manera posible.

-No comprendo por qué les temen, si ellos capacitan a otros para proteger a los miembros de las cortes.

-Es la forma en que lo hacen; no sólo entrenan al cuerpo de combate sino que se infiltran, recaban información, traban amistad con todos los elementos políticos para averiguar dónde está la mayor amenaza. Algunos dicen que en sus tácticas sería tan fácil para ellos derrocar un gobierno como salvarlo; y en ocasiones, lo que han descubierto ha hecho que Roderic decidiera que la oposición estaría mejor en el poder. Es un poco como dejar entrar el lobo por la puerta de atrás para que no entren los buitres por la de delante, y de ahí el apodo.

-El Cuerpo de la Muerte-susurró Mara y se estremeció.

La breve pausa fue interrumpida por unos golpecitos a la puerta. Mara levantó la vista rápidamente.

-Adelante.

Fue Trude la que entró.

-Lamento molestaros, mademoiselle, pero me preguntaba si...

Al ver a Juliana, la mujer se detuvo de forma brusca y se puso rígida. Juliana arqueó una ceja, pero se puso de pie de inmediato.

-No te preocupes por mí. Estaba a punto de marcharme.

-No, no, no te vayas --dijo Mara. No había tenido tiempo de preguntar sobre Angeline-. Quizá Trude quiera quedarse con nosotras. Podríamos pedir chocolate y tortas y conversar un poco.

-No tengo tiempo -declaró Trude con tono distante-. Sólo quería preguntar si teníais algún ungüento que pudiera ponerme en la cara. Estes sugirió que podría evitar la mala cicatrización.

-Lamentablemente no tengo... -comenzó a decir Mara.

-Yo sí -intervino Juliana- y es de lo más efectivo. Si quieres venir conmigo, te lo buscaré.

-No podría permitir...

-Tonterías. Nosotras las mujeres debemos mantenemos unidas. ¡La idea de Roderic de tocarte la cara! Podría perfectamente haberte herido el brazo si hubiera querido. No hubiera pensado que podía ser tan descuidado.

-No fue un descuido --dijo Trude con voz dura, como si las palabras hubieran brotado en contra de su voluntad.

-¿Estás diciendo que fue adrede?

-Fue una lección para mí, por acusar a mademoiselle Chere de vanidosa.

-No -susurró Mara, poniéndose de pie-. No ha podido hacer eso.

-Vos no le conocéis.

Las palabras le recordaron a Mara el hecho de que era nueva en el grupo. También contenían una cierta amarga ironía que parecía dirigida no sólo a Mara, sino a sí misma.

-Si lo que dices es cierto, lo lamento.

-No hay razón para que lo lamentéis. No lo hizo por vos, sino por... por mi propio bien.

-Bien --dijo Juliana con vivacidad al ver que Mara no respondía-, cualquiera que haya sido la razón, debemos reparar los daños. Ven.

Las dos mujeres se marcharon. Mara reanudó su costura, pero a pesar de que la aguja se movía con rapidez, sus pensamientos estaban en lo que Trude había dicho. ¿Sería cierto que Roderic le había hecho daño en la cara como reprimenda? y de ser así, ¿lo habría hecho como Trude había dicho, para darle una lección por hablar de la vanidad de otras mujeres sin tomar en cuenta la suya? ¿O lo habría hecho como castigo por el bochorno que Trude le había hecho pasar a Mara, por el insulto que el príncipe pareció no haber tomado en cuenta en ese momento? Le inquietaba pensar que un hombre pudiera actuar con tanta sangre fría. y la idea de tener que intimar con un hombre así le parecía aún más perturbadora.

El Cuerpo de la Muerte. ¿Qué clase de grupo era la escolta, realmente, y qué clase de persona era el hombre que los mandaba? Había creído a Roderic un príncipe donjuanesco, apuesto, inteligente, dotado para la música, pero de poca importancia. Cuanto más averiguaba, menos parecía saber o comprender.

Se encontró con Roderic en la galería cuando se dirigía a los salones públicos, esa noche. El venía de sus aposentos y ella de los suyos. Se detuvo al verle e instintivamente buscó en el rostro de él alguna señal de su estado de ánimo. El le ofreció su brazo. Mara lo tomó y caminó unos pasos junto a él antes de hablar.

-¿Puedo preguntaros algo?

El le dirigió una mirada cautelosa, pero asintió.

-¿Heristéis deliberadamente el rostro de Trude?

-¿Es eso lo que dice ella?

-Vos sabéis que sí.

El exhaló un suave sonido que pareció un suspiro.

-Trude es muy buen soldado. Tanta devoción tiene su utilidad, pero corre peligro de olvidar que es una mujer.

-No es sorprendente, pues casi nunca la tratan corno tal. Tendemos a vernos de la misma manera en que nos ven los demás.

-Cuando eso sucede, sería bueno que nos echáramos otra mirada.

-¿Entonces es cierto? ¿Queríais recordarle que ella es mujer y que también sufre de vanidad?

-Quería recordarle que existen otras cosas además de ser miembro de la escolta.

-De alguna manera siento que ella lo sabe.

-¿Piensas que es dulce y tierna de corazón? También me parecía necesario evitar que me convirtiera en una figura romántica. Actualmente está de moda que algunos hombres actúen como almas incomprendidas, ansiosas y poéticas, pero yo no soy ninguna de esas cosas. Soy un hombre con una tarea que cumplir y puedo cumplida mejor sin ataduras. Más aún, en esta escuadra sólo hay sitio para aquellos que anteponen el bien de todos al de uno en particular.

-¿Teméis que ponga en peligro a los demás a causa suya? ¿Pero dónde está la amenaza? -Habría en las palabras de él una advertencia para ella? ¿Le estaría diciendo en su forma peculiar que no tenía tiempo para aventuras con ninguna mujer?

-Si lo supiéramos, podríamos neutralizarla para que dejara de ser una amenaza.

-¿Pero por qué? ¿Por qué era necesario que vos...?

-¿Que interfiriera? Trude es mi responsabilidad, al igual que el resto de la escuadra y ahora tú. Cualquier cosa que le suceda a alguno de vosotros será considerada mi culpa.

-¿Quién os acusaría?

-Yo mismo.

Su tono era irreversible. No podía discutirle, de modo que Mara abandonó el tema.

-De todas formas, parece una lección dura para Trude.

-Ella lo comprende. Además, tiene a sus semejantes para consolarse. No dudo que te compadeciste de su herida y sus temores.

-Juliana lo hizo.

-La pequeña debe de haber madurado a mis espaldas si puede descubrir compasión dentro de sí por alguien tan autosuficiente como nuestra Trude.

-¿Qué tratabais de probar? ¿Que era demasiado dura o demasiado débil?

-Otra defensora. Ya me parecía. Mi intención era hacerle considerar la dirección en que avanza. Nada más.

Habían llegado a la antecámara que daba al salón público que precedía el comedor. Un criado abrió la puerta y ellos entraron.

En voz baja, Mara dijo:

-En ese caso, sospecho que habéis logrado vuestro objetivo.

-Demasiado bien, quizá. ¿Cómo podré contener mi júbilo?

Ella le dirigió una mirada penetrante y descubrió que los ojos azules estaban clavados sobre su rostro. No había tiempo para más, pues Juliana había llegado con Trude, que vestía una blusa de seda blanca con jabot de encaje, metida dentro de los pantalones del uniforme.

¿Qué había querido decir Roderic? ¿La expresión apesadumbrada que ella había visto en su rostro por un instante se debería a que ella desaprobaba su acción? ¿O sería por lo que él veía como una necesaria distancia entre ellos? ¿O habría sido sólo porque había visto a Trude con su blusa de seda y había lamentado la corrupción de un buen soldado?

Pero si el motivo era este último, ¿no había contribuido él con toda deliberación a esa repentina femineidad? Las sinuosidades de los pensamientos de él se le escapaban, así que Mara se rindió con exasperación.

Había planeado tratar una vez más de separar al príncipe de los demás esa noche. Sin embargo, no tuvo oportunidad de hacerlo. Enseguida, después de la prolongada cena, el príncipe los sacó a todos de la casa. El escritor Víctor Hugo ofrecía una reunión literaria en su casa de la Place Royale, a poca distancia de allí. Había llegado una tarjeta de invitación para Roderic y los acompañantes que deseara llevar. Disfrutarían de la estimulante presencia de algunos de los mejores intelectos y mentes más liberales de Paris.

-¿Liberal? -se mofó Juliana-. ¡Hugo es un libertino!

-La mojigatería, mi querida hermana, es una enfermedad que ahoga el cuerpo y las energías de la mente. ¿Negarías la grandeza de un hombre sólo porque paga los gastos de tres casas, todas a pocos metros de distancia entre sí?

-Ningún hombre necesita dos amantes además de una mujer. Y es indecente que Hugo mantenga su colección tan cerca. ¿En qué piensan esas mujeres, viviendo así para la conveniencia de un hombre?

-No por nada se le apoda «Ego Ugo». Yo le considero sublime.

-Yo le considero ridículo.

-A los grandes hombres se les perdonan muchas cosas ridículas. Dumas y sus chalecos, por ejemplo.

-¡Entre otras cosas! Dicen que tiene una colección de animales, entre ellos un buitre

amaestrado llamado Jugurtha que vale quince mil francos, y un batallón de amantes que cambia como la guardia del palacio... ¡y que comparte con su hijo!

Roderic no quiso seguir la discusión. Pasó la mano de Juliana bajo su brazo, la de Mara bajo el otro y las llevó con él diciendo por encima del hombro:

-En avant, mes enfants!

7

La reunión no era multitudinaria, pero sí bulliciosa. La gente se arremolinaba en grupos discutiendo y gesticulando o se sentaba aquí y allí y conversaba con expresiones de concentración. Madame Hugo circulaba entre los invitados, haciendo presentaciones, dirigiendo a los criados que servían vino, queso y tortas. Víctor Hugo presidía la reunión desde un gran sillón cerca del fuego, dirigiéndose a un público de hombres y mujeres sentados a sus pies sobre la alfombra.

El salón era largo y cómodo; las paredes estaban decoradas con telas rojas con pinturas orientales. Los muebles eran oscuros, pesados y tallados; abundaban el terciopelo rojo y los sillones otomanos, que eran la última moda en decoración.

Mara permaneció con Estes y Michael en un rincón. Se alegró de la compañía de los dos hombres, que le señalaban tal o cual personaje. Se sentía algo apabullada por la feroz intelectualidad de la concurrencia. Todos parecían tan seguros de sí mismos y de sus ideas, tan dispuestos a derribar la oposición. Nunca dejaban de comprender el sentido de una palabra o de una frase abstracta. Las teorías y ramificaciones de ideologías se arrojaban de un lado a otro como juguetes. Se comentaban libros y obras teatrales de las que ella jamás había oído hablar. Había muchas personas que con seguridad eran conocidas en sus especialidades, pero ella no sabía quiénes eran.

-No os preocupéis mademoiselle -la reconfortó Estes cuando ella se lo comentó a él y a Michael-. La mitad de la gente en este salón no comprende nada de lo que la otra mitad dice, ¡pero todos fingen estar interesadísimos! Así es el mundo.

Mara reconoció a Alejandro Dumas, que llevaba otro de sus execrables chalecos. Cerca de él estaba una mujer de unos cuarenta años, con un vestido de lana negra con amplia falda plisada. Recordó que se la habían mostrado por la calle cuando llegó a París y que Roderic había hablado de ella.

-¿No es esa madame Dudevant, quien firma sus libros como George Sand? -preguntó en voz baja.

Michael se volvió para mirar y asintió.

-Esta noche está muy sobria. A veces da vida a las reuniones vistiéndose con pantalones.

-Eso no puede ser una novedad para vosotros - dijo Mara-. Al fin y al cabo, veis a Trude en pantalones todo el tiempo.

-Trude es... bueno, es Trude -dijo Michael, encogiéndose de hombros.

Quizá Roderic tuviera razón; quizá fuera tiempo de que Trude tomara conciencia de que era una mujer, pensó Mara, pero Estes le habló en ese momento, reclamando su atención.

-Madame Dudevant todavía está sufriendo su separación del compositor Chopin, creo. Tuvieron una gran pelea por alguna cosa en relación con el matrimonio de la hija de ella, y él se fue. Dicen que la separación será permanente.

-Tengo entendido que Chopin no está bien de salud -comentó Michael.

-Enfermedad de los pulmones –respondió Estes.- Culpa a madame Dudevant por haberlo llevado con ella a Mallorca, donde la contrajo hace unos años.

-No me parece justo -dijo Mara-. Ella no debe de haberlo obligado a ir.

-Ella posee la personalidad más fuerte. Le lleva seis o siete años.

-¿Y qué tiene que ver eso?

-¡Mucho, como os daréis cuenta cuando la conozcáis!

Por aquí. -El italiano la tomó de la mano y comenzó a abrirse paso entre la gente.

-¡No, esperad! -exclamó Mara, pero él no le prestó atención. Un instante más tarde le

presentaba a Aurore Dudevant.

-¿Cómo estáis querida? -La escritora se volvió con una sonrisa amable hacia su acompañante.-¿Me permitís presentaros a mi amigo Balzac?

El hombre junto a ella era de mediana edad, como casi todos los que estaban en la reunión. Corpulento, con una cabeza grande sostenida por un cuello grueso y hombros de toro, no era particularmente alto, pero lo parecía. Tenía el rostro enrojecido, una nariz grande y cuadrada y debajo de unos tupidos bigotes se veían, cuando sonreía, unos dientes descoloridos.

-Un placer, monsieur. He leído vuestros libros.

-¿De verdad? ¿Cuáles? -Las palabras eran bruscas, casi ansiosas.

-El padre Goriot, por supuesto y algunos otros volúmenes de La Comedia Humana, aunque no todos. ¡Es un magnífico trabajo, pero tan extenso!

-Es tan glotón para el trabajo como para la comida, ¿no es así? --dijo madame Dudevant.

-Uno tiene que pagar a sus acreedores –respondió Honoré de Balzac sacudiendo la cabeza tristemente.- Los comerciantes tienen la incómoda costumbre de pretender que uno tenga el dinero acorde con sus deseos. No es posible.

-Tú y Dumas --dijo Aurore Dudevant con tono resignado-. El dinero os entra con la velocidad con que sale la tinta de la pluma y tendrán suerte si no se os entierra en la tumba de los desposeídos.

-Con Hugo a nuestro lado.

-Víctor tiene más suerte con sus mujeres. No sólo le copian los manuscritos y cartas como secretarias sin sueldo, sino que también le manejan el dinero.

-Dicen que su esposa es la que controla los gastos.

-Una personalidad fuerte, madame Adele.

-Al menos tiene sentido común suficiente como para no ser demasiado estricta.

-Sí. Ya no se queja de que no le presta atención. Quizás haya aprendido algo del asunto Praslin. Fue una lección para muchos.

Mara, curiosa ante las miradas que intercambiaban los demás, interrumpió.

-¿El asunto Praslin?

Fue George Sand, madame Dudevant, quien se lo explicó. Unos meses antes, a fines de agosto, el duque de Praslin había asesinado a su mujer, clavándole un puñal y golpeándola con un candelabro, mientras dormía en la casa de ambos en la calle del Faubourg Sto Honoré. Se susurraba escandalosamente acerca de la causa. Corrían rumores de que el duque estaba enamorado de la institutriz de sus hijos, mademoiselle Deluzy; se decía que la duquesa abusaba de los niños debido a que en su infancia había sido sometida por una institutriz lesbiana. Algunos decían que el duque era un hombre frío y reservado que había perdido la razón, mientras que otros declaraban que era un hombre tranquilo, llevado a la locura por la dominación emocional y sexual de la duquesa.

-Jamás olvidaré la gente agrupada afuera de la casa donde se cometió el asesinato. Parecían no tener compasión alguna por la duquesa muerta, ni rencor por el duque, quien, para ese entonces, se había envenenado y se lo había llevado la policía. Su ira era contra el gobierno. «¡Abajo con Luis Felipe!» Y «¡Muerte al rey!» gritaban sin cesar. Fue como si hubiera comenzado el Terror otra vez.

-Y podría ser así con toda facilidad -acotó Estes.

-¿Quizá debiéramos rezar para que haya otro escándalo así, y el rey se convenza de que debe escuchar los gritos de reforma? -sugirió Balzac.

-¿O crearlo? -terció Aurore Dudevant.

La seriedad del grupo hizo que Mara sintiera un escalofrío. Había escuchado con cortesía todo lo que decían, aunque al cabo de los primeros instantes recordó que su abuela le había hablado del caso Praslin. Ahora, recordando el principio de la conversación, preguntó:

-¿Pero qué tiene que ver todo esto con monsieur Hugo?

-El se mostró tan fascinado por los detalles –respondió Balzac- que la buena de su esposa comenzó a preocuparse. Temo que eso era lo que él quería lograr, aunque no puedo decirlo con seguridad. Es difícil saber qué porción del egoísmo de Hugo es una pose, y qué cantidad le es natural.

-Ego Ugo -murmuró Mara con una sonrisa, echando una mirada hacia donde Hugo hablaba

con quienes estaban a sus pies, gesticulando para dar más énfasis a sus palabras. Su mirada pasó después a la puerta de entrada. Un hombre acababa de llegar y le entregaba el sombrero y el bastón a una doncella. Era alto y moreno y tenía un bigote fino y una barba angosta. Echó una mirada impaciente alrededor del salón. La mirada de de Landes se encontró con la de Mara y él movió la cabeza ligeramente, llamándola.

Mara sintió que los nervios se le tensaban como cuerdas de violín. El hecho de que de Landes estuviera aquí significaba que todos sus movimientos eran cuidadosamente observados. ¿Sabría él que ella no había hecho lo que tenía que hacer? ¿Qué le diría?

Iba a ser difícil abandonar el grupo con que estaba, pero no había alternativa.

-Disculpadme -dijo a la primera oportunidad-, creo que la princesa Juliana me llama.

Atravesó la habitación, deteniéndose para hablar con la princesa, intercambiando un comentario alegre sobre la reunión antes de abrirse camino hasta donde estaba de Landes. El había elegido un rincón semioculto por una gran planta en una maceta y una armadura antigua. Mara mantuvo la sonrisa social en sus labios, pero habló sin rodeos.

-¿Qué queréis?

-Estáis encantadora. Ese vendedor tenía razón. Los colores vivos os sientan bien.

-Habéis venido aquí para hacerme cumplidos.

-No, pero comienzo a preguntarme si no fui un estúpido al no daros instrucciones personales respecto de cómo obtener la... cooperación de un hombre.

-El príncipe es muy astuto. Será mejor que no nos vea hablando demasiado, pues se supone que no recuerdo a ningún amigo. Os lo repito, ¿qué queréis?

El la miró largamente y luego asintió de forma brusca.

-La vizcondesa Beausire tendrá el honor de contar con la presencia del rey en su baile. Luis Felipe llegará exactamente a las diez de la noche. Vos os encargaréis no solamente de que el príncipe esté presente en la fiesta, sino de que se halle cerca de la entrada por la que pasarán el rey y sus invitados a esa hora. ¿Comprendéis?

-¿Cerca de la entrada? ¿Dónde? No sé nada sobre la casa ni sus salones.

-No tiene importancia. Aseguraos solamente de que él esté cerca de la entrada principal a las diez.

-Diez. Entrada principal. ¿Cómo está mi abuela?

-Bastante bien, por ahora.

De Landes inclinó la cabeza y se alejó. Mara tardó un instante en comprender que su partida se debía a que Roderic se acercaba. Sonreía, pero ella no se dejó engañar.

-¿Acaso te he descuidado, que encuentras necesario merodear por entre las plantas y hablar con desconocidos?

Mara levantó el mentón.

-¿Merodear?

-¿Debería haber dicho ocultarte?

-No sabía que hubiera algo clandestino en el hecho de hablar con un caballero en una reunión literaria como ésta. podríais habérmelo dicho.

-Podría, si lo hubiera creído necesario.

-¿Qué queriais que hiciese? ¿Que permaneciera junto a vos? Pero tenía la impresión de que no hace mucho me advertisteis que no lo hiciera.

El entornó los párpados.

-¿Y te molestó?

Tendría que haberse dado cuenta de que era una imprudencia cruzar palabras con él. Realmente le había molestado que él olvidara su deseo con tanta facilidad, que rechazara sus avances de forma tan sutil. ¿Pero acaso no era mejor, por ahora, admitir eso que verse presionada para responder sobre de Landes?

Mara bajó la mirada.

-A ninguna mujer le gusta pensar que ha sido obvia.

-¿De verdad?

La expresión divertida en los ojos de él perturbó a Mara. Era como si estuviera recordando algo agradable.

-Pienso que a un hombre tampoco le gustaría.

-Dependería del hombre... y de la mujer. –Roderic levantó la mano y abrió el visor de la armadura y luego lo dejó caer nuevamente.

De pronto Mara tuvo la sensación de que él estaba incómodo, de que deseaba no haber dicho esas palabras. Eso sólo podría significar que se arrepentía de haber hablado. ¿Por qué iba a hacerlo, a menos que las palabras fueran más ciertas de lo que él deseara? Antes que pudiera explorar la idea, él se volvió hacia ella.

-¿Has conocido a Lamartine? Tiene la cara de un aristócrata y el alma de un carnicero. Un poeta convertido en político: son los más peligrosos.

Lamartine era de aspecto aristocrático, como Roderic había dicho. Tenía un porte erguido, cuerpo delgado y un rostro inteligente enmarcado por pelo castaño con hebras grises en las sienes. Era ingenioso y amable al hablar, descubrió Mara. Fue un alivio conversar con él tras la tensión de sus anteriores intercambios con de Landes y Roderic, y los comentarios irónicos y escandalosos de las otras personas que le habían sido presentadas esa noche.

Roderic quedó atrapado por una mujer con un exótico vestido de seda con lunares negros. Escuchaba a medias lo que ella le decía, sin embargo, Su mirada estaba fija en la mujer vestida de azula a la que llamaba Chere. Las mejillas de ella estaban perdiendo el intenso rubor y su sonrisa ahora era franca y natural, sin sombras de temor o culpa. Le causaba un extraño dolor en el pecho verla así; siempre que estaba con él parecía a la defensiva, en guardia. Ella le intrigaba cada día más, no sólo por el enigma que representaba, sino por algo que él presentía en su interior.

Estaba casi decidido a permitir que siguiera siendo un misterio, a esperar que recordara el pasado o le confiara el secreto que guardaba. Hasta se le había ocurrido una o dos veces la idea de que quizá fuera mejor que no hiciera ninguna de las dos cosas. La recuperación de la memoria significaría que debería marcharse y regresar adonde pertenecía. Si, por otra parte, ella guardaba un secreto, podía ser que se hubiera acercado a él por un motivo que quizá fuera mejor no conocer.

Pero tenía que averiguarlo, sin embargo. Había demasiadas cosas en juego como para ceder a ese impulso caprichoso de hospedar bajo su techo a una mujer que podía traicionarle.

Luca le había señalado a de Landes, le había identificado como el hombre que había hablado con Chére en la tienda de telas. Parecía algo más que una coincidencia que hoy también hubiera vuelto a hablarle. De Landes era conocido, no sólo como funcionario del ministerio de Asuntos Exteriores sino como un hombre de la calle, un individuo devastador entre las costureritas conocidas como grisettes. Una investigación sobre sus actividades más recientes bien podría aportar algún resultado. Si eso era lo que él, Roderic, deseaba.

Miró hacia donde estaba Luca. El gitano movió la cabeza hacia la puerta, indicando que de Landes había abandonado el salón. Roderic asintió con expresión torva. Luca, silencioso como una sombra, salió en persecución del francés.

Era tarde cuando la fiesta terminó. Al salir a la Place Royale, descubrieron que nevaba. Los copos caían con persistencia, tapando los adoquines y formando aureolas suaves y doradas alrededor de los faroles de gas de la calle. De tanto en tanto una ráfaga de viento los arremolinaba, haciéndolos bailar y apilarse contra la acera o los troncos de los árboles desnudos de la plaza.

-¡Qué hermoso! -exclamó Mara, extendiendo las manos para atrapar los copos cristalinos. En la zona más baja de Luisiana donde vivía, nevaba una vez cada cinco años, aproximadamente, y nunca más que unos pocos copos que se derretían antes de tocar el suelo.

Estes resopló, tiritando dentro de la chaqueta del uniforme.

-¿Hermoso? ¡Bah!

-Tened cuidado de no resbalar sobre las piedras dijo Jared, tomando el brazo de Mara y rodeándole rápidamente la cintura con el suyo para sostenerla.

Julian miró a su alrededor.

-¿Dónde está Luca?

-Fue a ocuparse de un encargo mío -respondió Roderic con voz helada.

Jacques se inclinó para recoger un puñado de nieve y le dio forma de bola con las manos enguantadas. Miró a su alrededor con un brillo en los ojos. Su mirada se topó con la del príncipe. Dejó caer la nieve y se limpió los guantes con fingida indiferencia.

-Uy, uy, uy -masculló Jared junto a Mara. Miró a Roderic y algo que vio en los ojos del príncipe le hizo quitar su brazo de alrededor de Mara.

Caminaron en silencio hacia la Casa de Ruthenia.

¿Se habría sentido celoso? Esa era la pregunta que atormentaba a Mara mientras permitía que Lila le quitara el vestido y la ayudara a prepararse para dormir. Pensó en el momento en que él se le había acercado después de la conversación con de Landes, y repasó cada detalle de lo que Roderic había dicho y de sus expresiones. Luego hizo lo mismo con el incidente de la Place Royale y hasta llegó a recordar el día que él la había descubierto en brazos de la escolta, mientras practicaban acrobacia. ¿Sería posible que él la deseara realmente, pero que se resistiera a la atracción? ¿Sería por esa resistencia por lo que había estado de mal humor esa noche?

No estaba convencida. Podía ser que existiera una leve atracción, un deseo pasajero, pero tenía la sensación que la razón por la que él no sucumbía a sus encantos era otra. Podía hablar de no querer causarle dolor y de no tener tiempo para mujeres, pero ella estaba segura de que el motivo era más profundo. El se mostraba cauteloso, alerta. Esa era la verdad.

Lila extendió el camisón de fina batista y Mara levantó los brazos para que la doncella se lo deslizara sobre la cabeza. La muchacha le soltó el pelo y le alcanzó un cepillo, luego se dispuso a abrir la cama. Mara se pasó el cepillo por el cabello, mirando a la doncella sin verla realmente.

Durante el episodio con Dennis, ella creyó que había sido su presencia física, el contacto con su cuerpo lo que le había hecho perder el control. Tampoco Roderic, cuando la había tenido en sus brazos, se había detenido a pensar en los problemas inherentes al hecho de hacerle el amor hasta que la llegada de su hermana los había interrumpido. Si Juliana no hubiera llegado, la seducción habría sido llevada a cabo. Sería ya la amante del príncipe y no tendría que atormentarse con estas dudas.

Por poco que deseara ser la compañera del príncipe, por poco que deseara involucrarlo en un romance, quería desesperadamente acabar con esta espera, con este temor. A decir verdad, se sentiría aliviada cuando estuviera instalada en su cama.

Mara se detuvo con el cepillo en el aire. ¿Y si sencillamente se reunía con él mientras dormía? ¿Lograría con su presencia, con su cuerpo cálido y femenino, derribar las reservas de él nuevamente?

El corazón le dio un vuelco ante la idea. Las manos comenzaron a temblarle, y se vio obligada a dejar el cepillo. ¿Se atrevería? ¿Podría correr el riesgo, después de la forma en que él había tratado a Trude, después de su mal humor de esta noche?

-¿Sucede algo, mademoiselle?

-No, nada, Lila -respondió, obligándose a sonreír-. Puedes irte.

La puerta se cerró detrás de la doncella. Mara esperó hasta que los pasos no se oyeran más y luego, levantándose la falda del camisón y sin darse tiempo para pensarlo o arrepentirse, salió de su dormitorio.

Sintió bajo sus pies descalzos el suelo frío de las habitaciones vacías que llevaban al ala de Roderic. Atravesó el centro de la casa y llegó a una pequeña antecámara que conducía a los aposentos del príncipe, los cuales rodeaban el patio este. A la izquierda había una puerta que llevaba a los dormitorios de la escolta. Enfrente, el salón personal del príncipe y más allá, su dormitorio y el vestidor. Del otro lado había un despacho y los dormitorios de los reyes. Mara vaciló un instante para asegurarse de que nadie estuviera de guardia. Luego giró el pesado picaporte de bronce y abrió la puerta. Estaba en el salón privado de Roderic.

La oscuridad era total. Tendría que moverse con cuidado. Esquivó una mesa, un sofá, una silla y un banquillo. Recordaba la colocación del dormitorio por sus largos recorridos de exploración y, al cabo de unos instantes, sus dedos se encontraron con el picaporte. Abrió lentamente y entró.

En el dormitorio no se oía un solo ruido; ni un suave ronquido ni la respiración regular y susurrante de una persona que duerme. ¿Dormiría tan silenciosamente o no estaría en la habitación?

Quizás estuviera trabajando en el despacho contiguo. Pero no se veía ninguna luz.

Al igual que la suya, la cama del príncipe estaba sobre una plataforma. La cabecera se elevaba hacia el techo formando una corona con el escudo de armas de Ruthenia. De ella colgaban cortinas de seda que se ataban a cada lado. Tendría que tener cuidado de no moverlas, pues el remolino de aire podría despertar a un hombre alerta como Roderic.

La punta de su pie tocó la plataforma. Mara subió sin sonido alguno. Se acercó, rozando las sábanas con el camisón. Localizó las cortinas y luego se inclinó hacia delante con la mano extendida.

Una mano de hierro le aferró la muñeca y tiró de ella hacia adelante. Mara perdió el equilibrio y cayó sobre la cama, emitiendo una exclamación de temor. Un peso descendió sobre ella, clavándose sobre su pecho inmovilizándola por completo. Un muslo firme le trabó las rodillas. Su otra muñeca quedó capturada firmemente sobre su cabeza.

-Perfumada y flexible, más suave que un sueño sobre el paraíso. ¿Has venido a llevarme allí o solamente a despacharme?

-¿Qué... creeis vos? -dijo Mara, jadeando por la presión sobre su pecho.

El peso desapareció y sus manos quedaron libres.

-¿Me atreveré a adivinar?

Mara respiró hondo, tragando con fuerza para aliviar el nudo de miedo en su estómago. Sentía una necesidad histérica de reír. Ahora sí estaba realmente en su cama.

-Podríais... registrarme para ver si llevo armas...

El se mantuvo tenso y rígido.

-Una proposición interesante –asintió.

El calor vibrante de su cuerpo contra el de Mara contradecía el tono suave de sus palabras. La rigidez de Roderic hablaba de autocontrol dominado por una voluntad de hierro, que pasaba por alto la incomodidad. Juntando todo su valor, Mara extendió la mano y rozó el pecho de él con los dedos. Los músculos eran nudos firmes bajo la mata de vello. Agradecida por la oscuridad que ocultaba el rubor de sus mejillas, Mara dejó correr los dedos hacia abajo por la superficie plana del vientre de Roderic, siguiendo la línea descendente de vello.

El contuvo el aliento y retiró la mano de Mara con un movimiento brusco. Luego tomó el rostro de ella en una mano y le cubrió la boca con la suya. Dirigido por la furia y el deseo contenido, el beso fue violento, una invasión hiriente e implacable. Sus labios se apoderaron de la dulzura de los de Mara.

Ella sintió el corazón estallándole en el pecho. La sangre le retumbaba en los oídos y corría como un torrente por sus venas. Emitió un sonido leve que pudo ser de angustia, de furia o de placer.

El se apartó bruscamente e inspiró hondo.

-No eres ninguna mujerzuela ni tampoco una ramera, ni dispensas placer clandestino, dulce Chere.¿Qué estás haciendo?

-¿No... no me... deseáis? -Se sentía como una prostituta y comprendió con angustiosa claridad que eso era lo que él había querido.

-¿Desearte? ¿Y qué tiene que ver eso?

Mara se sintió herida por la serena frialdad de sus palabras.

-Sólo... sólo quería estar cerca de vos ¿Acaso está mal?

El se apartó y se deslizó un lado de la cama. Mara vio la llamarada amarilla de una cerilla de azufre y sintió su olor acre. Roderic encendió la vela que estaba junto a la cama en un candelabro de plata, y luego apagó la cerilla.

La luz de la vela tembló, iluminando suavemente a Mara, que estaba apoyada sobre un codo. Roderic sintió algo dentro de sí que no tenía nada que ver con su deseo insatisfecho. Qué altiva se la veía con la barbilla levantada y el cuello de encaje realzando su rostro Sin embargo, había algo defensivo y humillado en sus ojos. El se sintió avergonzado por ser el causante de esa expresión. Alejó la idea con un rápido movimiento de cabeza.

-La pregunta es -dijo con suavidad-, ¿acaso está bien?

-Nunca os hubiera tomado por un puritano.-Mara no podía apartar la vista del magnífico cuerpo desnudo.

Tenía la boca enrojecida e hinchada por el beso de él.

-Ni tampoco por un tonto, espero.

No, no era un tonto. Mara sintió que se ahogaba en una situación que se le escapaba de las manos. Un escalofrío la sacudió, luego otro y otro. Sólo el recuerdo de la abuela Hélene -tan frágil y sin embargo con tanta alegría de vivir- y del paso inexorable del tiempo que le habían dado, le permitieron seguir.

-Habéis dejado que Sarus crea que soy vuestra amante y ahora todos lo suponen, aun la escolta, a veces. ¿Cuál es la diferencia?

-La diferencia es que yo sé que no lo eres y tú también lo sabes.-Quizá fuera realmente un tonto. Las razones que le parecían tan lógicas durante el día dejaban de serlo aquí a la luz de una vela. Jamás habían penetrado su guardia contra la traición, y era poco probable que sucediera ahora. Si a ella no le importaba nada su honor, ¿por qué tendría que importarle a él? Y, sin embargo, era esa negligencia combinada con la obvia falta de experiencia de ella lo que le preocupaba más que la posibilidad de estar albergando a una traidora.

-Pero podría serlo, con mucha facilidad. –Hablaba en voz baja, con una nota de súplica. Extendió la mano.

Roderic frunció el ceño y tomó esos dedos temblorosos.

-¿Una amante de hielo, seductora y temerosa, afectuosa y distante? ¿Cómo podré resistirme?

Le soltó la mano y pasó los brazos debajo de su cuerpo, levantándola y sosteniéndola contra su pecho. Se volvió y salió del dormitorio, atravesó el salón privado y pasó a la antecámara. Había luz allí, pues Michael, vestido sólo con los pantalones del uniforme, estaba de pie en la puerta que daba a las habitaciones de la escolta. Sarus, con el rostro arrugado por la edad y el cansancio, estaba junto a Michael. Era evidente que habían oído algo de la discusión, lo suficiente como para despertarse.

Mara cerró los ojos, deseando poder desaparecer. Sentía el ardor de lágrimas de desesperación detrás de los párpados y en la nariz. Por un instante fugaz había creído que Roderic iba a abrazada, darle calor en su cama. Pero esa esperanza se desvaneció. Supo, mientras avanzaban por el corredor hacia el otro ala de la casa, que la llevaba de regreso a su habitación.

-Puedo caminar -dijo con voz ahogada.

El no respondió.

El camino era largo. Mara lentamente fue tomando conciencia de la fuerza de los brazos de él, del latir rítmico de su corazón. La piel le quemaba por el contacto con la de Roderic a través de la fina tela del camisón. Segura. Se sentía segura. Pero también intolerablemente consciente de él como hombre. Un príncipe. Roderic de Ruthenia. Estaban tan cerca. Sintió el impulso de volverse, deslizar los brazos alrededor del cuello de él y apretarse contra su cuerpo. Quería que él la notara, que reaccionara ante ella como mujer y eso no tenía nada que ver con las instrucciones que había recibido.

A medida que desaparecía la idea del contacto físico con él, la reemplazaba una extraña angustia a la que siguió el rencor. Qué hombre arrogante y despótico; su fingida preocupación era un insulto. ¿Cómo se atrevía a rechazarla y con tan poco esfuerzo? Le gustaría hacerle arrepentirse; lo haría aunque sólo fuera para calmar su vanidad herida. ¿Pero cómo podría hacerlo? Parecía invulnerable.

Roderic entró en la habitación de Mara e, iluminado por la luz de un candelabro sobre la mesa, se dirigió a la cama. La dejó sobre ella y retrocedió.

Rápidamente, Mara se arrodilló y le tomó de los hombros. Los sintió tibios y firmes bajo sus manos y, debido a la sorpresa, no ofrecían resistencia. Se topó con la mirada azul de él por un instante; y sus propios ojos estaban serenos, desafiantes. Entonces acercó sus labios a los de él, rozando la superficie suave, bien delineada, probando con la punta de la lengua las comisuras, la línea sensible donde se unían. El se inclinó hacia ella y sus labios se abrieron con calidez. Embriagada por el triunfo y algo más que no quería reconocer, entrecruzó los brazos detrás del

cuello de Roderic y le besó con más intensidad.

¿Algo intencional la hizo apartarse o dudó de su propia temeridad? ¿Fue algún pequeño movimiento de él lo que la turbó o su propia creciente necesidad de estar más cerca? No podía decirlo, pero le soltó y se apartó.

-Buenas noches -murmuró.

El la contempló, el rostro inescrutable. Luego, volviéndose con la agilidad y el control de la fuerza sin límites, salió de la habitación.

Mara se dejó caer sobre la cama y se cubrió la cara con las manos, apoyando la frente sobre las rodillas. ¿Qué haría? Tenía que hacer frente a la idea de que quizá no pudiera llegar a cumplir su misión. ¿Qué le sucedería a su abuela si no lograba llegar a ser la amante del príncipe? ¿Qué haría de Landes?

Las preguntas la atormentaban, pero había una que le taladraba la mente. ¿Cómo iba a enfrentarse con Roderíc por la mañana?

Se sentía herida y vencida, agotada, como si hubiera tomado parte en una lucha desesperada. Le dolía el pecho, le ardían los labios y el orgullo. Deseaba vengarse y dormir con igual fervor; cualquier cosa con tal de liberarse de la humillación que sentía. Y, sin embargo, también experimentaba un cierto alivio. Considerando la actitud de Roderic con sus hombres cuando hacían algo que le molestaba, sabía que había sido afortunada de salir ilesa del encuentro. Además había evitado la entrega final. En realidad, era lógico que sintiera alivio.

El autocontrol del príncipe era una revelación para ella. De alguna manera había pensado, debido a su experiencia con Dennis, que los hombres carecían de ese poder de negarse hasta el final, que estaban a merced de sus deseos. Roderic la había deseado. No lo había admitido, pero había sido evidente. Sin embargo, se había contenido. Fuera cual fuese la razón, se había apartado de esa fácil posesión, la había sacado de su cama, de su aposento, de su cercanía. A pesar de la sumisión de ella, de sus caricias, de sus súplicas, había tenido el control suficiente como para negarse.

Mara se incorporó y echó la cabeza hacia atrás. Sorprendida, reflexionó sobre la conducta de Roderic, pensando en aquella otra ocasión en que había estado a solas con un-hombre. Poco a poco, se le hizo evidente que a Dennis Mulholland, esa noche en la glorieta, le había faltado autocontrol. Se había contenido tan poco como un niño en una tienda de golosinas. De forma accidental se había encontrado oportunidad de satisfacer sus deseos y la había tomado con ambas manos. No había pensado en ella, ni en su situación, ni en su ahogo; solo había querido aplacar sus apetitos a costa de ella. Había tenido razón en enfurecerse, en no querer casarse con él. y él lo sabía. Su muerte no cambiaba en nada las cosas.

De pronto se sintió como si una gran oscuridad hubiera desaparecido de su mente. Ella no tenía la culpa. Dennis Mulholland no había muerto por su culpa. No era una seductora que le había tentado más allá de su poder de resistencia, causándole la degradación que le había hecho buscar la muerte. La debilidad había sido de él, al igual que la elección de retirarse, o violentar la castidad de Mara con sus caricias.

¿Por qué había creído ella lo contrario? ¿Habría sido por la insistencia de su padre y de Dennis para que se casara con él, como si fuera un castigo por algún pecado? ¿Habría sido por remordimiento o por la actitud de la sociedad, que esperaba que ella se culpara? ¿O sería por las enseñanzas religiosas de la infancia, en las que la culpa de la falta de voluntad de Adán había recaído sobre Eva?

Cualquiera que fuera la razón, sólo un príncipe balcánico le había mostrado su error. Por ese motivo, al menos, debía sentirse agradecida. Sería mucho más fácil hacerlo si no tuviera que volver a ver a Roderic.

La mañana trajo al prusiano de Juliana. Eran cerca de las once cuando Sarus, muy correcto con su librea, que no difería demasiado del uniforme de la escolta, encontró a Mara en su sala repasando el menú del día con la cocinera. Le hizo una rígida reverencia y le presentó una tarjeta sobre una bandeja de plata.

-¿Qué es? -preguntó ella, levantando la tarjeta y mirándola con sorpresa. El nombre impreso,

así como la larga lista de títulos nobiliarios, nada significaban para ella.

-Es el príncipe real, señorita.

-Con seguridad no es a mí a quien quiere ver. Debes llevarle esto al príncipe Roderic.

-El príncipe está encerrado con Luca desde hace media hora. Dio órdenes de que no se le molestara.

-Entonces el príncipe real deberá esperar.

-El prusiano parece impaciente.

-Prusiano... ¡ah! -Mara miró la tarjeta con el ceño fruncido, luego levantó la vista. -Quizá será mejor que informes a la princesa Juliana de su llegada.

-La princesa todavía no ha salido de sus aposentos.

-¿Sin duda él aguardará a que ella se levante y le vea?

Sarus vaciló, con expresión preocupada.

-No está acostumbrado a esperar. Es capaz de ir en busca de la princesa Juliana, y si lo hace...

-Sí, me lo imagino -dijo Mara de prisa. Juliana no se alegraría y no dejaría de hacerlo notar a toda la casa. Una crisis doméstica de esa magnitud debía ser evitada a cualquier costa.

-Muy bien. Estaré allí en un momento.

Cuando entró en el salón unos instantes más tarde, encontró al prusiano de pie junto a las ventanas, contemplando el patio cubierto de nieve. Se volvió al verla avanzar hacia él y juntó los talones, haciendo una reverencia.

-Mademoiselle, os pido disculpas por distraeros de ocupaciones.

-No se preocupe. -Mara saludó, luego le indicó que se sentara frente a ella en un sofá. Era alto y fuerte, aunque su tórax era redondo como un barril. Tendría unos treinta y siete años y un estúpido bigote rubio que contrastaba con su cabeza afeitada.

-¿Os han traído algún refrigerio? Bien. ¿En qué puedo serviros?

El carraspeó.

-Es un asunto de cierta delicadeza.

Al ver que él no continuaba, Mara trató de ayudarle diciendo:

-¿Concierne a la princesa Juliana?

-En realidad, sí. Una criatura fabulosa. Tengo el permiso de su padre para cortejarla.

-¿Sí? -Detrás de sus modales rudos, era un hombre correcto, si bien algo calculador.

-Ella es joven y frívola y no sabe lo que quiere.

Mara, que comenzaba a sentirse como una tía solterona, pensó para sus adentros que la descripción no coincidía en absoluto con la Juliana que había conocido. No dijo nada, sino que asintió para que él continuara hablando.

-En resumen, ella ha huido de mí. ¿Está aquí?

-¿Sarus no os lo ha dicho? Ha venido a visitar a su hermano, sí.

-Ah, ésas son buenas noticias. ¿Puedo verla?

-Anticipándose a vuestros deseos, Sarus ha ido a ver si está en casa.

-¡Debo verla!

Su vehemencia era algo alarmante, pues las venas de su rostro y cuello parecían a punto de estallar.

-¿Hace mucho que conoceis a Juliana? –preguntó Mara, tratando de distraerle. ¿Dónde estaría la muchacha, o Roderic? Cualquiera. No podía creer que algún miembro de la escolta no hubiera asomado la cabeza, deseoso de conocer al prusiano calvo. ¿Estarían ellos también con Roderic?

-Nos conocimos en Ruthenia, en el palacio. Han pasado dos meses desde aquel día.

Desde el patio de entrada, debajo de las ventanas, se oyó el ruido del aldabón de la puerta. En algún lugar ladraba Demonio y le hacía eco el ladrido agudo del pequinés de Juliana. Quizá no faltara mucho para que vinieran a rescatarla.

-¿No es ésa la perrita de Juliana? Sin duda también está aquí, pues ella no va a ningún lado sin el animal.

-Esto es París, Alteza. No siempre es conveniente llevar un perro. -¿Dónde estaba Sarus? ¿No podía venir para decirle, al menos, si Juliana pensaba atender a su visitante o negar su presencia?

Buscando desesperadamente un tema de conversación para distraerle, dijo:

-Espero que la nieve no haya sido un inconveniente para vuestro viaje.

-En absoluto. No me sorprendió que dejara de nevar antes de la madrugada. He viajado toda la noche sin detenerme.

En ese momento, una doncella abrió la puerta.

-Los señores Dumas, padre e hijo.

Antes de que los nuevos invitados pudieran entrar, Demonio, con la lengua fuera, entró al galope en el salón, seguido por Sophie, que arrastraba una correa con piedras preciosas. Dieron la vuelta al sofá y luego, al descubrir al príncipe real, se pusieron a ladrar. Alejandro Dumas padre avanzó, indiferente al ruido. Detrás de él venía un joven con pelo castaño ondulado y ojos azules engarzados en un rostro melancólico.

Dumas gritó:

-¡Mademoiselle Incógnita, os deseo buenos días! Aquí he traído a mi hijo que deseaba conocer a una joven tan fascinante como vos. Espero que no os moleste.

Mara presentó el príncipe real a Dumas padre, aunque creyó que ninguno de los dos oyó el nombre del otro por encima de los ladridos delos perros. En medio del alboroto, Estes y Jared aparecieron en la puerta y se pusieron a perseguir a los perros. Alejandro Dumas padre, encantado con la escena, se sentó junto a Mara y tomó su mano.

Enloquecida, Mara le sonrió y luego apartó la vista, al tiempo que gritaba:

-¡Cuidado con ese florero! -Un fino ejemplar de porcelana se balanceaba sobre una mesita. El pequinés corría por entre las piernas del joven Dumas, que se inclinó para tratar de atrapar la correa. Simultáneamente, el príncipe real hizo lo mismo. Las cabezas de los dos hombres chocaron con un ruido que se oyó en toda la habitación. El joven Dumas tropezó hacia atrás y pisó a Sophie. La perra chilló. Dumas se movió y pisó la correa en el momento en que el prusiano tiraba de ella. Dumas cayó de rodillas frente a Mara. Demonio perseguido por Estes y Jared, dio un alto y aterrizó sobre la espalda del joven Dumas. Este cayó hacia adelante, hundiendo el rostro en la falda de Mara. De inmediato Demonio saltó hacia la muchacha, tratando de lamerle la cara.

Mara, ahogada por la risa contenida, trató de quitarse el perro de encima, mientras que Dumas padre, el príncipe real y Estes intentaban ayudarla.

Fue entonces cuando Roderic habló desde la puerta, con voz cargada de desdén.

-Una encantadora jarana, si bien algo vulgar. ¿Está permitido unirse?

8

Fue un día de visitas, de mucho entrar y salir. Juliana, que llegó detrás de su hermano, se mostró sonriente y amable con Arvin, príncipe real de Prusia. El aparente placer de Juliana al verle le aturdió tanto que, antes de que él se diera cuenta, Juliana se lo llevó de paseo para que viera París bajo la nieve. Los Dumas se marcharon antes del almuerzo, pero, presionados por el príncipe, prometieron volver a cenar esa noche. No bien la puerta se cerró detrás de ellos, se abrió otra vez para dar paso a un miembro de la Academia, un político de ideas republicanas y una anciana condesa escandalosa que era legitimista hasta la muerte. El trío se quedó a almorzar y en ningún momento dejaron de discutir acaloradamente. Durante la tarde, varias damas y caballeros de la corte de Luis Felipe pasaron de visita, quejándose de aburrimiento. Junto con el trío anterior, se sentaron a jugar a los naipes.

Más tarde llegaron Théophile Gautier, un periodista que también era poeta, y Prosper Mérimée, quien, según explicó Roderic, había sido nombrado inspector de monumentos en una de las decisiones más importantes de la Monarquía de Julio.

Prosper Mérimée se inclinó para agradecer el cumplido, pero uno de los miembros de la Corte protestó.

-Habla como si no fuera a escuchar hablar más de Luis Felipe. El hombre no ha muerto todavía.

-Muy cierto -dijo Roderic, tomando su copa de coñac y contemplando el licor-. Mil perdones.

Mara levantó la vista desde donde estaba jugando a los naipes. Por su mente cruzaron las instrucciones que había recibido de Landes: tendría que asegurarse de que Roderic estuviera cerca del rey. Donde estuviera Roderic, también estaría la escolta. ¿Tendría esto algo que ver con el hecho de que estos hombres eran conocidos como Cuerpo de la Muerte? ¿podría existir algún plan para asesinar al rey? Pero si existía, y Roderic estaba involucrado, ¿por qué era necesario que ella se asegurara de que estuviera en el lugar indicado? ¿Y por qué tenía que participar un hombre con un cargo en un ministerio del gobierno de Luis Felipe? No tenía sentido. Y, sin embargo, había un motivo. Tenía que haberlo, pues de otro modo ella no estaría allí, en la casa de Ruthenia

Con el transcurrir de las horas, Mara notó que el humor del príncipe empeoraba. El látigo sereno de su voz al discutir, el brillo de su lógica al aniquilar a los oponentes, el tono suave que usaba para alentar a aquellos que decían tonterías a que se explayaran en ellas eran señales que no podían pasarse por alto. Al igual que la feroz galantería que utilizaba con las damas, que se arremolinaban a su alrededor y reían tontamente.

Juliana, al regresar de su paseo con el príncipe real, observó a su hermano por un instante y luego miró a Mara.

-Si no tiene cuidado se encontrará con una espada clavada en la espalda. O borracho debajo de la mesa por mezclar coñac con vino. Nunca bebe en exceso, a no ser que se sienta herido o furioso. Me pregunto qué puede haber ocurrido, para ponerle así. Una diría que le ha ido mal en el amor.

-No creo -respondió Mara con sequedad.

-¿No? Qué interesante.

¿Sabía Juliana lo que había sucedido la noche anterior? Su rostro de facciones bien definidas no revelaba nada. Mara no creía que Michael o Sarus hubieran hablado de lo que habían visto, pero no podía saber si alguien más los había visto pasar. Ni tampoco podían adivinar qué habían pensado los que la habían visto. El espectáculo del príncipe llevándola a su habitación podía significar cualquier cosa.

¿Pero se habría enfadado Roderic? Tuvo que admitir que sí un poco molesto, pero no como ahora. Lentamente, dijo:

-Debe de haber sido otra cosa.

-¿Como cuál?

-No tengo idea.

En todo el día no había hablado con Roderic, ni él con ella. Enfrentarse a él no había sido tan difícil, después de todo, gracias al alboroto con los perros. Su bochorno al encontrarse rodeada de hombres y con la cabeza de Dumas hijo en la falda, y la furia al ver que Roderic malinterpretaba deliberadamente la situación la habían ayudado en el primer momento. El descuido con que él la había tratado, como si nada hubiera sucedido la noche anterior, también había servido.

Sin embargo, permanecer con él en la misma habitación todo ese día había sido casi intolerable. Pensaba que él se daba cuenta de ello y no se preocupaba en absoluto por lo que ella pudiera sentir. Hasta casi parecía que se quedaba a observarla, en lugar de encerrarse con sus asuntos como de costumbre, para castigarla. Por supuesto, era su imaginación.

Cayó la noche y por fin llegó la hora de cenar. Veintiocho personas se sentaron a la mesa, entre las cuales estaban incluidos los Dumas. Las voces de los comensales eran fuertes y vivaces. Mara sintió que le raspaban los nervios. Lo que más deseaba era estar sola en su habitación. En cuanto le fuera posible, escaparía.

Cuando se disponían a abandonar el comedor, Sarus tocó el hombro de Roderic. El príncipe inclinó la cabeza para escuchar el mensaje susurrado y luego se disculpó, prometiendo reunirse más tarde con los invitados en el salón.

La gente se reunió en grupos aquí y allá, sobre todo alrededor de Juliana, sentada en un sofá en el centro de la habitación.Uno de los pocos que se mantenían aparte, solo, era Luca. Estaba apoyado contra el marco de una ventana, siguiendo con los ojos cada gesto y expresión de la hermana de Roderic. Habia sangre gitana en ella, si Roderic había dicho la verdad, y quizás esa sangre respondía a la silenciosa admiración. La princesa la sentía, pues cada poco miraba a Luca y esbozaba una sonrisa misteriosa.

Mara se mantuvo aparte, pero a los pocos minutos se le unió el joven Dumas.

-Dicen, mademoiselle Incógnita, que os habéis convertido en la amante del príncipe Roderic. ¿Es cierto?

-¡Qué impertinente pregunta! -respondió ella, tratando de hablar con ligereza.

-No lo negáis, de modo que debe ser cierto. Me gustaría advertiros que la vida de una cortesana, la vie galante, no es ni fácil ni emocionante como parece.

Hablaba con seriedad y evidente sinceridad; no obstante, Mara no estaba de humor para sermones.

-¿De verdad? -replicó, mirando a su alrededor en busca de alguna vía de escape.

-No soy quién para hablaros así, lo sé, pero me recordáis a alguien que conocí una vez. La llamaban Marie Duplessis, pero su verdadero nombre era Alphonsine Plessis.

-¿Era?

-Murió hace poco de enfermedad de los pulmones. Tenía veintitrés años.

-¿Vos... la amabais?

Una sombra de dolor cruzó por el rostro de él.

-Si me queréis preguntar si era mi amante, la respuesta es no. Teníamos relaciones, pero no podía mantenerla. Se alejó de mí y se convirtió en la favorita de otros, el brindis de todo París. Pero la vida de camelias y diamantes y pieles no dura. Con el correr de los años, las mujeres se vuelven mezquinas y temerosas o sucumben a la enfermedad. Vos no pertenecéis a esa vida, como tampoco pertenecía Alphonsine. Tendríais que regresar al lugar de donde vinisteis, convertiros en la esposa de un granjero, en una religiosa o una solterona... cualquier cosa menos esto.

Los ojos de Mara se oscurecieron al mirarle.

-Lo haría -respondió- si pudiera. ¿Me disculpáis, por favor?

Se alejó y no se detuvo hasta salir del salón. Las palabras de Dumas le resonaban en la mente. No había sido necesario escucharlas para tomar conciencia del riesgo que corría; lo había comprendido desde el principio. Se apoyó contra la pared junto a la puerta y cerró los ojos. ¿Qué sería de ella cuando su relación con el príncipe se supiera? Aun si ella y su abuela contaban la verdad, ¿quién les creería?

Mara no se hacía ilusiones. Pronto todos sabrían que era la amante del príncipe. Una vez que la noticia llegara a NuevaOrleans, todos intercambiarían miradas y risitas detrás de los abanicos. Pensarían que había dado el famoso mal paso contra el cual se advertía a todas las jovencitas.

¿Qué otra cosa podría hacer excepto quedarse en París y convertirse en lo que todos la creían ya? Jamás soñó cuando dejó Luisiana que su destino sería convertirse en una cortesana, en un miembro de la vie galante, la vida de complacer a los hombres.

No parecía haber salida alguna. Sin tener ninguna culpa,se había enredado en esta telaraña de mentiras e intrigas. Ahora estaba atrapada.

Se apartó de la pared y tomó el camino hacia sus aposentos. La galería estaba fría. Mara apretó los brazos alrededor de su cuerpo y caminó apresuradamente. Al llegar al corredor giró hacia la izquierda, luego se dirigió hacia la antecámara que precedía sus habitaciones y daba acceso también a las escaleras de servicio.

Al acercarse vio que la puerta de la antecámara se estaba cerrando en ese momento. Supuso que sería algún criado y no le dio importancia. Giró el picaporte, empujó la puerta y entró.

Roderic se volvió bruscamente, se dejó caer sobre un sofá y rápidamente extrajo un puñal de su cinturón.

Mara se detuvo con una exclamacion ahogada. El maldijo en voz alta. Un hombre apareció de entre las sombras detrás del príncipe.

-Presentadme, mi estimado príncipe. Una dama que puede teneros enfrente con un cuchillo en la mano y no gritar hasta derribar la casa tiene que ser sin duda tan discreta como bella.

Era Carlos Luis Napoleón, el príncipe Luis Napoleón, sobrino de Napoleón I y, por lo tanto, pretendiente bonapartista del trono de Francia. Este era el hombre con quien Roderic había estado encerrado desde la cena.

Mara le dio la mano e hizo una reverencia. El no soltó sus dedos, sino que los sostuvo con

firmeza mientras la contemplaba. Mara le devolvió la mirada con franqueza, tratando de adivinar de qué podría haber estado hablando con Roderic. No era un hombre de aspecto impresionante; no pasaba de la mediana estatura y era estrecho de espaldas. Tenía fino pelo castaño, ligeramente ondulado, bigote y barba pequeña. Su mejor rasgo eran los ojos: oscuros y profundos, ocultaban sus pensamientos y le daban un aspecto de determinación.

-Encantado de conoceros... ¿Chere, no es así?

-No sabía que estuvierais en Francia, Alteza.

-Nadie lo sabe. Todavía soy persona non grata aquí, como lo he sido durante varios años. Por eso me marchaba por la puerta trasera. Este temor que inspiro sería halagador si no fuera tan incómodo.

Mara vio por el rabillo del ojo que Roderic guardaba el puñal y los observaba con el ceño fruncido.

-Estaréis en peligro, entonces -dijo ella, dirigiéndose a Luis Napoleón-. No quiero deteneros. Permitidme desearos que vayáis con Dios.

-Sí, supongo que debo despedirme. Una lástima.

Roderic, contemplándolos, se obligó a soltar la empuñadura del puñal. Con amarga ironía reconoció que estaba celoso. ¿Cómo podía haber sucumbido a los celos si estaba protegido por el cinismo y la sospecha? Pero el cómo ya no era importante. Había permitido que una mujer sin nombre se le metiera bajo la piel y se abriera camino hacia su corazón. Tendría que ser extirpada de allí, pues ahora ya sabía su nombre.

Mara, pensó, pronunciándolo mentalmente ante la realidad de ella delante de él, y se preguntó si habría hablado en voz alta al ver que ella le miraba con nerviosismo. No; estaban esperando a que él les precediera. Sin hablar, hizo un gesto a Luis Napoleón para que pasara delante de él y luego le siguió por las escaleras de servicio.

Mara no se acostó. Paseó por su habitación, tratando de comprender lo que sucedía a su alrededor. Roderic no parecía ser leal a nadie y, sin embargo, recababa información de todas partes. ¿Por qué?

Pronto habría un baile al que asistiría el rey Luis Felipe. Roderic tendría que estar allí, en un lugar específico cuando entrara el rey. ¿Por qué?

¿Por qué? La pregunta le enloquecía.

Si, milagrosamente, ella cumplía con su parte y Roderic estaba donde debía estar en el momento indicado, lo que sucedería sería responsabilidad de ella. Ella sería la culpable. Eso también le daba vueltas en la cabeza.

Si él no iba, si nada sucedía, su abuela quizá moriría. La amenaza la acompañaba constantemente.

Alrededor de una hora más tarde, Juliana llamó a la puerta y asomó la cabeza.

-¡Qué bien, todavía estás vestida! ¡Ven, rapido!

-¿Qué sucede?

-¡ Van a echar una carrera!

-¿Quiénes?

-La escolta, por supuesto. Por el Sena. ¡Trae tu capa!

Mara se puso de pie.

-Deben de estar locos.

-O borrachos. Al menos, eso creo.-Juliana cerró la puerta y atravesó deprisa por el corredor. Mara vaciló sólo un instante. Cualquier cosa era mejor que quedarse ahí, pensando incesantemente. Tomó su capa del armario y corrió detrás de la princesa.

La noche estaba fría, las calles resbaladizas por la nieve a medio derretir. Los invitados subieron a sus carruajes y se dirigieron a la orilla del río. Nadie sabía bien a qué se debía la carrera. Aparentemente, había surgido de una discusión sobre la navegación por el Elba en Prusia, pero no se sabía si era el resultado de una apuesta, un desafío o sencillamente de un acto de arrojo. No había rencores, pero corrían dos equipos, uno capitaneado por el príncipe y otro por el prusiano.

El Sena era la arteria de París, su ruta principal. Por sus aguas verdosas navegaba gran parte

del comercio de la ciudad, principalmente en pequeñas y angostas embarcaciones que pasaban fácilmente por debajo de los arcos de los puentes. Estos barcos se amarraban de noche en pequeñas flotillas cerca de los muelles. Roderic y la escolta habían ido hacia alli para negociar el uso de cuatro embarcaciones.

En cada bote irían dos personas, con un remo en la proa y otro en la popa. Echaron suertes para determinar los equipos. El prusiano y Estes irían en el primer barco, Michael y Trude en el segundo, formando el primer equipo. Roderic remaría con Jared y Luca con Jacques, en el segundo equipo. Navegarían hasta donde las aguas se dividían para pasar alrededor de dos islas gemelas, la Ile Saint-Louis y la Ile de la Cité. Allí las embarcaciones se separarían; el primer equipo iría por la derecha, el segundo por la izquierda. Se reunirían una vez pasada la segunda isla y navegarían hasta el Pont Royal. El primero que cruzara el puente sería el ganador.

Una multitud se había reunido para observar. Juliana saltó del carruaje y corrió hasta la baranda del puente.

-¡Roderic! -gritó-. ¡Quiero ir contigo!

-¿Y arriesgarte al abrazo húmedo del Sena? No es una unión deseable. Nuestro respetado padre no lo aprobaría, y con razón. -Su voz llegaba clara, profunda y audaz. Tenía el rostro pálido, pero los ojos brillantes. Demasiado brillantes. No estaba sobrio.

-El no está aquí.

-Un argumemto irrefutable. Pero, ¿y la desventaja?

-Si es porque los números quedarán desiguales, Chere puede ir con el otro equipo.

-Dulces cargas, ambas. ¿Vemos cuál de las damas se rinde primero?

No sería ella, pensó Mara con tenso desdén. De no haber sido por ese sarcasmo, se habría negado. El río tenía un aspecto oscuro y traicionero. No quería parecer cobarde, pero la idea de participar en esa carrera no la atraía.

-Ya lo has oído, podemos ir. Vamos. –Juliana arrastró a Mara hacia los escalones que llevaban al camino debajo del puente.

Los barcos se acercaron a la orilla. Juliana subió al de su hermano y Mara al del prusiano. Se sentaron en el medio para que el peso quedara bien distribuido. Una vez más, los botes se alinearon debajo del puente.

Se hizo un profundo silencio. Dumas agitóuna antorcha y luego la arrojó desde el puente. Los barcos se lanzaron hacia adelante. La carrera había comenzado.

Era una contienda difícil. La cara del prusiano, en la popa del bote de Mara, se veía firme y decidida. Estes hacía gestos mientras remaba, pero mantenía el ritmo implacable del príncipe real. A Roderic, a la luz de un farol, se le veía alegre, pero concentrado. Levantó la voz y comenzó a cantar una balada marinera de tono subido que tenía un ritmo fuerte y machacón. Jared, Jacques y Luca, los otros miembros de su equipo, le tomaron como guía y remaron al unísono con fuerza.

Al cabo de unos minutos, los barcos comenzaron a separarse para tomar los diferentes canales del río. Los hombres remaban con tanta fuerza que las venas les sobresalían de las sienes y respiraban entrecortadamente.

Mara pensaba en el otro equipo, que avanzaba por el otro lado de las islas. Quizás algunos no supieran el porqué de esta carrera, pero con seguridad había alguien que lo sabía. Roderic, sobrio o ebrio, jamás hacía algo sin un motivo. Si corría por el Sena en este instante era por algunarazón. ¿Cuál era? ¿Qué se proponía?

Cuando dejaron atrás la Ile de la Cité, vieron a través de la niebla los barcos de Roderic a unos metros de distancia delante de ellos. El pruslano exclamó una maldición y la embarcación saltó hacia adelante. Comenzó a acortar la distancia entre él y los primeros, dejando atrás el bote de Michael y Trude. Finalmente, se puso a la par. Durante varios minutos, los tres barcos avanzaron juntos, pero poco a poco el bote de Luca y Jacques comenzó a retrasarse. El Pont Royal surgía de la oscuridad delante de ellos, una masa de piedra perforada por cinco arcos llenos de bruma. Sobre él estaban los carruajes de los invitados, que se habían apresurado a llegar hasta allí para ver el final de la carrera.

La balsa surgió de la derecha. Avanzaba a la deriva, directamente frente a ellos. No había

nadie a bordo; se había soltado de sus amarras. Arvin viró hacia la izquierda para rebasarla, guiando el bote con el remo trasero. Pasarían junto a la balsa, pero no dejarían espacio suficiente para Roderic. El prusiano, en lugar de alejarse lo suficiente de la balsa para permitir el paso de los dos botes, forzaría a Roderic a cedede el sitio o chocar con la balsa.

-Santo Dios -dijo Roderic y sus palabras llegaron claramente-, giró como una aguja sin su imán entre elecciones desagradables. Te la devuelvo, Arvin.

No hizo ningún movimiento para disminuir la marcha, sino que remó con más fuerza, virando su barco, que llevaba la delantera, hacia el del prusiano. Y de pronto, era el príncipe real el que tenía que elegir entre dejar más espacio para que pasara Roderic o embestirlo.

Fue Estes, maldiciendo por lo bajo, el que eligió y viró la proa con su remo. Enfurecido, Arvin contrarrestó con su propio remo, pero Roderic pasó por la abertura dejada por Estes. Jared y Juliana vitorearon y Roderic entonó una canción entre sus dientes apretados.

Pero el movimiento brusco del prusiano hizo que el bote de Mara quedara atravesado respecto de la corriente. El río los arrastró y golpeó la popa contra la balsa. Las maderas se partieron y el bote quedó semisumergido bajo la otra embarcación. Mara se puso de pie de un salto, con el agua hasta las rodillas, y un instante más tarde cayó de cabeza al agua.

Sintió un gran frío. El agua le quitó el aliento e hizo que la capa y las faldas la envolvieran como una mortaja. Se hundía lentamente, girando, congelada hasta los huesos.

Comenzó a dar patadas, luchando por liberar los brazos de la ropa. Su cabeza salió a la superficie y, tosiendo y escupiendo, Mara abrió los ojos. Había pasado al otro lado de la balsa.

No sabía nadar. Podía mantener la cabeza sobre la superficie dando patadas y agitando los brazos desesperadamente, pero sabía que las fuerzas le durarían poco, sobre todo debido al peso de la ropa. La corriente la llevaba. No podía ver a los demás y sabía que debían estar detrás de ella. No podrían salvarla, pues deberían ocuparse de Arvin y Estes.

Delante de ella estaba el puente. Los invitados del príncipe gritaban y gesticulaban. ¿Podrían verla? No lo sabía. Estaba oscuro y el río era ancho. Pero uno de los palotes que sostenía un arco se acercaba rápidamente a ella.

Mara lo embistió con tanta fuerza que quedó aturdida. Sintió un intenso dolor en el cuerpo, pero extendió los brazos para aferrarse a la piedra. Sus dedos entumecidos resbalaban sobre la piedra cubierta de un horrible moho. Sus uñas se partieron, tratando de agarrarse. Por fin encontró una zona limpia y pudo sostenerse.

No podría mantenerse así demasiado tiempo. La corriente tiraba y no sentía los dedos. Su cuerpo comenzaba a congelarse. Con los ojos cerrados, se agarró obstinadamente, retrasando el momento en que se hundiría en la oscuridad.

Sintió un movimiento en el agua junto a ella. Algo le tocó el rostro, causando una extraña sensación de cálido dolor. Una cuerda le pasó alrededor de la cintura, quitándole peso de las manos. Sin embargo, ella siguió aferrada a la piedra.

-Descansa, apóyate en mí --dijo Roderic en su oído, apretándola contra él.

-No.

-¿Orgullo o prudencia? Escúchame bien, ma chere, y hazme caso: no hay destino peor que la muerte, ninguno. Y para mí, no hay destino peor que perderte sin ni siquiera haberte conocido.

Estaban allí, quietos en el agua congelada. Entonces Roderic se apartó y emitió un silbido agudo.

Un bote se acercó a ellos. El príncipe tomó a Mara con firmeza y ella se entregó. Unas manos firmes la tomaron y la subieron al bote. Roderic trepó también y ambos cayeron al fondo. Luca y Jacques enfilaron hacia el muelle.

Un carruaje aguardaba cuando Roderic subió los escalones llevando a Mara. En la puerta, se detuvo y se volvió hacia los invitados que exclamaban y hacían preguntas. Con rostro cansado y fastidiado, dijo:

-La velada ha terminado. Podéis retiraros.

9

El viaje en coche hasta la Casa de Ruthenia fue frío, incómodo e interminable. Mara se acurrucó dentro de su ropa mojada, tiritando con los dientes apretados y tratando de no apoyarse demasiado en Roderic, que la sostenía. Le parecía mal tomar para sí el calor que él le ofrecía generosamente. Mal, también, obligarlo a estar cerca de ella en el estado en que se encontraba. Se hubiera abrazado a él para compartir el poco calor que tenía si él lo hubiera necesitado, pero no era ése el caso. Quizá debido al coñac, al esfuerzode remar y a la dificultad de rescatarla del agua, casi sudaba de calor. El agua le corría por el pelo, cayéndole por la nariz y el mentón. El parecía no notario.

-¿ Qué... qué ha pasado con Estes y el príncipe real Arvin?-preguntó Mara.

-Vienen detrás con Michael y Trude, que los recogieron. Estes, que es algo locuaz, no ha parado de hablar. Arvin no pronuncia palabra.

-Espero que os sintáis feliz.

El la miró.

-¿Debería sentirme feliz?

-Como un pájaro en primavera. Habéis obligado al príncipe real a exponer su debilidad, la necesidad de ganar a cualquier costa.

-Pero admítelo, si no hubiera habido debilidad, si hubiera demostrado caballerosidad permitiendo que mi equipo tuviera una oportunidad justa, ahora estaría en posición de ventaja como el hombre que aceptó la derrota antes que arriesgar la integridad de su amada y la de su hermana.

-Habíais planeado el asunto de la balsa?

-¡Me conviertes en un conspirador! ¿Crees que lo he hecho?

-Estoy tratando de decidir. -Se le hacía difícil impedir que los dientes le castañetearan mientras hablaba. Apretó con fuerza los brazos alrededor del cuerpo.

-¿Qué preferirías, un hombre que se aferra a la oportunidad de un instante o uno que se fabrica su propia oportunidad?

-¿Qué tienen que ver mis preferencias con esto?

-No lo has pensado. Yo te puse en el barco con Arvin.

Ella le miró, esforzándose por ver su rostro en la penumbra.

-¿Otra prueba, esta vez doble? ¿Decidme, la superé o fracasé?

-Estoy convencido de que no eres un instrumento de Arvin.

-¿Creísteis que lo era?

-Llegasteis tan cerca uno del otro -respondió él, como disculpándose.

-¡No creo que haya pensado una cosa así!

-¿No?

Mara no lo creía, pero comprendía con perturbadora claridad que, a pesar de su fingida ironía, él se había preocupado.

-¿Acaso parezco una prusiana?

-No, y la eficacia del fastidio es tanta que ahora tampoco pareces una gatita semiahogada ni hablas como tal.

Habían llegado a la casa. Roderic bajó del carruaje y ayudó a salir a Mara. Pero aunque su respuesta había sido ligera, ella no se dejó engañar. No había hecho esa acusación indirecta para hacerla entrar en calor fastidiándose. En absoluto.

Mara creyó que la llevaría en brazos. Pero él entró delante de ella y Mara oyó la serena autoridad de sus órdenes mientras subía las escaleras chorreando agua. Atravesó la galería hacia sus habitaciones pero, de pronto, encontró su camino bloqueado.

-Siempre, a estas horas, me espera un baño caliente en mi vestidor -dijo Roderic-. Sarus está añadiendo agua en este momento. Te lo cedo.

La idea de un baño era como un bálsamo. Mara se enderezó.

-Es muy amable de vuestra parte, pero esperaré a que me preparen uno en mis habitaciones.

-No puedo permitirlo. Compórtate con sensatez.

-Soy toda sentido común y sensibilidad. No me deseais en vuestros aposentos, de modo que

no os obligaré a soportar mi presencia.

Los otros llegaban; se oían ruidos de coches y voces en el patio de entrada. Con tono ligero, amable, Roderic dijo:

-¿Te gusta que te lleven de aquí para allá como un saco de harina? Estoy dispuesto a darte el gusto, pero me gustaría saber si te agrada.

-¡No seáis absurdo!

-Entonces ven a mi vestidor ahora mismo.

En suvoz había un filo suave que ella había oído antes cuando se dirigía a la escolta, una promesa de represalia por desobediencia o desafío. Mara sabía que si por algún motivo quería que estuviera en sus aposentos, era perfectamente capaz de llevarla allí. En cualquier caso, sería estúpido desafiarlo por pura obstinación. Además, no le convenía perder la oportunidad de cumplir con la tarea que le había sido encomendada. Y el frío la hacía estremecerse...

-Muy bien -dijo, irguiendo la cabeza con altivez a pesar del temblor. Se adelantó y pasó a la antecámara que daba a los aposentos del príncipe.

El vestidor era una pequeña habitación junto al dormitorio y un gran fuego en la chimenea la hacía acogedora. La bañera era de porcelana y cobre, con un dibujo de hiedras y un respaldo alto para apoyarse.

Cálidas toallas colgaban de un perchero y había jabón de sándalo en un platillo de cristal adosado al borde de la bañera. Sobre una silla colgaba una bata de terciopelo azul con una corona bordada en el bolsillo. La iluminación procedía de un gran candelabro de pie con seis velas.

Mara se volvió, esperando que el príncipe se marchara y la dejara sola. En lugar de hacerlo, él cerró la puerta y avanzó hacia ella. Se detuvo delante de Mara, observándola con atención. Ella le miró perpleja y en sus ojos asomó una sombra de cansancio. Con manos firmes, él le desabotonó la capa mojada y la dejó caer al suelo. Luego se dispuso a quitarle las últimas hebillas del pelo.

-¿Qué estáis haciendo?

-Prestar un servicio.

-Lila me ayudará, si sois tan amable de hacerla llamar.

-Será más rápido si lo hago yo.

Su voz era tentadora y el calor del fuego adormilaba la fuerza de voluntad de Mara. Con tono áspero, dijo:

-No necesariamente.

-¿Pones en duda mi experiencia?

-No, vuestros motivos.

-Ah, son muy puros. -Le soltó el pelo, esparciéndoselo sobre los hombros y luego la hizo girar hasta quedar de espaldas a él. Mara sintió sus dedos en los broches del vestido.

Tenía que detenerle. Al menos eso le decía una parte de su ser. Lo haría, si podía reunir fuerzas. No lo entendía y tampoco confiaba en él. Era un hombre complejo, al que era difícil acercarse y conocer. Pero lo poco que había aprendido sobre él la hacía temer. Sus estremecimientos ya no se debían solamente al frío.

Con movimientos seguros, él le desprendió ¡os broches. Mara sintió el fuego de sus dedos en la piel. Permaneció inmóvil, con la cabeza gacha, hasta que sintió que comenzaba a desatarle el corsé.

Trató de apartarse, pero él le pasó un brazo alrededor de la cintura, aflojando rápidamente el corsé y las cintas de la enagua. Sólo entonces la soltó. Mara se volvió.

Al ver la acusación en los ojos de ella, Roderic dijo:

-Inconstancia, tu nombre es mujer. ¿O acaso soñé esa dulce seducción hace dos noches?

-No tuvo atractivo para vos entonces. ¿Por qué habría de tenerlo ahora?

-Una falacia. El atractivo estaba allí.

Dos noches antes algo le había hecho contenerse.Ya no. ¿Qué habría cambiado en ese lapso? Mara sintió que se le ponía la piel de gallina ante el creciente espanto. ¿Sería posible que lo supiera?

Se oyó un golpe distante a la puerta del dormitorio, más allá del vestidor. Roderic echó una

mirada en esa dirección. Con tono amable, pero firme, dijo:

-Ese debe de ser Sarus. Saldré de aquí unos minutos para hablar con él. Cuando vuelva, quiero verte dentro de la bañera, pues de otro modo,te desnudaré y te meteré allí yo mismo.

Hablaba en serio. Mara no tenía ninguna duda al respecto. Vaciló un instante, debatiéndose entre el orgullo y la necesidad de bañarse, sumados a la obligación de seducir a este hombre. No tenía alternativa. Rápidamente, se quitó las ropas empapadas y se sumergió en el agua humeante de la bañera. Estremeciéndose por la reacción, se recostó hasta que el agua le cubrió los hombros. El pelo mojado se esparció en el agua, enmarcándole las curvas blancas de los senos. Mara cerró los ojos, sintiendo que el frío en su interior no cedía.

-Toma, bebe esto.

Levantó la vista y vio a Roderic de pie delante de ella. Debajo de un brazo tenía un par de mantas dobladas, mientras en la otra mano sostenía una pequeña bandeja de plata. Sobre ella había dos copas de plata que contenían un brebaje del que se elevaba humo.

-¿Qué es? -Olía a alcohol.

-Sólo Dios y Sarus lo saben. Bébelo.

La idea de algo caliente la revivió. Tomó la copa y se la llevó a los labios. Bebió un sorbo y se atragantó por lo fuerte que era la bebida. Roderic se había apartado y no había dónde dejar la copa sin exponer su desnudez.

-Sabe a una mezcla de todos los licores conocidos calentados con azúcar --dijo, cuando recuperó el aliento.

-Es una descripción bastante acertada del ponche de los marinos.

-Lleváoslo. -Le alcanzó la copa.

-Sólo cuando esté vacía.

Pensó en arrojar el líquido, y se volvió para medir la distancia hasta el fuego. Haria una buena llamarada con tanto alcohol.

-Todavía estaría el mío --dijo Roderic, como si le hubiera leído la mente-. Lo necesitas más que yo.

-¡ Si esto es otro intento de calentarme la sangre con furia, lo estais logrando!

El observó el rostro sonrosado de Mara y la ira que resplandecía en sus ojos.

-¡Qué felicidad! Yo sólo quería ahuyentar los reumas del invierno. .

-¿De veras? ¿Y luego? -Tomó otro sorbo cauteloso.

-Y luego bañarme, siempre y cuando, por supuesto, puedas molestarte lo suficiente como para abandonar la bañera.

Esa no era una respuesta. Mara bebió otro sorbo mientras pensaba, apoyada contra el respaldo de la bañera. El calor se le extendía desde el estómago por las piernas y los brazos. La tensión comenzó a disiparse. Estaba cansada, muy cansada. La mente no parecía funcionarle, se negaba a reflexionar sobre el problema del cambio radical en Roderic. Ya no tenía importancia. El se había movido y estaba en alguna parte detrásde ella. Por el ruido,parecía estar añadiendo leña al fuego.

Extendió la mano para tomar el jabón y después de beber otro sorbo de ponche, comenzó a lavarse. Cuando terminó se aclaró el cuerpo y el pelo y, antes de que se enfriara el agua, tomó su toalla y se puso de pie.

Roderic la observaba desde donde estaba apoyado junto al fuego. No creía que le hubiera olvidado, sino que había aceptado su presencia como inevitable y la pasaba por alto. No era una conclusión placentera, a pesar de que tenía sus ventajas. Terminó su bebida y dejó la copa. Tomó una manta, la extendió y la sostuvo abierta junto al fuego. Mientras Mara terminaba de secarse el pelo, se acercó y la envolvió.

-Gracias --dijo ella en voz baja y lacónica, sin mirarle.

El no respondió, sino que se apartó y tras quitarse las botas, comenzó a desvestirse. Mara se sentó frente al fuegoy mantuvo la vista fija en las llamas mientras se peinaba y oía bañarse a Roderic. No se movió cuando le oyó secarse,ni cuando él se acercó para tomar la bata de la silla. Pero se sobresaltó cuando el príncipe se arrodilló junto a ella y le tocó el pelo.

-Está suficientemente seco.

-¿Para qué? -preguntó Mara con la garganta cerrada.

-Para mi propósito.

Se puso de pie con agilidad y la levantó en brazos sin más esfuerzo que el que había empleado para tomar la bata. Ella contuvo el aliento mientras la llevaba al dormitorio. Roderic la dejó sobre el mullido colchón y luego se deslizó junto a ella. Extendió la mano y la cubrió a ella y a sí mismo con la sábana y el edredón de plumas. Luego se apoyó sobre un codo y la miró con serenidad.

-¿Por qué? -preguntó ella con los labios secos, dando voz a la pregunta que la consumía.

-Soy el bufón de Dios, un ser formado puramente de curiosidad y autoinmolación. ¿Qué otro motivo podría existir?

-Muchos, me temo.

-Quizá más adelante sí, pero no esta noche. Duérmete... Chere.

Cuando Mara despertó, el sol pálido de invierno se colaba por entre las cortinas de las ventanas, iluminando la habitación. El fuego se había extinguido y hacía frío. La cama estaba tibia, pero Mara estaba sola.

Se incorporó y tocó las sábanas frescas donde había estado Roderic. De pronto sintió su propia desnudez y experimentó una mezcla de abandono e inquietud. Había dormido toda la noche en la cama del príncipe y nada había sucedido. ¿Qué ocurría? ¿Cómo seguía todavía intacta? Se sentía agradecida, naturalmente; por cierto, no sentía deseos de apresurar su destino. Sin embargo, era mujer y la fastidiaba el hecho de que él pudiera resistirse a sus encantos con tanta facilidad.

Oyó un leve sonido que provenía del salón. Mara se cubrió rápidamente y un segundo más tarde la puerta se abrió. Era Lila. Traía una bandeja con chocolate caliente y un plato con pasteles: sobre su brazo colgaban la ropa interior de Mara, lavada y planchada, y el vestido rojo. La doncella dejó la bandeja sobre sus rodillas y luego se dispuso a preparar la ropa.

Mara no le preguntó cómo había averiguado dónde se encontraba ella; se sabía que los sirvientes siempre estaban al tanto de todo lo que sucedía. Sin duda Roderic, con su habitual sentido de la organización, había ordenado que le trajeran el desayuno y la ropa.

-¿Dónde está el príncipe? -preguntó.

-Salió, mademoiselle. No sé adónde fue.

No parecía haber otra cosa que hacer sino tomar el café, comer los pasteles y pasar el día como si nada hubiera cambiado. En realidad, no estaba segura de que algo hubiera cambiado realmente.

Vestida y peinada, Mara salió del dormitorio. Al pasar por el salón vio los restos del desayuno de Roderic, junto a una pila de periódicos y correspondencia. Casi todas eran invitaciones repartidas a mano. Entre ellas, vio un sobre grueso. Se acercó y tal como esperaba, vio que se trataba de la invitación de la vizcondesa Beausire.

Era obvio que Roderic no pensaba asistir.

Tenía que hacer algo. Durante toda la mañana y parte de la tarde no pudo pensar en otra cosa. Las noticias de que el príncipe real de Prusia, estornudando y sonándose la nariz había dejado París para siempre, sólo la distrajeron momentáneamente. Tampoco la perturbó el hecho de que Juliana saliera a caballo por el Bois de Boulogne con Luca como único acompañante. Sólo podía pensar en dónde estaba Roderic y lo que haría cuando regresara.

Lo primero que él hizo fue hablar con su hermana a puerta cerrada, una entrevista de la cual Juliana salió con el rostro pálido y los labios apretados, pero con disculpas dirigidas a Luca por tener que cargar con la responsabilidad de ser su único protector. La segunda cosa que hizo Roderic fue avisar a la cocina que cenaría en sus aposentos con servicio para dos. La tercera acción fue mandar a buscar a Mara.

El corazón de ella comenzó a galoparle cuando el llegó a su habitación. ¿Sería éste el momento? Se alegró de haberse bañado temprano y haberse recogido el pelo dejando una cascada de rizos sobre su espalda. Lamentaba no tener un vestido nuevo para ponerse, puesto que los que poseía ya habían sido vistos varias veces.

Pero de nada servía lamentarse. Lo más probable era que Roderic sólo deseara compañía para la cena.

La comida había sido dispuesta en el salón, sobreuna mesita frente al fuego con una silla a cada lado. Roderic estaba junto a la mesa, con las manos detrás de la espalda y los pies ligeramente separados. Su uniforme estaba impecable. Tenía el pelo húmedo, como si acabara de bañarse. La observó acercase con rostro pensativo.

-Le he dicho a Sarus que nos serviremos nosotros mismos-explicó, acercándose para apartarle la silla-. ¿Te importa?

-En absoluto.

Mara le echó una mirada y tomó conciencia de pronto de lo aislada que estaba aquí en esta parte de la casa con él. Los demás estaban en el comedor, lejos de allí. Aunque gritara, no vendrían. No era nadie para ellos, sólo una mujer sin nombre, mientras que el hombre junto a ella era su príncipe. Un pequeño estremecimiento la sacudió.

Roderic vio esa señal y se sintió satisfecho. Esta mujer podría no ser una cándida inocente, pero tampoco estaba acostumbrada a estar sola con un hombre. Su primer impulso, la noche anterior, había sido el de tomarla por la fuerza y llevarla a su cama y mantenerla allí hasta que le confesara quién era. Ya no sería necesario. Había otros medios para conseguir lo mismo. Quizá requiriera más tiempo, pero él no tenía prisa.

Mara, Marie Angeline Delacroix, de paso en Francia, hospedándose con una prima. Amiga de de Landes, un hombre ambicioso y de lealtades dudosas. El informe de Luca había traído esas noticias, pero nada más. El motivo de la alianza era claro; no era una coincidencia que Mara fuera ahijada de su madre. De Landes quería hacer uso de esa relación. El propósito de esa charada en su casa era desconocido, al igual que la razón por la que Mara se prestaba al juego. Pero pronto dejaría de serIo.

Mara comió y bebió muy poco. No sabía qué decirle al hombre que tenía frente a ella. Parecía distante, absorto en sus pensamientos, y sin embargo, ella sentía que ninguno de sus movimientos escapaba a los ojos de él.

Roderic terminó la comida y dejó a un lado la servilleta. Al cabo de un instante, Mara también dejó el tenedor. El sonrió y el gesto fue una caricia. -Has comido muy poco. -No tenía hambre. -¿Te sientes bien? ¿No hay efectos del... accidente? -No, no, en absoluto. -Bien. Ven, quiero mostrarte algo. Se puso de pie y la tomó de la mano. Abrió la puerta del dormitorio y la hizo entrar. Mara avanzó unos pasos y luego se detuvo boquiabierta. El aire de la habitación, cálido por el fuego, estaba cargado de perfume a violetas. Flores, en todos lados: en pequeños floreros sobre la repisa, en una mesita, esparcidas por el suelo. Pero sobre todo, en las cortinas de la cama y sobre las sábanas. En una silla, un camisón de encaje blanco, y sobre la almohada con funda de seda, un estuche con el emblema de Fossin, el joyero más conocido de París. El estuche estaba abierto y mostraba un collar de diamantes, una pulsera y pendientes con las mismas piedras sobre terciopelo blanco.

Mara se volvió hacia Roderic con violencia.

-¿Qué es esto?

-La ingenuidad, aun si es fingida, no viene al caso. Debe resultarte obvio que esto es nada menos que una escena de seducción.

-¿La mía o la vuestra? Me veo obligada a preguntarlo debido a lo que nos ha sucedido antes.

-La que tú prefieras -respondió él con una sonrisa cándida y dulce.

Mara tragó con fuerza.

-Creí que estabais decidido a resistiros, por mi bien.

-La rendición es un lujo muy tentador que pocas veces se me otorga. Cambié de idea.

-¿Inconstancia, tu nombre es hombre?

Fue un disparo certero. Sin embargo, la suspicacia de ella le complació, pues demostraba que era una adversaria digna. También le turbaba más de lo que él quería. Hacía tiempo que no se había sentido inseguro en la forma de manejar una situación o una mujer.

-Te deseo -dijo, mirándola a los ojos-. ¿Existe un motivo mejor?

Ella también le deseaba y la necesidad la atravesó como una puñalada. Sin embargo, sintió una extraña pena. Le había admirado por sus escrúpulos, por la fuerza implacable de su autocontrol.

Los había dejado de lado deliberadamente. Era una pérdida.

-Aguardo tu decisión.

Seducir o ser seducida. ¿Existía otra elección? No la veía. Desde luego, podía arrojarse a los pies del príncipe y suplicar piedad y ayuda para rescatar a su abuela. El comprendería, estaba segura, pero no había garantías de que fuera a actuar. Bien podría considerar la salud de una anciana menos importante que una represalia contra el enemigo. Roderic era un hombre de muchas responsabilidades y había más en esta conspiración contra él de lo que le habían dicho a Mara.

Los días pasaban, el baile se acercaba. Era preciso actuar.

El no esperó la respuesta de Mara, sino que se acercó a la cama y tomó el estuche. Extrajo el pesado collar de diamantes.

-No, por favor -dijo Mara apartándose.

-¿Estás asustada?

-No. -La voz suave sonó insegura.

El le colocó el collar alrededor del cuello y ajustó el broche.

-Aun si lo estuvieras -continuó-, atreverse es negar el miedo y vivir.

-¿Cómo podría dejar de atreverme, entonces?

Sentía el collar frío y pesado sobre su pecho ¿Sería un soborno? En ese caso, no podría tolerar el insulto. El estaba cerca, tan cerca. Sólo tenía que volverse y estaría en sus brazos. A pesar de sus palabras valientes, Mara sentía miedo. No sólo a lo que se avecinaba, que ya era bastante, sino también a cómo la afectaría esa relación con él, tanto en el cuerpo como en la mente. Podría cambiar, de eso estaba segura.

Existía una sola forma de poner a prueba ese miedo. Volviéndose con la rigidez de una muñeca a cuerda, levantó los brazos hacia el cuello de él. Roderic contuvo el aliento y la acercó aún más. Inclinó la cabeza y le cubrió la boca con sus labios. Mara se apretó ciegamente contra él y el beso se tornó más profundo. El corazón le resonaba en los oídos y la sangre le hervía en las venas.

Amoldó los labios a los de Roderic. El sabor de su boca era dulce, embriagador. Cerró los brazos detrás del cuello de él, enredando los dedos en el pelo grueso de la nuca masculina. En su mente sólo cabía el intenso e inesperado placer del momento.

Los dedos de Roderic encontraron los broches del vestido.Uno por uno, los desprendió. Mara sintió una punzada de alarma, pero se concentró en el movimiento de los músculos de él bajo la chaqueta. Sintió una irrefrenable necesidad de tocarle la piel. Lentamente, comenzó a quitarle la chaqueta.

Poco a poco la ropa de ambos fue cayendo sobre la alfombra en suaves susurros. Finalmente, quedaron desnudos, iluminados por el fuego y la luz de las velas, con los cuerpos brillantes y ardientes de deseo.

-Ah, Chere, eres el sueño de belleza de un hombre solitario. Quiera Dios que no despierte -dijo Roderic y extendió un brazo para apagar las velas.

¿Quién seducía a quién? ¿Qué importancia tenía? Importaba, por supuesto, pero no tanto como el deseo que los consumía.Mara se dejó caer sobre las violetas desparramadas sobre las sábanas. El se unió a ella, apoyándose sobre un codo y poniendo una mano sobre el vientre de Mara. La acarició y luego, mirándola a los ojos hasta el último momento, se inclinó para cubrirle un pecho con los labios. Su boca dejó un rastro de fuego por la piel de ella, llegó al otro pecho y se detuvo luego en el hueco de su cuello.

Volvió a apoderarsede sus labios,mientras con sumo cuidado, permitía que su mano llegara al centro de femineidad entre los muslos de Mara.

Ella contuvo el aliento al sentir ese contacto. Una extraña magia la invadía, llegando hasta el centro de su ser. Involuntariamente, movió las caderas para apretarse contra la mano de él y lentamente, con suavidad, Roderic comenzó a acariciarla.

Mara se sorprendió y casi llegó a asustarse ante las sensaciones que la invadieron. Ardía con fuego interno y una extraña tensión mezclada con voluptuoso esplendor. No le parecía posible que su cuerpo le perteneciera, que pudiera sentir tan intensamente mientras hacía algo que tenía que estar mal. Cerró los ojos y emitiendo un suave gemido se volvió hacia él. Los dedos de Roderic

continuaron, incansables, hasta que los músculos del vientre de ella se contrajeron en espasmos de placer, mientras, al mismo tiempo, él con la boca le acariciaba los pechos.

El placer le golpeó como una ola. Creyó que ya no soportaría más, pero las sensaciones no cesaban. Los movimientos de Roderic se volvieron más firmes, más profundos entre los muslos de ella. Mara sintió una leve y exquisita penetración.

Roderic se quedó inmóvil. En algún lugar remoto de su mente, ella comprendió que había descubierto la barrera de su virginidad, o lo que quedaba de ella luego de las torpes exploraciones de Dennis Mulholland. No debía permitir que tuviera importancia para él, pues en ese momento no la tenía para ella. Deslizando la mano rápidamente por el brazo de Roderic, apretó la mano de él contra ella, acurrucándose contra el cuerpo masculino en un éxtasis de deseo y determinación.

-No te detengas –susurró. No, no, sigue, por favor.

Su piel estaba ardiente y húmeda bajo la mano de él. La necesidad de tenerlo dentro de ella se estaba convirtiendo en deseperación. Deseaba presionar todas las curvas y los huecos de su cuerpo contra él, cada vez más cerca, como si asi fuera a convertirlo en parte de sí. Deslizándose más abajo en la cama, extendió el brazo y apoyó la mano en la nalga firme de él, atrayéndole hacia ella en una invitación irresistible.

Roderic la penetró lentamente, llenándola con su erguida virilidad, abrazándola con fuerza cuando ella contuvo el aliento al sentir el instante de dolor. Pero éste desapareció casi de inmediato. Al sentir que Mara se relajaba, exhalando el aire de los pulmones, él comenzó a moverse dentro de ella con un ritmo tan inmensurable como antiguo. Ella se apretó contra Roderic, entregándose al placer que los envolvió y los arrojó al vacío.

El fuego se había convertido en un colchón de brasas rojas y negras. La habitación se estaba enfriando. Sin embargo, Roderic no hizo movimiento alguno para taparse. Estaba apoyado contra la cabecera de la cama, contemplando a la mujerque dormía, exhausta, a su lado. Había creído que una vez que la tuviera en la cama, podría comprenderla. Se había equivocado. Sentía su aroma y su sabor en la nariz y en la boca como una droga exótica, las caricias de ella le quemaban todavía en la piel. Había gozado con sus besos, con su sorprendente ardor una y otra vez en las últimas horas. No obstante, ella seguía eludiéndole. Roderic no se sentía satisfecho y eso no le agradaba.

Una seductora inocente. ¿Quién lo hubiera pensado? Todavía le costaba creer la evidencia que él mismo había descubierto. Saber que había sido el primero, que ella se le había entregado por propia voluntad le causaba una extraña sensación en el pecho. Se sentía honrado, humillado y exaltado al mismo tiempo, pero no dejaba de lado la cautela. Tenía que haber un motivo. De otro modo,no tenía sentido.

Vio que los diamantes del collar resplandecían, reflejaban la tenue luz del fuego en sus caras. El brillo de las joyas sobre la desnudez de Mara le pareció duro, demasiado llamativo. Se había equivocado con ese obsequio. También se había equivocado al tratar de marearla con ese despliegue, pero lo había hecho para averiguar más sobre ella. En lugar de hacerlo, ahora ella le intrigaba más todavía. ¿Por qué lo había aceptado? ¿Por qué no se lo había arrojado a la cara como él había esperado que hiciera?

Maldijo lentamente por lo bajo. Estaba permitiendo que ella le afectara demasiado. Tendría que tener cuidado.

Mara se movió y abrió los ojos. Se incorporó y contempló esa figura oscura junto a ella.

-La virginidad es algo que algunos valoran más que otros; sin embargo, siento curiosidad. ¿Por qué no me lo dijiste?

-No me parecía que tuviera importancia, excepto para mí.

-¿Creíste que no me interesaría?

-¿Y por que iba a interesarte? ¿A menos que quisieras llevar la cuenta?

-Eso -dijo él suavemente- ha sido un golpe bajo.

-Me parece que no se gana nada con discutir.- Se apartó de él y tomó la colcha para cubrirse.

-Me vendría bien saber si un prometido furibundo o un padre vengativo descenderá sobre mí en el futuro.

-No me parece probable. -La voz de Mara sonaba ahogada. Pensó por un momento en su

padre, allá lejos en Luisiana. No podía ayudarla, ahora no.

Esa respuesta evasiva ya hizo que la ira encendiera la sangre de Roderic. La tomó de los brazos y la atrajo hacia él.

-¿Por qué? -preguntó entre dientes-. ¿Por qué?

-¡No lo sé! -exclamó Mara-. ¿Cómo puedo saberlo? ¡Es una locura preguntar!

La ira de Roderic se extinguió tan rápidamente como había surgido. Relajó los brazos y ella quedó tendida sobre sus piernas. Tenía una violeta enganchada en el pelo y Roderic la tomó y se la pasó por los labios. Con tono pensativo, dijo:

-Sí, quizás esto sea una locura, quizás esté loco realmente.

Inclinó la cabeza y con sus labios aplastó la violeta contra la boca de Mara.

10

El sol pálido de invierno entraba por los cristales color pastel y formaba aureolas rosadas y verdes sobre Mara mientras ella caminaba de un lado a otro por la galería principal. Estaba sola. Roderic había sido llamado para una reunión en la Corte. Los demás habían salido en sus rondas habituales. No esperaban visitas. Tendría que haberse sentido aliviada por tener unos momentos para sí misma;en lugar de eso, se sentía abandonada.

No obstante, necesitaba ese tiempo para pensar. El plan podría proseguir ahora. Había alcanzado la meta que le habían exigido y ahora debería sacar provecho de ella. El problema era que no podía concentrarse en el paso siguiente.

No había pensado demasiado en cómo convencería a Roderic de que la llevara al baile de la vizcondesa Beausire. El problema de seducirle le había parecido tan difícil que no había podido ver más allá de él. Ahora las dificultades resultaban más que evidentes. A pesar de que de Landes le había asegurado que Roderic se mostraría, extremadamente solícito una vez que ella hubiera llegado a su cama, ella sabía que no tenía ahora más influencia sobre él de la que había tenido antes. El príncipe la deseaba (después de lo sucedido la noche anterior eso no podía ponerse en duda), pero era ridículo suponer que él le permitiría meterse en su vida.

La idea de tener que utilizar lo que había sucedido entre ellos para persuadir a Roderic la angustiaba. La hacía sentirse como una prostituta. De hecho, parecía que no le traicionaba a él, sino a lo más profundo de sí misma.

La noche que había compartido con Roderic había sido una revelación. Jamás soñó que fuese capaz de tanta pasión, de tanto placer. El descubrimiento fue un regalo, un obsequio que se arruinaría si utilizaba estas sensaciones nuevas para asegurarse de salirse con la suya.

Y sin embargo, tenía que hacerla. El bienestar de la abuela Hélene dependía de ello. No había escapatoria.

¿Pero cómo podría tocar el tema del baile, de un baile del que se suponía que ella no sabía nada? ¿Qué motivo podría dar al príncipe para convencerlo de que debía asistir? ¿Cómo podría asegurarse de que la llevaría con él, si no poseía categoría oficial de amante y no figuraba en la invitación? De Landes muy bien podía hablar de ocasiones sociales a las que un hombre podía asistir con su amante, pero la impresión que ella tenía de la sociedad francesa era que se necesitaría más discreción que ésa para un baile al que iría Luis Felipe.

Pensar en todo eso le daba dolor de cabeza. ¿Qué debía hacer? Sería mejor esperar algún momento crucial, quizá después de hacer el amor, y hablar con melancolía de las brillantes fiestas de las que había oído hablar pero que no conocía en persona? ¿Tendría que suplicar que le hiciera el favor de llevarla?

No podía hacerlo.

Oyó la campanilla de la puerta de entrada. Retrocedió rápidamente hacia las habitaciones privadas justo antes de que una criada bajara corriendo para abrir la puerta al visitante. Se oyó un murmullo y unos minutos más tarde la criada subió a buscarla.

-Es monsieur Balzac, señorita Chere. Le he dicho que el príncipe no está en casa, pero insiste en hablar con vos. Le he hecho esperar en el salón.

Mara le agradeció y se dirigió a la habitación donde aguardaba el escritor. Balzac estaba en un extremo de la sala, de espaldas al fuego que ardía en la chimenea.

-Estoy segura de que el príncipe lamentará perderse vuestra visita-dijo Mara, después de intercambiar saludos.

-Un hombre fascinante, el príncipe, y un convensador muy estimulante, pero vos sois mucho más atractiva para la vista, mademoiselle.

Era una mera cortesía y Mara no lo tomó por otra cosa.Le preguntó por su trabajo y escuchó las quejas sobre personajes poco colaboradores, noches de insomnio y editores "chupasangre". Detrás de su fachada áspera y tosca, era un hombre muy sensible. Ella había estado leyendo algunasde sus obras y se había sentido impresionada por la forma en que comprendía a las mujeres. Se lo dijo.

-Qué amable. Qué amable. Estas mujeres sobre las que escribo vienen a mí como una visión de pasión en la noche. Las mujeres son siervas de esta pasión, del amor. No están absorbidas por su vanidad, como los hombres y, de ese modo, pueden transformar sus vidas, sus cuerpos, sus espíritus, con la pasión. No son la cosas que hacen los hombres las que tienen sentido en este mundo, sino la familia que crea una mujer gracias a ese enorme amor.

-Qué extraño oír a un hombre decir una cosa así.

-Todos los hombres que no son ciegos lo saben – respondió él con sencillez-. ¿Qué es el matrimonio sino un intento por parte de los hombres de capturar ese amor para ellos, para sus propias necesidades?

-Es cierto -asintió Mara. De pronto, una idea le cruzó por la mente y añadió-: Monsieur Balzac, vos sois un hombre que conoce bien París y su gente. ¿Diríais que sería permisible que el príncipe llevara consigo a su amante, por ejemplo, al baile de la vizcondesa Beausire?

-¿Por qué querríais vos asistir a esa fiesta? Será aburridísima.

-Os hablo en serio.

-Ah. -El asintió y fue a sentarse junto a ella. – Lamento deciros que este no es mi medio. Tengo amigos de la aristocracia, por supuesto, pero no me muevo en esos círculos.¿Os sentís decepcionada?

Mara pasó por alto la pregunta.

-Pero escribís sobre ellos, al igual que sobre los más pobres de París. Tenéis que saber lo que se permite, lo que se espera.

-Es cierto que los aristócratas se conceden más libertad de acción que la burguesía, que siempre temen al qué dirán.

-Esa no es una respuesta -dijo ella con voz severa.

El suspiró.

-Sois una mujer difícil. Sí, supongo que el príncipe podría llevaros si lo deseara. No sois una cortesana célebre. Siempre podría haceros pasar por una parienta lejana si hubiera necesidad de presentaros al rey, por ejemplo.

-Dios no lo permita -declaró Mara con fervor.

-Ese es el riesgo. -Balzac encogió sus hombros fornidos. -¿Pero por qué venir a mí con este problema? ¿Por qué no se lo preguntais al príncipe?

-Deseaba saber si era posible antes de molestarle.

Balzac le tomó una mano y se la llevó a los labios.

-Estoy seguro de que él no consideraría nada de lo que vos le pidiérais una molestia, mademoiselle. ¿Cómo iba a hacerlo?

-Con toda, facilidad -respondió Mara con ironía.

-¿Le temeis? -quiso saber Balzac, mirándola con el ceño fruncido.

-No, no. Pero a veces es difícil pedir cosas, sobre todo cuando son importantes para uno. ¿No os parece?- Había hablado demasiado; lo supo en el momento que las palabras salieron de su boca. Quizá no tuviera importancia.

-¿No os gusta que parezca que cambiais vuestros favores por...privilegios?

-Sabía que comprenderíais -dijo ella, tratando de hablar con ligereza. De inmediato, antes de

que él pudiera añadir algo más, cambió de tema.

Hablaron de muchas cosas y los minutos transcurrieron. Uno por uno, los miembros de la escolta regresaron, al igual que Juliana. Un rato después, Roderic entró en el salón, seguido de dos poetas y un anciano conde. El príncipe sonrió a Mara, y levantó hacia ella una copa que le había dado un criado.

Ella se sintió aliviada al ver que no iba a acercársele. No le veía desde la madrugada; estaba dormida cuando él se había ido. No tenía idea de lo que le diría una vez que volvieran a estar cara a cara.

No sentía cambios en ella tras la noche con Roderic. Desde luego, experimentaba algunas molestias aquí y allí, pero nada de importancia. Había sido tan natural, tan fácil y placentero, no esa experiencia espantosa que le habían hecho creer los susurros y comentarios que había oído a medias desde la infancia, los torpes manoseos de Dennis. Sin embargo, se sentía diferente, marcada de algún modo. De la noche a la mañana se había convertido en la amante del príncipe.Muchos lo habían sospechado;ahora era cierto. Amante. Jamás creyó que lo sería de ningún hombre.

Llegaron más invitados y casi no cabían en el salón. Mara, consciente de sus deberes de anfitriona y ama de casa,se encargó de que circularan refrigerios por la habitación. Juliana también se movía de aquí para allá, conversando con gracia y elegancia real con unos y otros. Roderic hizo lo mismo.

Luego, como por una mágica señal, los invitados comenzaron a desaparecer a medida que pasaba la hora para las visitas matinales. Balzac se marchó, seguido de los poetas y el conde. La escolta se retiró a la galería que habían tomado como propia. Sólo quedaba Juliana en la habitación cuando Roderic se dejó caer sobre el sofá junto a Mara.

-He sido informado -dijo-- de que deseas sobre todas las cosas asistir al baile de la vizcondesa.

Ella le echó una rápida mirada y el rubor la traicionó. No estaba preparada para esto.

-Yo... supongo que te lo dijo monsieur Balzac.

-Muy oportunamente. Parecía creer que me encantaría saber cómo hacerte feliz.

-Se equivocaba, naturalmente.

-¿Por qué piensas eso? Los escribanos, ladrones y locos infelices a veces dicen la verdad. Casualmente, estaba en lo cierto, aunque me resulta extraño haber tenido que recibir un sermón sobre la naturaleza delicada de las mujeres, y la obligación de los hombres de satisfacer todos sus deseos, así como enterarme de tus deseos a través de él. -Se echó hacia atrás, estirando las largas piernas y cruzando las manos sobre el pecho. -¿Por qué no me lo dijiste?

-No sabía... si sería posible.

-Así me dijo Honoré.La pregunta es: ¿por qué ejerce atracción esa fiesta para ti?

Mara hizo un gesto de descuido.

-Será una ocasión de gala.

Juliana se unió a ellos.

-¿Y por qué no debería resultar atractivo? Estará el rey y toda la gente importante. Además, Chere no ha hecho otra cosa que trabajar como tu esclava desde que la recogiste de una zanja en las colinas. Debe estar ansiando un poco de diversión.

-Es una lástima -ironizó Roderic, mirando fijamente a su hermana- que Luis Felipe haya arreglado el casamiento del duque de Montpensier con la infanta María Luisa el año pasado; Montpensier hubiera estado muy bien para ti. El conde de París es algo joven, sólo tiene siete años, pero es el heredero, cosa que compensa. Tendré que hablar con nuestro padre sobre la boda. La partida de Arvin te ha dejado sin nada que hacer... nada que te mantenga fuera de lo que no te concierne.

Juliana arqueó una ceja.

-Yo procuraría no hablar de matrimonio con papá. Quizás empiece a buscar una princesa adecuada para ti.

-Esa espada de Damocles ya está algo oxidada. Tiene preparada una lista de alianzas posibles desde el día en que, enrojecido y vociferante, me presentaron ante él.

-Tal vez hayas podido evitar-hasta ahora el destino de los príncipes, un matrimonio sin amor, pero te llegará. Al igual que el pobre pequeño conde de París, eres el heredero.

-Tu preocupación me emociona. ¿Quieres irte de una vez, así podré hablar tranquilamente con Chere?

-¿Para convencerla de que lo último que desea es asistir a un baile? No, gracias. Yo también tengo ganas de divertirme y bailar un poco. jAquí estamos muy aburridos!

-¿De verdad? -preguntó Roderic, suavemente.

Juliana le miró con alarma.

-¡Te lo aseguro, no es un desafío! Pienso que Chere disfrutaría de una salida y, ¿quién sabe? Quizás encuentres a alguien que pueda desvelar este enigma.

-Cosa que sin duda estamos deseando -replicó su hermano sin expresión en la voz.

-Eso -le informó Juliana a Mara- es una capitulación, por si no te has dado cuenta. ¿Bien, qué nos pondremos para este baile? Debemos decidirlo de inmediato y partir hacia la modista si queremos que los vestidos estén listos a tiempo.

Fue demasiado fácil. Mara había esperado tener que recurrir a todo tipo de artimañas y una súplica. En lugar de eso, había conseguido la aceptación del príncipe sin ningún esfuerzo. Era lo que quería, lo que necesitaba; lo único que tenía que lograr. No obstante, la facilidad con que lo había conseguido la tenía preocupada.

No era característico de Roderic cambiar de idea con tanta facilidad. No había tenido intención de aceptar la invitación al baile. Mara no creía que hubiera cedido a sus deseos sólo por sus caricias o a causa de los comentarios de su hermana. ¿Cuál, entonces, era su propósito?

Trató de reírse de ella misma, de decirse que él no tenía propósito alguno, que la imagen que había creado de él -la de un hombre con percepciones mentales diabólicas- era sólo una ilusión. No se sintió reconfortada. Le acosaba la sospecha de que en lugar de llevar al príncipe hacia una trampa, ella era la que estaba a punto de caer en una.

La salida de compras fue un éxito.Mara temió que Juliana insistiera en ir a Madame Palmyre, así que pidió que la dejaran en Maison Gagelin y, una vez en la tienda, buscó al vendedor Worth. Quería consultarle sobre los materiales y colores de su vestido, pero más que nada, deseaba que Juliana escuchara su opinión sobre el exceso de adornos.

Worth no le falló. Sacó un raso de seda, azul claro, pesado y rígido, que hacía que la piel de Juliana pareciera transparente como porcelana y que sus ojos resplandecieran de forma muy atractiva. También realizó un rápido bosquejo de un vestido con talle largo que aprovecharía su porte majestuoso, sin recargarla con metros de apliques, florecillas y volantes.

Para Mara recomendó una seda blanca con un matiz rosa en los pliegues. También le recomendó una modista que cortaría los trajes correctamente y no estaba tan ocupada como para no poder tenerlos listos a tiempo. Ante la insistencia de Juliana, le vendió varias plumas del color del vestido para el tocado, pero convenció a Mara de que sólo necesitaría uno o dos pimpollos rosados en el pelo. Juliana quedó encantada con el vendedor y prometió visitarle en otra ocasión.

Regresaron al coche y Juliana dio la orden de que se dirigiera a una zapatería que era conocida por sus zapatillas de baile; luego se volvió hacia Mara y dijo:

-Sabes, deberíamos haber traído a Trude con nosotras.

-Quieres decir...

-Quiero decir que ya es hora de que deje de jugar a ser un hombre. Hay un cuerpo y un corazón de mujer debajo de ese uniforme que lleva. Sin duda querrá ir al baile con algo que no sean pantalones.

-Podría ser. Es difícil de decir con Trude –opinó Mara.

-No es muy extrovertida, admito, y lo es menos contigo, por razones obvias.

-¿Quieres decir que se debe a que ahora comparto los aposentos de tu hermano? -dijo Mara, decidida a no tratar de evadirse.

-Por supuesto -respondió Juliana con impaciencia-. Ha seguido a Roderic durante toda su vida y él se lo ha permitido porque le tiene demasiado cariño como para herirla y además, admitámoslo, porque le es útil. Si sólo se permitiera ser mujer, sin embargo, podría descubrir que hay otros

hombres en el mundo.

-Podría, ciertamente, ¿pero acaso le importaría?

-Nunca lo sabremos si no hacemos algo para ayudarla.

-Requerirá mucha persuasión -dijo Mara.

-Yo soy buena para eso -declaró Juliana con sencillez.

-Sí. No te he dado las gracias por haberle pedido a Roderic que nos llevara al baile.

-¿Crees que lo ha hecho por mí? -Juliana sacudió la cabeza, sonriendo con incredulidad. -Qué mujer tan modesta eres, Chere.

Mara le echó una rápida mirada y luego apartó la vista.

-¿Te molesta que sea la amante de tu hermano?

-¿Molestarme? ¿De qué serviría eso? Pero no, le has hecho bien. No recuerdo haberle visto tan entusiasmado. Todo siempre fue tan fácil para él, tiene presencia, cerebro, fuerza, habilidad ilimitada, alcurnia, recursos inmensos,una madre que le adora y un padre que le quiere a pesar del choque de caracteres. Ha tenido montones de mujeres que se le han entregado sin ninguna resistencia. Pero tú lo eludes. No tienes pasado, ni futuro, sólo presente. No puede conocerte, explorar tu mente, y entonces se siente frustrado. Quizá sería una lástima que recuperaras la memoria.

¿Sugería acaso Juliana que una vez que él supiera quién y qué era ella, Roderic podría perder interés? No tenía importancia; pronto desaparecería, sin duda después del baile. No obstante, la idea le hacía sentir un extraño dolor cerca del corazón.

Trude rechazó la idea de un vestido de baile. Erguida en toda su estatura, que sobrepasaba la de Juliana en cuatro centímetros, declaró:

-Soy miembro de la escolta. ¿Qué necesidad tengo de ocultarrne detrás de unas faldas?

-¡Ocultarte! -exclamó Juliana, furiosa-. ¡No son para ocultarte, sino para mostrar que eres mujer!

-Soy mujer, con las faldas o sin ellas.

-Si, pero...

-Dejadla en paz, por favor, princesa Juliana.

Fue Estes quien habló. Se encontraba detrás de donde Mara y Juliana conversaban con Trude en un rincón de la galería.

Juliana se volvió hacia el italiano.

-¡Entonces háblale tú! No sabe lo que se pierde al no haber nunca bailado o flirteado en un baile.

-¡Esas cosas no tienen ningún atractivo para mí! - dijo Trude, muy tiesa.

-Entonces te has vuelto irrevocablemente masculina. Mi hermano es el responsable de esto.

-No es su culpa. No todas las mujeres desean estas cosas. No todas quieren flirtear y sentirse admiradas.

-¿ Cómo puedes saber lo que quieres si nunca has tenido nada de eso?

-Pues lo sé. Soy feliz como soy.

-No sabes...

-Disculpadme, princesa Juliana -intervino Estes nuevamente, con el rostro serio detrás de la barba-, sois vos la que no sabe. Algunas mujeres tienen necesidades distintas de las vuestras, al igual que sienten satisfacción ante otras cosas.

-Además -dijo Trude-, ¿de qué le serviría al príncipe entorpecida por las faldas?

-Si estás haciendo esto por él...

-No es ningún sacrificio. Es una cuestión de deber hacia el príncipe Roderic y la escolta. Cuentan conmigo.

Esta era la fuente de orgullo de Trude, pensó Mara; se sentía necesitada. Parecía bastarle, al menos por ahora. Además, había conseguido un defensor: la walquiria y el conde italiano conversaban juntos en voz baja cuando ella y Juliana salieron de la habitación.

Los días transcurrieron a velocidad vertiginosa. El desfile de visitas continuaba; siempre eran veinte o treinta para la cena. Pero cuando todos se habían marchado y las puertas se cerraban,

Roderic se retiraba a sus aposentos llevándose a Mara con él. Poco a poco las pertenencias de ella comenzaron a acumularse en ese sector de la casa y ella se acostumbró a vestirse y desvestirse delante de él, a aceptar sus caricias y a unirse a él en el lecho real. Comenzaba a creer que él no buscaba solamente placer físico en su compañía, sino un descanso de los deberes y obligaciones que acosaban cada minuto de su día. Gradualmente, él le contó todo acerca de sí y a Mara le pareció ver al niño rubio que había sido; luego el muchacho rebelde siempre discutiendo con el padre y protegido por la hermosa Angeline.

A veces él trataba de tomarla por sorpresa con preguntas sobre su pasado, sobre su niñez. Pero Mara se había convertido en una experta de las evasivas y las sonrisas misteriosas. Casi le parecía que no tenía pasado para recordar. Se sentía como si siempre hubiera vivido allí, en la Casa de Ruthenia con el príncipe y su séquito. Como si siempre hubiera dormido desnuda entre sus brazos y no fuera a dejar de hacerlo jamás. Sabía que era peligroso sentirse así, pero no podía evitarlo.

Llegó la noche del baile. Mara estaba sentada delante del fuego en la habitación de Roderic, retorciéndose las manos y tratando de no pensar.

Esta era la noche hacia la que habían apuntado todas sus energías durante tantas semanas, la noche en que entregaría al príncipe en manos de de Landes. Había cumplido su parte. Su tarea estaría completa cuando entrara del brazo de Roderic en la residencia de la vizcondesa. Lo que sucediera después ya no sería responsabilidad suya. Se le ocurrió la idea de que quizá a Roderic le ocurriera una desgracia, aunque no sabía en qué forma podría suceder eso. Pensó en su asesinato, o en su posible arresto como líder del Cuerpo de la Muerte, incluso en su encarcelación y tortura.

Trató de dirigir sus pensamientos hacia salidas más optimistas, como una recompensa inesperada, una condecoración o quizás una inspección secreta con miras a una alianza entre Francia y Ruthenia. Esto último era poco probable. Las hijas de Luis Felipe estaban casadas, y sus nietas, aún en las cunas. En cuanto a una condecoración de honor,una sencilla invitación del rey a las Tullerías hubiera servido al mismo fin.

Nada de lo bueno parecía tener sentido. El horror de lo que podía suceder la dejaba helada por dentro. Extendió las manos hacia el fuego que ardía en el hogar y no se sorprendió al ver que temblaban.

La puerta se abrió detrás de ella y Roderic entró con paso suave y firme en la habitación.

-¿Cavilaciones melancólicas en la oscuridad? Dicen que algunas personas disfrutan con ellas.

Mara levantó la vista y miró la ventana. La noche había caído. Se puso de pie y se volvió hacia él.

-Estaba esperando que fuera la hora de vestirme para el baile.

-Y no lo hacías con alegría, parece. No es necesario que vayas, si has cambiado de idea.

La tentación de aceptar era grande. Si sencillamente se quedaba en la casa con él, nada podría sucederle. Roderic estaría a salvo. Pero su abuela no.

-Juliana se sentiría decepcionada -dijo, obligándose a sonreír.

-Sobreviviría.

¿Y sobreviviría él a esta noche? Esa era la base del temor de Mara. Tenía que ir al baile y llevarle consigo,pero si le hacía una advertencia, todo saldría bien. Se adelantó y apoyó la mano sobre el brazo de él.

-Roderic... -comenzó a decir y luego vaciló.

-Di lo que quieres decir -la alentó él, con un velo de ansiedad en la voz.

Mara le miró. Era tan vital, tan lleno de energía. No toleraba la idea de que acudiera desprevenido a ese baile, pero ¿cómo podía advertirle? Una vez que empezara a explicarle por qué tenía que tener cuidado, no quedaría nada por hacer excepto contar toda la historia. Era un riesgo demasiado grande.

-Nada -dijo, y apartando su mano, se volvió.

El la observó y respiró hondo, sintiendo el pecho oprimido por la desilusión. Por un breve instante, creyó que ella iba a confiar en él, que se lo contaría todo. La necesidad había estado allí; de eso estaba seguro.

De todas formas, había sido la señal que necesitaba. Hoy era la noche. Lo había sospechado

desde el momento en que habían tocado el tema del baile. No supo qué le alertó. Quizá fue un sentido oculto, o la tensión que presintió en Mara, como si la ocasión fuera de gran importancia para ella.

Pues bien. Que fuera lo que tuviera que ser. Sus planes estaban trazados desde hacía algún tiempo. Había tratado de cubrir cualquier eventualidad y confiaba en haberlo logrado. No podía hacer más.

No obstante, el deseo de forzarla a confiar en él, de comprobar de alguna forma sus sospechas, era imposible de resistir. Se acercó y le puso la mano sobre el hombro.

-¿Estás bien, de verdad?

Esa pregunta amable, con su trasfondo de genuina preocupación casi pudo con la fuerza de voluntad de Mara. Tragó con fuerza y volviéndose con expresión alegre hacia él, dijo:

-Sí, sí. Bueno, quizás esté un poco nerviosa por toda la gente importante que conoceremos en el baile, pero de ninguna manera me lo perdería.

El valeroso coraje que vio en ella le llenó de ira hacia lo que la había forzado a hacer esto. Deseaba tomarla en sus brazos y tenerla allí, a salvo. En el instante que descubrió esa necesidad, reconoció con espanto que, aunque le importaba el bienestar de ella, su peor temor era el de perderla. Deseaba tenerla junto a él hasta aquel día lejano e imprevisto en que la magia entre ellos se terminara. Podía hacerlo si se la llevaba con él ahora, esta noche. ¿Aceptaría ella seguirle, vagar junto a él como reina de los gitanos? ¿Iría con él de regreso a Ruthenia, para adornar sus aposentos? Si no quería, siempre podría llevarla a la fuerza. No le importaba que nunca le dijera por su propia voluntad quién era y qué deseaba de él. Renunciaría a esas respuestas si conocerlas significaba perderla.

No. No podía llevársela, no podía irse todavía. Había demasiado que hacer, muchas cosas en juego. Pero podía poseerla ahora, una vez más, antes de que la hora de ir al baile cayera sobre ellos. Sería un pobre sustituto de la intimidad que deseaba, pero era mejor que nada.

-No tienes porque preocuparte -dijo-. Brillarás como una estrella entre planetas oscuros, pasarás como un cisne entre patos, con altivez y elegancia natural.

-Exageras.

-Imposible -murmuró Roderic, tomándole la mano y haciéndola volverse hacia él. Puso la mano de ella sobre su hombro y le rodeó la cintura con los brazos.

-En absoluto, y creo que conozco el propósito.- Mara echó la cabeza hacia atrás y le miró con expresión desafiante.

-¿Servirá? -preguntó Roderic, con los ojos fijos en las tentadoras curvas de los labios de ella.

Una última vez. La necesidad de estar a su lado, de sentirle dentro de ella una vez más era intensa como un dolor. Mara se apretó contra él. Con la boca muy cerca de la de Roderic, murmuró:

-Sí, sí, claro que sí.

Cuando Lila y Sarus llegaron para vestirlos, Mara y Roderic estaban sentados una vez más frente al fuego: ella, con su bata puesta y él, con la camisa y los pantalones del uniforme. Se miraron con picardía mientras se disponían a permitir que los criados les quitaran la ropa que se habían puesto con tanta prisa unos instantes antes.

Pero Mara sentía deseos de llorar cuando pasó al vestidor con su doncella. Era ridículo sentirse así. Tenía que estar feliz de que este sórdido episodio estuviera a punto de terminar, feliz de poder recuperar su libertad y escapar de las garras de de Landes. Lo que sucediera con el príncipe no tendría significado para ella. Regresaría a Luisiana en cuanto fuera posible. Con el lento transcurrir de los días el mundo la olvidaría y ella también olvidaría. Sí, aunque le llevara la vida, lo olvidaría.

Y bien podría llevarle la vida. No había sabido qué esperar, no había considerado seriamente lo que sería convertirse en la amante del príncipe. No había sabido lo que sería estar entre sus brazos, despertar junto a él, compartir la generosidad, el cariño y la sinceridad de sus caricias. Ahora sabía que echaría de menos todo eso. Sería doloroso separarse de Roderic y su escolta, más doloroso de lo que había creído posible.

Por fin estuvo lista, con el pelo recogido sobre la cabeza al estilo griego y un par de pimpollos

delicados detrás de la oreja izquierda.

-¿Os pondréis vuestras joyas, mademoiselle? - preguntó Lila, al terminar de abotonarle el vestido.

Mara se daba cuenta de que no eran necesarios, pero Roderic le había obsequiado los diamantes y sin duda querría que los llevara. Asintió con la cabeza.

-Tres belle -murmuró Lila, dando un paso atrás para admirarla una vez que le puso las joyas-. ¡No podréis compararos con ninguna otra dama!

Roderic se adelantó para recibirla cuando ella entró en su habitación. Le tomó una mano y se la llevó a los labios.

-Que suenen las campanas y los címbalos: ella está aquí.

-¿Me he retrasado? -preguntó Mara, perpleja.

-Estás increíblemente bella. -Roderic miró a Sarus, que se adelantó trayendo una caja de terciopelo en una mano y un paquete en la otra. El anciano criado abrió la caja, que contenía un collar de hermosas perlas con un brillo iridiscente rosado, junto con unos pendientes y un brazalete de las mismas perlas.

-Una señal de arrepentimiento --dijo Roderic en voz baja-, si la aceptas, por mi mal gusto anterior.

Era un regalo valiosísimo. Llevaba años reunir perlas de color tan inusual y tamaño y brillo tan iguales. Mara sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y tragó con fuerza antes de mirar al príncipe.

-No había necesidad.

-La necesidad era mía.

Hizo un gesto brusco a la doncella. Lila desabrochó el collar de diamantes y dio un paso atrás. Roderic tomó el collar de perlas del estuche y lo puso alrededor del cuello de Mara. Con habilidad, le quitó los pendientes y el brazalete y los reemplazó por las perlas. Sin detenerse, tomó luego el paquete que tenía Sarus y lo abrió. Contenía una capa de armiño. La puso sobre los hombros de Mara y se la cerró alrededor del cuello.

-Eres... eres demasiado generoso -susurró Mara. Se sentía tan culpable y triste que no podía mirarle. Clavó los ojos sobre una banda azul que le cruzaba el pecho.

-Soy el egoísmo personificado. Me complace verte decorada con perlas elegidas por mí. Si fuera generoso, te daría la oportunidad de negarte a ser ornamentada para mi propio placer. Si fuera generoso, te habría dejado ir mucho tiempo atrás o...

Se detuvo de forma brusca. Había veces en que la locuacidad era un inconveniente. Casi había dicho que de haber sido generoso, le hubiera quitado de los hombros su pesada tarea; la hubiera forzado a admitir la falsedad de su pérdida de memoria; le hubiera arrancado la razón por la que estaba con él, para así salvarla de tener que seguir adelante, de tener que soportar sus exigencias y la tortura del suspenso de no saber si había sido descubierta. Al no hacerlo, había violado su propio código. Ahora era demasiado tarde para rectificar. Había sido egoista, en verdad.

-Ven -dijo, tomándole la mano y apoyándola sobre su brazo-. Los demás nos aguardan.

Los miembros de la escolta se encontraban alrededor del fuego del salón. No querían sentarse para no estropear la perfección de sus uniformes de gala, que tenían barras doradas sobre la parte delantera de la chaqueta y franjas azules a lo largo del costado de los pantalones. Juliana también estaba allí. Parecía una diosa con su vestido azul, realzado por el tocado de plumas y una tiara de diamantes y zafiros que brillaban entre sus rizos. Pero la habitación parecía sobrecargada de uniformes blancos. Mara tardó un instante en comprender la razón.

-¡Luca! -exclamó-. Qué apuesto estás.

-Por fin soy uno más de la escolta -dijo él con orgullo en la voz, al tiempo que hacia una reverencia. El uniforme le sentaba a la perfección y en honor a la formalidad de la ocasión se había quitado el arete dorado.Pero había una sombra en sus ojos oscuros cuando los posó en Mara, luego en el príncipe y de inmediato nuevamente sobre ella.

-Justo lo que necesitamos -gruñó Estes, fingiendo fastidio--: un payaso con dedos pegajosos y talento con el puñal.

Luca pasó por alto el insulto.

-Apreciaréis mis talentos algún día cuando estéis muriéndoos de hambre y yo os traiga alimentos.

-¿Pollos robados? ¿Crees que los comeríamos?

-Hasta el último bocado.

-Incluidas las patas, como ya lo hemos hecho - dijo Roderic-. ¿Vamos?

Era una orden disfrazada de sugerencia. Luca sostuvo la capa de marta de Juliana mientras los demás se ponían los abrigos. Con mucho entusiasmo, abandonaron la casa. Mara y Juliana subieron a un carruaje; el príncipe y los demás montaron sus caballos. Los portones se abrieron. Detrás de ellos quedaba la Casa de Ruthenia, con las ventanas iluminadas y antorchas que brillaban en la entrada. Delante, la noche oscura. Y el baile.

11

La casa de la vizcondesa Beausire, situada en la avenida d'Eylau era grande pero poco original. Ostentaba el mismo tejado, las mismas ventanas con arcos italíanos y la misma enorme puerta de entrada que miles de otras.

Los miembros del grupo de Ruthenía fueron recibidos por un ejército de criados que les quitaron los abrigos y los guíaron por las escalinatas. La vizcondesa los esperaba en la puerta del gran salón de baile. Llevaba un vestido verde con detalles en color damasco y un tocado de plumas de los mismos colores. Recibió al principe con efusividad y los hizo pasar a todos al salón. Esperaban al rey en cualquier momento, dijo, y en cuanto llegara, comenzaría la fiesta.

Todos estaban a la espera. Había música, pero nadie bailaba. Abundaban las bebidas y las mesas cargadas de bocadillos, pero nadie disfrutaba todavía del festin La mayoría de los invitados esperaba cerca de la puerta para rendir homenaje a los personajes reales que llegarían.

Los miembros de la escolta con sus uniformes resplandecientes, y Mara y Juliana con sus vestidos sencillos pero elegantes, causaron gran revuelo. Las cabezas se volvieron cuando se anunció el nombre del príncipe. Las mujeres miraban: los hombres estiraban el cuello. El príncipe, como si no viera nadie más, se dirigió directamente hacia un hombre de cabello blanco y monóculo. Como tenía a Mara del brazo, ella se vio obligada a ir con él.

El príncipe le presentó al anciano, que era diplomático de un país cercano a Ruthenía y, con gran delicadeza, dijo que Mara era una amiga de su hermana. Ella sintió tanta gratitud por esa delicadeza tan característica de él que perdió el hilo de la conversación por un instante. Echó una mirada alrededor del salón, contemplando la multitud.

De repente, sus ojos se toparon con de Landes que estaba a unos veinte metros, mirándola fijamente. Por unos segundos, Mara había olvidado la desagradable tarea que debía cumplir. Ahora sintió que la golpeaba con renovadas fuerzas.

Esta no era una noche de placer. No habría baile ni flirteo para ella, no disfrutaría de la música, los refrescos y la compañía de las mejores familias de Francía. Estaba aquí por una razón y debía cumplir con su deber. Tenía que mantener a Roderic a su lado junto a la puerta por donde pronto entraría el rey.

El no parecía dispuesto a moverse. De hecho, estaba instalado a unos pocos metros de la entrada. La escolta se había dispersado como en una maniobra militar, de manera. que quedaba un cordón de uniformes blancos en los alrededores de la puerta.

Mara sintió que sus nervios se tensaban aún más. Echó una rápida mirada a Roderic y descubrió que su atención estaba fija en ella. Estaba serio y sus ojos parecían duros como trozos de cristal azul.

Algo sucedía; Mara lo supo con sofocante certeza. La sensación de estar atrapada en una red de la que no había escapatoria la golpeó con tanta fuerza que no pudo moverse.

Desde afuera llegaban los ruidos producidos por la llegada de varios carruajes. Luis Felipe había llegado con su séquito. El murmullo del salón se calmó. La vizcondesa salió y bajó la escalera con un fuerte repiquetear de tacones. Se oyeron voces, saludos y luego los pasos lentos y pesados

del anciano Luis Felipe que subía, precediendo a su anfitriona según las reglas del protocolo.

Cesó la música. La gente dejó sitio para las reverencías e inclinaciones que hacían al aparecer el soberano. Por el rabillo del ojo, Mara vio a un camarero vestido -a diferencia de sus compañeros, que estaban de negro con pantalones y chaqueta blanca. Se acercaba lentamente a la puerta, como para querer ver al rey, pero tenía una mano oculta debajo de la chaqueta. No llevaba galones ni bandas en la chaqueta ni en los pantalones, pero Mara se dio cuenta con repentino espanto de que, a primera vista, se parecía mucho a un miembro de la escolta.

El pecho le dolía. Tenía una nube roja delante de los ojos. Cada paso del rey por las escaleras le demolía los tímpanos y el cerebro. Sintió la tensa concentración del hombre a su lado, la actitud cautelosa y vigilante.

De Landes se había acercado y estaba a unos pocos metros de ella. Tenía los ojos fijos en la puerta.

Los pasos se interrumpieron y luego se reanudaron cuando Luis Felipe atravesó la galería hacia las grandes puertas. De Landes miró hacía atrás y después observó al príncipe con expresión triunfante. Mara, que le había estado vigilando, vio que primero había mirado al camarero, que se encontraba a unos pocos pasos de distancía.

Guiada por un impulso incontrolable, apoyó la mano sobre el brazo del príncipe. En un angustiado susurro, pronunció las palabras que tenía atascadas en la garganta.

-Ten cuidado, Roderic, ten cuidado...

Hubo un movimiento en la puerta. El mayordomo, hinchando el pecho, anunció:

-¡Su Majestad, Luis Felipe, rey de los franceses!

El monarca, con una sonrisa cordial y porte majestuoso, entró en el salón. Se oyó el murmullo de sedas y tafetanes cuando todos se inclinaron para rendirle homenaje.

En ese instante, el camarero vestido de blanco extrajo una pistola y saltó hacía adelante. Roderic, rápido como un látigo, se arrojó sobre él y le levantó el brazo. El disparo estalló, destrozando la araña de cristal y parte del techo.

La muchedumbre retrocedió espantada, con gritos de «¡Asesinos!¡Asesinos!» «¡Han matado al rey!» La escolta se cerró alrededor del soberano, haciéndole retroceder por la puerta y llevándole hacía la seguridad de sus acompañantes. Hombres y mujeres empujaban hacia la puerta, amontonándose alrededor de Roderic y Michael, que sujetaban al camarero.

De pronto, se oyó un sibilante susurro seguido de un ruido sordo. El camarero se puso rígido y luego cayó hacía adelante. El mango de un puñal le sobresalía del pecho. El pánico cundió entre los invitados. Gritando y maldiciendo, empujaron desesperadamente, tratando de encontrar una salida.

Mara estaba inmovilizada por el horror. Vio que de Landes se apartaba del grupo de hombres que se encontraban alrededor del camarero y corría aterrorizado hacía la puerta.

Una mano firme la tomó del brazo. Vio el uniforme blanco y todos sus músculos se tensaron.

-No temáis-dijo Michael, tratando de impedir que la multitud les pasara por encima-. Soy yo. Tengo que sacaros de aquí. Ordenes de Roderic.

-¡No! -exclamó Mara-. ¡No puedo ir con vosotros!

-No hay nada que podáis hacer para ayudar. Os aseguro que Roderic tiene todo bajo control. Vamos.

Michael se abrió paso con codos y puños y Mara se sintió arrastrada entre la multitud. No parecía tener sentido protestar. Por más que le dijera la verdad a Michael, él no desobedecería las órdenes de su primo, el príncipe. No había nadie en esa enloquecida multitud a quien pudiera acudir, nadie que pudiera ayudarla. Lo mejor sería obedecer por el momento. Más tarde pensaría qué hacer.

Salieron del salón por una puerta lateral que llevaba a unas escaleras de servicio. Al pie de las mismas estaban Luca, Juliana, Trude y Estes, que tenían los abrigos.

No intercambiaron saludos ni exclamaciones. Corrieron por un oscuro pasillo y salieron a un patio lateral. Más adelante aguardaba el carruaje, convenientemente situado. Detrás del coche estaban los caballos de la escolta. En un instante, ayudaron a Mara y Juliana a subir, y los demás montaron los caballos. Michael gritó una orden y se alejaron del griterío y la confusión de la casa de

la vizcondesa Beausire.

Mara temblaba de espanto mientras el carruaje corría a toda velocidad por las calles. Asesinato. La idea le había cruzado por la cabeza, pero no había llegado a creerla. De Landes sabía que habría un intento; eso estaba claro. Lo que no estaba claro era si su intención había sido que Roderic lo impidiera o fuera el chivo expiatorio. Esto último parecía más probable, pero considerando la posición de de Landes como funcionario del gobierno de Luis Felipe, no tenía sentido que quisiera eliminar al rey. ¿Habría querido beneficiarse de algún modo estando presente cuando el atentado fallara? ¿Se habría encargado de que Roderic y los suyos hicieran el trabajo sucio mientras él se llevaba los laureles?

¿Pero quién sería rey si mataban a Luis Felipe? El joven conde de París, nieto del rey, cuyo padre, Ferdinando, duque de Orleans, había muerto en un accidente cinco años atrás, era el heredero. Con seguridad, se establecería una regencia si él aceptaba el trono, quizás una regencia controlada por su madre, Helen de Mecklenburg- Schwerin. Pero otros hombres ambiciosos podrían acercarse al trono en ese caso, hombres como de Landes, que sabían especular. ¿Sería ésa la respuesta?

¿Qué importancia tenía? El rey no había muerto. Roderic y sus hombres lo habían impedido. El camarero que había disparado sin duda estaba muerto, y con él había desaparecido el nombre del hombre o de la causa por la que había arriesgado tanto.

Las preguntas que más atormentaban a Mara eran si de Landes consideraría que había fracasado y, en ese caso, qué haría con su abuela. Otra, si Roderic se habría dado cuentade que era ella quien le había metido en el caos de esa noche. Se preguntaba, también, si habría un motivo por el que se había mandado a Michael a rescatarla y llevarla a la Casa de Ruthenia, aparte de la preocupación por su seguridad. ¿Qué pensaría hacer con ella? Vio que Juliana la observaba con compasión.

-¿Dónde está Roderic? -preguntó Mara, con la boca seca-. ¿Por qué se ha quedado?

-Habrá una investigación oficial -dijo la otra muchacha con serenidad-. Aquellos que estuvieron directamente involucrados tendrán que dar su versión de lo ocurrido.

De regreso en la Casa de Ruthenia, se sentaron a esperar en el salón público. Los miembros de la escolta, que no eran estúpidos, sabían que el príncipe había cambiado de idea respecto del baile por influencia de Mara. La actitud hacia ella carecía de la calidez habitual.

Era de madrugada cuando Roderic por fin regresó. Estaba de pésimo humor. Dijo que había sufrido la estupidez e ineficiencia de los funcionarios durante cinco horas y que no hablaría una palabra más sobre el atentado. El rey estaba durmiendo en su cama. El camarero había muerto sin hablar. El hombre que le había matado no había sido identificado; había desaparecido entre la multitud. Sería bueno, sugirió el principe de Ruthenia, que todos siguieran su ejemplo. Excepto Mara.

En pocos segundos el salón quedó vacío; sólo estaban ella y el príncipe. Mara estaba sentada con las manos apretadas sobre la falda. Su orgullo la hacía mantener la cabeza erguida, pero había una llamarada de pánico en sus ojos y una pesada carga de culpabilidad.

Roderic, con las manos detrásde la espalda,preguntó con un tono suave que insinuaba una amenaza incalculable:

-¿Quién eres?

-Yo...

-¡No! -La voz de él pasó sobre la de Mara como un golpe de espada. -No cometas el error de pensar que otra mentira servirá.

-No lo haré -dijo Mara en voz baja-. Mi nombre es Marie Angeline Delacroix.

-Mara.

Ella lo miró sin sorprenderse. Comprendió que su sistema de recabar información era demasiado organizado como para que no hubiera descubierto quién era de Landes, sobre todo después de verla con él en casa de Victor Hugo. Debió de ser fácil para él averiguar la identidad de Mara.

-¿Por qué? ¿Por qué me dejaste seguir?

-Aparentemente, te faltaban las cualidades de la verdadera conspiradora. Además, sentía curiosidad.-Las palabras eran secas, cargadas de ironía.

-¿De veras? ¿Respecto a qué?

-Quería ver hasta dónde llegarías.

Mara palideció. Roderic la miró y sintió de pronto que había golpeado a un contrincante desarmado e indefenso. Estaba furioso, pero al menos podía ser justo. Hizo un gesto de negación y bajó los ojos.

-Era una experiencia nueva y de un gran encanto.

Para descubrir el propósito detrás de ella, había que dejarla continuar.

-Debió de ser una curiosidad muy costosa –dijo Mara, tocándose el collar de perlas.

-Nada fuera de lo común.

Era asombroso, el dolor que podían causar unas pocas palabras. Mara tragó con fuerza y siguió hablando.

-Bien, al menos ahora ya ha terminado. A pesar de lo que pienses me alegro de que el rey esté a salvo.

-Por supuesto, eso es un alivio inmenso. Quizá tu próximo atentado sea igualmente improductivo, para calmar tu tierna conciencia.

-No habrá otro.

-Demuéstralo, así todos podremos cantar alegremente y dar gracias al cielo.

Ella levantó la vista hacía esos ojos cargados de sarcasmo.

-¿Qué quieres de mí? ¿Tengo que decir que lo siento? Muy bien. Siempre lamentaré haber tenido algo que ver con lo sucedido esta noche. -¿Ahora dejarás que me vaya?

-¿Dejar que te vayas? Nada en este mundo logrará que haga eso.

-¡Pero tienes que hacerlo! -Tenía que escapar, encontrar a de Landes y averiguar qué pensaba hacer con la abuela Hélene.

El se acercó. Finalmente había llegado a lo que quería saber.

-¿De veras? Reúne valor, Mara, mi pequeña Chere. Devánate los sesos y rastrilla tu corazón. Hazme escucharte, dime algo que pueda creer. Dame una razón para que te deje ir.

Ella se mordió el labio.

-Podría dártela, pero no comprenderías.

-Mi imaginación tiene algunos niveles que todavía no has explorado. Te recomiendo que lo intentes.

Detrás de la dureza de su mirada, había una profunda ansiedad. Su explicación era importante para él.No iba a presionarla, pero obtendría esa respuesta, por mucho que tuviera que esperar.

Mara respiró hondo y con voz tensa, dijo:

-Se trata de mi abuela.

-Tu abuela. -Las palabras sonaban huecas. Mara sintió satisfacción al ver que lo había sorprendido, pero la sensación no duró. Poco a poco, le contó la historía de Dennis Mulholland y su muerte, del viaje a París, de de Landes y la pasión de la abuela por el juego y de las consecuencias.

Una vez que empezó a hablar, ya no pudo detenerse. Llorando, le habló de su miedo por la anciana y lo que de Landes podía hacerle en venganza por el fracaso de la noche anterior.

-Debes dejar que me vaya -dijo con voz quebrada, extendiendo una mano--. Tengo que ver a de Landes y convencerle de que me permita llegar hasta mi abuela y ver cómo está. Es anciana y débil y... y está acostumbrada a que la obedezcan. No soportará estar prisionera durante mucho tiempo. He hecho lo que me exigió y quizás ahora la libere o, al menos, me permita pagar la deuda de otra forma.

El se volvió de forma brusca y se apartó de Mara.

-¿Y qué hay de la deuda que tienes conmigo?

-¿Qué deuda?

-El precio de la traición.

Ella se levantó y se enfrentó a él.

-¡No entiendes! Mi abuela...

-Comprendo. ¿Y por alguien de tu familia debo yo permitir que te prostituyas con un traidor? Ah, no, Mara. No.

-¡No haría eso!

-¿De veras? ¿Y si te lo exige? Tu lealtad es una virtud muy deseable, pero no quiero alentarla a ese precio.

Ella apartó la mirada y se retorció las manos.

-¿Qué otra cosa puedo hacer?

-Puedes dejármelo a mí.

Las palabras prometían acción. Ella levantó la cabeza y le miró, perpleja. -¿Tú? ¿Qué quieres decir?

-Encontraré a tu abuela y te la devolveré.

Mara no dudaba que podía hacerlo y lo haría.

-¿Por qué? ¿Por qué harías una cosa así?

-Digamos -respondió él con rostro inescrutable- que mi naturaleza es absolutamente vengativa. No me gusta que me hagan quedar como un tonto. Si libero a tu abuela, suponiendo que dicha abuela exista, tomo la ventaja que ahora tiene de Landes. Ella se convierte en mi rehén.

-¿Tu rehén? ¿Con qué objeto?

El sonrió, pero no fue más que una mueca de los labios que no llegó a sus ojos.

-Para asegurarme tu conducta dentro y fuera de mi cama. ¿Qué otro objeto podría haber?

Apartándose de ella se dirigió a la puerta y envió a un criado en busca de la escolta.

Fueron los gitanos los que dieron con la abuela Hélene. Infiltrándose en cada pueblo, establo y gallinero; espiando, escuchando todo mientras vendían y compraban caballos, hacían malabarismos, acrobacias, vendían elixires de amor y leían las manos en las ferias. Sabían cuándo nacía un potrillo, cuándo una gallina empollaba y, por supuesto, también sabían cuándo había una extraña en la zona. La petición de información sobre una anciana de una determinada descripción hospedada en la casa de un caballero recorrió innumerables poblados y la respuesta llegó tan rápidamente que parecía traída por el viento. Había una persona así en un castillo en el valle del Loira, no lejos de los bosques de Chambord. Estaba muy bien y parecía feliz, aunque algo loca.

Cuando llegaron las noticias, la expedición de rescate ya había sido organizada y estaba lista para partir. Salieron de París antes de la madrugada, un grupo de hombres a caballo galopando a la par de un rápido carruaje. Dentro del coche, Juliana trataba de dormir recostada contra los almohadones, mientras que Mara permanecía muy erguida, mirando fijamente la oscuridad. La hermana del príncipe había venido porque no quería perderse la aventura, y Mara porque deseaba ver a su abuela... y porque Roderic había insistido. Ella creía que el príncipe no quería dejarla sola en la casa, aunque le aseguró que su presencía era necesaria para calmar a su abuela cuando se viera delante de sus supuestos salvadores.

Mara no podía dormir; casi no había cerrado los ojos en las cuarenta y ocho horas que habían seguido al baile.

Cuando Roderic llamó a la escolta para trazar sus planes, ella se dirigió a su habitación. Esperó que llegara la llamada de Roderic, mas no llegó. Ella quedó a solas con sus pensamientos y sus temores.

El primero de estos temores era el de fracasar. La horrorizaba la idea de que de Landes, anticipándose a un intento de rescate, sacara a su abuela de allí, o la matara o la rodeara de guardias. El segundo era el de tener éxito con el rescate. Roderic regresaría triunfante con su abuela a París, y allí Hélene se vería forzada a presenciar con todos los detalles la degradación de su nieta a manos del príncipe, sabiéndose la causa de esa humillación.

Existía un tercer miedo. No podía olvidar la imagen del camarero apuñalado en silencio. ¿Quién le había matado?

Podía haber sido uno de los guardias del rey, protegiendo al monarca. podía haber sido un invitado, enfurecido por el peligro a que los había sometido el camarero. Pero, más que nada, podía haber sido el príncipe con su escolta. Podía haber sido Roderic, queriendo silenciar al hombre que sabía el papel que él había desempeñado realmente.

Sospechas. Le carcomían la mente. Mejor sería hablarlo con franqueza. ¿Pero cómo podía hacerlo? La peor amenaza de la sospecha es el temor a verla confirmada.

¿Qué significaría que hubiera sido Roderic quien había ordenado la muerte del camarero? ¿Quedaría como el responsable del atentado contra el rey? ¿Roderic, que con su conspicua protección del monarca había cubierto la verdadera intención y luego, por razones que sólo él conocía, había frustrado el intento y eliminado al instrumento para protegerse?

No podía olvidar el terror que había visto en el rostro de de Landes. ¿Habría sido el temor a ser descubierto?

¿O habría sido miedo a los hombres que había desatado sobre su país?

¿Y qué sucedería ahora? ¿La mantendría el príncipe a su lado hasta que se cansara de ella? ¿La dejaría ir, pagándole una suma como señal de gratitud por sus servicios? ¿O la encontrarían una mañana en un callejón, sin ninguna identificación, una mujer que había sido la favorita de un hombre importante, pero que sabía demasíado?

Implacable. El príncipe era implacable. La había llevado con él a Paris como si no fuera otra cosa que un animal perdido que había encontrado. Había herido el rostro de Trude con la espada para probar algo no muy claro. Utilizaba a hombres y mujeres para conseguir sus propios fines, sonsacando la información que podían darle y luego mandándolos a paseo. Aceptaba los honores, la lealtad, como en el caso de Luca, ¿y qué les daba a cambio? Palabras brillantes, sagaces. El honor de su presencía. Emoción. Instantes breves de la vida vivida de lleno, de gozar del filo agudo y peligroso del placer. Nada sólido. Nada duradero.

El coche avanzaba, sacudiéndose de un lado a otro. Dejaron atrás París, dirigiéndose hacía el sur. Pasaron junto a campiñas y huertos, poblados y caseríos.

Pasaron la noche en un lugar así, comiendo habas con jamón y bebiendo un delicioso vino tinto antes de echarse a dormir en camas de pluma. La mañana los encontró lejos de allí.

Finalmente llegaron al valle del Loira. Aquí había docenas de castillos, monumentos a los gustos y diversiones de generaciones de nobles franceses, desde fortalezas medievales a castillos de hadas, desde residencías de caza y refugios monásticos a "chateaux de plaisance".

Al caer la noche, finalmente llegaron al castillo que era propiedad de de Landes. Era una construcción vetusta de piedra, casi inhabitable, con murciélagos alrededor de las torres enmohecidas. La escolta se instaló a esperar en la oscuridad del bosque circundante.

12

Eligieron la madrugada para el ataque, pues es la hora en que hay menos visibilidad y los hombres duermen más profundamente. El príncipe dio unas breves indicaciones que casi no fueron necesarias. Cada hombre tenía su lugar y su objetivo, y los conocía bien. Todos sabían que un error o un descuido podían significar la muerte. Sabían también que estaban allí porque eran capaces de cumplir con su tarea.

Michael estaba nuevamente a cargo de Mara. Si su deber le resultaba pesado, no se quejó. La guió por el bosque como si fueran fantasmas, dirigiéndola con un leve toque en el brazo o un susurro cauteloso. Ella se sentía agradecida por su paciencía y también por el hecho de que no fuera Roderic el que se movía a su lado en dirección al castillo. En estos momentos finales, estaba llena de dudas sobre sus propósitos y métodos para obtenerlos. Con seguridad, él habría presentido su estado de ánimo.

Mara no deseaba que eso sucediera. No veía la necesidad de ponerle todavía más en guardía contra ella, pero por encima de todo, no quería poner en peligro el rescate de su abuela. Después de mucho reflexionar había llegado a la conclusión de que prefería estar en deuda con el príncipe y no con de Landes.

Uno por unos, los miembros de la escolta se ocultaron entre las sombras proyectadas por las paredes del castillo. Mara y Michael hicieron lo mismo.

-Ahora, amigos -dijo Estes en voz baja cuando todos estuvieron reunidos. Como si respondieran a una señal, los demás avanzaron hacía él y se agruparon, trepando para formar una

pirámide humana tan tranquilamente como si estuvieran en la galería de ejercicios de la Casa de Ruthenia.

-¡Hop! -susurraron una vez que estuvieron todos erguidos en su lugar.

Roderic, que se había mantenido a un lado, dio unos rápidos pasos y comenzó a trepar por la escalera humana. Faltaba un poco para llegar al fin del muro. El príncipe dio un salto y se agarró al borde con las manos. Poco a poco escaló hasta sentarse sobre el muro. Hizo un gesto rápido y aguardó.

-Ahora vos, mademoiselle -susurró el italiano.

-¿Qué? ¿Pero el príncipe no va a abrir los portones?

-Si no puede hacerlo, vos tendréis que ir con él para apaciguar a la anciana. Aprisa. No hay tiempo que perder.

Era cierto. No había tiempo. Cada minuto de retraso aumentaba las probabilidades de que los descubrieran. Maldiciendo por lo bajo de forma nada femenina, Mara se recogió las faldas y comenzó a trepar por la escalera de cuerpos. La rabia le dio fuerzas para llegar a la cima. Lentamente, se puso de pie. Roderic se inclinó hacia ella. Mara vaciló un instante y luego levantó los brazos.

Unas manos fuertes la levantaron. Un brazo le rodeó la cintura, sujetándola hasta que ella pudo apoyarse. Por un breve segundo sintió un muslo duro debajo de ella y luego la presión de la vaina de la espada de Roderic. De inmediato él la empujó del otro lado de la pared. Antes de que ella pudiera protestar o adivinar lo que se proponía, Roderic la dejó colgando de sus brazos y luego la soltó.

Aterrizó de forma muy poco digna. Segundos más tarde se apartó hacia un lado cuando Roderic se dejó caer junto a ella. Abrió la boca para hacer un comentario sarcástico sobre su método para escalar paredes, pero volvió a cerrarla al oír una voz.

-¿Quién anda ahí?

La respuesta de Roderic fue desenvainar la espada con una mano y poner a Mara detrás de él con la otra. El guardia, pidiendo ayuda a gritos, sacó su espada y retrocedió. Roderic avanzó hacia él con pasos rápidos. El encuentro fue violento, pero breve. El guardia lanzó una exclamación al ver que le arrancaban la espada de la mano. Con la empuñadura de la suya, Roderic le asestó un golpe en el mentón y el hombre cayó inconsciente al suelo.

Sin detenerse, Roderic pasó por encima de él y corrió hacia los grandes portones de hierro del castillo. Con un golpe de espada, cortó la cuerda que sostenía el contrapeso. El peso cayó y lentamente los portones se abrieron. La escolta entró, con un grito que retumbó en la oscuridad.

En ese momento una puerta se abrió en alguna parte, arrojando una luz anaranjada sobre lo que parecía ser un patio de entrada. Salieron varios hombres a medio vestir. Vieron a la escolta y se detuvieron, apuntando con las pistolas. Las explosiones de pólvora iluminaron brevemente la madrugada gris. Los miembros de la escolta se arrojaron a un lado y desenfundaron sus armas. Hubo un intercambio de disparos que ahuyentó a las palomas de un palomar y las aves se elevaron hacia el cielo. La luz del amanecer iluminó las hojas de los sables. Se oyeron choques de espadas y gruñidos de esfuerzos.

Los guardias eran pocos. Al cabo de unos instantes todo había terminado. Los hombres quedaron tumbados en el suelo. Uno de ellos, un individuo de apariencia tosca, parecía tener aires de autoridad. Roderic fijó su atención en él y le obligó a sentarse, arrodillándose luego junto a él.

-¿Dónde está tu jefe, de Landes?

-¿Quién quiere saberlo? -gruñó el hombre.

Roderic apoyó la mano sobre la empuñadura de la espada.

-El hombre que te enviará al paraíso si no respondes con tu próximo aliento.

Mara aguardó, tensa, pues no sólo esperaba la respuesta que les diría si de Landes había lastimado a su abuela, sino que temía ver morir a un hombre. Si ella, que conocía al príncipe, con toda facilidad creía esa amenaza proferida en voz baja, no era sorprendente que al capitán de la guardia del castillo comenzaran a caérsele gruesas gotas de sudor.

-Disculpad, monsieur. No le hemos visto en varias semanas.

-Tenéis con vosotros a una anciana. ¿Dónde está?

-¿Os referís a madame Hélene? ¿Dónde podría estar sino en su cama?

-¿Está mal? -preguntó Mara con voz temblorosa.

-Por lo que yo sé, está durmiendo tranquilamente -respondió el hombre, mirando primero a Mara y luego a Roderic con expresión sorprendida.

Roderic le levantó de un tirón.

-Llevadnos donde está ella.

-¿No le haréis daño?

Ante esa pregunta, la tensión se disipó. Los miembros de la escolta se miraron unos a otros y sonrieron. Fue Juliana la que se adelantó para hablar.

-Imbécil-dijo sin rencor-, muéstranos el camino.

Entraron en el castillo y atravesaron un gran vestíbulo. Subieron luego por una escalera en espiral, Roderic junto al prisionero y Mara detrás, con los demás. En la segunda planta, dejaron la escalera para atravesar otro vestíbulo decorado con sillones gastados y comidos por las polillas. Había una puerta junto a una gran chimenea de piedra blanca. El capitán de la guardia se detuvo delante de ella.

Roderic, echó una mirada al rostro del hombre y luego llamó a la puerta. No hubo respuesta. Volvió a llamar.

-Si esto ha sido una mentira... -comenzó a decir Estes.

-No es ninguna mentira. Dejadme -dijo el capitán y llamó con un ruido atronador.

El resultado fue el mismo. Nada.

-Haceos a un lado -dijo Roderic.

-No está cerrada con llave -le informó el capitán.

Roderic le miró con incredulidad y luego apoyó la mano sobre el picaporte, que giró con facilidad. Dio un paso atrás, indicándole a Mara con la cabeza que pasara delante de él.

Ella tragó con fuerza. Apoyó una mano temblorosa sobre el picaporte. Quizá su abuela estuviera demasiado débil para levantarse o responder. Quizá el corazón le había fallado durante la larga espera y ahora estaba muerta en este gran mausoleo de piedra. Había sólo una forma de averiguar la respuesta.

La puerta se abrió lentamente. La habitación estaba en penumbra, iluminada solamente por la luz que entraba por las ventanas. Había una gigantesca cama con baldaquino de raso bordado, muy envejecido. Contra una pared se veía un armario pintado y un sillón cerca de la chimenea. Esos eran los únicos muebles. Pero también había un baúl y un camisón blanco con cuello alto y mangas largas que Mara reconoció. Era de su abuela. El camisón estaba sobre el sillón, como si la anciana se hubiera vestido a toda prisa delante del pequeño fuego que ardía en la cavernosa chimenea.

Al oír la exclamación de Mara, los demás se amontonaron dentro de la habitación.

El capitán se humedeció los labios, paseando la vista por los torvos rostros de los miembros de la escolta.

-Debe de haber salido. Se levanta temprano la señora

Salieron una vez más y registraron la cocina. El capitán comenzaba a balbucear cuando Mara, mirando hacia lo que parecía ser un gallinero, dio un grito de alegría.

La abuela Hélene venía caminando hacia ellos. Su pelo blanco resplandecía a la luz del sol naciente. En su mano traía una cesta llena de huevos y detrás de ella, mansa como un perro, venía una cabra con un par de cabritos saltando a su alrededor. La anciana levantó una mano para saludarles y esbozó una sonrisa de bienvenida.

-Buenos días -dijo alegremente-. Llegáis a tiempo para una tortilla para el desayuno. Grandmere sabía mucho de cocina. Había conquistado a los guardias no sólo con sus encantadores modales, sino también con la calidad de la comida que preparaba para ellos con los ingredientes que tenía a mano. Las cabras y las gallinas pertenecían a los cuidadores del castillo, una familia de campesinos descendiente de un criado de los aristócratas que habían construido la mansión.

El capitán era el hijo mayor de los cuidadores y los demás eran primos lejanos. La abuela estaba preocupada por las heridas que habían sufrido defendiendo cl castillo. Habían sido muy

buenos con ella, como su propia familia. Exigía que se les proporcionara atención médica y se les liberara para desayunar.

Era muy amable por parte de Roderic venir a rescatarla, dijo; pero no debía considerarla desagradecida. Se parecía tanto a su padre tan impetuoso, tan asombrosamente capaz y tan apuesto. Verle le traía tantos recuerdos. Y qué considerado de su parte traer a la querida Mara; se había preocupado tanto por su nieta. Ahora por fin podría estar tranquila. Debía llamarla abuela, por favor. ¿Le gustaría un poco de cebolla silvestre y unos trocitos de queso en su tortilla? Roderic estaba encantado. Conversaba con la anciana en la cocina mientras ella iba de un lado a otro preparando el desayuno. Hablaron sobre su padre y el tiempo que había pasado en Luisiana, de lo que había hecho allí y también de Angeline, a quien la abuela conocía bien. Poco a poco él guió la conversación hacía Mara y su padre y escuchó, absorto, todo lo que la anciana le contaba sobre cómo y dónde vivían.

Mara, que ayudaba a su abuela en lo que podía, tomó conciencía de la creciente relación entre los otros dos. La afectó extrañamente, pues le parecía discernir un propósito en ambos casos. No estaba segura de qué se trataba, pero temía ser la causa.

El día transcurrió. El príncipe no parecía tener prisa para abandonar el bucólico refugio que habían encontrado. Los miembros de la escolta, cansados por la larga cabalgata y bien alimentados por la abuela, se echaron a dormir sobre los sillones del vestibulo, después de encender un gran fuego en la chimenea. Demonio también apoyó la cabeza sobre las patas delanteras y cerró los ojos. Los abrió perezosamente cuando Sophie, la perrita de Juliana se echó a su lado, y luego volvió a cerrarlos.

Mara no podía relajarse lo suficiente para descansar. Pensaba que sería mejor marcharse lo antes posible. De Landes podía aparecer en cualquier momento. No sabía lo que podría hacer con Roderic y sus hombres, pero tampoco deseaba averiguarlo.

Se dirigió a un par de altos ventanales que daban a un balcón en la fachada del castillo. Los campos y jardines descuidados se extendían delante de ella. Mientras contemplaba el paisaje, un halcón se elevó de entre los árboles y sobrevoló el castillo, chillando de regocijo al viento.

El halcón era libre, ella no.

-Pensativa y melancólica, ¿buscas solaz o sería un insulto?

La voz de Roderic era seductora. Le tensaba los nervios y la hacía sentir un revoloteo en el estómago. O quizás esa sensación se debía a su cercanía, pues él estaba junto a ella, con el brazo apoyado en el marco del ventanal.

-Has rescatado a mi abuela y te lo agradezco. No quiero nada más.

-¿Ya no os soy útil, entonces? ¡Qué golpe para mi vanidad!

-Dudo que te sientas herido.

-¿De verdad? --dijo él y sus palabras sonaron repentinamente duras-. Sólo soy un hombre, Mara, con las necesidades y debilidades de un hombre. Jamás he pretendido otra cosa.

-¡Eres príncipe y esperas que todos se inclinen ante tus deseos!

-Negar mi estirpe sería una tontería, pero por cada privilegio que la acompaña, hay una obligación, por cada fuente de poder, un peligro. Y los príncipes también son hombres.

Se apartó y, antes de que ella pudiera volverse, se marchó.

La madrugada del día siguiente los encontró de camino hacia París. Las damas viajaban en el carruaje escoltadas por la escuadra. Roderic se mostraba muy atento con la abuela y se ocupaba de su comodidad, ayudándola a descender cuando se detenían y a volver y a volver a subir, abrigándola con la manta y bromeando con amabilidad cuando la veía flaquear por el cansancio. Los resultados de sus esfuerzos fueron que cuando llegaron a la ciudad, la anciana aceptó la invitación de permanecer en la Casa de Ruthenia. Su nieta se quedaría con ella, por supuesto.

Se hizo con tanta astucia, que Mara en ningún momento tuvo la oportunidad de negarse. Podría haberse puesto a gritar y explicar sus motivos, pero éstos eran tan personales que no se atrevía a hacerlo. Sin embargo, no se quedaría allí. De eso estaba segura. En cuanto pudiera ver a su abuela a solas le diría exactamente qué había sucedido y allí terminaría todo.

La cobardía y la esperanza de que no fuera necesario hablar le habían hecho posponer la

explicación hasta ahora. La abuela Hélene había adivinado, al llegar al castillo y ver que no habría otros invitados, que la tendrían prisionera para asegurarse la cooperación de Mara en el plan de De Landes. Pero había dado por sentado que el príncipe, al rescatarla, había respondido con nobleza a una súplica de Mara. Parecía creer que el tiempo transcurrido se debía a la necesidad de Mara de conocer un poco mejor al príncipe antes de depositar su confianza en él.

No había forma de saber cómo reaccionaría su abuela al enterarse del sacrificio que ella se había visto obligada a hacer por su causa. No obstante, había que decírselo. Y se lo contaría en cuanto estuvieran solas.

Mara no había contado con lo difícil que le resultaría hacer que la anciana comprendiera la situación.

-¿Qué quieres decir con eso de que no puedes permanecer aquí, querida?

-No me pondré bajo la protección de Roderic ni un minuto más, ni seguiré siendo su amante. Lamento abochornarte con mi franqueza, pero. ..

-¿Abochornarme? ¡No soy ninguna damisela victoriana! Te aseguro que hablábamos con mucha más franqueza cuando yo era joven. Lo que quiero saber es porqué sientes que no puedes soportar a ese hombre.

-El... ¡bien,será mejor que lo sepas!:no tiene intención de casarse.

-¿Te lo ha dicho?

-¡Es un príncipe!

-Eso no impidió que su padre se casara con Angeline. Por lo que dices, le has seducido, y por una razón que no tenía nada que ver con la atracción que sentía por ti. Tienes que darle tiempo a que se acostumbre a la idea.

-No ha sido así.

-Palabras prometedoras. ¿Cómo ha sido?

-Pues... ¡No importa! Ay, abuela, ¿no entiendes? No podemos permanecer aquí. Sería inmoral.

-Temes que te hagan daño. Angeline era así; escapó cuando más deseaba quedarse.

-Si insinúas que siento algo por Roderic...

-¿Y no es así?

Mara le dio la espalda.

-Por supuesto que no.

No era cierto, pero si fingía con fuerza que lo era, quizá con el tiempo llegara a serlo.

-Lo has utilizado, Mara. Piensa en lo que eso significa para él.

-El sabía lo que estaba haciendo y me dejó continuar por mera curiosidad .-No pudo evitar la nota amarga en su voz.

-Puede ser que lo haya adivinado. A pesar de lo que te haya dicho, es imposible que lo supiera. Es increíble que no te haya asesinado o abandonado en el instante en que descubrió la verdad. Me resulta... interesante que no lo haya hecho, que haya ofrecido su utilidad como...

-Como forma de tenerte de rehén.

-Como protección.

-Te utilizará para doblegarme a su voluntad. Me lo dijo. Le encuentras encantador, pero puede ser cruel. No le conoces tanto como yo.

-Le ves desde otro punto de vista, cosa que está muy bien.

Mara se volvió hacia ella. Con lenta deliberación, dijo:

-No seguiré siendo su amante.

-¡Faltaba más! Dormirás en tus aposentos, naturalmente, junto a los míos. Pero creo que no deseo irme de la Casa de Ruthenia, al menos por ahora. En cualquier caso ya he enviado a recoger nuestras cosas. Permaneceremos aquí.

-¡No puedo, debes comprenderlo, no puedo!

La abuela no estaba dispuesta a ceder.

-Entonces tendrás que irte sola, ¿y qué le dirás a nuestra prima cuando te pregunte por qué?

La idea de más explicaciones, del morboso interés y de los comentarios que podría causar le

resultaba intolerable. Roderic simpatizaba con su abuela; era posible que no quisiera desilusionarla de inmediato. Mara accedió, finalmente, a quedarse hasta el día siguiente, pero ni un minuto más.

Creyó que no podría dormir bajo el mismo techo que él, pero no fue así. Agotada por el viaje y sus sentimientos turbulentos, estaba todavía dormida cuando Lila entró para traerle chocolate y bollos cerca del mediodía.

Mara se levantó y permitió de mala gana que la doncella la vistiera. No deseaba reanudar sus tareas; hacerlo sería como admitir la derrota. Pero tampoco quería comportarse como una invitada y quedarse sentada como una tonta en el salón. No tenía idea de qué pensaba hacer Roderic ahora, cómo iba a comportarse con ella. Verse obligada a reprimir constantemente sus avances sería una tarea ardua. Peor todavía podía ser soportar su ira y sus puñaladas verbales. Era así como le había hablado por última vez, y a ella no le había agradado. Pero lo más duro de todo podía ser su indiferencia.

Finalmente, salió de la habitación. Era peor quedarse sentada preguntándose cómo la recibiría que salir y averiguarlo ella misma. Lila, con una sonrisa tímida, le informó que su abuela ya estaba recibiendo en el salón y que deseaba que Mara se reuniera con ella cuando le fuera posible.

Las visitas matinales ya estaban terminando. La abuela y Roderic estaban despidiendo a los últimos. No parecía haber ningún invitado para almorzar. Juliana no estaba y tampoco la escolta.

-¡Qué encantadora estás! -dijo la abuela Hélene, extendiendo la mano desde su silla junto al fuego, cuando Mara entró-. ¿No crees, Roderic?

El príncipe, de pie detrás de la silla, inclinó la cabeza.

-Desde luego, encantadora.

-Gracias -repondió Mara con voz tensa.

Sus palabras eran tan banales comparadas con su habitual elocuencia, que sin duda las había pronunciado por mera cortesía. Había sido un error tomarse tanto trabajo para estar bien.

Lo había hecho para sentirse mejor, no para que Roderic creyera que era por él. El vestido era uno de los suyos, que había llegado en un coche a media mañana, junto con todo el resto del equipaje. Usar su propia ropa hacía sentirse segura a Mara, pues sabía que Roderic no había gastado un solo centavo en ella.

El le acercó una silla junto al fuego. Mara le echó una rápida mirada mientras murmuraba palabras de agradecimiento. El brillo divertido que vio en los ojos de él la hizo ruborizarse hasta la raíz del cabello. Se había comportado así para provocarla, y sabía muy bien que lo había conseguido. Un hombre así no vacilaría en tentar a una mujer hasta su cama, aunque estuviera vigilada por un ejército de monjas, y mucho menos por una simple abuela. Por qué la abuela Hélene se negaba a ver esto, era realmente incomprensible.

Mara trató de encontrar algún tema de conversación que no pudiera ser desviado y usado en su contra. Antes de que pudiera dar con uno, oyó un alboroto en el patio de entrada y luego unos pasos rápidos en la escalera. Echó una mirada a Roderic y vio que él también los había oído y estaba mirando hacía la puerta.

Fue Michael quien entró. Tenía el pelo oscuro despeinado y estaba enrojecido por la ira. Avanzó hacia ellos, agitando una hoja de noticias impresa en papel amarillo de mala calidad.

-Lee esto -dijo, entregándosela a Roderic.

Mientras el príncipe cogía el papel se oyeron más pasos afuera. Trude entró en la habitación, seguida de Jacques y Jared. Enseguida después entró Estes. De los cuatro, tres tenían copias de la hoja de noticias en la mano.

-¿Qué sucede? -preguntó Mara, mirando primero a uno y luego a otro.

Trude, con movimientos rudos, le alcanzó el papel que tenía en la mano y luego se quedó de pie junto a su silla en un gesto extrañamente protector. Estes, encogiéndose de hombros, entregó su papel a la abuela Hélene. La anciana echó una mirada a los grandes titulares y luego lanzó una exclamación y cayó hacia atrás en la silla.

¡PRINCIPE SEDUCE A HERMANA! ¡AHIJADA DE LA REINA PIERDE INOCENCIA CON SU ALTEZA!

Mara se quedó mirando las palabras. Durante varios segundos su mente, paralizada por el

espanto, se negó a funcionar. Luego, repentinamente, lo supo.

-De Landes -susurró, sin darse cuenta de que hablaba.

-De Landes -repitió Roderic, y en su voz había tanta amenaza que la abuela Hélene palideció de miedo.

Mara respiró hondo y levantó la vista hacia el príncipe.

-Creo que será el asunto Praslin una vez más.

-¿El asunto Praslin? -dijo Hélene, con tono quejumbroso-. ¿En qué estás pensando? Esto no tiene nada que ver con aquella matanza.

-Es el escándalo entre la nobleza, lo que es igual, y su posible efecto sobre el régimen actual.

-¡Pero el título de Roderic no es francés!

-No obstante, es una figura pública, conocida por todos en la ciudad y cercana al trono.

-Una conclusión magistral, querida -aprobó el príncipe-. ¿Quién te ha ayudado a llegar a ella?

-Nadie -respondió Mara con un gesto de orgullo.

-¿Ni siquiera nuestra pesadilla, nuestro amigo maquiavélico con manías de grandeza satánica? ¿Ni siquiera el propio de Landes?

-No.

Roderic sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa dura, que no llegó a sus ojos.

-Muy descuidado de su parte. Podría haber sugerido también la única forma de neutralizar una acusación tan obscena. Podría haberte dicho que exigieras matrimonio.

Esperó conteniendo el aliento a que ella respondiera. Lo que deseaba de Mara no tenía ninguna lógica: que se negara por las razones correctas para poder convencerla de que aceptara por las razones inadecuadas. Se mantuvo erguido, con los brazos a los costados. No la influenciaría ni con el más pequeño movimiento.

-Jamás -dijo ella con decisión. Se puso de pie y se apartó de Roderic.

El volvió a respirar.

-¿Por qué? ¿No deseas ser princesa?

-No contigo como príncipe.

-¿Aunque los gobiernos se desmoronen a nuestro alrededor y los reyes pierdan la cabeza y la corona? Está muy bien valorar la independencía, pero debes preguntarte: ¿valgo la pena?

¿Qué estaba haciendo? Hablaba con tanta ligereza, con tanto descuido. Al parecer, la provocaba; pero, ¿con que objeto? Su ira no le permitía ver. Lo único que sentía era la necesidad de darle una bofetada que le obligara a hablar con el corazón y no con los vericuetos de su mente.

Se volvió hacía él y habló con claridad.

-Soy norteamericana. ¿Que significan para mí los títulosy los adornos inservibles de los reyes? No me importa que caigan gobiernos o nobles estirpes se manchen más allá de lo reparable. Lo que necesito como marido es un hombre, no el hijo arrogante de un rey que disfruta manipulando a los que tiene a su alrededor.

-Lo que necesitas -dijo él con tono cálido y provocativo, acercándose a ella- es alguien que te haga olvidar quién eres o si él es o no tu marido.

La respuesta llegó rápida, cortante.

-¡Tú no!

-Sí, yo. Por razones que todos conocemos y otras que todavía no has comenzado a adivinar, te casarás conmigo.

-¡No! -Mara retrocedió, al ver que él avanzaba.

-Claro que sí. Lo harás. Nada ni nadie lo impedirá.

Tan concentrados estaban en la crisis que no oyeron el ruido de alguien que llegaba. Se oyeron movimientos en la puerta. Un hombre entró en la habitación. Era alto y erguido y llevaba el uniforme blanco de los hombres de Ruthenia, aunque su pelo brillaba plateado a la luz pálida del sol que entraba por las ventanas. Cuando habló, el filo de sus palabras se clavó en todos los rincones de la habitacion.

-Yo puedo impedido y mientras respire lo haré. Si lo dudas, ponme a prueba con tus amenazas, mi valiente e impulsivo, gallardo y seductor hijo.

13

-¡Majestad!

La exclamación procedió de la abuela Hélene. Se levantó con esfuerzo de la silla y apoyándose en un brazo, hizo una profunda reverencia. En el silencio que se hizo, Roderic se inclinó fríamente y los miembros de la escolta lo hicieron con sumo respeto. Mara bajó la vista e hizo una reverencia.

Rolfe, rey de Ruthenia, hizo un gesto de reconocimiento y luego se adelantó para estrechar la mano de la abuela de Mara.

-Madame Hélene Delacroix, creo. La anfitriona de aquella encantadora fiesta.

-¡Recordáis cuándo nos conocimos! –respondió Hélene, sonrojándose de placer-. Qué amable. Ha pasado mucho tiempo.

-Demasiados años -asintió Rolfe-. ¿Cómo está André?

-Bien. ¿Y Angeline?

-Ansiosa por lo que sucede aquí en París. Soy su empresario y ministro de Justicia no oficial. Parece que había necesidad de imponer justicia.

Era una pregunta indirecta acerca de la situación o, al menos, sobre el papel que desempeñaba la anciana y su nieta en ella. La respuesta de la abuela fue igualmente ambigua.

-Si habéis sido informado de lo que ha estado sucediendo, entonces sabréis que la joven que es el centro de la controversia es mi nieta. ¿Puedo presentárosla, señor?

Rolfe se volvió y avanzó hacia Mara con una sonrisa en los labios y una mirada penetrante en los ojos. Esos ojos ya no eran tan intensamente azules como los de su hijo y el pelo era más plateado que rubio. En su rostro había arrugas de personalidad y experiencia y una fuerza implacable que, junto con su edad, le daba un aspecto más formidable que el de su hijo, si es que eso era posible.

Le tomó la mano mientras ella se inclinaba otra vez y se la apretó suavemente.

-Mara. Un nombre que deriva del griego, pero con un aire de Erin, aliado con los ojos dorados que ven el futuro en sueños. Sumados a la belleza de tu rostro, constituyen una fuerte distracción. No me extraña que la diplomacia de Ruthenia en Francia haya perdido su delicadeza.

-La diplomacia -dijo Roderic con tono duro- no es lo que está en juego aquí.

Su padre le dirigió una mirada fulminante y helada.

-Eso veo. La pregunta que surge de inmediato en una mente razonable y lúcida es: ¿por qué no?

-Los asuntos de faldas no son, por lo general, problemas de interés para el Estado. Este se ha convertido en uno hace muy poco, pero de no haber interferencias indeseables, pronto dejará de ser de interés para todos excepto para la dama y para mí.

-¿Utilizarías un cañón para matar un mosquito? Parece algo extravagante emplear una chuchería tan valiosa como una corona para marcar el final de un mero asunto de faldas.

La maliciosa ironía en el tono de su padre no tuvo ningún efecto visible en Roderic.

-No marcaría un final, sino un comienzo.

-¿Basado sólidamente en la renuncia y el odio superados por una fuerza mayor? Es, por supuesto, una perspectiva risueña y alegre del futuro.

-¿Elegirías una reina para mí, una cargada de deber y esperanzas fallidas, toda suspiros y deseos de complacer? Hay menos perspectiva de alegría allí, te lo aseguro.

Rolfe cruzó las manos detrás de la espalda y contraatacó de inmediato.

-¿ Te inclinarías ante los dictámenes de respetabilidad burguesa sobre un chisme sin importancia? De ser así, dímelo de inmediato. Sería mejor que las negociaciones para la rendición de Ruthenia comenzaran enseguida.

-Si la alternativa es rendirse a un ultimátum uniformado y prejuicioso, quizá sea un reino bien perdido.

En sus voces había tanta violencia contenida que Demonio se ocultó debajo del sofá. Eran tan

parecidos en su aspecto y en su fuerza, que parecía una lucha de titanes. Mara escuchaba la enemistad de sus acusaciones con horror y culpa.

Rolfe miró a su hijo con el ceño fruncido.

-Torpe sin ni siquiera modales rudimentarios o de clase. Si has tratado a la dama de forma tan desmañada, no es extraño que se queje.

-Este no es un baile con pañuelos de encaje y volteretas. Es conveniente que yo me case con esta mujer.

-¿Conveniente para quién? -preguntó Rolfe en voz baja.

-Para Ruthenia, para Francia y nuestras relaciones con ella. Para ti. Para Mara. Para mí.

-No es necesario ni deseable inmolarse de esa forma. No has aprendido a ser tan torpe en mi Corte.

-No, desde luego -negó Roderic, fingiendo sorpresa-. ¿Entonces todas las astutas alianzas que han mantenido a nuestro país libre de revoluciones todos estos años no han sido más que afortunadas coincidencias? Torpe o sagaz, aprendí todo lo que sé a tu lado, padre mío.

-Las lecciones, entonces, no han terminado. Este no es asunto para el lecho matrimonial. La armonía en todas las esferas, tanto públicas como privadas, requiere algo más que el ejercicio de tu voluntad.

-Me casaré con Mara.

-Desafía a tu progenitor, si te agrada, pero arriésgate a desafiar a tu rey. Está en juego un derecho al trono: el tuyo. ¿Lo pondrías en peligro por esta mujer?

-¡Basta! -exclamó Mara, sin poder soportar más-. Basta, por favor. No hay posibilidad de casamiento.

El rey Rolfe se volvió hacia ella y sus palabras la azotaron como un látigo.

-¿Por qué? ¿No te agradan las coronas?

-¡Muy poco! Y mucho menos me agradan las discusiones que parecen traer aparejadas.

Roderic se acercó a Mara y enfrentó a su padre.

-No la metas en esto. No tiene por qué ser el blanco.

-Gracias -dijo Mara, volviéndose hacia él con el mentón erguido-, pero no necesito defensores. Yo estoy fuera de esto. No soy, ni seré, un motivo de altercado entre tú y tu padre.

-Estimable decisión, pero inútil -dijo el rey de Ruthenia con tono repentinamente pensativo, mirando a Mara y Roderic.

-¡Bravo! -exclamó Juliana desde la puerta-. ¿Debo suponer que este intercambio de dardos se debe a la historia que se esparce por todo París? Podríais haberme esperado, dado que yo estoy involucrada en esta relación supuestamente incestuosa.

-De ningunamanera- le informó su hermano, economizando palabras.

-¿Pero admitirás que parece que sí a primera vista? Nunca me han mirado de forma tan extraña como hoy. Y hay gente en la calle frente a la casa. Uno arrojó tierra a mi carruaje.

-Si no estuvieras en París -dijo su padre con aspereza- no habría razón para preocuparse, ni para discusiones ni para que te ensuciasen con tierra. ¿Me atreveré a preguntar qué has hecho con el príncipe real de Prusia?

-¿Arvin? ¡Nada! Su viril tenacidad triunfó y sólo esperamos que se lean las proclamas. ¿No me felicitas?

-Los hijos -suspiró Rolfe- son maldiciones que nos echan los malhumorados dioses como castigo por disfrutar de placeres reservados para ellos.

-¿No te alegras? -preguntó Juliana, toda inocencia-. Déjame comprender. ¿Decretas que me case y que Roderic permanezca soltero? ¿O acaso tu propósito es que suceda lo contrario?

-Cuéntame lo peor. ¿Escapó Arvin de ti arrojándose al Sena?

-Qué inteligente eres, padre. Pero no se arrojó, sino que le hicieron zozobrar. En una carrera de barcos, ¿entiendes? Lamento apenarte, pero creo que regresó a Prusia resfriado y furioso. Roderic lo organizó.

-Diplomacia delicada -murmuró Roderic.

Mara, que observaba a Rolfe, vio orgullo y un brillo de humor en sus ojos por un instante

fugaz.

-Es un alivio para mí saber que puede ser útil si lo desea- comentó, echando una mirada ácida a su hijo-. Exijo, por supuesto, que me cuenten todos los detalles más tarde.

Roderic hizo una inclinación.

-Desde luego.

Juliana arqueó una ceja.

-Todo eso está muy bien, pero ¿qué hay de este escándalo que se está desatando a nuestro alrededor? Promete ser... desagradable.

Rolfe le dirigió una mirada burlonamente sorprendida.

-Yo estoy aquí, al igual que madame Hélene Delacroix. Si al decoro y la decencia no le bastan que estén de capirotes la abuela de la dama y su padrino, entonces el mundo puede hablar todo lo que desee.

-¿Sois vos mi padrino, señor? -preguntó Mara, sorprendida.

-Al igual que mi reina es tu madrina.

-Nunca lo supe.

-Hasta ahora, lamentablemente, no ha sido más que una posición honoraria, circunstancia que puede ser remediada. Angeline, cuando se reúna con nosotros, cosa que sin duda hará, también deseará conocerte mejor.

Sonrió de forma tan cálida y encantadora que Mara parpadeó. Desviando su atención hacia Juliana, Rolfe añadió:- Pero en medio de toda esta crisis, ¿sería demasiado pedir una copa de vino? He tenido un viaje agotador. lndicales que me lo sirvan en mis aposentos, por favor. Roderic, si me haces el favor de reunirte allí conmigo mientras me quito el polvo del viaje, hablaremos de otros asuntos. Señoras, espero que sepan disculpamos.

Los dos hombres se marcharon. La escolta se dispersó. Mara quedó a solas con la abuela.

-¿Y bien, querida? -dijo la abuela Hélene cuando Mara se hubo sentado junto al fuego.

-¿Sí? -murmuró Mara, levantando la mirada preocupada. -¿Sigues con deseos de partir?

-Sería lo mejor.

-Es posible, ¿pero es lo que quieres?

-Estoy tan confundida --exclamó ella en voz baja-. No sé si me están protegiendo o impidiendo que me convierta en un estorbo. O las dos cosas. No puedo decidir si Roderic realmente quiere casarse conmigo o si lo hace por responsabilidad y porque es su deber.

-¿O por desafiar a su padre?

-Sí, eso también.

-Podrías quedarte, esperar y averiguarlo.

-¡No quiero esperar!

La abuela suspiró.

-La impaciencia de los jóvenes. Algunas cosas reqieren tiempo.

Mara casi no la escuchó. Mirándola con intensidad, preguntó:

-¿Por qué el rey Rolfe está en contra mía? No quiso un príncipe prusiano para Juliana tampoco, así que no se trata necesariamente de una cuestión de sangre. ¿Con qué quedará satisfecho?

-Podrías preguntárselo, por mera curiosidad, si te quedaras.

-¿Crees que podría ser que sospechara, a pesar de que de Landes te tenía prisionera, que yo tuviera razones políticas para colaborar con él?

-Es posible, supongo.

-No me gustaría partir y dejar que pensara algo así de mí.

-No; eso no sería bueno.

-Hay otra cosa. Si nos vamos de aquí ahora, tan pronto tras la aparición de esa terrible historia, parecerá que estamos escapando. Sin duda sería mejor para todos que evitáramos causar esa impresión.

-¡Sí, desde luego! -declaró Hélene, con un brillo decidido en los ojos.

-También debo tener en cuenta a mi madrina. He oído hablar tanto de ella que deseo verla y

hablarle. Podría parecer extraño que, habiendo permanecido una noche aquí, partiéramos antes de su llegada.

-Yo también tengo muchos deseos de verla.

-Sí, no lo dudo.

Había también otra razón, pero Mara no se atrevía a hablar de ello con su abuela. Al observar a Roderic con su padre, había sentido una gran necesidad de averiguar qué clase de hombre era realmente, si había algo detrás de esa fachada dura que mostraba al mundo, si había sombras de emoción debajo de los complicados procedimientos de su mente.

-¿Está decidido, entonces? ¿Nos quedamos?

-Sí, está decidido -respondió Mara, firmemente, pero sin alegría.

Los días que siguieron recuperaron una apariencia de normalidad. Tras una visita del rey Rolfe, el editor de la hoja de noticias se retractó públicamente. La gente fuera de la casa se dispersó, intimidada por la guardia que montaba la escolta. Ya fuera por lo atareado que estaba Roderic o por la presencia de su padre, las noches de Mara transcurrieron sin interrupción.

Mara descubrió que el hecho de poder olvidar su fingida amnesia tenía sus ventajas. Ya no tenía que cuidar cada palabra que decía y por lo tanto, podía hablar y comportarse de modo natural. Podía hablar sobre Luisiana y su vida allí sin reservas y también podía preguntar a los miembros de la escolta todas las cosas que había deseado saber desde el principio.

Así supo que el padre de Michael, Leopold, se había casado con una de las damas de la reina Angeline y que había tenido nueve hijos.

Los gemelos, Jared y Jacques, eran hijos de otro miembro de la escolta de Rolfe, Oswald. Estes, el conde Ciano, era un narrador infatigable que siempre añadía un hilo de humor a sus historias. En sus ratos libres, escribía un libro basado en su vida que, según él, competiría con los de monsieur Dumas.

Pero era Luca, el gitano, quien resultaba más difícil conocer. No era fácil adivinar por qué se había unido a la escolta. La razón no era la lealtad hacia un hombre. Respetaba a Roderic y obedecía sus órdenes sin protestar, pero no había devoción en su comportamiento. Tampoco era para estar en compañía. Bromeaba con los demás y bebía y conversaba con ellos, pero con frecuencia se alejaba por su cuenta.

Mara a veces pensaba que lo que le mantenía allí era Juliana. Siempre se apresuraba para ser el primero en realizar un servicio para la princesa y estaba permanentemente dispuesto a servirle de escolta. Con frecuencia, cuando ella no se daba cuenta, la observaba y, en una ocasión, Mara le vio recoger un guante que se le había caído a la muchacha y guardarlo en su bolsillo. Pero no inventaba excusas para estar con ella y cuando estaba en su compañía, hablaba poco. Era un enigma, moreno y apuesto, algo salvaje, pero constante y protector.

Fue Luca el que invitó a todos al campamento gitano. El grupo estaba empezando a estar inquieto con la inactividad exigida por Roderic. Habían oído decir que el boyar estaba en París y deseaban tener al amo y a su hijo nuevamente entre ellos. Habría festín y baile, música y bebida.

Olieron el aroma del cerdo asado aun antes de llegar a los carromatos. Los perros los oyeron llegar y se arrojaron sobre ellos, ladrando furiosamente. Roderic y Luca los hicieron callar con una orden, pero no pudieron silenciar los gritos y exclamaciones de bienvenida que se lanzaron al aire cuando los gitanos descubrieron a Rolfe, el boyar. Todos se arremolinaron a su alrededor, tratando de tocarle. El aceptaba su homenaje con demostraciones de placer, palmeando a los hombres en la espalda y besando a las mujeres que se arrojaban en sus brazos. Sin demasiada ceremonia, pero con mucho afecto, lo guiaron al sitial de honor delante del fuego. Roderic se colocó a su izquierda e hicieron que Mara se sentase junto al príncipe. A la derecha de Rolfe estaba el hombre que lideraba la banda en ausencia de Roderic. Juliana se sentó junto a él y Luca, al lado de la princesa. Michael trajo una silla para la abuela Hélene y la situó junto a Mara. El se sentó luego al lado de la anciana; los demás se sentaron donde pudieron.

Comenzó a correr el vino y alguien puso una mandolina en las manos de Roderic. La música surgió lenta y suave, elevándose en la noche.

Mara descubrió que se sentía extrañamente en paz. A su alrededor, los demás también

sonreían y bebían. Sólo entonces se dio cuenta de lo tensos que habían estado todos. Pero esta noche podían relajarse, podían creer, como los gitanos, que la vida era la vida y que, sin importar cómo se viviera, era siempre mejor que la muerte. Era eso lo que Roderic había tratado de decirle la noche que la había rescatado del Sena. Las palabras de él volvieron a su mente. «Escúchame bien, querida mía, y préstame atención: no hay destino peor que la muerte...»

Había habido algo más, pero no podía recordarlo. No tenía importancia. Las palabras tenían un cierto poder, y ella las guardaba dentro de sí.

La carne resultó deliciosa, sazonada con hierbas y ajo. El pan, dorado y crujiente, era un acompañamiento perfecto. Cuando terminaron, una mujer se puso de pie y comenzó a bailar alrededor del fuego. Giraba y movía las caderas con movimientos lentos y sensuales, siguiendo el ritmo de la música. Mara vio que el príncipe la miraba complacido y sintió un nudo en el estómago. Apartó la mirada. Había perdido toda la sensación de bienestar. No era difícil descubrir la razón: se sentía celosa.

Se había visto obligada a seducir a un príncipe y había cometido el error de enamorarse de él. Era una estupidez, una tontería inútil y humillante. El pertenecía a un mundo diferente, un mundo de privilegios, poder, y alianzas cuidadosas. Aun si se hubieran conocido en circunstancias distintas, gracias a la lejana conexión entre las familias, no habría sido probable que pudieran sobreponerse a las diferencias en sus situaciones. Tras la traición de Mara y el escándalo que había hecho caer sobre ambos, era absolutamente imposible. Lo mejor que podía esperar era evitar que él se enterara de sus sentimientos y salvar su orgullo.

Sus ojos se posaron sobre Luca. Vio que miraba a Juliana y reconoció las emociones desnudas en esos ojos oscuros, porque eran iguales a las suyas. El gitano estaba enamorado de la princesa.

La danza continuaba. Un gitano hizo una señal para que la música se tomara más lenta y comenzó a moverse siguiendo las cadencias rítmicas y sensuales de los violines. Con aire majestuoso, bailó alrededor del círculo. Luego eligió a una mujer, invitándola con gestos y sonrisas seductoras. Ella se le unió y juntos se deslizaron, volviéndose de espaldas y luego girando bruscamente hasta quedar cara a cara, separándose y volviendo a acercarse. La música se tomó más rápida, más intensa; ellos siguieron el ritmo, seduciéndose mutuamente. Finalmente, de repente, el hombre tomó a la mujer en brazos y pasó por entre la gente, llevándosela hacia la oscuridad.

La noche avanzaba. La abuela Hélene se durmió en su silla. Roderic volvió a tomar la mandolina y comenzó a tocar una melodía suave y dulce, que los violines no tardaron en acompañar. La música se deslizó hasta el corazón de Mara e, impulsada por una imperiosa necesidad de escapar a su dolor, ella terminó el vino que tenía en su copa y se puso de pie. Se alejó del círculo y llegó hasta una abertura entre los carromatos. Más allá estaba la oscuridad, iluminada de tanto en tanto por fuegos de otros gitanos. Mara se envolvió en su capa, temblando.

Del carromato que había junto a ella brotaba el aroma dulce de la paja. Tenía paredes y techo igual que los demás, pero en la parte de atrás estaba abierto. Sería un buen refugio para protegerse del viento y la paja le brindaría un mullido asiento.

No llevaba sentada más que unos minutos, cuando la música que tanto la había perturbado cesó. El alivio fue inmenso. Mara se relajó y se recostó sobre el colchón de paja. Cerró los ojos, tratando de no pensar y de sentir la filosofía gitana. La vida es la vida. Cada momento es un obsequio. Disfrútalo.

El carromato crujió repentinamente. Mara abrió los ojos y vio la silueta de un hombre en la abertura. Ahogó un grito y se preparó para huir.

-No te asustes. Soy yo -dijo Roderic.

Ella sintió que el corazón le estallaba en el pecho. -¿Qué quieres?

-No deberías andar sola por aquí. Algún gitano sensual podría tomarlo como una invitación.

-Pues se equivocaría.

-Pero sería demasiado tarde.

Mara vio el brillo de su uniforme blanco cuando él se tendió a su lado. Tomó conciencia de lo apartada que estaba allí sola con él.

-Debo volver con los demás -dijo de inmediato.

-No hay prisa, puesto que ya no estás sola. Por supuesto, si tienes miedo...

-No te temo. -Le inspiraba cautela y desconfianza, pero no temor.

-¿Entonces porqué me evitas?

-¡No es cierto!

-Abandonaste mi cama...

-¡No podías pretender que me quedara!

-¿Por qué? ¿Porque dejé de serte útil? ¿Porque no había nadie que te obligara? ¿Porque se había vuelto a imponer el decoro? ¿Porque el rey Rolfe podría fruncir el ceño? ¿O acaso porque utilicé el miedo como arma para obtener tu cooperación y no puedes perdonármelo?

-Por todas esas razones -respondió ella con tono desafiante.

-Entonces tómalas una por una y dime por qué tienen valor.

-¡Lo sabes muy bien!

-Sólo sé que tu recuerdo me quema la mente, violeta y resplandeciente con el brillo de perlas. Sé que te deseo, que ningún reino me bastará si no estás conmigo. Ardo por acariciarte y abrazarte, por saborear tu esencia de miel...

Desesperada por detener esas palabras, Mara le interrumpió.

-Lo que deseas es una mujer. Sin duda la bailarina gitana aplacará tu sed.

-Lo has notado -comentó él, satisfecho.

-¿Cómo no iba a notarIo si estabas totalmente embobado con el baile?

-Estabas celosa.

-¡No! -Mara se apartó, tratando de salir del carromato. Roderic la tomó del brazo y la atrajo hacia él con tanta fuerza que ella cayó de espaldas sobre la paja.

-Estabas celosa -repitió suavemente, aprisionándola contra él-. Me deseas.

-¡No!

-Sí. Recuerdas tan bien como yo las noches de seda y las mañanas que llegaban demasiado pronto.

-No -repitió ella en un susurro, pero mentía.

Roderic no respondió, sino que le cubrió la boca con la suya. Le acarició los labios con los de él hasta que se entreabrieron, permitiéndole la entrada. El no vaciló, y penetró para explorar con placer sensual las suaves superficies internas. Lentamente, Mara levantó los brazos y los cruzó detrás del cuello de Roderic.

La vida era la vida y había que vivirla. El ayer había partido y el mañana no era más que una sombra. Esta noche era lo único que existía. No podía estar mal tomar el placer que ofrecía y convertirlo en un recuerdo luminoso para el futuro, si es que habría un futuro. Amaba a este hombre. No importaba lo que había hecho; nadie más que él podía hacer que la sangre le corriera con tanta fuerza por las venas y que el corazón le galopara hasta el punto de estallar. Ahogándose en languidez y fatalismo, Mara se apretó contra Roderic.

Lenta y suavemente, él le levantó las faldas. Sin dejar de besarse, se abrieron la ropa, quitando lo que más estorbaba. Se apretaron el uno contra el otro, con la estremecedora fatalidad del hierro y el imán, cara a cara en la oscuridad cargada del fragante aroma de la paja.

-Mara -susurró él roncamente y luego, con un vigoroso movimiento de las caderas, la penetró, hundiéndose en su suavidad.

Mara se movía con él, contra él. Juntos se dejaron devorar por la pasión, húmedos y ardientes, avanzando hacia el estallido final, que los envolvió, mágico, silencioso. Entrelazados, inseparables, descansaron.

Un rato más tarde, un viento frío los rozó. De mala gana, se separaron y se arreglaron la ropa. Roderic terminó antes y ayudó a Mara abrochar los diminutos botones del vestido, y le alisó el pelo. Un instante más tarde, se inclinó hacia adelante para besar el profundo valle entre sus pechos.

Fue en ese momento cuando Rolfe apareció. Apoyó un pie sobre el escalón del carromato y habló con tono almibarado, pero cargado de hielo y acero.

-Qué escena burda y pastoral, los dos revolcándose en la paja. Carece de elegancia, y sentido común, pero puede ser sublime en un sentido algo vulgar. Espero que la experiencia haya sido

memorable, pues ha sido la última.

14

La revolución flotaba en el aire. Desde hacía sesenta años no se notaba en el pueblo tanta furia e insatisfacción con el gobierno. La gente, por encima de todo, estaba aburrida. Recordaban los días del imperio de Napoleón y suspiraban por la gloria pasada de Francia, olvidando la sangre derramada y la enormes sumas que se habían gastado.

Qué diferente era la Corte de Luis Felipe. No había gloria ni esplendor, sólo pomposa respetabilidad. En otros países tenían lugar importantes alteraciones en los gobiernos y Francia los veía con pereza. La gente moría de hambre en el invierno y nada se hacía por ayudarla. Estaban gobernados por una clase media corrupta y vulgar y el rey era un usurpador. Un cambio tenía que ser mejor; nada podía ser peor.

Los visitantes que acudían al salón privado de Roderic no cesaban y se mostraban cada vez más violentos contra el gobierno. Hablaban, bebían, discutían y fumaban. Los miembros de la escolta iban y venían en misteriosas misiones. Mara había creído que la actividad disminuiría después del atentado, pero en lugar de eso, se volvió más intensa. Una noche, un carruaje de viaje entró en el patio. Sobre las puertas brillaban los escudos de armas. Dos lacayos de librea abrieron la puerta y bajaron la escalerilla. Descendió una dama vestida de terciopelo verde adornado con visón. Llevaba un sombrero con plumas sobre el cabello castaño que mostraba unas hebras de plata en las sienes.

Antes de que la dama terminara de apearse, Roderic había llegado a la carrera al patio, seguido con más dignidad por Rolfe, que se adelantó para besar la mano de la dama antes de tomarla entre sus brazos.

Cuando por fin pudo hablar, dijo:

-Angeline, endemoniada mujer, toda curiosidad e impulsos, ¿quién está cuidando de mi reino?

-Un ejército de personas mucho mejor preparadas que yo -respondió ella alegremente-. No habrás pensado que pasaría la Navidad sola mientras vosotros estabais todos en París, ¿verdad? Confiesa, has estado esperando mi llegada desde hace días.

-Y maravillándome ante tu tardanza.

-Hombre odioso -replicó ella con una sonrisa acariciante. Enderezándose el sombrero, se volvió hacia su hijo.

-¿Y bien, dónde está tu hechicera?

-¡Qué vergüenza, mamá! Podrías tener en cuenta sus sentimientos -respondió él, riendo mientras la abrazaba, obligándola a arreglarse el sombrero nuevamente.

-¿Por qué? Si alguno de vosotros dos ha demostrado tanta sensibilidad, me sentiré totalmente anonadada.

Mara estaba esperando en la escalinata. Se adelantó y Roderic la tomó de la mano para presentada formalmente. Angeline sonrió y la abrazó con ternura.

-Qué deliciosa sorpresa, encontrarme con mi ahijada finalmente y descubrir que es por demás fuera de lo común. Veo algo de tu padre en ti. ¿Tengo entendido que Hélene está contigo? Entremos, así podremos hablar cómodamente.

La llegada de la madre de Roderic hizo más liviana la atmósfera de la casa y llenó los salones públicos de amigos y conocidos. Los días transcurrieron en una serie incesante de bailes, veladas, visitas y paseos al teatro y la ópera; salidas de compras navideñas y paseos en coche por la ciudad. Angeline, después de oír toda la historia aquella primera noche sobre la relación de Mara y Roderic, no volvió a hablar de ella. Trataba a Mara con afecto y cierta familiaridad, pero no tomaba partido en la pelea entre Roderic y su padre.

Una noche, en la Comedia Francesa, Mara levantó los prismáticos hacia el palco situado frente al de ellos y vio a de Landes. El hombre tuvo el atrevimiento de sonreírle y hacerle una reverencia. Se mostró furioso cuando Mara no dio señales de reconocimiento.

La Navidad llegó y pasó. Ese día, llevaron varios cargamentos de comida a asilos para

huérfanos y hospitales, preparados especialmente por Angeline, con la ayuda de Juliana y Mara. El día del principal intercambio de obsequios, el primero de año, se vio entristecido por la muerte de Madame Adelaide, hermana del rey Luis Felipe.

La ciudad entera guardó luto. Se cancelaron todas las diversiones y los hombres se pusieron brazaletes ribeteados con negro.

Con la falta de diversiones los habitantes de la Casa de Ruthenia se encontraron con más tiempo entre sus manos. Mara pasó una tarde entera escribiendo a su padre, tarea que había estado postergando desde hacía algúntiempo. Empezó y rompió tantas hojas de papel, que casi se quedó sin ninguna. No parecía encontrar la forma de decirle con delicadeza lo que había sucedido sin que pareciera que estaba excusándose por su comportamiento o culpando a su abuela. Finalmente, escribió toda la historia lo más sencillamente que pudo y selló el sobre antes de volver a cambiar de idea.

Roderic la encontró mientras dejaba la carta para que Sarus la llevara al correo. Regresaron juntos al salón. La situación entre ellos estaba fresca en la mente de Mara después de haber escrito sobre ella. En los últimos días, había logrado olvidarla un poco, pero ahora la angustiaba nuevamente.

-El mundo gira hacia la destrucción y Francia hacia la anarquía, pero nada de eso es culpa tuya. ¿Por qué ese ceño fruncido, entonces?

-No estoy frunciendo el ceño -dijo ella y suprimió el efecto de su expresión feroz permitiendo que una sonrisa curvara sus labios. Pero se puso seria de inmediato-. No, pensaba en tu padre. No parece preocuparse demasiado por los adornos de la realeza; no es en absoluto ceremonioso. Tu madre, a pesar de una conexión lejana con los Borbones, niega toda pretensión de sangre azul. ¿Qué objeta en mí el rey Rolfe, entoces? ¿Será mi carácter? ¿Mi aspecto? ¿O el papel que desempeñé al involucrarte en el atentado contra Luis Felipe? No cambiaría en nada las cosas, pero de todas formas me gustaría comprenderlo.

Roderic, viendo las emociones que cruzaban por su rostro, reconoció el sereno coraje con que buscaba la verdad. No era una mujer fogosa, rápida para enfurecerse y extravagante en sus pasiones y, sin embargo, en su interior ardía una llama inextinguible. Le rindió homenaje ofreciéndole lo que necesitaba saber.

-No tienes por qué preocuparte. Lo más probable es que sean mis defectos los que encienden su ira. Supones que me protege, grave error. Es muy posible que te esté protegiendo a ti.

Ella se detuvo.

-No puede ser.

-Es un padre afectuoso y complicado, pero no creo que se le ocurra pensar que necesito su protección.

-¿Pero por qué ofrecérmela a mí?

-Como su mente es tan tortuosa, sospecha que planeé tu seducción y frustré un golpe en una única operación.

Mara se quedó mirándole.

-¿Dices que piensa que pudiste haber enviado a de Landes con instrucciones para involucrar a la abuela Hélene en el juego ilegal para obligarme a obedecerlo? ¿Por qué haría de Landes una cosa así?

Era muy rápida, algo que habría que tener en cuenta. O quizá la posibilidad ya se le había ocurrido.

-Para que yo le ayudara a asesinar a Luis Felipe.

-Pero no le ayudaste. Tú protegiste al rey.

-Una profunda traición, en ese caso.

Ella se llevó la mano a la frente, tratando de pensar con claridad. Lo que él decía tenía sentido de un modo aterrador. De pronto, su rostro se iluminó.

-No. No tenías idea de mi existencia hasta aquella noche en el campamento gitano.

Llevabas en París algunas semanas. Quizá yo te había visto en alguna parte, en la calle, en el teatro. Quizá supe que habías llegado gracias a algún tipo de comunicación entre tu abuela y mi

madre e hice averiguaciones discretas. Una vez que te vi, pude haber decidido convertirte en mi amante, cosa que habría sido imposible de habernos conocido en el respetable círculo familiar.

-Sin duda habrías sabido que nuestra... relación se sabría y acarrearía un escándalo.

-Quizá mi intención fue que sólo durara unas pocas noches. Quizás una vez que te tuve en mis brazos quise dejar que las cosas siguieran su curso, aceptando las consecuencias que me atarían a ti.

No era más que unjuego de palabras e ideas. Sólo eso.

-¿Cómo podría tu padre creer una cosa asi de su propio hijo?

-Con toda facilidad -respondió él-. ¿Por qué no iba a creerlo si casi lo has creído tú misma?

-¡No es así!

-¿No, chere? ¿De verdad?

Ella lo miró con frialdad.

-Podría aclarar las cosas que me dijeras por qué de Landes sigue en libertad, cumpliendo con sus tareas en el ministerio.

-¿Cómo sabes qué hace y dónde lo hace? –contraatacó Roderic.

-¿Qué estás insinuando? -preguntó Mara, empalideciendo de furia.

-Fue una pregunta cortés.

-¿Según la opinión de quién? Pero no es necesario que agotes tu mente en el problema. No hay misterio ni subterfugio alguno. Le vi en el teatro.

Ella observó con el rostro inescrutable. Finalmente, dijo:

-Hay un viejo refrán que dice: «Más vale malo conocido...»

-¿Quieres decir que le estás vigilando?

-Algo así.

-¿Por qué?

La pregunta era audaz, pero Mara creyó que él respondería de la misma forma que lo haría con otra más sutil.

-Para ver lo que se pueda ver.

Si había esperado enterarse de qué clase de hombre era por métodos directos, tenía que declararse derrotada. Su rostro se endureció.

-Muy bien. Puedes mostrarte evasivo, si te agrada.

-¿Crees que si lo deseara no podría encontrar una mentira que te complaciera más?

-Creo que para ti, la simplicidad se convierte en un tortuoso ardid.

No erajusto que se quedara allí, tan virilmente bello, la corporización de todo lo que era altivo y honorable.

El respondió, sin sonreír.

-Entonces tendrás que decidir tú misma cuál es, ¿no es así?

Unos días más tarde, Mara tuvo la oportunidad de descubrir qué pensaba el padre de Roderic de ella. Había estado comprando provisiones en el mercado de Les Halles, acompañada por un criado. Era una tarea que, por lo general, realizaba la cocinera, pero de tanto en tanto ella disfrutaba haciéndola, para mantenerse al día con los alimentos que se podían conseguir. Descubrió que Angeline, al igual que Juliana, no había demostrado ningún interés por usurpar el puesto que le había dado Roderic.

Mara regresaba del mercado cuando un carruaje abierto se detuvo junto a ella. La puerta ostentaba el escudo de armas de Ruthenia y sentado en el asiento detrás del cochero iba Rolfe. Inclinó la cabeza y abrió la puerta.

-Angeline me envió a buscarte. Sube, por favor.

Mara indicó al criado que regresara a pie con la cesta sin perder tiempo con flirteos o discusiones políticas. Luego subió al carruaje, que se puso en movimiento de inmediato.

-La reina es muy amable al preocuparse por mí - dijo-, pero no había necesidad.

-Tampoco hay necesidad de ser una mártir, ya sea por la reputación de la mesa de nuestra casa o por el bien del sabandija de mi hijo. De ahora en adelante enviarás a un criado.

-No me molesta en absoluto, y a veces disfruto haciéndolo.

-¿Extasis entre los brócoli? Es un placer al que podrás renunciar con facilidad.

Mara reconoció la autoridad en su voz.

-Como gustéis señor.

El le dirigió una mirada penetrante y Mara se la devolvió con franqueza. Era un hombre distinguido, con su cabello plateado y arrugas de humor alrededor de los ojos que brillaban con inteligencia y arrogancia. Así sería Roderic dentro de treinta años, pensó y la idea le causó un espasmo de dolor en el pecho.

-Cuéntame, mademoiselle, ¿ha estado importunándote Roderic desde aquella fiesta gitana?

-En absoluto, señor.

Era cierto. Roderic no había ido a su habitación ni la había hecho llamar desde aquella noche en el carromato. Mara no sabía si alegrarse o entristecerse, como tampoco sabía si la omisión se debía al hombre que iba a su lado o a los extraños principios de Roderic.

-Me parece poco probable.

-Quizá no conocéis a vuestro hijo tan bien como creéis.

-Sé que es un demonio de lengua almibarada, embriagado con la idea que es el centro del universo.

-Se parece mucho a su padre -comentó Mara con voz sumisa.

-Le enloquece el poder y no lo niega, es denso de mente para las cosas que no desea comprender, pero astuto como el que más para planear y urdir traiciones y confundir a sus enemigos. Siempre está dispuesto a meterse en líos y huye del sentido común como si fuera una plaga.

Sus palabras eran acaloradas, pero no contenían resentimiento. Mara le sonrió.

-Y a vos no os gustaría que fuera de ninguna otra forma.

-El no te agradecería que nos compares o que lo defiendas.

-Entonces es una buena cosa que no se le requiera.

El rey la miró con una extraña aprobación. Mara tuvo la fugaz sensación de que había pasado una prueba. Se sintió agradecida por no haberlo sabido de antemano.

Decidió que ahora que estaba a solas con el rey Rolfe, podría hacerle una pregunta que la atormentaba. Respiró hondo y dijo:

-¿Podeis decirme, señor, por qué Roderic está en París?

-Con toda facilidad. Es el eslabón más fuerte y fiable de mi sistema de información. Ha sido así desde algunos años, aunque últimamente se ha estado inmiscuyendo en los asuntos de Europa por motivos propios.

-Si es así..., ¿entonces no estabais vos y él distanciados antes de que él viniera aquí?

-Distanciados no, pero eso no significa que estemos siempre de acuerdo.

Mara meditó sus palabras durante varios segundos.

-¿Puedo preguntaros por qué está recabando información en Francia?

El vaciló, como si estudiara en su mente la prudencia de responderle. Luego habló.

-La estabilidad de cualquier país de Europa se ve afectada por la inestabilidad de otro. Es bueno saber en qué parte se tambalean los pilares.

-¿ Vos no intenvendríais para incrementar o evitar esa estabilidad?

El arqueó una ceja y dijo suavemente:

-¿No?

-Debisteis de saber, entonces, qué hacía Roderic mientras estaba aquí; debeis de tener otras fuentes de información, o no sabríais de mí y no estaría aquí ahora. Si es así, ¿por qué estáis tan enfadado con él?

En lugar de responder a su pregunta, él dijo:

-Es amable de tu parte preocuparte, teniendo en cuenta las circunstancias.

-No es amabilidad. -Mara desvió la mirada hacia la calle.

-Qué felicidad. También tiene cerebro. He sido, quizás, un estúpido, pero tenía buenas intenciones.

-¿Cómo?

Absorto, el rey no respondió.

Los días se tomaron grises nuevamente y comenzó a llover. Semana tras semana, el mal tiempo continuaba. Los miembros de la escolta se entretenían practicando esgrima. Angeline bordaba un gigantesco tapiz, ayudada a veces por Mara y Juliana.

En una mañana particularmente gris, Mara oyó un choque de espadas proveniente de la galería. Había algo extraño en él, una lentitud y vacilación inusuales. Sabía que Michael y Estes habían salido y que los gemelos estaban abocados a la tarea de conquistar a su doncella Lila.

Decidió investigar y entró en la galería.

Se encontró con un espectáculo que la dejó boquiabierta. Solas en la habitación estaban Trude y Juliana, enfrentándose con espadas en cuyos extremos había botones protectores.

Trude vestía pantalones y blusa. Juliana se había puesto una camisa larga sobre una vieja falda, para tener más libertad de movimientos. La princesa levantó la vista cuando Mara entró.

-Entra y únete a nosotras, por Dios. Trude está decidida a enseñarle esgrima a alguien, ¡y tengo los músculos del brazo entumecidos!

-Es bueno poder defenderse -dijo la otra muchacha, dando un paso atrás y bajando la espada. El rasguño en su cara no había dejado ninguna cicatriz. Seguía usando pantalones y obedecía las órdenes de Roderic al igual que los demás, pero su peinado con trenzas se veía más suave, con ondas en las sienes.

-Sí, lo sé, sobre todo cuando se es una princesa en estos tiempos difíciles.-Juliana apoyóla punta de la espada en el suelo y sostuvo la empuñadura con la cadera mientras se secaba el sudor con la cola de la falda.

-Toda mujer debería poder protegerse.

-Estoy exhausta -se quejó Juliana-. Creo que sería más fácil entregarse.

-Pero muy cobarde. Además, entregarse al populacho puede resultar peligroso.

-De acuerdo, no me entregaré, pero exijo refuerzos. ¡Mara, por favor!

-Tengo otra espada -dijo Trude, con una expresión cercana al entusiasmo en su rostro austero-. Seremos las tres mosqueteras.

Y así comenzaron las lecciones. Se llevaban a cabo por la mañana, cuando la galería estaba vacía, puesto que ni Juliana ni Mara deseaban escuchar los consejos y las críticas de los hombres.

Las lecciones abarcaban no sólo esgrima, sino combate cuerpo a cuerpo, lanzamiento de cuchillo y también tiro con pistola. Para practicar con esta última arma, salían hacia las afueras de la ciudad, diciendo a cualquiera que preguntara que se dirigían a visitar una tienda de sedas.

A veces Angeline presenciaba las lecciones y las alentaba, pero se negaba a aprender. Con el tiempo, Mara y Juliana adquirieron fuerza y agilidad y se volvieron bastante hábiles con las diversas armas. Su confianza crecía a la par de su fuerza, y aunque no cometían el error de creer que podían estar a la altura de cualquier situación, tenían la satisfacción de saber que podrían defenderse.

Un noche, al cabo de aproximadamente una semana de lecciones, Mara se despertó de forma repentina. Permaneció inmóvil, escuchando y tratando de identificar qué la había despertado. Finalmente reconoció un murmullo de voces proveniente de la antecámara que daba a las escaleras de servicio. Se levantó y tomó su espada, que estaba sobre un sofá, antes de acercarse a la puerta abierta del vestidor. Atravesó esta habitación y apoyó la mano sobre el picaporte de la puerta que daba a la antecámara.

La retiró de inmediato. Al otro lado de la puerta, se oía claramente la voz del rey Rolfe, cargada de sarcasmo. Casi antes de que terminara de hablar, se oyó la voz de Roderic, irónica y furiosa.

Mara no podía distinguir lo que decían. Le resultaba intolerablemente frustrante no saber lo que sucedía. Aparentemente, Rolfe estaba impidiendo el paso de su hijo a las habitaciones de Mara, pero era imposible adivinar por qué lo hacía y con qué medios. Antes que ella pudiera decidirse a abrir la puerta y averiguarlo, el rey emitió lo que parecía ser un ultimátum, Roderic respondió y las voces se alejaron.

¿Habría estado él a punto de visitarla? Apoyó la cabeza contra la puerta, sacudida por la idea. Más perturbadora aún fue la siguiente pregunta que se le ocurrió. ¿Cuántas otras veces lo habría intentado en vano?

De todas formas, ella no le habría dejado entrar. ¿O sí? El deseo era una cosa extraña, un destructor de la fuerza de voluntad y el sentido moral. Había aprendido demasiado sobre sus propias reacciones como para saber con seguridad qué podía hacer o dejar de hacer.

Se sintió protegida, segura. El manto protector de un rey era un privilegio. Al mismo tiempo, experimentaba una instintiva cautela.

¿Por qué? ¿Por qué interfería? ¿Sería como había dicho Roderic? ¿La protegería Rolfe de las atenciones de su hijo pues no lo consideraba digno de ella? ¿O se lo habría pedido Angeline, por un sentido de responsabilidad maternal hacia la hija de su antiguo prometido? Lo más probable era que se debiera a su posición equívoca: como ahijada de los reyes no podía ser echada de la casa, pero como aventurera que había involucrado a su hijo en un fiasco político y social, debía ser mantenida lejos de él, para impedir que le complicara aún más en sus redes.

Sólo estaba segura de una cosa. No era por razones de decoro y decencia. Rolfe había desterrado esos motivos negándose a que se casaran.

Nada de lo que se le ocurría la dejaba satisfecha. Tenía la sensación de que había algo más que ella no veía. Podría tratarse de algo simple, pero lo dudaba; tanto Roderic como su padre eran demasiado tortuosos como para que fuera así.

Las preguntas la carcomieron durante toda la noche, pero Mara no llegó a atisbar ninguna respuesta. La tarde siguiente, cuando se preparaba para vestirse para la cena, decidió que un baño caliente le aliviaría la tensión de todo el cuerpo. Hizo llamar a Lila y comenzó a soltarse el pelo, sin dejar de pensar en sus problemas.

Al cabo de unos instantes llegó la doncella y al ver la expresión de Mara, le tocó el brazo y dijo:

-¿Por qué tan triste, mademoiselle? Si es porque el príncipe ya no os manda llamar, no os descorazonéis. No lo hace porque no puede.

Mara se volvió rápidamente.

-¿Qué dices?

-El anciano, Sarus, él dio la orden de que ningún criado podía venir a traeros ese mensaje, bajo pena de despido. Dice que las instrucciones provienen del rey.

-Un hombre muy... decidido, el rey Rolfe.

-Exactamente, mademoiselle. No creo que el príncipe os abochornara enviando a alguien que no fuera su propio y discreto valet, pero de todas formas se dio la orden.

Mara sintió una mezcla de furia por la interferencia y una extraña gratitud. Cualesquiera fueran las razones por las que el rey prohibía la intimidad entre ella y Roderic, parecía que los resultados impedirían que ella se convirtiera en la amante perpetua, cosa que temía llegar a ser si seguía sus impulsos.

Y sin embargo, en las noches vacías que siguieron, cuando yacía sola en su cama y el frío penetraba en la habitación, casi se arrepentía de haber sentido esa gratitud.

15

Era hora de regresar a su hogar. Su lugar no estaba en la Casa de Ruthenia. París, con su brillo y bullicio no había sido una cura como había esperado su padre. El dinero que había gastado para enviarla allí había sido desperdiciado. Hubiera sido mejor no haber visto las callecitas sinuosas y las lujosas mansiones de París, los teatros y cafés; y mucho mejor si no hubiera conocido a un príncipe antojadizo a la luz del fuego de un campamento gitano. Dejaría a un lado sus esperanzas vanas, las guardaría como otras muchachas guardaban las zapatillas rotas después de un baile memorable. Regresaría a Luisiana, para encargarse de la casa de su padre cerca de St. Martinville, en Bayou Teche. Con el tiempo olvidaría el dolor, pero atesoraría el placer y la felicidad.

Tomar la decisión era fácil; cumplirla era algo totalmente diferente.

Esa mañana, Mara se dirigió a la habitación de la abuela Hélene para informade de lo que pensaba hacer al día siguiente. Su abuela todavía estaba en la cama y tenía un pañuelo empapado sobre la frente. Varías mantas cubrían su delgado cuerpo.

-No entres. Me he resfriado. No debes contagiarte.

Mara pasó por alto la advertencia y se acercó para tocar la frente de su abuela. Ardía.

-¿Quieres que te traiga té o caldo?

-No, nada, nada. Me siento al borde de la muerte y lo único que deseo hacer es permanecer aquí en la cama.

-Creo que será mejor llamar al médico.

-Si me quieres complacer, no lo hagas; los médicos franceses siempre quieren dar recetas para el hígado, sin importarles lo que a una le pasa. Y yo no tengo ningún problema con el hígado.

La anciana se estremeció y una expresión de dolor le cruzó por el rostro.

-¿Unas gotas de láudano, quizá, para ayudarte a dormir?

-Está bien, si te hace feliz.

Mara ordenó que encendieran el fuego, a pesar de que el día estaba cálido y permaneció junto a su abuela hasta que la anciana se durmió. Luego fue en busca de Angeline.

Enviaron a buscar al médico y este llego al cabo de una hora. La anciana señora estaba enferma, pero su estado no era desesperante. No obstante, era perentorio que a su edad se la mantuviera tranquila y lejos de cualquier corriente de aire. Debía estar en un ambiente cálido y no enfriarse por ningún motivo. Si se seguían estas instrucciones y el funcionamiento de su hígado se mantenía normal, no era probable que contrajera la temida neumonía. Si eso sucedía, se negaba a responsabilizarse por las consecuencias.

-Charlatán pomposo -dijo Roderic mientras la figura del médico desaparecía por las escaleras.

Mara sacudió la cabeza.

-Es culpa mía por insistir para que viniera. La abuela me advirtió cómo sería.

-Cuando amamos, estamos a merced de nuestros temores.

Mara asintió.

-Debo ir a sentarme con ella.

-No la ayudarás en nada, y quizá la molestes. Si quieres ir al pequeño salón junto a su dormitorio, te haré compañía.

Ella le miró, sorprendida.

-Sin duda tienes cosas más importantes que hacer.

-Nada-respondió él con sencillez y tomándola del brazo, la guió hacía el saloncito.

-Te has quedado demasiado delgada -dijo cuando estuvieron sentados en la pequeña habitación.

-Es que no tengo apetito.

El pareció no escucharla.

-Trabajo, pena y una vergonzosa desfloración; no ha sido un tiempo de paz y serenidad para ti.

Ella se miró las manos que apretaba sobre el regazo.

-Vergonzosa, no.

-Generosa. Pero claro, lo fuiste desde el principio. Me ofreciste la mitad de tu manzana.

Ella levantó la vista para mirarle con franqueza.

-Te dije una vez que lamentaba...lo que había sucedido. Pienso que no me creíste. Fue la verdad, lo juro.

-Cooperaste.

-Eso no altera el hecho de que estaba mal utilizarte.

-Quizá lo que estuvo mal fue intentarlo. Pude haberte detenido en cualquier momento con una sola palabra. En lugar de hacerlo, elegí (no a sangre fría, pero sabiendo plenamente cuáles serían las consecuencías) aceptar el obsequio que me entregarías: tú misma. Es por eso por lo que ahora te pido disculpas.

-No tienes por qué hacerlo.

-Por respeto hacía mí mismo, por honor y honestidad... e inseguridad.

Ella parpadeó, sorprendida y arqueó una ceja.

-Jamás te has sentido inseguro en tu vida.

-¿No? Descubriste un extremo de mi temperamento tras el atentado contra Luis Felipe. Injustamente. Hay muchas emociones que me gustaría despertar en ti, pero el temor no es una de ellas.

Un leve rubor subió por las mejillas de Mara. Ella trató de ignorarlo.

-¿Por qué injustamente?

-Quería que confiaras en mí, algo que no podías hacer. En lugar de buscar la causa, monté un espectáculo de orgullo herido y furia. No me ayudó y ahora quizá sea un obstáculo.

-¿Un obstáculo? ¿Para qué?

-Para ganarme tu confianza. Para siempre.

En su rostro había una expresión preocupada. El pelo le caía sobre la frente y Mara tuvo que apretarse las manos para no echárselo hacia atrás. Su aroma limpio y viril y su calor llegaban hasta ella a través del espacio que los separaba. Sólo se le ocurría una razón por la que él pudiera haber pensado que no confíaba en él y, aunque le resultaba difícil explicarla con palabras, deseaba tranquilizarle,

-Si cres que... que he temido responder a tus llamadas en estas semanas, que he tenido miedo de ir, deberías saber que...

-Querida Mara, no ha habido llamadas. Y no ha sido a causa del coloso de mi padre ni de su total impertinencia, sino porque, salvando algunas noches de debilidad, pensaba que merecías algo mejor.

-Ajá. ¿Y que merezco, en tu opinión?

-Desde luego, un príncipe azul, todo aires lánguidos y modales gentiles, que te corteje lenta y placenteramente.

¿Por qué no podía expresar con palabras sencillas lo que realmente quería decir? En ese momento, su abuela la llamó y Mara tuvo que acudir, preguntándose si Roderic había hablado de sí mismo o de un príncipe azul en forma abstracta, un hombre que la cortejara en la forma usual y finalmente se casara con ella. ¿Estaría, en efecto, renunciando a ella? Se había tomado muchas molestias para explicarle que él también era responsable de su propia seducción; que no le guardaba rencor y que deseaba lo mejor para ella. Eso era todo. Y no la consolaba en absoluto.

Con el transcurrir de los días, la tensión creció en la ciudad. Una tarde Mara salió con Juliana y Trude a visitar una perfumería en los callejones de Le Marais. Había oído decir que allí vendían una fragancia llamada Jardín Criollo, que combinaba los aromas de un jardín de Nueva Orleans: gardenias, madreselvas y helechos. Quería probarlo y obsequiárselo a Hélene, para que se le aliviaran los días que debía pasar en cama. Además, serviría muy bien para tocar el tema de conversación del regreso a Luisiana.

La tienda no estaba lejos; un mero paseo de diez minutos. Decidieron no ir en coche y como no había nadie en la casa, no llevaron escolta. Estarían seguras las tres juntas, sobre todo dado que la excursión sería breve. El paseo resultó pacífico y placentero. Al regreso, Mara llevaba el pequeño frasco en su bolso y las tres disfrutaban de las diversas fragancias que habían probado en distintas partes del cuerpo.

Al doblar una esquina, vieron de pronto que la calle estaba vacía, cosa que no había sido así cuando dejaron la perfumería. En alguna parte, oyeron que una puerta se cerraba y que alguien corría el cerrojo.

Mara intercambió una mirada con Juliana y ambas se volvieron hacía Trude.

-Será mejor que nos demos prisa -dijo ésta, con expresión adusta. Tenía una mano en la empuñadura de la espada y su mirada penetrante no se perdía nada de lo que pasaba a su alrededor.

Caminaron más rápido. De pronto, delante de ellas oyeron voces que entonaban una marcha. Al acercarse, identificaron las palabras de «La Marsellesa». La cantaban voces femeninas y masculinas, potentes e iracundas.

-Es una manifestación. Rápido, retrocedamos hacía el otro lado -dijo Trude, pero fue demasíado tarde.

Una multitud de hombres y mujeres, armados con palos y otras armas rudimentarías, apareció delante de ellas por una intersección de calles. Vieron a las dos mujeres vestidas de luto por la

muerte de la hermana del rey y lo que parecía ser un joven con un brazalete negro. Avanzaron hacía ellas chillando y blandiendo las armas.

-¡Aristos! ¡Opresores del pueblo! ¡Tras ellos! ¡Tras ellos!

Trude sacó su espada y empujó a Mara y Juliana.- Daría mis diamantes por tener mi espada aquí y ahora.

-¡No puedes detenedos! ¡Son demasiados! –gritó Mara, tomando a Trude del brazo y arrastrándola tras de ellas-. ¡Vamos!

Trude distaba mucho de ser cobarde, pero conocía el valor estratégico de la retirada cuando las posiblidades estaban en contra.

Retrocedió unos pasos, luego se volvió y echó a correr.

Aullando y chillando como perros tras una presa, la masa comenzó la persecución.

La dirección que habían tomado las muchachas las internaba cada vez más en Le Marais. Era necesario regresar hacía el río y la Casa de Ruthenia. Trude indicó un callejón y se metieron en él. Mientras corrían, Trude cortaba con la espada las cuerdas de donde colgaba ropa húmeda para impedir el avance de sus perseguidores. Ganaron algo de tiempo, pero no mucho. Cuando salieron del callejón, la turba las seguía de cerca. Juliana, sujetándose las faldas por encima de las rodillas, corrió hacía una patisserie.

-¡Aquí!

El propietario las vio venir y trató de cerrar la puerta. Trude la embistió con el hombro, arrojando al hombre hacia atrás. Atravesaron la tienda, derribando mesas con tortas y masas. Entraron en la cocina y sin prestar atención a los gritos atemorizados de los empleados, salieron por la puerta trasera y se metieron en un nuevo callejón.

Mara sentía un dolor en el costado y tenía una nube roja delante de los ojos. No podría mantener ese ritmo mucho más tiempo. Oyó jadear a Ju1iana a su lado y supo que la muchacha estaba en las mismas condiciones que ella, aunque Trude apenas parecía agitada.

Su única esperanza era ganar tiempo para encontrar refugio donde ocultarse, pensó Mara. Estaban cerca de la Casa de Ruthenia, pero aún faltaban cinco o seis calles. Todas las puertas de las tiendas y casas estaban cerradas. En la acera quedaban las mercancías que habían sido olvidadas en la prisa por cerrar puertas y ventanas. No había donde ocultarse. Detrás de ellas, los gritos de la multitud se acercaban.

Entonces, delante de ella, lo vio. Lanzó una carcajada. Cuando las otras dos la miraron, sólo pudo señalar con el dedo y aumentar la velocidad.

La tienda de accesorios para hombres estaba cerrada, pero fuera había un perchero con prendas de todo tipo. Había un estuche con pesadas cadenas para chalecos y también bastones con mangos de plata y oro, de marfil y ébano. y en otra zona había bastones con espadas.

Mara y Juliana se arrojaron sobre ellas, haciendo girar las perillas y arrojando a un lado las que no abrían, hasta que por fin, con un grito triunfal, extrajeron una delgada espada de la vaina.

-En la calle --dijo Trude con serenidad-. Hay más sitio allí.

La jauría divisó a las presas y avanzó hacía ellas. Mara, hombro con hombro con Juliana y Trude, tomó conciencia de pronto de que todavía le colgaba el bolso de la muñeca. Lo arrojó hacía un costado y fue a dar cerca de una puerta. Un niño de unos nueve o diez años asomó la cabeza y luego corrió a tomar el bolso.

-Lo que hay dentro es para ti -gritó Mara- si llevas un mensaje a la Casa de Ruthenia. Diles que vengan.

-Diles: A moi! A moi! -agrego Trude.

Era el antiguo grito de batalla para pedir ayuda. A mí. Vengan a mí. Ayúdenme. La escolta no fallaría. Si el niño llevaba el mensaje. Si le dejaban entrar. Si los hombres habían regresado.

Mientras tanto, sólo estaban ellas.

La turba corría hacía ellas.Más cerca,más cerca. Gritaban y los ojos les brillaban de odio y sed de sangre. Agitaban sus armas. Más cerca. Más.

-En guardia -dijo Trude en voz baja.

Las tres hojas se elevaron, luego bajaron y se nivelaron. Estaban listas.

Los que iban delante en la multitud, se sorprendieron tanto ante el espectáculo que tenían delante que detuvieron la marcha. Los de atrás los embistieron arrojándolos a pocos centímetros de las puntas de espadas. Hubo un momento de griterío y confusión.

De repente, la jauría se dividió. Media docena de hombres saltaron hacía adelante. Avanzaron hacia las mujeres con los palos en alto y mostrando los dientes. Mara se lanzó hacia los dos que se cernían sobre ella. Se agachó para esquivar el primer golpe y descargó un sablazo a las piernas del hombre. Este aulló y saltó hacía atrás. Mara se recuperó, giró y lanzó una estocada hacia el abdomen del segundo hombre. El retrocedió y el palo rozó el hombro de Mara. Ella no sintió el golpe, concentrada sólo en el cuchillo que el individuo sostenía en la otra mano. Dirigió la espada hacia los brazos del hombre. Este se agarró la muñeca con un grito y dejó caer el cuchillo, mientras se miraba los dedos ensangrentados. La multitud se cerraba alrededor de ellas, rodeándolas. Trude, con los ojos birllantes por el fuego de la lucha, exclamó:

-¡Espalda contra espalda! ¡Los detendremos!

Con movimientos ágiles, Mara y Juliana giraron y las tres formaron un triángulo con las espaldas juntas, protegiéndose entre ellas de los ataques por la espalda. Una y otra vez, se defendieron de los ataques. Dos hombres yacían heridos en el suelo. Otro se arrastraba, cubriéndose una herida en el cuello. El ataque se tornó más lento y su frecuencia disminuyó.

La turba, histérica y sedienta de venganza, comenzó a proferir gritos.

-Apedreémoslas! -chilló una mujer-. ¡Veremos si se pueden defender de las piedras con sus espadas!

Comenzaron a recoger las piedras de la calle, pesadas como ladrillos. Las infalibles armas del proletariado.

Si permanecían allí, las muchachas caerían en pocos segundos. Si corrían, las atraparían como perros a un zorro. Quedaba sólo una forma de defenderse.

-¿Atacamos? -preguntó Mara por lo bajo.

-Atacamos -replicó Trude.

Las tres se miraron, con los ojos llenos de furia, determinación y terror. Gotas de sudor les corrían por el rostro y las piernas les temblaban. Tenían la ropa manchada de sangre y la manga del uniforme de Trude estaba desgarrada. Sentían los brazos y hombros tan entumecidos que no sabían si responderían a las órdenes de sus ccrebros.

De pronto, sonrieron y ágiles como resortes, se arrojaron, gritando, directamente sobre el grupo más denso de atacantes.

Los hombres y mujeres se dispersaron, dejando caer las armas mientras corrían. Pero detrás del trío se oían pasos rápidos, acercándose para asestar el golpe mortal. Las muchachas se volvieron.

Los hombres detrás de ellas resbalaron al detenerse violentamente, retrocediendo y levantando las manos que sostenían fulgurantes espadas. Los uniformes inmaculados brillaban al sol.

Estes, que tenía la punta de la espada de Trude casi entre los ojos, lanzó una maldición.

Luca, devorando a Juliana con la mirada, sacudió la cabeza con admiración.

-¿A moi? -dijo Roderic y tras de recorrer con la mirada los rostros sorprendidos y furiosos de las muchachas, lanzó una carcajada.

16

-¡Estuvisteis magníficas, invencibles! Un trío de guerreras -declaró Estes esa noche delante del resto de la escolta, Rolfe y Angeline.

-Todas para una y una para todas -bromeó Juliana.

-Eran tan dueñas de la situación que casi no necesitaron nuestra ayuda.

Mara esbozó una sonrisa burlona al recordar y sacudió la cabeza.

-Yo no diría eso.

Jamás olvidaré el horror del momento en que ese chiquillo maloliente vino corriendo y

agitando vuestro bolso, mademoiselle Mara, al tiempo que gritaba: ¡A moi! ¡A moi! Creí que se me detendría el corazón.

-¿Maloliente?

-Apestaba con una esencia absolutamente espantosa.

-¡El perfume de la abuela! Debió de romperse cuando arrojé el bolso al suelo. Lo olvidé por completo.

-¿Cómo hiciste? -murmuró Roderic, de pie detrás de la silla de Mara.

-Imaginaos nuestro espanto -prosiguió Estes cuando acudimos a socorrer a mademoiselle Mara sin ni siquiera detenemos a preguntar quién estaba con ella y nos encontramos con las tres damas sitiadas, rodeadas de hombres muertos, pero en grave peligro. Antes de que pudiéramos dar a conocer nuestra presencia, las damas se abalanzaron contra el enemigo. Jamás vi algo tan valiente, tan emocionante, tan...

-¿Tan arriesgado? -sugirió Roderic.

-¿Qué querías que hiciéramos? -replicó su hermana-. ¿Dejar que nos apedrearan? ¿Arrodillamos y rezar? No había alternativa.

-Y cuando íbamos a ayudarlas -continuó Estes se volvieron sobre nosotros como si quisieran cortamos el corazón por haberles arruinado la fiesta.

-Y tú te reíste -le acusó Trude.

-Fue por el alivio de ver que estabais ilesas –acotó Luca inesperadamente.

-No le creáis -replicó Juliana-. Era por lo desaliñadas que estábamos.

-Desaliñadas, sitiadas, pero infinitamente tiernas.

Juliana, volviéndose sorprendida para mirar al gitano, se sonrojó de pronto ante algo que vio en las profundidades de sus ojos.

-De ahora en adelante -anunció Roderic con tono cáustico- ninguna mujer saldrá de esta casa sin una escolta adecuada de al menos dos miembros de la escuadra, y en lo posible, tres. Aun así, sólo saldrán en coche. Los miembros de la escolta saldrán siempre de dos en dos. Sin excepciones.

Angeline se inclinó hacia adelante, frunciendo el ceño.

-¿Es realmente necesario, nada más que por unas pocas manifestaciones callejeras?

Su hijo se volvió hacia ella, pero su expresión no se suavizó.

-Anoche, la Comedia Francesa cerró sus puertas.

La Comedia Francesa el teatro más importante de París, sólo cerraba sus puertas cuando el desastre era más que imninente. La ciudad había aprendido a guiarse por él en las últimas décadas de incertidumbre. Cuando el teatro cerraba, los parisinos se refugiaban en sus casas y aguardaban que se desatara la tormenta.

-¿Y yo, hijo mío?

La pregunta venía de Rolfe. Si había un desafío en sus palabras. Roderic se negó a morder el anzuelo.

-Vos, señor, haréis, por supuesto lo que más os plazca. Pero me gustaría consideraros como uno de la escuadra, disponible para hacer de escolta si es necesario, o para cumplir con cualquier otra tarea.

Mara aguardó que llegara la explosión. Pero había subestimado al rey de Ruthenia y la sagacidad de su hijo. La pregunta de Rolfe no se refería a su dignidad, sino a una determinada obstinación por participar de la crisis.

Fue Juliana la siguiente en requerir la atención de Roderic.

-¿Y qué hay del perfume de Mara? No me resulta demasiado atractiva la idea de repetir la salida, aunque sea acompañada.

-Yo se lo conseguiré -dijo Roderic.

-No es necesario -se apresuró a replicar Mara.- Puedo ir yo, si alguien,quizá Jared o Jacques me acompaña.

-Iré yo.

Tan acerada era la voz de Roderic que ella no insistió. ¡Qué hombre obstinado! Que fuera, si era lo que quería. Enrealidad, ella no deseaba repetir la excursión; la idea le hacía sentir calambres

en el estómago. Pero él no podía saber eso, ¿verdad?

Le echó una mirada subrepticia y vio que la observaba con una expresión divertida en los ojos.

Esa noche, a la hora de la cena, Roderic, fiel a su palabra, llevó el perfume a Mara. Ella estaba con la abuela Hélene. Roderic golpeó a la puerta del salón y luego de entrar, hizo pasar a un ejército de criados. Uno traía el perfume sobre un almohadón de terciopelo azul; el segundo traía un enorme ramo de flores y el tercero una guitarra. Detrás de ellos venían más sirvientes con bandejas de comida, platos y cubiertos.

-¡Has venido a alegrar a la inválida! ¡Qué maravilla! -exclamó la abuela desde su habitación.

El se acercó a la cama y se llevó una mano de la anciana a los labios.

-Entre otras cosas -respondió.

Hélene le echó una mirada penetrante.

-Si piensas que me quedaré dormida después de una copa de champan, te llevarás una sorpresa.

-Eso espero -replicó él.

La cena estuvo deliciosa y Roderic entretuvo a la anciana con el relato de la aventura del día y del papel que había desempeñado Mara en ella, minimizando lo sucedido y agregando notas de humor. Cuando terminaron de comer, con la guitarra tocó varias melodías, variando de Mozart a un bolero español y luego a una serenata normanda.

Cuando finalmente apartó los dedos de las cuerdas, la anciana dormía plácidamente. Mara y Roderic salieron juntos de la habitacióny pasaron al salóndespués de cerrar la puerta detrás de ellos.

-Eres un demonio -dijo Mara en voz baja.

-¿Por acunar a una dama con vino y música y dejarla soñando?

-¡Lo has hecho a propósito!

-¿Para qué, Mara? ¿Para hacerte el amor sobre ese sofá tan incómodo? ¿Para ganarme tu corazón a través de tu abuela?

-No seas absurdo.

-No, querida. Si yo te cortejara, no lo haría con perfidia. Ni con perfumes, ni serenatas, ni flores. –Extendió una mano y le rozó la mejilla. -Sería con algo exquisito, único, inmaculado.

Ella apenas si se atrevió a levantar la mirada.

-Entonces debo darte las gracias por entretener a la abuela y por todos tus obsequios, sobre todo por tu música. Te estoy realmente agradecida por tanta amabilidad.

-Palabras encantadoras, chere, pero no es tu gratitud lo que quiero. -Se llevó una mano de Mara a los labios, le deseó buenas noches suavemente y se marchó.

Mara permaneció varios minutos allí donde estaba. Luego fue a ver a su abuela, la tapó bien con las mantas, apagó la lámpara y pasó a su propio dormitorio.

Lila se acercó para ayudada a desvestirse. Cuando terminó de ponerse el camisón, Mara bostezó y se dirigió a la cama.

Había algo sobre la almohada. Era una flor, una camelia rosada. Cada pequeño pétalo era perfecto, al igual que las hojas que rodeaban la flor.

«... algo exquisito, único e inmaculado...

Mara se volvió hacia la doncella.

-¿De dónde ha salido esto?

Lila se encogió de hombros.

-No lo sé, mademoiselle. Estaba aquí cuando vine.

Roderic. No podía haber otra explicación. ¿Sería ésta una señal de que la cortejaba? ¿Con qué propósito? El mismo le había dicho que su padre había planeado una alianza política para él desde su nacimiento. ¿Acaso trataría de convencerla de que se convirtiera en su amante permanente? ¿Creería realmente que ella podría aceptar ese ofrecimiento y ser feliz en esa situación?

¿Y lo creía ella?

Roderic le había propuesto matrimonio. Lo había hecho porque era conveniente y porque la deseaba.¿Seguiría pensando en conseguir que se casara con él a pesar de la oposición de su padre?

¿Cómo saber la verdad?

A pesar de las restricciones en las salidas, la noche siguiente, cuando se anunció la cena, Juliana no apareció por ninguna parte. Nadie sabía dónde estaba. La habían visto por última vez caminando con Luca por la galería esa tarde. Fue cuando la escuadra se dispuso a salir en su busqueda, cuando notaron que tampoco estaba el gitano.

Roderic y sus hombres salieron a registrar la ciudad, preocupados por la suerte que podría haber corrido la princesa. Un rato después, Mara notó otra ausencia: Demonio no estaba.

Lo más natural parecía buscar a Sophie, la perrita de Juliana. Le faltaba poco tiempo para dar a luz y últimamente solía pasar gran parte del tiempo recostada en su cesto en la habitación de Juliana o acurrucada junto a Demonio delante del fuego. No estaba en ninguno de esos lugares.

Los criados recibieron la orden de registrar toda la casa en busca de los animales. Ningún rincón debía ser pasado por alto y no debían cesar hasta encontrarlos.

Al final, todo resultó absurdamente fácil. Juliana y Luca aparecieron sentados en un banco en uno de los patios. Estaban envueltos en una manta, descansando de su trabajo de comadronas. En un depósito, allí, cerca, sobre unas lonas, estaba Sophie con cuatro cachorritos, vigilada atenta y orgullosamente por Demonio.

Cuando los miembros de la escolta regresaron, Juliana y Luca ya estaban en el salón, junto con la nueva madre y sus hijos.

La puerta se abrió con violencia. Entraron Roderic y Rolfe, seguidos por Estes, Michael, Trude y los gemelos. El príncipe y su padre estaban exhaustos y la preocupación se convirtió inmediatamente en furia.

Luca y Juliana se pusieron de pie, pero fue el gitano quien habló.

-No hay excusas para el revuelo que hemos causado, así que no daremos ninguna.

Una buena táctica; te felicito -dijo Rolfe con sarcasmo-. De todos modos, confío en que haya una explicación.

Juliana respondió.

-No oímos a nadie llamándonos.

-Y tampoco os disteis cuenta de que oscurecía...

-Estaba oscuro en el depósito, y con la emoción del nacimiento perdimos la noción del tiempo.

-¿El nacimiento?

-De los cachorros de Sophie.

Su padre echó una mirada a los perros. Luego, con deliberación, clavó los ojos sobre el hombre que estaba junto a Juliana.

-Bastardos -terció , el vil resultado de la unión de una hembra de pura sangre con un macho de ninguna estirpe.

Mara vio que Roderic fulminaba a su padre con la mirada. Junto a ella, Angeline contuvo el aliento. Juliana dio un paso adelante.

-Una infusión de saludable sangre plebeya a veces resulta beneficiosa para una raza pura pero debilitada.

-Y otras veces, fatal -replicó Rolfe.

Juliana abrió la boca, pero Luca apoyó una mano sobre su brazo, deteniéndola.

-Vuestra hija es hermosa, cálida e inteligente, señor -dijo, pero sé bien, que no es para mí.No hay necesidad de que me lo digais. Ni de que me quede para escucharlo.

Se apartó de Juliana y avanzó hacia la puerta.

-Aguarda -dijo Roderic-. Eres un miembro de la escolta. No puedes renunciar sin permiso, y yo no te lo otorgo.

El gitano se volvió y con dedos rápidos, desabotonó la chaqueta del uniforme, y la arrojó sobre la mesa.

-Quizá no pueda hacerlo con honor. ¿Pero qué es el honor para un gitano plebeyo?

-¡Luca! -exclamó Juliana, pero él no respondió. Abrió la puerta y se marchó de la habitación.

Angeline se puso de pie y con porte majestuoso y fastidio en los ojos se enfrentó a su marido.

-Esa es una gran pérdida. Se hará sentir.

Rolfe respondió, hablando como si estuvieran solos.

-Era necesario. Debe elegir entre tener la luna como baldaquino o uno de seda polvorienta.

Al día siguiente, hubo incesantes manifestaciones y marchas por las calles. Roderic y la escolta partieron al amanecer y no regresaron. Rolfe recibió una invitación para hablar con el rey sobre el curso de acción a seguir. Las mujeres quedaron solas.

Mara estaba sentada delante del fuego, preocupada por lo que podrían estar haciendo Roderic y los demás en las calles, cuando alguien golpeó a la puerta.

-Disculpad, mademoiselle -dijo una criada cuando Mara abrió Teneis una visita.

-¿Quién es?

-Sólo ha dicho que se trata de una suma de dinero que le debe su abuela. Le he indicado que esperara en la antecámara, abajo, pues parece tratarse de un comerciante. ¿He hecho mal?

Mara, muy rígida, sacudió la cabeza. De Landes. No podía tratarse de otra persona. Su mayor deseo era hacer que los criados le echasen, pero no podía causar un escándalo. Tendría que oírle.

De Landes se puso de pie al verla entrar. Le acompañaba un joven corpulento, de expresión ausente.

-Qué encanto --dijo de Landes, acariciándose la barba-. Parecéis estar muy bien instalada aquí con el príncipe.

-Eso no es asunto vuestro. ¿Para qué habéis venido?

-Madame Delacroix me debe una suma de dinero. He oído que estaba enferma y no he querido molestarla. Vos y yo ya hemos tratado antes y podremos volver a hacerlo.

-La deuda de mi abuela ha sido pagada hasta el último centavo. Más no podéis esperar, aunque el resultado del atentado no haya sido el que vos esperabais. Mara se volvió hacia la ventana. Se le había ocurrido una idea. Quizá pudiera averiguar qué le había sucedido realmente esa noche y qué papel había desempeñado Roderic. Por encima del hombro, dijo: -Ya teneis vuestra revolución. ¿Qué más queréis? Yo ya no puedo seros de utilidad.

-Eso dejadlo en mis manos.

Sus palabras se oían más cerca, llenas de satisfacción. Mara tomó conciencia de lo aislada que estaba allí con esos dos hombres. Comenzó a volverse. Sintió un olor penetrante y dulzón. Manos férreas la sujetaron de los brazos y le apretaron un trapo mojado contra la cara. Ella trató de gritar y se ahogó. Tosió, tratando de respirar. Sintió que la levantaban y, como en sueños, se dio cuenta de que la transportaban y luego la dejaban caer sobre una superficie dura, que parecía ser el asiento de un coche. La oscuridad descendió, borrando la luz, la tarde, todo.

17

El frío le calaba los huesos, enredándose en sus articulaciones. Tenía los pies entumecidos y no sentía los dedos. Mara emitió un gemido y abrió los ojos.

Estaba tumbada boca abajo sobre un colchón cubierto con una manta maloliente. La habitación parecía ser un altillo. Era pequeña y no contenía más que una silla desvencijada y una vieja mesa de madera. Por las ventanas se divisaba el color gris del atardecer. Hacia frío y la habitación estaba húmeda.

Trató de moverse, de darse la vuelta, pero el dolor en las manos y los pies se lo impidió. Estaba atada y las cuerdas le desgarraban la piel. Apretó los dientes y poco a poco, se volvió hasta quedar de espaldas.

El dolor se calmó y Mara comenzó a recordar. De Landes. El olor horrible de alguna droga. El carruaje.

¿Dónde estaba? No había forma de adivinarlo. Cerró los ojos y escuchó. Un niño lloraba. Una puerta se cerró en alguna parte de la casa y el llanto cesó. Un murmullo distante se fue acercando hasta convertirse en gritos de hombres en la calle.

Todavía estaba en París, entonces. A juzgar por la apariencia de la habitación se encontraba en una de las zonas más pobres. Quizás estuviera en la Rive Gauche, cerca del Barrio Latino. Pero

no había forma de saberlo.

Como tampoco podía saber por qué la habían secuestrado. ¿La utilizarían como rehén para obtener el dinero de la deuda de su abuela? Recordó que Hélene una vez le había contado que, en una ocasión, Angeline había sido capturada y usada como carnada para atraer a Rolfe. El había entrado en la trampa por ella, sacrificándose voluntariamente. ¿Eso no podría volver a suceder? Además, existía una diferencia. Rolfe amaba a Angeline, mientras que Roderic ya ni siquiera la deseaba. De Landes se sentiría desilusionado.

Se oyeron pasos, luego el ruido de una puerta y apareció una mujer. Era tan ancha como alta con cabello gris muy rizado y un delantal sucio sobre el enorme vientre. Se asemejaba mucho al muchacho que había ayudado a de Landes a secuestrar a Mara; quizá fuera su madre. La mujer gruñó al ver que ella estaba despierta y luego dio la vuelta para marcharse.

-¡Esperad! -exclamó Mara-. No os vayáis.

Fue como si no hubiera hablado. La puerta se cerró y los pasos se alejaron.

Mara cerró los ojos, sumida en la desesperación. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que su ausencia se notara en la Casa de Ruthenia? Sólo la doncella sabía que ella había hablado con de Landes y aun así, no conocía el nombre de éste. Nadie había visto cómo se la había llevado. Pasarían horas hasta que alguien la echara de menos. Después del pánico inútil que se había desatado alrededor de la ausencia de Juliana unos días antes, era muy problable que todos esperaran tranquilamente a que ella apareciera por su propia cuenta.

Tan concentrada estaba en sus pensamientos que no oyó el ruido de pasos. El ruido de la puerta al abrirse la hizo volver la cabeza. No se sorprendió al ver a de Landes precediendo a la mujer gorda.

-Así que estáis despierta. Vuesta capacidad de recuperación es asombrosa, aunque bienvenida.

Mara se incorporó hasta quedar sentada.

-No logro entender por qué -dijo, tratando de controlar su voz.

-Porque voy a utilizaros, por supuesto.

-¿Para qué?

-Para convencer al príncipe Roderic de que llegue a un arreglo. Lo hará, si valora vuestra seguridad, mademoiselle.

-Vuestras ideas respecto a cómo conseguir lo que deseais parecen ser algo limitadas.

El apretó los labios, fastidiado.

-¿Por qué abandonar un medio tan efectivo? Vos hicisteis lo que yo deseaba para salvar a vuestra abuela. Vuestro príncipe hará lo mismo por vos.

-¿Qué os hace pensar de esa forma? ¿Qué os hace pensar que a él le importa lo que me suceda

-Habéis compartido su cama.

Sólo por unos días. La relación no duró.

-Qué lamentable para vos.

-En absoluto. Me alegró librarrne de una obligación.

-Veo que os sentís rechazada. Entonces no os importará que no le trate... bien del todo.

Mara se encogió de hombros.

-Haced lo que queráis, pero él no vendrá.

-Le han enseñado desde la cuna que el deber está por encima de todo. Como vos gozabais de su protección, se sentirá obligado a venir.

-Si vuestro fin es la venganza, creo que ya es tarde.

-Jamás es demasiado tarde para la venganza. Como soy un hombre paciente, decidí esperar hasta el momento justo.

-Si creéis que podéis hacer daño a Roderic impunemente, me temo que lo subestimáis.

-¿Hacerle daño? Querida, tengo la intención de matarle.

Mara lo había sospechado desde un principio, pero de todos modos, las palabras en boca de de Landes la aterrorizaron. Podía suceder. Un príncipe extranjero encontrado muerto, víctima aparente de una manifestación callejera. Se presentarían las disculpas a Ruthenia, se prometería una investigación y todo terminaría allí.

De pronto se le ocurrió una idea vaga, atrevida. ¿Podría hacerlo? ¿Resultaría, o repercutiría sobre ella y Roderic empeorando las cosas más aún?

-¿Eso os bastará? Pensé que una humillación pública sería más satisfactoria.

De Landes dio un paso hacia ella.

-¿De qué estáis hablando?

-¿Por qué iba a decíroslo estando aquí atada y aterida? ¿Por qué iba a hablaros cuando tengo la boca seca como algodón?

El francés la miró largamente. Luego hizo un gesto a la mujer.

-Suéltala. Trae vino, o lo que tengas.

La mujer obedeció. Mara se masajeó las manos y movió los pies para hacer que la sangre circulara nuevamente. Luego se cubrió con la manta y se apoyó contra el respaldo de la cama antes de beber el vino.

-Vete -dijo de Landes a la mujer-. Deja las cuerdas.

No confiaba en ella y quería que eso le sirviera de advertencia. Así sería.

-Ahora -prosiguió de Landes cuando la puerta se cerró-, habladme de esta encantadora traición que teneis en mente.

-Desde luego, ¿pero no deberíais estar preparándoos para la llegada del príncipe?

-Dentro de unos momentos, vos enviaréis un mensaje. Hasta entonces, no es necesario que pensemos en él.

-Muy astuto.

El le lanzó una mirada sarcástica, al tiempo que se alisaba el bigote. Mara se miró las manos, tratando de decidir si lo que hacía era lo correcto. Debía confiar en su instinto De algo estaba segura. No soportaría que hicieran daño a Roderic por culpa suya, por acudir a socorrerla. Pero eso no sucedería. Lo impediría a toda costa.

-Vamos, ¿de qué sirve arrepentirse? A menos que hayáis descubierto que no deseais hacerle lo que él os ha hecho.

-Estaba pensando -dijo Mara lentamente- que si actuáis con rapidez y precisión, quizá logréis que ejecuten al príncipe.

-¿Que le ejecuten?

-Por espía.

-¿De verdad? -respondió él, sin poder ocultar la satisfacción en su voz.

-Como supongo que vos sois legitimista, pienso que reforzaríais la posición de vuestro partido si lograrais capturar a líderes reformistas que causan la inestabilidad actual antes de que puedan moverse para derrocar a Luis Felipe ¿verdad?

El inclinó la cabeza, pero Mara vio la codicia de poder en su mirada.

-Por supuesto -prosiguió-, vos podríais obtener la colaboraciónde otros conspiradores para este golpe, pero ellos compartirían el honor...

-¿Y dónde podría encontrar a estos reformistas?- inquirió de Landes.

Confianza. La confianza era la piedra angular de lo que estaba haciendo. Confianza de que podría persuadir a de Landes de que la liberara una vez que los dados estuvieran echados. Confianza de que Roderic podría sacar ventaja de lo que ella hacía. Había creído quejamás podría depender de él. Se había equivocado. La idea le dio valor.

-Se reunirán dentro de tres noches en la Casa de Ruthenia.

Una sonrisa se dibujó en los labios del francés.

-Excelente -dijo, poniéndose de pie-. Dije hace un tiempo que trabajábamos bien juntos. De haber sabido cuán bien lo hacíamos, podría haber manejado las cosas de forma diferente. Podría haber confiado en vos, compartido los detalles del problema. Nuestra relación podría haber sido más... íntima..

Mara se obligó a sonreír con audacia.

-¿Por qué no compartís ahora los detalles del plan para capturar al príncipe?

-Eso es algo sobre lo que hablaremos después de esta noche, querida Mara. -Apoyó una rodilla sobre la cama y Mara levantó una mano para protegerse. El le torció el brazo y con una

sonrisa cruel, la obligó a acostarse, al tiempo que le oprimía un pecho con la otra mano. Mara lanzó una exclamación de miedo y dolor.

En ese instante, la puerta se abrió de golpe, Roderic apareció con una pistola en la mano y el rostro duro como una máscara. Detrás de él venía Michael, también armado.

-Conversando amigablemente como dos campesinas -se burló Roderic.

De Landes lanzó una maldición y se apartó de Mara. Ella se puso de pie y palideció. ¿Cuánto habría oído Roderic? Era imposible que pudiera comprender y, sin embargo, ella clavó los ojos en él obligándole con su fuerza de voluntad a que lo hiciera.

La mirada azul de él se encontró con los ojos suaves y suplicantes de Mara. Algo se relajó en el interior de Roderic y él sintió como si Mara estuviera poniendo sus dedos frescos sobre la superficie sensible de su mente. Aceptó ese contacto, esa aceptación ilimitada y vacilante dependencia, y se volvió hacia ella con frialdad:

-¿Qué estabas diciendo, antes de que te interrumpiéramos de forma tan grosera?

-Nada, sólo trivialidades -respondió Mara, obligándose a sonreír-. ¿Cómo me has encontrado?

-La casa estaba vigilada como medida preventiva desde hacía varios días. Te vieron salir y te siguieron, suficiente. Salgamos de aquí. ¿A no ser que prefieras quedarte?

Nada en él delataba preocupación por ella o placer por haberla encontrado. Sólo su deber le había obligado a venir, sumado al hecho de que desconfiaba de la discreción de ella. Su actitud era un golpe, pero Mara sabía que serviría para convencer a de Landes de lo que había dicho.

Salieron y Roderic cerró la puerta con llave. Envolvió a Mara con su capa y le rodeó la cintura con el brazo, obligándola a correr. Bajaron interminables escaleras y por fin se encontraron afuera.

-¿Puedes caminar? -preguntó Roderic-. Un carruaje podía resultar sospechoso esta noche, con tanta gente por las calles.

-Sí, ahora sí -respondió Mara y echó a andar junto a los dos hombres.

-¿Ahora? -dijo Michael, mirándola con curiosidad.

-Estaba atada. Las cuerdas estaban demasiado apretadas.

-¿Y convenciste a de Landes de que te las quitara? ¡Qué coraje! Me siento apabullado y orgulloso. ¿Tú no, Roderic?

-Infinitamente -respondió el príncipe, vigilando la calle sin mirar a Mara.

Ella respiró hondo y dijo:

-Debo decirte algo.

-Ahora no. Todavía no hemos salido de ésta.

-¡Pero es importante!

-También es importante que sigamos enteros.

Había oído lo que Mara y Michael se habían perdido al hablar: el murmullo distante de una muchedumbre. Se acercaba, como un mar oscuro.

-Michael, te unirás a este grupo para ver quiénes son y adónde se dirigen.

Michael debía de estar preparado para algo similar, pues no vestía el uniforme, sino que llevaba una chaqueta gastada y pantalones oscuros. Al recibir las instrucciones del príncipe, se deshizo de su capa, y sacó una gorra del bolsillo. Se la puso y se fue calle abajo, con las manos en los bolsillos como si no tuviera ninguna preocupacion.

La multitud se acercaba. Eran estudiantes, artesanos y empleados. Había algunas mujeres y se oían risas y gritos. No parecían demasiado violentos, pero sus voces sonaban desafiantes. Pasaron junto a Michael y con una broma y una pregunta, él se les unió.

Roderic y Mara salieron de donde se habían refugiado y tomaron la dirección contraria. No habían recorrido más que un centenar de metros cuando se toparon con otro grupo de hombres que gritaban y maldecían.

-Al jardín -dijo Roderic-. Por aquí.

Cuando el grupo de manifestantes se alejó, salieron y se dirigieron hacia el Sena. Mara estaba cansada, pero no quería quejarse. Estaba libre, en lugar de atada de pies y manos en un cuartucho maloliente. Y estaba con Roderic.

Se estaban acercando al Puente Nuevo, cuando de pronto, la muchedumbre pareció brotar del

suelo. Salía del sótano de una tienda. Eran pocos, pero su apariencia era aterrorizadora.

Llevaban las caras pintadas como indígenas y agitaban hachas y cuchillos al tiempo que aullaban y gritaban.

No había forma de esquivados ni de sobrepasarlos. Estaban armados y sería un suicidio para Roderic tratar de abrirse camino, aunque quizá lo hubiera intentado de haber estado solo. Se detuvo y puso a Mara detrás de su cuerpo.

Justo cuando la masa se cernía sobre ellos, el viento levantó la capa del príncipe, revelando los pantalones blancos con rayas azules en los costados. Por un instante, los galones de su chaqueta resplandecieron majestuosamente.

Veloz y preciso como una máquina, Roderic se volvió de espaldas a la multitud y abrazó a Mara con el brazo derecho. Con el otro, le levantó la barbilla. Luego cubrió la boca suave y entreabierta de ella con sus labios. Por un instante, ella se quedó paralizada por la sorpresa. Pero de inmediato comprendió. Emitió un suave gemido y enredó los brazos detrás.del cuello de Roderic, apretándose contra el cuerpo masculino.

Los manifestantes arrojaron una o dos bromas burdas hacia ellos. Algunos se detuvieron a observarlos. Ellos fingieron no darse cuenta.

-Apóyate en mí -susurró Roderic y moviéndose con la lentitud de los enamorados que arden de deseo, bajaron por el sendero que llevaba a la orilla debajo del puente. París, desde tiempos inmemoriales, respetaba la privacidad de los amantes. Los rufianes les dejaron ir.

En la oscuridad, Roderic se detuvo a escuchar. Se oyeron algunos comentarios cargados de lujuria y luego el ruido atronador de los pasos sobre el puente. Después... silencio.

Mara se volvió hacia Roderic y ocultó la cara contra su pecho. Temblaba de manera incontrolada y los estremecimientos internos que la sacudían dolían más que el frío. Los brazos de él se cerraron cálidos y firmes alrededor de su cuerpo. En silencio, él la sostuvo así, cediéndole generosamente parte de su fuerza. No había rastros de frialdad ni dureza en su contacto, sólo aceptación y bienvenida.

Un sollozo brotó de la garganta de Mara. Ella se apartó.

-Tengo que decirte lo que he hecho.

-No importa. Escuché un pocoy el resto lo sé. - Se detuvo y luego agregó: -No sé cómo lo sé, pero fue como si allí, con de Landes, fueras una parte de mí, y tus pensamientos, los míos.

-No, pero déjame que...

-Más tarde -susurró Roderic y se inclinó para capturar los labios de Mara, esta vez con la suavidad de una bendición.

18

Aquí había seguridad, calor y protectora oscuridad. El peligro del momento había pasado. Estaban vivos y eso les alegraba. Mara se acurrucó contra el hombre que la abrazaba. Ya no tenía importancia que fuera un príncipe, Roderic de Ruthenia. Ni le importaba la clase de hombre que fuera, lo que pudiera haber hecho o hiciera en un futuro. Aceptaba lo que conocía de él y confiaba en él. La rapidez de su mente, su fuerza y su instinto de líder le inspiraban respeto. Su humor punzante, la preocupación que demostraba por los demás y la forma en que comprendía sus necesidades le llegaban a lo más profundo del corazón. El tiempo que pudieran disfrutar juntos quizá no fuera largo, pero por ahora les pertenecía.

El abrió la capa de Mara e introdujo una mano para acariciarle un pecho.

Dulce Mara -susurró con voz cálida y profunda sobre el pelo sedoso de ella-. Mi intención era no acercarme a ti, demostrar lo que vales devolviéndote el privilegio de la negación. No sabía que mantener mi propósito me quemaría los bordes del alma.

-Te perdono... con alegría.

-Y si te dijera que eres libre para elegir, que nada ni nadie te obligan a unirte a mi deseo, ¿te negarías?

Sus caricias la dejaban sin fuerzas. Mara respondió con voz baja, vacilante.

-Si tuviera los atractivos de una cortesana, te suplicaría, o si fuera necesario, volvería a seducirte.

-No necesitas esos atractivos; todo lo que se requiere para conquistarme es una sonrisa cargada de promesas.

-Algo que no puedes ver en este momento.

-La he visto miles de veces, he gozado con miles de besos en mis sueños. Dime que está allí y yo la imaginaré.

-¿Pero será entonces la mía?

El comprendió sus temores y respondió sin vacilación.

-Ninguna otra me bastará, ni ahora ni nunca.

Ella deseaba creerle, de modo que levantó el rostro hacia él, esbozando una sonrisa suave.

Había una promesa diferente en la ternura infinita con que él la besó, amoldando su boca a la de él, saboreando su dulzura. Mara se entregó a esa suave invasión y exploró la boca de Roderic con su lengua. Sentía una desgarradora necesidad de palpar su cuerpo centímetro a centímetro, cada músculo, cada cavidad. Levantó una mano y apartó la capa de Roderic, extendiendo los dedos sobre la superficie firme y musculosa de su tórax.

El se quitó la capa, la dejó caer al suelo y se abrió la chaqueta del uniforme, guiando la mano de Mara hasta los botones de su camisa. La calidez de su cuerpo, el latir apresurado del corazón, el aroma viril, hacían que los músculos del vientre de ella se contrajeran de deseo. No necesitó persuasión para arrodillarse con él, para extender la capa y rendirse a los dedos firmes y seguros de Roderic cuando le abrieron los botones del vestido.

Roderic no se conformó con desprender la ropa de ambos, sino que la recostó sobre la suave capa de lana y le quitó las enaguas y la ropa interior. Luego terminó de desvestirse y apretó el cuerpo desnudo de Mara contra el suyo, como si adivinara la necesidad que ella sentía de ese contacto y la compartiera.

Perdidos en el torrente de sensaciones y caricias, no eran conscientes del aire frío, de la humedad, ni de los pasos de los transeuntes sobre el puente.

Las caricias y los besos de él despertaban en Mara un placer casi intolerable, elevándola hasta dejarla tensa, flotando en el aire y cayendo a un abismo de sensualidad antes de elevarse nuevamente.

Con manos temblorosas y una vibrante necesidad de devolver el maravilloso regalo que habia recibido, le acarició con las manos abiertas y los labios suaves y exploradores. El la dejó hacer, hasta que finalmente suspiró y susurró con una sombra de risa en la voz.

-Ya es el momento, Mara, mi vida, dulce hechicera, o me convertiré en llama ante tus brasas.

Juntos, se convirtieron en uno cuando él la tomó con urgencia y se hundió en su calidez húmeda y acogedora. Mara lo llevó hacia sus profundidades, elevándose, abriéndose, entregando todo sin reservas.

Turbulenta y hermosa, la furia se apoderó de ellos. Se abandonaron al placer, atrapados en la violencia y la gloria de la danza más primitiva del tiempo. Y al apaciguarse la explosión se abrazaron en la oscuridad, reconfortándose mutuamente.

Más tarde, Roderic y Mara regresaron a la Casa de Ruthenia. A mitad de camino se encontraron con Michael, Trude y Estes. Cuando el primo de Roderic regresó y descubrió que el príncipe y Mara todavía no habían llegado, la escolta y Rolfe se habían lanzado a una intensa búsqueda. Los ojos de Roderic se iluminaron de risa al ver a sus seguidores, pero con rostro serio, les agradeció sus esfuerzos y ofreció una versión poco veraz de lo sucedido.

La abuela Hélene, preocupada por la seguridad de Mara hasta el punto de haber abandonado la cama, esperaba con Angeline en el salón. Ambas abrazaron y regañaron a la pareja por igual. Quisieron volver a escuchar la historia, desde el principio, pero finalmente la reina se apiadó de ellos y les envió a bañarse y vestirse para la cena.

Terminada la comida, Roderic se disculpó diciendo que un problema reclamaba su atención. Poco después Mara tomó conciencia de que estaba exhausta tras sus aventuras, y de que casi no podía mantener los ojos abiertos. Besó a su abuela, saludó a los demás y abandonó el salón.

Esperaba encontrar a Lila en el vestidor. La muchacha no estaba allí. Mara entró en el dormitorio, creyendo que podría estar preparando el camisón o avivando el fuego. Mientras caminaba, se quitó las horquillas del pelo, dejándolo caer pesadamente sobre sus hombros. Al levantar la mirada, se detuvo bruscamente.

Roderic descansaba sobre una silla delante del fuego, con las piernas extendidas, los tobillos cruzados y las manos detrás de la cabeza. Había fuego en su mirada al contemplar el rostro sorprendido de ella y la curva redondeada de sus pechos acentuada por los brazos levantados.

Mara cerró la boca con firmeza.

-¿De modo que éste es el problema que requería tu atención?

-Uno muy importante. Podrías llamarlo un problema de estrategia, un movimiento hacia los flancos. - Se puso de pie con agilidad y avanzó hacia ella.

-Comprendo, para despistar y vencer a tu padre.

-Me parecía más respetuoso que desafiarle. Le gusta pensar que es omnipotente. A veces lo es, por supuesto, y es un rasgo que hace que se se le quiera, pero no en este momento.

-Le quieres mucho. -La idea la soprendía.

-Es mi señor -dijo Roderic con sencillez- y mi padre.

El cansancio de Mara había desaparecido. Se apartó de Roderic y dijo por encima del hombro:

-Para evitarlo, quizás ahora tengas que quedarte aquí toda la noche.

-Es posible -respondió él, muy serio, tomando un mechón de suave cabello de Mara y frotándolo contra su mejilla-. ¿Te preocupa?

-No si logro escapar a la prisión de esta ropa. ¿Qué has hecho con Lila?

-¿Yo? Nada, desde luego. Pero se marchó cuando vio que tenía intención de quedarme.

-¿De verdad? -dijo Mara burlonamente.

Roderic le apoyó la mano sobre el hombro, obligándola a volverse de espaldas a él. Inclinó la cabeza y le besó la nuca, hablando entre besos mientras le desabrochaba los botones.

-A veces soy algo autocrático... y quizá... le haya dado motivos... para pensar... que no necesitarías...una doncella...

Luca regresó la noche siguiente. Roderic le recibió en el salón, con todos los demás presentes. Con porte majestuoso, recibió el saludo de Luca con una inclinación de cabeza, pero sin alegría.

Pero tampoco había censura en la voz del príncipe cuando preguntó con tono suavemente mordaz:

-¿Por qué estás aquí?

-Formo parte de la escolta -respondió Luca con la cabeza erguida y la espalda recta. Llevaba el uniforme, que se veía inmaculado.

-Nos dejaste una vez. ¿Qué razón tienes para regresar?

-Sabéis lo que está sucediendo en la ciudad: las marchas, las barricadas de piedras en las calles. Nos enteramos en el campamento que se llamó a la Guardia Nacional para contener las manifestaciones, pero que en lugar de mantenerse firmes, arrojaron sus armas y se unieron a los reformistas. Más aún, supimos que un hombre del que vos desconfíais de Landes, está reuniendo gente. Compra mercenarios, escoria, el tipo de hombres que haría cualquiera cosa por dinero. Dice que necesita un ejército para atacar un palacio. Vos sois mi príncipe, hijo del boyar. Podeis necesitarme. Y estoy aquí.

Una sonrisa irónica se dibujó en los labios de Roderic.

-Se ha dicho y con veracidad, que no hay gratitud en los príncipes. No puedo prometerte la mano de mi hermana como agradecimiento por tu lealtad.

-No lo espero. -La mirada del gitano se posó por un instante sobre Juliana y luego volvió a desviarse. Su rostro se veía imperturbable, no denotaba esperanza ni resignación.

-¿Si te encargo que me protejas, cómo sabré que no desertarás de tu puesto para volver a las tiendas de los Tziganes?

-Me he acostumbrado, con vos a una vida más intensa, más llena de objetivos, a pensamientos que vuelan como el viento. Soy adicto a estas cosas como otra gente lo es al jugo de las amapolas. Por ellos y por vos dejaré de ser un Tzigane.

Roderic lo miró, sopesando sus palabras y el brillo de sus ojos. Finalmente, dijo:

-Siempre serás gitano... y así debe ser. Bienvenido, Luca.

Extendió la mano y Luca se la estrechó. La escolta, profiriendo gritos de entusiasmo, se cerró alrededor de ellos. Juliana emitió un sonido angustiado y abandonó la habitación.

Fue al día siguiente, el vigésimo tercer día de febrero del año 1848,cuando el rey Luis Felipe, cediendo a la voluntad de las multitudes, despidió a su ministro de Asuntos Exteriores y su más íntimo consejero, Francois Guizot, y nombró como sustituto a un reformista, el conde Molé. No fue suficiente. Al cabo de veinticuatro horas, Luis Felipe, presionado por el pueblo y por sus propios hijos, abdicó, del trono, nombrando como sucesor a su nieto el conde de París y a su nuera, la duquesa de Orléans, como regente. No perdió tiempo en gestos heroicos y huyó de París con la reina en un coche de alquiler. Llevando lo poco que podían transportar consigo, cruzaron el canal hacia Inglaterra y el exilio.

Los reformistas estaban anonadados. Los acontecimientos habían superado sus esperanzas. La reunión en la Casa de Ruthenia había sido planeada en un principio para estudiar otros medios de provocar los cambios deseados. Ahora sería un foro para reconciliar las diferencias entre los diversos grupos.

Se congregaron en la galería. Se habían traído sillas de diferentes tipos, provenientes de diversos lugares de la casa y altos candelabros de bronce iluminaban el ambiente. Los hombres, unos quince además de la escolta, estaban reunidos alrededor del fuego, pues la noche era fría.

-Las mujeres también estaban presentes. La abuela, Angeline y Juliana, por no perderse la emoción del proceso político, y Mara, por necesidad de saber qué sucedería con de Landes.

¿Vendría el francés? ¿Llevaría a cabo lo que ella le había sugerido o habría abandonado el plan después de que Roderic la había rescatado?

¿Estaba Roderic preparado? Mara no lo sabía. Había intentado hablarle de eso, pero quizá no en el momento adecuado. El había asentido ante todo lo que había explicado ella y había continuado haciéndole el amor. Sus procesos mentales eran sutiles y veloces pero, de todas formas, Mara se hubiera sentido más tranquila de haberle visto armado. Pero ni el príncipe ni su padre parecían tener ni un mero cortaplumas en su poder. La escolta estaba en los extremos de la habitación, pero no había señales de Luca. ¿Estaría actuando como centinela? Era bueno pensar que alguien se mantenía alerta.

Lamartine, el hombre que se había convertido en líder de los reformistas, estaba de pie, dirigiéndose al grupo. Su rostro se veía iluminado y lleno de fervor.

-Amigos míos, ahora es el momento. Debemos evitar que París y Francia vuelvan a caer en el caos. Nos corresponde a nosotros hacer uso de nuestra influencia para lograr el bien mayor y nuestro peso para alcanzar la estabilidad. ¡Sólo nosotros podemos lograrlo!

-¡No lo creo, poeta!

El grito provino de de Landes. Estaba en la puerta, con una pistola en la mano. Detrás de él entraron hombres sucios y mal vestidos, también armados. Se adueñaron de la situación y rodearon a los reformistas, que se pusieron en pie de un salto y les hicieron frente.

Mara sintió que el espanto se apoderaba de ella. ¿Por qué nadie había dado la alarma? ¿Dónde estaba Luca? ¿Le habrían matado antes deque pudiera avisarles? ¿O se habría vengado con la traición por la forma en que le había insultado el rey? Miró a Juliana y vio el mismo miedo en sus ojos.

¿O no serían los mismos temores? Juliana miraba a su padre y a Roderic. Los dos hombres se veían serios y decididos, aunque no sorprendidos. Era natural, pues sabían que podrían ser atacados; no obstante, había algo allí que ella no comprendía.

De pronto, una idea le cruzó por la mente. Era tan aterrorizadora que Mara palideció y sintió que el corazón se le contraía de dolor. ¿Sería posible que Roderic estuviera sereno y desarmado porque era parte de ese ataque? ¿Acaso no se defendía porque había manipulado toda esta diabólica traición?

¿Y si ella había sido involucrada en todo este asunto con Roderic no para convencerlo de que fuera el chivo expiatorio de de Landes sino para dar al príncipe una excusa para asistir al baile y

estar a mano para frustrar el atentado? ¿Acaso no había sugerido Roderic en una ocasión que era él quien la había visto y deseado y organizado su propia seducción? ¿Y si el atentado había sido una mentira, una forma de ganarse la confianza del rey Luis Felipe y, al mismo tiempo, evitar que los asociaran con los legitimistas que habían sido responsables del ataque?

Era imposible. Roderic había montado el rescate de su abuela y había neutralizado el poder de de Landes sobre ella.

Pero lo había hecho sólo después de que el atentado se viera frustrado, cuando la utilidad de Mara llegó a su fin. Inmediatamente después, había llegado Rolfe. ¿Habría sabido Roderic que su padre vendría y que no permitiría ese juego? Le había propuesto matrimonio al desatarse el escándalo, pero debió de haber sabido que el rey tampoco permitiría eso.

¿Era posible que Roderic hubiera dicho la verdad al asegurar que Rolfe no aprobaba la boda porque creía que ella era demasiado buena para su hijo?

¿Y si después de establecer Roderic su identidad como un príncipe liberal que había frustrado un atentado, se hubiera congraciado con los reforrnistas para traicionarlos?

Pero en ese caso, ¿por qué había sido ella secuestrada por de Landes? ¿Por qué la fingida venganza contra Roderic? ¿Podía ser que de Landes no estuviera al tanto de los planes del príncipe?

El francés estaba aquí y Roderic no parecía perturbado en lo más mínimo. Si ella estaba en lo cierto, significaba que ambos habían dejado de lado sus diferencias y ahora estaban abocados a la tarea de volver a poner a un Borbón en el trono de Francia.

Mientras estos pensamientos quemaban la mente de Mara, Lamartine hablaba:

-¿Qué significa esto?

-Significa que los tenemos, amigo mío –respondió de Landes-. Significa que Enrique V, nuestro rey legítimo, gobernará Francia y que vos y todos estos traidores no interferireis.

-¡Perro borbón, no podéis mantenemos aquí para siempre!

-Quizá no, pero podremos teneros prisioneros hasta que Madame la Guillotine esté lista nuevamente en la Place de la Concorde.

-¡Esto es una locura! ¿Queréis desatar el terror nuevamente?

-¿Vamos, qué es esto? ¿Es el proletariado el único que puede tener el privilegio de aniquilar así a sus enemigos.

Roderic dio un paso adelante; su presencia emanaba tanta fuerza que todos los ojos se clavaron en él.

-La ambición es un patrón exigente y un protector débil. ¿Quién os salvará si fracasáis?

Esto no estaba marchando como debía. ¿Habría optado de Landes por la venganza, después de todo, traicionando así al traidor? La necesidad de oír todo lo que se decía hizo que Mara se adelantara hasta quedar entre los dos hombres, junto a Trude. De Landes la miró por un instante y luego volvió a concentrarse en el príncipe.

-No necesitaré protección y menos la vuestra - declaró de Landes, con intensa satisfacción-. ¿Creíais que habíais triunfado, no es así? Pues os habéis equivocado.

-Es posible que os haya subestimado –respondió Roderic con tono pensativo.

Su imperturbabilidad parecía exacerbar al otro hombre.

-¿Creéis que sois inmune a la amenaza de ejecución? Sois un extranjero en suelo francés que ha estado recabando información. Eso os convierte en espía y como tal, mereceis la pena capital.

-¿La inmunidad diplomática ya no tiene valor? Los funcionarios franceses que hay por todo el mundo se desilusionarán al enterarse.

-¿Vos pretendéis ser el representante oficial de país? Es posible. Pero no tiene importancia. Vuestras credenciales desaparecerán, no lo dudo. O quizá se presenten disculpas a Ruthenia por este... lamentable error.

-¿Condolencias? -preguntó Rolfe, avanzando hasta quedar en la misma línea que los otros-. ¿A quién pensáis dirigirlas?

De Landes sonrió con frialdad.

-A los reformistasde Ruthenia, que sin duda no ven la hora de tomar las riendas de su país, cosa que harán si vos, vuestra bella mujer y vuestra hija no regresan debido a otro error.

-No -susurró Mara-. No.

De Landes se volvió hacia ella y extendió la mano que tenía libre mientras con la otra no dejaba de apuntar a Roderic.

-Vamos, mi querida Mara. Deberías compartir este triunfo. Habría sido imposible sin ti.

-No podeis hacer esto -dijo ella con tono suplicante, dando un paso hacia él.

-Mara, quédate atrás -ordenó Roderic con honda preocupación en la voz.

De Landes levantó la voz.

-¿Cómo, no estás de acuerdo con mis planes, querida? ¿Te has vuelto impresionable?

-Nunca he querido que esto sucediera.

Miró a Roderic, ciega de dolor y de espanto ante lo que había descubierto.

-Pobre Mara -dijo de Landes con sarcasmo-. Has sido utilizada... otra vez.

-No le hagas caso --exclamó Trude, de pronto. Trude, miembro de la escolta de Roderic. Trude, que amaba al príncipe. ¿Qué fuerza podían tener sus palabras? ¿Hasta qué punto se podía confiar en ellas? Y sin embargo, ella, Trude y Juliana una vez habían contenido a una muchedumbre.

Roderic habló en ese momento, mirándola con ojos penetrantes, ardientes.

-Espera, Mara, y escúchame jurar por los ríos verdosos, las praderas bronceadas y las montañas azules de Ruthenia; no es lo que piensas.

Ella oyó el dolor y la furia en su voz, y lo supo. Roderic no era un traidor. Había sido una tonta al dudar de él. Lo que había hecho había sido por el bien de Ruthenia y quizá de Francia. No podía permitir que muriera. Que estuviera amenazado era su culpa. Si exhalaba su último suspiro en la guillotina la angustia la carcomería durante toda su vida. No podía dejar que muriera, aunque en ello le fuera la vida. Tenía que hacer algo. ¿Pero qué?

De Landes la creía enemiga de Roderic y no temía que le desafiara, ya que nunca había tenido la oportunidad de hacerlo. Tenía que crear una distracción para que la escolta actuara. ¿Pero qué arma podría usar?

Sintió el roce de la espada de Trude contra sus faldas. No se detuvo para pensar, sino que la desenvainó lo más rápido que pudo. No había tiempo de atacar a de Landes. Levantó la espada y la lanzó con toda la habilidad que le había enseñado Trude durante los largos días de invierno, con todas sus fuerzas y con toda la furia que sentía por la forma en que la había utilizado.

Roderic vio con incredulidad lo que pensaba hacer. El hecho de que se arriesgara así por él le contrajo el corazón de terror y remordimientos. Maldijo por lo bajo y emitió un silbido claro y agudo. En ese mismo instante, se arrojó sobre el francés, tratando de sujetar la mano que sostenía la pistola.

Detrás de los rufianes de de Landes, la puerta se llenó de figuras oscuras y ágiles. Armados con pistolas y puñales, estaban los gitanos, mandados por Luca, vestido con su uniforme blanco. Con ferocidad, se lanzaron sobre los maleantes.

La espada que Mara había lanzado atravesó el aire con perfecta puntería. De Landes la vio y apuntó su pistola por instinto. Sus ojos se agrandaron y abrió la boca en un grito.

La pistola se disparó con el rugido de un cañón. Roderic la arrancó de las manos del francés, empujándolo hacia atrás. De Landes cayó al suelo con la hoja oscilante de la espada clavada en el pecho.

Roderic se volvió. Mara estaba en el suelo y una mancha roja se esparcía por su vestido. Estuvo junto a ella en un instante apartando a Trude y Michael para levantarle la cabeza con manos suaves como las de una mujer con un recién nacido.

Mara abrió los ojos. Vio el rostro del hombre que se inclinaba sobre ella, vio la furia que ardía en los ojos azules.

-Lo siento -susurró en la habitación repentinamente silenciosa-. Lo siento.

19

Dolor. Oleadas grises de dolor. Voces que se acercaban y se alejaban. Luces. Movimientos.

Oscuridad. Dolor. Una mano cálida sobre la suya, sosteniéndola, protegiéndola. Oscuridad. Frío, mucho frío.

Para Mara había momentos que se destacaban nítidamente. Roderic tomándola en brazos y manchándose el uniforme con su sangre. El infinito cuidado con que la había depositado sobre la cama. Su presencia mientras le cortaban la parte del vestido alrededor de la herida y le quitaban el resto de la ropa. Su abuela, llorando y rezando el rosario. Angeline inclinada sobre la cama. El médico con su traje oscuro y su bisturí.

El tiempo no tenía sentido. La noche y el día se confundían en una gris eternidad. Un fuego gigantesco, continuamente vigilado, ardía en la chimenea de la habitación; pero ella seguía teniendo frío. Sabía que tenía la herida infectada, pero no tenía fuerzas para preocuparse.

Hubo una noche en que el médico vino, le tocó la frente, le miró los ojos y murmuró por lo bajo. Luego le pusieron un gran peso de mantas encima y sintió el olor de piedras calientes envueltas en franela. Alguien ponía agua fresca sobre sus labios resecos. Deliraba y a veces se oía tratando de razonar con los que la levantaban, le movían la cabeza y le ponían toallas mojadas sobre la frente.

Luego llegó una noche en que su cuerpo estuvo en llamas, al igual que su mente y el mundo. Parecía flotar como un pájaro, pero una mano firme la tenía agarrada.

Los párpados le pesaban, casi parecían sellados; sin embargo, con gran esfuerzo los abrió. Roderic estaba junto a la cama, sosteniéndole la mano entre las suyas. Tenía el pelo despeinado, como si hubiera estado pasándose los dedos entre los mechones rubios. Una barba incipiente le brillaba dorada a la luz de la lámpara.

Sus ojos estaban enrojecidos por la falta de sueño y había sombras oscuras debajo de ellos.

Se llevó los dedos de Mara a la boca, rozándolos con sus labios.

-No me dejes -susurró-. Mara, mi vida, si mi amor puede retenerte no permitiré que me dejes.

Mara cerró los ojos. Paz. Quietud. Un suspiro.

Roderic la miró, conteniendo el aliento. Al cabo de unos instantes, se puso de pie y la tapó con cuidado. Con mano temblorosa, le apartó el pelo del rostro. Cerró los ojos, tensando y aflojando los músculos de los hombros. Sintió una picazón en los ojos. Se los frotó y se apartó de la cama.

La mano de Mara estaba resbaladiza por el sudor. No debía enfriarse quedando destapada. La fiebre había comenzado a bajar.

Una semana más tarde, Mara estaba recostada en la cama apoyada sobre almohadas. Junto a ella sobre la cama había un libro y en la mesa de noche una caja con bombones. Trude y Estes jugaban concentradamente a los naipes en una mesita cerca del fuego. Michael estaba tumbado sobre la alfombra, con la barbilla en la mano, tratando de leer un periódico. Jaques y Jared jugueteaban con unos cachorros y Demonio y Sophie miraban a sus hijos con orgullo.

Era la primera vez que a Mara le permitían las visitas y se sentía feliz al verlos tan a gusto en su habitación.

Roderic estaba sentado al pie de la cama con la mandolina entre las manos. Sus dedos tocaban una melodía suave y dulce, pero sus ojos estaban fijos en Mara.

Estaba preciosa esta mañana. Los lazos rosados que le sostenían el pelo daban color a su cara. Sin embargo, había algo etéreo en ella, algo exclusivo que le preocupaba. Pero ya no estaba tan pálida ni tan delgada como antes. Estaba recobrando su espíritu también. La noche anterior, cuando él había insistido en que tomara vino tinto para recuperar la sangre, ella había esperado a que él se diera la vuelta y lo había derramado dentro de un florero. Las flores se habían marchitado de inmediato, pero él le había permitido esa pequeña victoria. Había sentido tanta alegría al ver esa sonrisita de triunfo en lugar de la pasiva aceptación, que había tenido que controlarse para no abrazarla y devorarla a besos. Ella no estaba lista para eso todavía. Roderic podía esperar a que lo.estuviera. Y lo haría.

Mara le dirigió una secreta mirada. El siempre estaba allí, siempre listo con el agua, una almohada, un masaje en la espalda, una melodía tranquilizadora; adivinaba sus necesidades antes de que ella tuviera conciencia de las mismas. Todo lo que ella pedía, él lo hacía de inmediato, comprendiendo exactamente lo que deseaba de manera tal que Mara casi no necesitaba decirlo.Tan

perspicaz era, que Mara había llegado a depender de él más que de los demás, aún más que de su abuela. Y eso no le agradaba.

Recordaba muy bien las palabras que él había dicho cuando ella había estado tan mal y le amaba más por eso. Pero no podía depender de esas palabras. Roderic era un hombre complicado, con un enorme sentido de la responsabilidad, que le hacía, según Mara, culparse por lo sucedido. Era bondadoso y muy comprensivo, y quizás esas cualidades le hicieran decir lo que creía que una persona necesitaba más en un determinado momento. No era que mintiese; sencillamente era que su código moral anteponía el bienestar de la otra persona. Ese código era lo suficientemente flexible como para admitir que una media verdad dicha por el bien de otros no estaba mal. Pero ese mismo código era también muy estricto. Una vez que empeñaba su palabra, no se retractaba. Ese era el mayor temor de Mara.

Si mi amor puede retenerte... Podía, por supuesto, y siempre podría, pero él jamás lo sabría.

Mara cerró los ojos. La música cesó. Oyó que Roderic impartía una orden en voz baja. Los demás miembros de la escolta se levantaron en silencio y se marcharon. Mara quiso protestar, pero se dio cuenta de que la visita la había cansado.

-Roderic -dijo, cuando el príncipe se acercó a mirarla.

-Descansa. Regresaré más tarde.

-¿Qué sucedió con de Landes?

Al ver que él no respondía, abrió los ojos.

-Lo maté, ¿no es así?

-Era un traidor y un asesino que murió a causa de su ambición de poder. Pero no tiene importancia. La revolución terminó.

-¿El joven conde de París es rey?

-No. Lamartine declaró un gobierno provisional dirigido por los reformistas junto con algunos socialistas. Francia ha ingresado en la Segunda República con Lamartine como cabeza. Lo que lamento es no haber acabado con ese perro traidor de de Landes cuando tuve la oportunidad.

-¿Así podías culparte luego?

-Hubiera sido mi privilegio.

Ella le miró largamente.

-La responsabilidad es mía, y el privilegio también.

Los labios de Roderic se curvaron en una sonrisa que iluminó sus ojos.

-¿Porque salvaste mi indigno pellejo?

-Llámalo compensación.

-¿Por qué? -preguntó él abruptamente, poniéndose serio.

-Por la traición.

-En cuanto a eso -terció-, me cobré mi recompensa hace mucho.

-¿Y la noche de la reunión?

-Confiaba demasiado en mí mismo. Dependía demasiado de... una forma de comunicación que tiene sus limitaciones.

-¿A qué te refieres?

-Creí que podía leerte los pensamientos. Pero todo el tiempo estuve leyendo mis propios deseos.

-¡No! -Mara se incorporó de pronto y luego cayó hacia atrás con un grito de dolor.

Roderic saltó hacia ella. Arrojó las almohadas hacia un lado y la recostó sobre la cama. Luego le quitó el camisón y lo abrió sin ningún reparo por el pudor de ella. Lo había hecho muchas otras veces, pero Mara no había estado consciente del todo. Ahora lo estaba.

Sintió un dolor en el pecho que no tenía nada que ver con la herida en su costado mientras los dedos de él buscaban signos de hemorragias, de que se le hubiera reabierto la herida. Mara vio el alivio en sus ojos y en su rostro, y sintió un nudo en la garganta. Era más fácil enfurecerse que permitir que la emoción se apoderara de ella al sentirlo tan cerca, tan preocupado. Por un segundo la mano de Roderic rozó la curva de su pecho cuando revisó el vendaje justo encima de él. Mara le golpeó suavemente los nudillos.

-¡Estoy perfectamente bien!

-Sí -asintió él, con una leve sonrisa-, ya veo que lo estás.

Extendió el brazo para abotonarle el camisón. Una vez más, Mara le apartó la mano.

-Yo lo haré.

-No puedo permitir que te canses -respondió él muy serio, volviendo a su tarea.

-No hay peligro de eso contigo a mi lado.-Mara le cogió de las muñecas, pero se dio cuenta tarde de que así tampoco podría cerrarse los botones.

-Estoy a tu disposición, como un perfecto esclavo. ¿No estás satisfecha?

-Sí, desde luego, aunque vienes cuando te llamo, pero no te retiras cuando no te necesito. -Debajo de sus dedos el pulso en las muñecas de él era firme y no del todo regular, cosa que le resultó fascinante.

-Comprendo. Eres un pimpollo tan tímido y delicado que ofendo tu decencia -dijo él con tono burlón y acariciante. Posó una mirada traviesa y divertida sobre los pechos descubiertos de Mara. -¿Cómo podrás perdonarme? -Atraído irresistiblemente por la boca suave de ella, Roderic se inclinó sobre sus labios.

Se oyó un golpe a la puerta y enseguida después entró un hombre. De aspecto y porte distinguidos, tendría unos cincuenta y cinco años. Lucía bigote y barba cuidada y estaba bronceado por el sol sureño. Sus ojos se llenaron de furia ante el espectáculo con que se encontró.

-¿Qué significa esto?-preguntó.

-Yo podría preguntar lo mismo... -comenzó a decir Roderic.

-¡Papá!-exclamó Mara.

-...excepto -terminó Roderic con fluidez- que parecería redundante.

Se había erguido delante de Mara, tapándola con su cuerpo. Rápidamente, ella se abotonó el camisón y se cubrió con la bata.

-Vos, señor, debéis de ser monsieur André Delacroix -prosiguió Roderic con una reverencia cortés-. Supongo que habréis sido recibido como corresponde en esta casa, pero añadiré mi propia bienvenida.

Detrás del padre de Mara estaba Angeline, con una expresión divertida y preocupada a la vez.

-Vos tampoco necesitáis presentación-dijo André con aspereza-. Os reconocería en cualquier parte como el hijo de Rolfe. Tenéis el mismo aspecto ¡y ni qué decir de la maldita impertinencia!

-Os lo agradezco, señor.

-¡No ha sido un cumplido! ¿Os tomaríais la molestia de explicarme qué estabais haciendo con mi hija?

-No.

Esa simple sílaba encendió la ira de André.

-¿Ah, no? Recibo una escandalosa carta de mi hija en la que narra sucesos que sólo puedo describir como increíbles. Después de semanas de viajar para descubrir la historia completa, llego para enterarme de que la han disparado, y luego veo con mis propios ojos que vos os aprovecháis de ella mientras está en cama. Como su padre, exijo que me expliquéis la presencia de mi hija bajo vuestro techo.

-Una explicación que no sería necesaria si vos la hubierais acompañado en el viaje como correspondía.

André le dirigió una mirada fulminante.

-Os atrevéis a sermonearme sobre mi deber de padre, señor?

-Es obvio que alguien debería hacerlo –respondió Roderic, imperturbable.

Angeline se adelantó hasta quedar entre su hijo y su antiguo prometido.

-Por favor, no creo que...

-Deseo ver a mi hija a solas-dijó André, sin rodeos.

-Eso es imposible.

-Veréis jovencito, podréis ser príncipe y dar órdenes a quienes os obedecen, pero no tenéis ningún control sobre mí o mi hija.

Mara vio tensarse un músculo de la mandíbula de Roderic y notó que apretaba los puños.

Trató de incorporarse y dijo con tono suplicante:

-Roderic...

Ella oyó y su rostro se relajó. La miró y al ver sus esfuerzos, se movió con rapidez para levantarla. Le sostuvo la espalda con brazo de hierro al tiempo que le colocaaba las almohadas con habilidad.

-Mi hijo, como verás -dijo Angeline suavemente-, ha estado cuidando a Mara desde el accidente. Se ha vuelto muy eficiente.

-Los hombres, por lo general, no frecuentan la habitación de una dama enferma.

-Algunos hombres -le corrigió ella con suavidad-. También están los que no tienen temor a las enfermedades ni a las heridas y pueden realizar cualquier tarea.

André no se dejó calmar.

-De todos modos, quiero hablar con mi hija. Debo pedir que me dejen a solas con ella.

Roderic se volvió hacia él.

-Mara no está en condiciones de soportar un largo relato de sucesos que ya le fueron explicados por escrito.

-¿Pero está en condiciones de recibir el tipo de trato que he visto al entrar? ¡Debería retaros a duelo!

Mara se sintió invadida por el espanto.

-¡Papá... no ! Roderic...

-Estoy a vuestra disposición, señor. No obstante, sería mucho más práctico que vinierais conmigo a mis aposentos, donde trataré de responder a todo lo que queráis preguntar.

-Todo eso está muy bien, pero prefiero la verdad.

Hubo un silencio en la habitación. La tensión vibraba en el aire. Era un insulto por el que cualquier hombre podía responder con su vida. Mara tocó el brazo de Roderic, con lágrimas de angustia en los ojos.

El no la decepcionó. Con tono lento y deliberado, dijo:

-Naturalmente, alteraré los hechos sólo para realzar la buena opinión que tenéis de mí, señor.

Mara miró a su padre.

-Lo más probable es que oculte la verdad para protegerse, quedando como culpable. En caso contrario, nadie te explicará mejor que él lo que ha sucedido.

-Sí, lo sé -dijo André, levantando los brazos en señal de quejumbrosa derrota-. Una explicación cargada de palabras y expresiones exóticas entre las que hay que buscar el meollo como en la boca de un dragón; pero si puede pasar por alto un insulto ofrecido gratuitamente en su propia cara, supongo que, al menos, puedo escucharle.

Su padre se acercó a la cama y la besó en la frente. Después de asegurar con una mirada desafiante en dirección a Roderic que volvería más tarde, salió con el príncipe de la habitación.

Angeline se quedó a ordenar la habitación y Mara trató de controlar el llanto.

-¿Crees que llegarán a pelearse?

-Se probarán el uno al otro, pero nada sucederá si Roderic no pierde el control.

-¿Dónde está el rey? -preguntó luego Mara.

-Como es un hombre discreto y con un sagaz instinto para oler los problemas, me ha dejado para recibir a tu padre.

-¿No le molesta que esté aquí?

-En cuanto a eso, es posible que sí, pero jamás lo sabré a menos que él juzgue que me siento infeliz por su falta de celos.

Mara se apoyó contra las almohadas.

-¿Nada es nunca simple y directo con él o con su hijo?

-Sí, muchas veces, por lo general cuando otra gente usaría eufemismos por delicadeza. ¿Necesitas algo más?

Qué fácil sería quedarse hablando con la madre de Roderic, sólo por el placer de oír su nombre y aprender más sobre él. Pero no servía de nada y le causaba dolor.

-No, gracias -respondió Mara esforzándose por sonreír.

-Entonces iré a encargarme de que preparen una habitación para André. Sería bueno que descansaras un poco.

Mara asintió y al cabo de unos segundos oyó que la puerta se cerraba detrás de Angeline.

Rogó a Dios que Roderic no se peleara con su padre. No era su culpa. El podría aducir lo contrario, podría sugerir que había planeado su seducción para quitarle la culpa a ella, pero Mara conocía la verdad. De la misma forma que sabía que la sangre de de Landes estaba en sus manos. Había matado a un hombre y nada de lo que pudiera decir Roderic alteraría ese hecho. Sería algo con lo que tendría que aprender a vivir durante el resto de su vida.

La puerta se abrió y Juliana entró en la habitación.

-¿Duermes? Supuse que no lo harías. Mamá dijo que debía dejarte descansar, pero sospeché que estarías aquí sola, angustiándote hasta morir. No debes hacerlo, sabes.

-¿No?-dijo Mara con una sonrisa irónica, aunque no le faltaban deseos de dejarse convencer.

-Lo pasado, pasado; nada puede cambiarlo. Debes pensar en mañana y en los días que seguirán. La vida es la vida y tienes que vivirla.

La influencia gitana. Mara se preguntó si Juliana lo sabría.

-Es fácil decirlo.

-¿Pero difícil hacerlo? Se comienza por olvidar. Y luego hay que interesarse por otra cosa. Mis problemas, por ejemplo. ¿Creías que eras la única que los tenía?

-Lo que creo es que te pareces mucho a tu hermano.

-¿Ahora de das cuenta? Pero te estaba hablando de Luca.

-¿Sí?

-Préstame atención, Mara. ¿Sabes lo que ha hecho el impertinente villano? Ha tenido la osadía de hacerse nombrar mi guardaespaldas oficial. ¡Como si yo lo necesitara!

-¿Le nombró Roderic?

-¿Quién si no? Y el rey no le repudiará. –Juliana dio una vuelta por la habitación haciendo revolotear las faldas del vestido.

Observándola con atención, Mara dijo:

-Comprendo por qué lo hizo Luca: está loco por ti.

-Sí, claro, hasta el punto de rechazar públicamente toda pretensión a mi mano.

-Se vio obligado a hacerla.

Juliana adoptó una expresión desdeñosa.

-Podría haber desafiado a la escolta, a mi hermano y también a mi padre.

-¿Y mantenerse fiel a sus principios, a su honor?

-No tenía por qué volver arrastrándose.

-Vino para traer información que Roderic necesitaba y para ofrecer su ayuda. Lo que no comprendo es por qué le echaron antes, por qué tu padre le insultó de esa forma. No me parece propio del rey Rolfe tener tales prejuicios. ¿Sería una prueba de fuego?

-Naturalmente, y la pasó para gran satisfacción de mi padre. ¿Pero y la mía?

-Nombrarle tu guardaespaldas es alentar sus esperanzas o esperar que, al igual que con el príncipe Arvin, al estar juntos se tomen antipatía. Pero si sucede lo primero, ¿cuál será el resultado? Eres una princesa y él un gitano.

-No hay nada en las leyes de Ruthenia que prohíba los matrimonios entre la realeza y los plebeyos. Ha sucedido antes.

-¿Te convertirías en gitana y vagarías por el mundo en un carromato?

-Podría, pero si él lo deseara, Luca podría hacerse un sitio junto a mi hermano, convertirse en una pieza importante para el gobierno de mi país.

-Parece que eso es lo que desea hacer. ¿Y qué deseas tú?

Juliana hizo un gesto de resignación.

-Si lo supiera, trataría de conseguirlo. Pero no lo sé.

Juliana había logrado su objetivo: distraer a Mara. Cuando la muchacha se marchó, ella se quedó pensando. El mundo estaba cambiando. Las alianzas entre casas reales podían ser cosas del pasado, pero algo seguía igual, sin embargo. Los príncipes no se casaban con sus amantes, ni con

mujeres que se abrían camino con trampas hasta el lecho real. Pero, si a causa de una palabra empeñada en un momento de culpabilidad, Roderic insistiera en casarse con ella, confiaba en que tendría la fuerza para rechazarle.

20

-Me gustaría regresar a casa lo antes posible.

Mara había querido que las palabras fueran una firme declaración. En lugar de eso, sonaban tensas y defensivas.

-¿Por qué, querida? -preguntó André, sentado en un sillón delante del fuego de la habitación de ella, con un periodico en la mano.

-No es una decisión repentina. Quise irme hace tiempo, hace varias semanas.

-Pero, yo llevó aquí tan sólo nueve días. Todavía no he terminado de recorrer la ciudad. Hace veinte años que no saboreaba los placeres de París.

Su padre, tras aquella primera discusión violenta, había congeniado con Roderic. Parecían comprenderse mutuamente en un plano totalmente masculino. Con Angeline se mostraba galante a veces y otras jovial como un amigo de la infancia. Con frecuencia se sentaban a recordar cosas y a veces él la escoltaba en sus paseos por la ciudad. Rolfe aceptaba su presencia con ecuanimidad, sin efusividad, pero también sin rastros de celos.

André dejó a un lado el periódico y se quitó las gafas.

-Mara, querida, ¿estás realmente segura de querer regresar? Pensé... es decir, suponía que tú y Roderic...

-No.

-¿Qué quieres decir con ese «no»?

-El principe no me ha propuesto matrimonio y, de cualquier forma, no deseo que lo haga.

-No lo deseas. -La miró y frunció el ceño-. No lo deseas -repitió-. No deseabas casarte con Dennis Mulholland cuando te comprometió de esa forma en la glorieta. Ahora Roderic ha hecho mucho más, pero tampoco quieres casarte con él. ¿Me pregunto, que necesita un hombre para complacerte como marido?

-No lo sé, papá -respondió ella, apoyándose contra el respaldo del sillón y cerrando los ojos. Sólo sé que no quiero un marido que se case conmigo nada más que por obligación -se volvió hacia él. -Por favor, no interfieras, papá. Llévame a casa pronto.

Transcurrieron varios segundos antes de que André hablara. Cuando lo hizo, evitó la mirada de Mara.

-Te pareces más a tu madre de lo que suponía. Me casé con ella porque... ¿quién puede decirlo? Porque me sentía solo. Era hermosa y completamente distinta de Angeline y, por encima de todo, me amaba. Descubrió demasiado pronto que mi afecto no era profundo. Sabía que jamás deshonraría los votos matrimoniales, que como mi mujer siempre adornaría mi mesa y compartiria mi lecho, y que estaríamos cómodos juntos. No le bastó. Supongo que a ti tampoco te basta. Cuando hayas recuperado las fuerzas, dentro de una o dos semanas, partiremos.

-Gracias, papá-. La victoria había sido más fácil de lo esperado. Pero, en lugar de alegrarse, se sentía vacía, fría.

Una tarde gris, Trude fue en busca de Mara al salón.

-Tengo algo que decirte -declaró con rostro solemne.

-Eso suena muy serio-bromeó Mara-. ¿De qué se trata?

-Hubo un tiempo en que creí... creí que amaba a Roderic. Ahora sé que era sólo porque era mi príncipe, mi líder y un hombre apuesto.

El humor desapareció de los ojos de Mara.

-¿Y ahora?

-Ahora sé que se necesita algo más. Le respetaré y le seguiré, quizá le ame un poquito. Pero nada más.

Mara no supo qué decir ante esta sencilla declaración, pero balbuceó:

-Será.. una pérdida para él.

-No lo creo. También te quiero a ti. Me sentiré feliz.

-Trude, no debes pensar...

-No pienso, lo sé. Tú eres la dueña de su amor. Quiero decirte que no me quitas nada. Yo también tengo mi amor.

Divertida, Mara preguntó:

-¿Estes?

Trude se sonrojó.

-El conde. ¿Es gracioso, no te parece? Me hace reír. Eso me agrada.

Mara estrechó la mano de la otra mujer.

-Te deseo felicidad.

Trude sonrió, y le apretó la mano con fuerza.

-Y yo a ti.

Una noche, durante una recepción, ofrecida por Angeline, en la Casa de Ruthenia, Mara se encontró sentada junto a Luca. El gitano tenía una expresión sombría. No apartaba los ojos de Juliana, que ni siquiera miraba en esa dirección. Ese hecho era por demás sugestivo para Mara, pero el hombre sentado junto a ella no se sentía alentado por él.

Al cabo de unos momentos, el gitano dijo por lo bajo:

-¿Qué desea de mí, la princesa Juliana? Le di mi amor, mi corazón, todo lo que soy. Toleré un insulto por ganar el favor de su padre. Dejé las tiendas de mi gente por ella. ¿Qué más puedo hacer?

Mara, observando la expresión decidida de Juliana, dijo de pronto, guiada por un impulso:

-Quizá le hayas dado demasiado. ¿Qué le has pedido a cambio?

-Sólo su amor.

-¿Pero no deseas conocerla, descubrir qué piensa y sueña, qué la hace reír y qué llorar?

-Más que nada en el mundo, ¿pero cómo puedo descubrir todo eso si no deja que me acerque a ella?

Era, realmente, un problema. Finalmente, Mara dijo:

-¿Qué harías si ella fuera una gitana y te tratara de esa forma?

Luca sonrió.

-Eso sería muy fácil.

-¿Entonces? Es una princesa, pero también es una mujer.

El parecía escéptico, pero de pronto, al mirar a Juliana, sus ojos adquirieron una expresión pensativa.

-Sí -dijo lentamente-. Sí. Y si todavía me desprecia, en nada empeorará las cosas.

Temerosa, Mara preguntó:

-¿Luca, qué harás?

El no respondió.

-¿Ah, Mara, qué haríamos sin ti? Debes apresurarte y ponerte bien para que tú y Roderic podáis uniros como marido y mujer.

La dejó, moviéndose con agilidad y elegancia. Se inclinó ante Juliana y le habló. Juliana dijo algo y se apartó. Luca la tomó del brazo y ella cayó contra él. En un segundo, el gitano la tomó en brazos y se dirigió a la puerta que daba a una antecámara. Al cabo de unos instantes de incredulidad, Juliana luchó por liberarse, pero no gritó ni pidió ayuda. Tan rápido había sido todo que pocas fueron las personas que lo notaron.

Mara se disponía a salir detrás de ellos cuando Roderic la detuvo con una mano sobre el hombro.

-¿Se puede preguntar que le has dicho a Luca para convertirlo en bandido que se lleva su botín?

Ella lo miró con el ceño fruncido.

-Sólo le he sugerido que tratara a Juliana como trataría a una mujer de su raza. No tenía idea de que eso sería lo que haría.

-Tan sencillo -murmuró Roderic-. ¿Por qué no se me ocurrió?

-¿No vas a detenerle?

-No creo que llegue muy lejos. Juliana se encargará de eso.

-¿Pero, y si le hace daño?

Roderic sacudió la cabeza.

-Es su guardaespaldas, tarea que no toma con ligereza.

Luca es quien corre peligro o, al menos, eso habría dicho hasta hace unos instantes.

Lo que Luca le había dicho todavía resonaba en los oídos de Mara. Respiró hondo y habló:

-Si tienes unos minutos, ¿puedo hablar contigo?

-Dulce Mara, estás hablando conmigo.

La respuesta humorística era una forma de darse tiempo para evaluar la pregunta.

-En serio, quiero decir.

El estudió su rostro y la sonrisa se borró de sus ojos.

-Como gustes -dijo, inclinando la cabeza.

Le dio su brazo y salieron del salón para dirigirse al salón privado de los aposentos de Roderic. El puso una silla junto al fuego y le ofreció vino, pero Mara lo rechazó. Luego Roderic se sentó frente a ella y aguardó sin ninguna impaciencia a que ella comenzara a hablar.

Mara se miró las manos y se humedeció los labios con la lengua.

-Parece que desde que nos conocimos hemos estado haciendo lo que se requería de nosotros, pero por una razón que no era la obvia. Me siento profundamente avergonzada por la forma en que te utilicé. Me has tratado mejor de lo que me merecía. He hecho lo... lo que he podido para compensar el mal que hice para reparar el daño. Y ahora debo marcharme.

Vio la expresión anonadada en los ojos de él y luego fijó la vista en el fuego.

-Los miembros de la escolta parecen creer que tú... que nos casaremos. No sé de dónde han sacado la idea, pero quería decirte que no es necesario. No tengo palabras para agradecerte tu apoyo durante mi enfermedad. Sé... recuerdo algunas cosas que dijiste. Me ayudaron en ese momento, inmensamente, como era tu intención. Pero no te ataré a ellas. Regresaré a Luisiana muy pronto con mi padre. Quedarás libre de mí, te doy mi palabra.

La respuesta de él fue suave.

-Eso suena a magnánima renuncia.

Debería de haber recordado cuán agudo podía ser Roderic.

Le miró con vehemencia.

-No hay razón para que lo sea. Ha sido un accidente que dos personas como tú y yo se hayan conocido. Lo normal es que sigamos cada uno por su camino.

-Un sacrificio. Ritual y completo. No lo permitiré.

-No me casaré contigo. -No podía decido en forma más cruda que ésa.

Roderic se puso de pie y con las manos detrás de la espalda, contempló el rostro ovalado de Mara. Qué bella era y qué obstinada. A diferencia de Luca con Juliana, no podía tomarla en brazos y sacudirla hasta meterle algo de sentido común en la cabeza o besarla hasta que cediera, porque todavía estaba débil. Las únicas armas que tenía para luchar contra su negación eran las palabras.

-¿Sabes por qué vine a París? No fue para divertirme ni ocupar la residencia de Ruthenia. Fue porque la situación aquí amenazaba la estabilidad de Europa y de mi país; corrían rumores sobre un atentado contra Luis Felipe. Mi tarea era evitar el asesinato y minimizar los efectos del atentado.

Mara escuchó con atención, pues sabía que eran pocos lo que recibían explicaciones de Roderic.

-En París, la garde du corps y yo nos dedicamos a probar los vientos, a averiguar cosas y recabar información. Y entonces te vi.

-Me viste.

Repitió las palabras con aturdida aceptación. Hasta ese momento no había creído que él era realmente capaz de haber planeado su seducción; no había querido creerlo. La idea le causaba dolor.

Roderic esbozó una sonrisa sombría y prosiguió:

-Una de las tantas cosas que averiguamos fue que en París estaba una tal madame Hélene Delacroix con su nieta. El nombre me resultaba familiar, por supuesto, pues mi madre me había

hablado con frecuencia de Luisiana. Como desde niño me habían inculcado las reglas de convivencia social, me dispuse a hacerles una visita de deber. Las vi subir a un carruaje con de Landes. Unos segundos más y hubiéramos sido presentados formalmente. Dejé mi tarjeta con un criado y me marché. Esa noche partí de París hacia el campamento gitano y antes de la medianoche caíste sobre mi regazo como un regalo de los dioses.

-¿Y eso fue todo? -No sabía si alegrarse o enfurecerse porque lo que había creído no era cierto. –Pero me dejaste creer...

-Era evidente que me creías capaz de cualquier acto de perversidad. No pude resistirme. En cualquier caso, el papel que desempeñé fue muy vil.

-¿Porque me reconociste?

-Creí hacerlo-respondió él con una expresión preocupada en el rostro-, pero te había visto muy brevemente y a distancia. Sabía algo acerca de de Landes y supuse que había alguna intención detrás de tu llegada, pero me parecía increíble que alguien como tú obedeciera sus órdenes. No podía descartar la posibilidad de que hubieras escapado de él o de que te hubiera arrojado del coche y tu pérdida de memoria fuera real. Cuanto más te veía y te conocía, menos podía imaginar otra cosa. Fuiste una actriz muy convincente. Y, sin embargo, la coincidencia era demasiado grande.

-De modo que me llevaste a París.

-Necesitaba saber más. Descubrí que tú y madame Hélene, supuestamente estabais en una residencia campestre de de Landes, otra casualidad improbable. Y luego, cuando saliste de esta casa, él se puso en contacto contigo.

-Pusiste a Luca para que me espiara. Creí que era para protegerme.

-¿Acaso no podía hacer las dos cosas? Pero después de ese día casi perdí la razón tratando de descifrar el enigma que representabas. Viniste a mí como una seductora inocente, pero mil veces más efectiva por esa misma razón.

-Pero pudiste resistirte con toda facilidad—comentó Mara con aspereza.

-¿Con facilidad? ¿Cómo puedes pensar eso? Eras la ahijada de mi madre: ¿cómo podía desflorarte? ¿Pero cómo no iba a hacerlo, cuando parecía la forma mejor de acercarme lo suficiente para descubrir qué intenciones tenía de Landes? Pero no fue por cumplir con mi deber por lo que finalmente sucumbí.

-¿Y por qué fue, entonces? No necesitas decirme que era por una incontrolable pasión, pues recuerdo perfectamente todos los detalles para la seducción, las flores y los diamantes... ¡Sólo faltaban los violines gitanos!

El sonrió.

-De haber podido, los hubiera traído. Pero fue por deseo. Un deseo obsesivo, que me consumía. Y porque era la trampa final.

-¿Trampa? ¿Quieres decir que era la prueba que necesitabas para saber que yo era cómplice de De Landes?

-No, porque para entonces ya eras mía. Te conocía de una forma que no podía analizar. Sabía que me daría cuenta cuándo y dónde De Landes quería utilizarme, por medio de tus reacciones. Comprendí que debía hacer que se supiera que estabas conmigo. Por eso fue por lo que te llevé a varias reuniones. Así, cuando terminara la mascarada, cuando quedaras expuesta como la ahijada de mi madre, yo tendría que llevar a cabo el acto honorable. Cuanta más intimidad hubiera entre nosotros, más imperativo sería que me casara contigo.

Mara estaba aturdida. Debía recordar que él usaba las palabras como armas para manipular a la gente con el objeto de obtener lo que deseaba. No tenía que olvidarlo.

-¿Estás diciendo que querías casarte conmigo?

-Atarte a mí para que nunca pudieras separarte.

-Pero no lo hiciste.

-Mi padre, sabia y burdamente, me advirtió de la ventaja que me había tomado. Tenía razón.

-¿Y todo eso acerca de la respetabilidad burguesa...?

-Mera palabrería. Pero estuvo magnífico, ¿no lo crees?

Igual que su hijo. Ojalá pudiera creerle. Mara se miró las manos y trató de contener las

lágrimas.

Al ver que ella no hablaba, Roderic continuó, con un matiz de tristeza en la voz:

-Tenía las mejores intenciones. Pensaba retirarme, dejarte espacio para respirar. No siempre me ha sido posible mantener mi propósito. La situación política requería mi atención. Y cada vez que te quitaba los ojos de encima, te metías en problemas. -Se pasó una mano por los ojos.- Dios, al verte hacer frente a esa multitud con tu espada estuve a punto de estallar de orgullo, pero, al mismo tiempo, el terror me quemó como un rayo.

...Y esa tarde cuando te encontré en esa pocilga con de Landes. Nunca me sentí tan... Fue como si fuéramos una persona, dos mitades de algo entero, compartiendo por un instante los pensamientos y los latidos del corazón. Supe lo que estabas haciendo. Lo supe. -Le dio la espalda y miró el fuego.

-Creo que pensé que esa unión duraría. Pretendía que comprendieras que actuaría en la trampa que habías armado para de Landes. No lo hiciste. Mi ceguera para ver eso casi te cuesta la vida.

-El fracaso fue mío -dijo Mara con un nudo en la garganta.- Confiabas en mí. Algo que yo no podía devolverte.

-¿Cómo ibas a hacerlo? Yo no te daba motivos.

-Podría haberlo hecho, si hubiera escuchado a mi corazón y no a mi cabeza.

-¡Entonces escúchalo ahora!

-Basta, no sigas,por favor-dijo Mara, poniéndose de pie.- Has sido muy convincente, pero no puedo olvidar que te has visto obligado a hacer esto.

-¿Obligado? ¿Por qué? ¿Por quién? -La vio alejarse y sintió el dolor de la necesidad de liberarla de esa cárcel de dudas que la atormentaba. Pero quizá le hiciera daño, pues ella la había construido para protegerse. Sin embargo, necesitaba compensación.

-Mara, ¿me amas?

Ella le miró por un segundo y luego apartó los ojos.

-Aunque te amara, las cosas no cambiarían.

-Aun así, ¿me amas?

Le había amado desde aquella noche en que le había visto tocar la mandolina en el campamento gitano. Negarlo sería otra innecesaria traición.

-Sí, te amo.

Casi no pudo controlar la necesidad de tomarla en brazos y... pero no podía hacerlo. Por enésima vez, deseó que la herida estuviera en su propio cuerpo. De alguna forma lo estaba y quizá terminara por matarle.

Mara no supo qué reacción esperaba. Pero la inmobilidad de él la decepcionó.

-Mi padre y yo regresaremos a casa lo antes posible.

-Espera.

Mara se detuvo para mirarle. Los ojos de él estaban velados, pero había un brillo azul inextinguible.

-Habrá una boda gitana para Luca y Juliana, si no me equivoco. Será algo digno de ver. ¿Te quedarás hasta ese momento?

Mara sabía que debía ser cautelosa, pero negarle ese pequeño deseo sería grosero y gratuito. Además, había aprendido a querer a Juliana como a una hermana.

-Sí lo haré -dijo en voz baja.

-Gracias -respondió él muy serio.-Juliana se alegrará.

No movió ni un músculo ni parpadeó siquiera cuando Mara salió de la habitación.

El mes que transcurrió hasta la boda de Juliana fue el más largo de la vida de Mara. No dijo nada más acerca de partir, pues le parecía mejor esperar hasta después de la ceremonia.

Para la boda gitana, Juliana había encargado un vestido de corte sencillo, al estilo de las blusas y faldas vaporosas de las gitanas, pero estaba hecho de seda blanca con hilos dorados. Insistió en que Mara llevara algo similar. Finalmente acordaron que ella se vestiría de azul con hilos plateados. El campamento gitano era un bullicio de risas, música y humo de los fuegos gigantescos. El aire olía a carne asándose.

Los carromatos estaban listos para partir. Se marcharían esa noche, después de la fiesta. Los gitanos también querían participar de la boda católica que se realizaría en Ruthenia, en la que se unirían para siempre la hija del boyar y uno de ellos.

La ceremonia no fue complicada. Todos se reunieron alrededor de la fogata principal. Los violines tocaron una marcha y la pareja salio de un carromato. Mara caminaba junto a Juliana y Roderic junto a Luca. Cuando estuvieron en el centro, dejaron a la pareja y se mezclaron con los demás. Rolfe tomó la mano derecha de Juliana y la puso dentro de la de Luca, diciéndoles que se las estrecharan con fuerza mientras pronunciaban sus votos matrimoniales.

Luca, moreno y apuesto con una camisa roja con mangas anchas habló con tono firme y claro.

-Yo, Luca, tomo a esta mujer como esposa y juro ante ella que la dejaré libre para buscar la felicidad en otra parte, en cuanto el amor abandone mi corazón.

Juliana, orgullosa y altiva, repitió el juramento, mirando a Luca a los ojos. Luego Roderic se adelantó y entregó a su padre un puñal con mango de piedras preciosas. Rolfe hizo una incisión en la muñeca de Luca y otra en la de Juliana. Luego les ató las muñecas. Permanecieron así, mientras sus sangres se mezclaban, mirándose con intensidad. A su alrededor estaban amigos y familiares; encima de ellos, sólo el firmamento estrellado.

Un grito se elevó en la oscuridad. La música estalló, ardiente y apasionada. Todos reían y hablaban animadamente.

Mara se quedó sola. Se sentía apartada del núcleo de gente feliz, fría y vacía.

...en cuanto el amor abandone mi corazón.

No había nada permanente en ese juramento, ¿pero de qué servía la permanencia sin amor? Las palabras sugerían que lo importante era sentir amor, no ser amado. Era un juramento que ella podría dar, si tuviera la oportunidad.

La oportunidad se le había brindado y ella la había dejado pasar por... ¿por qué? ¿Por orgullo? ¿Desconfianza? ¿Temor de no ser amada?

Para los gitanos, amar era suficiente. La felicidad del momento era lo que importaba y cada persona era responsable de su propia felicidad. La vida era la vida. El amor, el amor. Había que vivirlos, no almacenarlos.

Luca, con los brazos extendidos hacia los costados, comenzó a moverse al compás de la música. La muchedumbre formó un círculo, dejándole más espacio. Avanzando y retrocediendo, bailó para Juliana una danza antigua como el tiempo, una danza de amor natural y sensual. Juliana se unió a él, como hipnotizada, girando y moviéndose con elegancia y pasión. De pronto, Luca la tomó en brazos y los dos desaparecieron entre los carromatos.

Pero la música dulce y aguda de los violines no cesó. Una exclamación brotó de la multitud cuando Roderic entró en el círculo. Se había quitado la chaqueta del uniforme y tenía la camisa abierta en el cuello y llevaba una faja roja como cinturón. La gente retrocedió, ampliando el círculo hasta que Mara quedó incluida. Los ojos de Roderic se posaron sobre ella y se mantuvieron fijos por unos momentos.

Mara le observó avanzar hacia ella al compás de la melodía sensual. El corazón comenzó a latirle de forma atronadora y sintió que se ruborizaba hasta las raíces del pelo. Había tanta angustia en ella que le dolía el cuerpo como si hubiera sido envenenada. No obstante, dentro de ella crecía una excitación que le impedía respirar, pensar.

El extendió la mano. Mara levantó la vista y vio en sus ojos azules una fuerza implacable e infinita, un desafío y una ardiente necesidad.

Le amaba y eso bastaba por ahora. Pero una vez le había seducido. Le había hecho desearla a pesar de todos sus discursos sobre deber, trampas y causas. Quizá pudiera volver a hacerlo. Lo intentaría, comenzando aquí entre el vino y la música, que le servirían de ayuda. Entonces sonrió, dulce y seductoramente y depositó su mano en la de Roderic.

Juntos danzaron, deslizándose y girando como una sola persona. Roderic la guiaba y luego Mara le atraía hacia ella. La música se elevaba, más alto, más alto. Roderic la tomó en brazos y en un repentino silencio la llevó entre la gente. Entonces se oyeron los vitores. Detrás de ellos las risas y gritos atronaron la noche. Roderic y Mara entraron en un carromato, el mismo azul y dorado, de

aquella primera noche. La puerta se cerro detrás de ellos, bloqueando el bullicio. Estaban solos.

El la depositó sobre el suelo, pero no le soltó la mano. A la luz de una vela que ardía junto a la cama sembrada de violetas, la contempló fijamente.

-Ah, Mara -dijo en un susurro tenso y ronco--, si no vas a quedarte, vete ahora, antes de que sea demasiado tarde.

-Ya es demasiado tarde.

-Te juro que te amo. Tienes mi corazón apresado con cintas de acero; eres el ancla que aferra mi alma. Si me dejas seré un hombre hueco, inservible.

-No te dejaré.

El la abrazó con fuerza.

-Dime ahora cómo puedo demostrártelo y eso se convertirá en mi meta, mi esperanza de cielo y sueño de paraíso. Déjame demostrarte...

Mara levantó una mano y la apoyó contra los labios de él. Era posible que le creyera, pero eso ahora no tenía importancia. Con los ojos claros y llenos de profunda confianza, dijo:

-Roderic, amor mío, dime lo que estoy pensando.

El la miró con ojos infinitamente receptivos.Transcurrió un instante. La boca de él se curvó en una sonrisa y sus ojos se iluminaron. La abrazó contra él, cruzando los brazos detrás de su espalda, hundiendo el rostro en su pelo y respirando su fragancia. Había risa, alivio y deseo en su voz cuando habló:

-Dulce hechicera, luz de mis días y solaz de mis noches, podrías haber evitado que me ruborizara.

Ella se echó hacia atrás y le dirigió una mirada escéptica, al tiempo que decía:

-Lo hubiera hecho, si tú...

No pudo terminar de hablar.

FIN